UNA INVESTIGACIÓN DEL INSPECTOR BANKS

PETER ROBINSON

UN CASO EXTRAÑO



JENTAS

Un caso extraño

Un caso extraño
Título original: Strange Affair
© 2005 by Peter Robinson. Reservados todos los derechos.
© 2025 Skinnbok ehf.. Reservados todos los derechos.
ePub: Skinnbok ehf.

ISBN: 978-9979-64-783-6

1

¿La estaban siguiendo? A esas horas de la noche y en la autovía era difícil asegurarlo. El tráfico era denso: muchos camiones, gente que regresaba de los pubs conduciendo con demasiada cautela, BMW rojos que volaban por el carril rápido a ciento sesenta o más, hombres de negocios ansiosos por llegar a casa tras reuniones interminables. Ya había dejado atrás Newport Pagnell. La niebla nocturna desdibujaba las luces rojas de los vehículos de delante y los faros de los que se aproximaban de frente. Y al comprobar por el retrovisor que aquel coche seguía detrás, la muchacha comenzó a ponerse nerviosa.

Se desplazó al carril lento y aminoró la marcha. El coche que la seguía, un Ford Mondeo oscuro, la adelantó. Pudo ver una persona conduciendo y otra en el asiento trasero, aunque estaba demasiado oscuro para verles las caras. No era un taxi, por lo que supuso que sería un coche con chófer y dejó de preocuparse, seguramente sería algún ricachón de camino a un club nocturno de Leeds. Más tarde volvió a adelantar al Mondeo, pero ya no le prestó atención. En la emisora nocturna, Frank Sinatra cantaba «Summer Wind». Eso sí que era música, aunque la tildaran de anticuada. El talento y la buena música nunca pasan de moda.

Llegó a Watford Gap y se sintió cansada y hambrienta. Aún le quedaba mucho camino, así que decidió parar para hacer un breve descanso. Ni siquiera se percató de que, dos coches por detrás, el Mondeo también se detenía. En la entrada del área de servicio vio a un par de muchachos con pinta de gamberros: aún no tenían edad para conducir y se habían plantado allí a fumar y a jugar a los videojuegos. Al verla pasar la siguieron con la mirada sin despegar la vista de sus pechos.

Primero fue al baño y después a la cafetería. Compró un

sándwich de jamón y una Coca-Cola Light y se sentó para comérserlo. En la mesa de delante un hombre de cara alargada y traje oscuro con las solapas cubiertas de caspa la miró por encima de las gafas, fingiendo leer el periódico mientras se comía una salchicha envuelta en hojaldre.

¿Será el típico pervertido o habrá algo más siniestro en su interés?, se preguntó ella. Al final concluyó que sólo se trataba de un pervertido. A veces tenía la impresión de que el mundo estaba plagado de ellos, que no podía andar por la calle o salir sola a tomar una copa sin que algún imbécil, convencido de que era un regalo caído del cielo, se acercara a soltarle el rollo o se la comiera con la mirada, como los muchachos de la entrada. Pero ¿qué se puede esperar a esas horas en el área de servicio de una autovía?, se dijo. Otro par de hombres entraron, se acercaron al mostrador y pidieron cafés para llevar; ni siquiera repararon en ella.

Comió la mitad del sándwich, tiró a la basura la otra e hizo llenar de café su termo de viaje. Después regresó al coche, asegurándose de que nadie la siguiera y que hubiese gente alrededor: una familia con dos niños ruidosos e hiperactivos que deberían haber estado durmiendo hace rato.

Sólo le quedaba un cuarto de depósito, así que lo llenó e introdujo su tarjeta de crédito en el lector del mismo surtidor. El pervertido de la cafetería se detuvo junto al surtidor de enfrente y la miró fijamente mientras hundía la pistola de la manguera en el agujero del depósito de su coche. Ella lo ignoró. Desde donde estaba podía ver al encargado del turno de noche mirando por la ventana de su despacho y eso la tranquilizó. Con el depósito lleno arrancó, recorrió la vía de acceso a la autovía y se situó entre dos camiones inmensos. Hacía calor dentro del coche por lo que bajó las dos ventanillas y disfrutó de la brisa que entraba. El viento y el café caliente la ayudaban a mantenerse despierta. El reloj del salpicadero marcaba las 00:35. Sólo dos o tres horas más de trayecto y ya estaría a salvo.

Banks entró en el Dog and Gun justo cuando Penny Cartwright entonaba «Strange Affair», de Richard Thompson. Su voz baja y ronca conseguía exprimir todo el jugo a la austera melodía de la canción. Banks se quedó absorto en la puerta del pub. Penny Cartwright. A menudo había pensado en ella e incluso había leído sobre ella en revistas de música especializadas, como *Mojo* y *Uncut,* pero hacía más de diez años que no la veía. Y los años habían sido amables: iba sencilla, con unos vaqueros y una camiseta blanca metida en la cintura, pero su figura seguía impresionando. Bajo las luces del escenario, su larga melena negro azabache era tan brillante como siempre y las pocas canas que la surcaban la hacían incluso más atractiva. Estaba un poco más demacrada y sus ojos un poco más tristes quizá, pero le sentaba bien. A él le gustaba el contraste entre su piel pálida y su melena negra.

La canción terminó y Banks aprovechó los aplausos para dirigirse a la barra, pedir una pinta y encender un pitillo. No le gustaba haber vuelto a fumar después de seis meses, pero así son las cosas. Intentaba no fumar dentro de casa y en cuanto se recuperara del todo lo dejaría. Pero por ahora era una ayuda, un viejo amigo que regresaba a visitarlo en un momento difícil.

En el pub no quedaba ni un solo asiento vacío. El sudor empezó a picarle en la frente y en la nuca. Se apoyó en la barra y cuando Penny arrancó con «Backwater Side», dejó que la voz lo transportara. La acompañaban dos músicos, un guitarrista y un contrabajo, que tejían un denso tapiz sonoro sobre el que ella despegaba hasta elevarse.

La siguiente ronda de aplausos marcó el final de la primera parte. La masa del público se abrió como el mar Rojo y Penny la atravesó, sonriendo y saludando hasta situarse en la barra, junto a Banks. Encendió un cigarrillo, hizo un mohín y lanzó un aro de humo hacia las luces del techo.

—Esa primera parte ha estado muy bien —dijo Banks.

—Gracias —respondió ella sin volverse. Luego dijo a la camarera—: Un gin-tonic, Kath, muy largo de ginebra.

Por el tono cortante Banks se dio cuenta de que Penny lo había

tomado por un admirador más, o quizás un bicho raro o un acosador. Apenas le sirvieran la copa, saldría escopeteada de su lado.

—No me recuerda, ¿verdad?

Ella suspiró y se dio la vuelta, dispuesta a pronunciar la frase fatal. Pero él pudo ver cómo, poco a poco, ella lo reconocía. Se puso nerviosa, avergonzada, sin saber qué decir.

—Ah sí... —dijo finalmente—. Usted es el inspector jefe Burke, ¿verdad? ¿O ya le han ascendido?

—Me temo que no —repuso él—. Y el apellido es Banks, pero llámeme Alan. Ha pasado mucho tiempo...

—Así es.

Penny cogió su gin-tonic y lo alzó en dirección a Banks, quien lo chocó suavemente con su cerveza.

—*Sláinte.*

—*Sláinte* —respondió Banks—. No sabía que hubiera regresado a Helmthorpe.

—Será porque nadie montó una campaña publicitaria para informar de ello.

Banks observó el local y su iluminación tenue.

—Quizá no, pero me da la impresión de que tiene un buen número de seguidores devotos.

—Puede ser. Suele correrse la voz. Al fin y al cabo he vuelto a mi antigua casa. Y a usted, ¿qué le trae por aquí?

—Oí la música y entré —dijo Banks—. Reconocí su voz. ¿Qué tal le va la vida?

Los ojos de Penny brillaron traviesos.

—Pues es una historia muy larga de contar y no creo que sea asunto suyo.

—Quizás un día de éstos quiera salir a cenar conmigo y contármelo.

Penny frunció el ceño y le atravesó con sus ojos azules. Antes de hablar, negó con la cabeza.

—No va a poder ser —susurró.

—¿Por qué no? Sólo es una invitación a cenar.

Penny comenzó a alejarse.

—Sencillamente no puedo. ¿Cómo se atreve a pedírmelo?

—Oiga, si le preocupa que la vean con un hombre casado le diré

que mi matrimonio acabó hace un par de años. Ahora estoy divorciado.

Penny le lanzó una mirada que reflejaba que se había equivocado por completo. Negó con la cabeza y volvió a perderse entre el público. Banks se quedó perplejo. No sabía cómo interpretar los gestos, cómo descodificar aquella expresión de horror absoluto ante la posibilidad de cenar con él. Pues no era un hombre tan repulsivo. Además, sólo era una invitación a cenar. ¿Qué diablos le ocurría a esa mujer?

Banks apuró lo que le quedaba de la pinta y se dirigió hacia la puerta mientras Penny subía de nuevo al escenario. Cruzaron sus miradas en la sala repleta. Estaba claro que la invitación la había puesto nerviosa. «Por lo menos ya no tiene esa expresión de horror», pensó Banks. Luego se dio la vuelta y se fue, avergonzado.

Era una noche cerrada. No había luna, aunque sí muchas estrellas. La calle principal del pueblo, Helmthorpe High Street, estaba desierta. Las farolas eran apenas unos manchones blancos entre la niebla. Desde el Dog and Gun volvía a oírse la voz de Penny. Esta vez cantaba otra canción de Richard Thompson, «Never Again». Su melodía inquietante y su letra desoladora siguieron a Banks calle abajo, aunque fueron desvaneciéndose a medida que él subía por la callejuela adoquinada. Dejó atrás la librería, cruzó el cementerio y llegó al sendero que llevaba a su hogar. Mejor dicho, al sitio que últimamente hacía las veces de hogar.

El aire olía a estiércol y paja tibia. A su derecha, un muro de piedra lo separaba del cementerio; a su izquierda, una pendiente que, bancal tras bancal, bajaba hasta el arroyo Gratly, cuyo rugido se oía más abajo. El estrecho sendero no estaba iluminado, aunque Banks conocía cada centímetro de memoria. Lo peor que le podía ocurrir era pisar una mierda de oveja. Pudo oír el agudo zumbido de los insectos volando cerca.

Mientras recorría el camino, Banks no podía quitarse de la cabeza la forma en la que Penny Cartwright había reaccionado a su invitación. Recordó que siempre había sido una mujer extraña, dueña de una lengua afilada y lista para el sarcasmo. Pero lo de esta noche había sido diferente, no hubo ni sarcasmos ni malas

contestaciones, sólo un sobresalto y asco. ¿Sería por la diferencia de edad? Él tenía cincuenta y pocos y ella unos diez años menos. Pero ni siquiera eso explicaba el intenso rechazo. Podría haberle sonreído y decirle que tenía un bautizo. Él habría captado la indirecta y tan satisfecho.

El sendero acababa en un tramo doble de escalones que cruzaba un cercado, en medio de la ladera de Gratly Hill. Banks bordeó las casas nuevas, cruzó el río y llegó a un grupo de viviendas antiguas. Puesto que su casa seguía en obras, había alquilado uno de los apartamentos para veraneantes situados en la calle de la izquierda.

Tal y como había ido todo, los lugareños habían sido amables. Le facilitaron un estudio espacioso en la primera planta, con salón, dormitorio y entrada privada, a un precio muy razonable. Irónicamente, era la antigua casa de los Steadman, convertida desde hacía un tiempo en apartamentos para turistas. Y fue precisamente durante la investigación del caso Steadman cuando Banks conoció a Penny Cartwright.

La ventana del salón tenía una vista magnífica de la aldea de Helmthorpe, en el fondo de la hondonada del valle, con sus campos fértiles salpicados de ovejas, y de la seca y pálida hierba de los pastos altos. En lo alto surgía el gran afloramiento de piedra caliza de Crow Scar y, más allá, los extensos páramos salvajes. La ventana de su dormitorio daba al oeste, al cementerio de la secta sandemaniana y su minúscula capilla. Algunas lápidas descansaban contra las paredes del edificio y eran tan antiguas que sus inscripciones casi se habían borrado.

Banks había leído que la secta sandemaniana había sido fundada en el siglo xviii, tras separarse de la Iglesia presbiteriana de Escocia. Los sandemanianos comulgaban, creían en la propiedad compartida, eran vegetarianos y solían celebrar «fiestas amorosas», lo que les convertía en algo así como los hippies de 1700.

Banks no consiguió introducir la llave en la cerradura de la planta baja, por lo que se dio cuenta de que debía estar un poco ebrio. El Dog and Gun no había sido su primera parada aquella noche. Antes había cenado en el Hare and Hounds y después había tomado un par de pintas en The Bridge. ¿Y por qué no iba a hacerlo, maldita

sea? Todavía le quedaba una semana de vacaciones y no tenía que conducir. Quizás había bebido un par de copas de vino. Pero seguía sin probar el whisky, especialmente el Laphroaigh. Su sabor tan particular era lo único que recordaba de la noche en que casi perdió la vida. Le bastaba con percibir su aroma a cierta distancia para que le entraran ganas de vomitar.

¿Habría sido su embriaguez lo que ahuyentó a Penny? ¿Habría pensado que la había invitado a cenar porque estaba borracho? Banks lo dudaba. No arrastraba las palabras ni se tambaleaba al caminar, ni tampoco había nada en su forma de actuar que le delatara. No, tenía que existir otra razón.

Finalmente consiguió entrar. Subió las escaleras y abrió la cerradura de la puerta de su apartamento. Entró y encendió la luz del vestíbulo. Hacía calor y el ambiente estaba cargado, por lo que cruzó el salón y abrió la ventana. No entró ni una brizna de viento. Se sirvió un vaso bien lleno de vino australiano Shiraz y fue hacia el teléfono. La luz roja del contestador automático parpadeaba. Había llamadas.

Sólo había una y, sorprendente, era de su hermano. Banks ni siquiera sabía que Roy tuviese su número. Además, estaba seguro de que la tarjeta y las flores que recibió durante su estancia en el hospital eran de parte de su madre, no de su hermano.

—Mierda, Alan, no estás y no tengo tu número de móvil. Si es que tienes. Por lo que recuerdo nunca has estado a la última en tecnología. Escucha, debo decirte algo importante. Lo creas o no, ahora mismo eres casi la única persona que puede ayudarme. Ha ocurrido algo, pero no puedo hablar por teléfono. Podría ser un asunto de vida o muerte. —Roy soltó una risa forzada—. Quizás hasta de la mía. En fin, volveré a intentarlo más tarde. Llámame cuanto antes, ¿lo harás? De verdad, necesito hablar contigo. —Banks oyó un timbre apagado—. Están llamando a la puerta, tengo que irme. Por favor, llámame. También te dejo mi número de móvil.

Roy dictó el número y la llamada acabó.

Perplejo, Banks volvió a escuchar el mensaje. Iba a escucharlo por tercera vez, pero comprendió que no serviría de nada. Odiaba cuando los personajes de las películas escuchaban el mismo

mensaje una y otra vez, y todas las veces conseguían rebobinar hasta el comienzo exacto de la cinta. Lo que hizo, en cambio, fue beber un sorbo de vino. Había Oldo todo lo que tenía que oír. Roy sonaba preocupado, incluso asustado. La llamada se había grabado a las 21:29, una hora y media antes, cuando Banks estaba bebiendo en The Bridge.

El teléfono fijo de su hermano sonó varias veces y saltó el contestador. Con tono cortante y directo, la voz de Roy invitaba a dejar un mensaje. Banks dejó el suyo, añadió que lo volvería a intentar más tarde y colgó. Después llamó al número de móvil, pero Roy tampoco contestó. Ahora poco más podía hacer. Quizá Roy llamase más tarde, tal como dijo que haría.

A menudo, especialmente en las noches con luna, Banks pasaba un buen rato sentado frente a la ventana de su dormitorio, contemplando el cementerio. ¿Qué esperaba ver? ¿Acaso un fantasma? La quietud absoluta de las lápidas y el viento que silbaba entre la hierba alta le proporcionaban cierta tranquilidad. Aunque esa noche no había ni luna ni brisa.

Como todos los días a la misma hora, el bebé del piso de abajo empezó a llorar. Banks encendió la televisión, pero no había mucho donde elegir: películas, un debate o las noticias. Eligió ver *El espía que surgió del frío,* que había empezado media hora antes. Ya la había visto muchas veces y conocía la trama de memoria, pero no le importó. Aunque no consiguió concentrarse. Mientras observaba la intensa y nerviosa interpretación de Richard Burton, Banks intentaba centrarse en la acción, para descubrir que su mente se desviaba una y otra vez a la llamada de su hermano. Banks deseaba que el teléfono volviese a sonar. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

No podía hacer nada, pero la urgencia y el miedo que había advertido en la voz de su hermano le preocupaba. Volvería a llamar por la mañana, quizá Roy iba a pasar la noche fuera. Y si entonces tampoco conseguía dar con él, entonces iría él mismo a Londres y averiguaría qué demonios estaba ocurriendo.

¿Por qué la gente descubría cadáveres tan temprano? ¿Por qué era la gente tan desconsiderada?, se preguntaba la inspectora detective

Annie Cabbot, especialmente ahora que Banks estaba de vacaciones y ella de guardia. No sólo le habían fastidiado el fin de semana —los inspectores no cobran horas extra—, sino que en esas primera horas cruciales la investigación era todavía más difícil ya que la mayoría de los efectivos no estaban disponibles, lo que retrasaba la obtención de información. Además, aquélla era una mañana de sábado particularmente hermosa. Las oficinas estarían vacías y los servicios quedarían reducidos. Todo el mundo metería la cesta del picnic y a los niños en el coche y se largaría al campo o a la playa más cercana.

Annie frenó detrás de un Peugeot 106 celeste en un tramo de carretera tranquilo, entre Eastvale y la Autovía 1. Eran poco más de las siete y media cuando el sargento de guardia la llamó despertándola de un sueño desagradable que olvidó enseguida. Se dio una ducha rápida, bebió una taza de café y se puso en marcha.

Era una mañana tranquila y brumosa, repleta del zumbido de los insectos. Un día ideal para un picnic junto al río, se dijo Annie: las libélulas, el aroma del ajo salvaje, quizás una botella de Chablis entriándose en el agua, su bloc de bocetos y carboncillos. Después de unos bocados de queso Wensleydale —el que llevaba arándanos era su favorito— y un par de vasos de vino, llegaría la hora de echarse junto a la orilla del río a dormir la siesta y, quizá, de tener un sueño agradable. «Déjalo ya», pensó, mientras se encaminaba hacia su coche. Hoy la vida tenía otros planes para ella.

Annie se percató de que el guardabarros izquierdo del Peugeot había dado contra el muro de piedra, abollando y rayando la chapa, y después tirando una parte del muro. No había huellas de patinazos ni marca alguna de neumáticos en la superficie seca del asfalto.

Alrededor del coche ya había actividad. La carretera había sido cerrada al tráfico y la zona más cercana al coche acordonada. Empezará a haber problemas cuando lleguen los turistas, se dijo Annie, pero era imposible prescindir del cordón: debía preservarse la escena del crimen. El fotógrafo, Peter Darby, había acabado de fotografiar el cuerpo y el coche, y ahora se ocupaba de grabar las inmediaciones con su cámara de vídeo. El sargento detective Jim Hatchley y la detective Winsome Jackman, que vivían cerca, habían

llegado antes que Annie. Hatchley esperaba plantado en el arcén y Winsome sentada con medio cuerpo fuera de un coche patrulla sin distintivos.

—Cuéntame qué tenemos —dijo Annie a Hatchley, cuyo aspecto era, como de costumbre, el de quien ha sido arrastrado por los pies a través de un seto.

El trocito de papel higiénico que llevaba pegado a la barbilla, producto de un corte al afeitarse, tampoco ayudaba mucho.

—Es una mujer joven. Murió al volante de su coche —dijo Hatchley.

—Eso ya lo veo —respondió bruscamente Annie, echando un vistazo hacia la ventanilla abierta del lado del conductor.

—Andamos un poco irritables esta mañana, ¿eh, inspectora? —dijo Hatchley—. ¿Qué pasa? ¿Te has levantado con el pie izquierdo?

Annie lo ignoró. Estaba acostumbrada a Hatchley y sus provocaciones, todavía más frecuentes desde que a ella la ascendieran a inspectora y él continuara como simple sargento.

—¿Causa de la muerte? —preguntó ella.

—Todavía no lo sabemos. No es visible, no hay marcas ni moretones. Oficialmente ni siquiera ha muerto todavía, no hasta que lo diga el médico.

Annie se abstuvo de señalar que eso ya lo sabía.

—¿Pero la has examinado? —insistió.

—Sólo le eché un vistazo rápido. Winsome le tomó el pulso; no tiene. Así que estamos esperando al doctor Burns.

—Hasta donde sabemos pudo haber muerto de un ataque al corazón...

—Supongo que sí —dijo Hatchley—. Pero es muy joven. Me parece extraño.

—¿Sabemos quién es?

—No lleva bolso ni carné de conducir. Por lo menos desde fuera no los he visto.

—Quizá la obligaron a detenerse. No creo que una mujer joven que viajara sola se detuviera voluntariamente en un camino comarcal oscuro para recoger a un desconocido. Chocó contra el muro, así que quizá la perseguían.

—Comprobé la matrícula en el ordenador, jefa —dijo Winsome,

acercándose—. El coche está a nombre de Jennifer Clewes. Vive en Londres, en Kennington, y tiene veintisiete años.

—Todavía no sabemos si es ella —dijo Annie—, así que averigua cuanto puedas.

—Muy bien, jefa.

Winsome permaneció quieta.

—¿Qué? —dijo Annie.

—¿No hubo otro?

—¿Otro qué?

—Otro asesinato parecido a éste. Una mujer joven muerta a un lado del camino. Fue en la M1. No era la A1, pero aun así...

—Sí, es cierto, lo leí en la prensa. Aunque no recuerdo los detalles —dijo Annie—. Investígalo, si no te importa.

—De acuerdo, jefa.

Winsome se dirigió a su vehículo y Annie se volvió una vez más hacia Hatchley.

—¿Ya habéis informado a Gristhorpe?

—Sí, jefa. Dijo que lo mantuviéramos al corriente.

«Tiene sentido», pensó Annie. Para qué hacer venir al comisario porque una mujer se había detenido en el arcén y muerto de un ataque de corazón, asma, de un aneurisma o cualquier otro fallo físico que causa la muerte repentina en personas jóvenes y, por lo demás, sanas.

—¿Quién fue el primero en acudir a la escena?

—El agente Farrier. Es ese de allí.

Hatchley señaló al agente uniformado apoyado en un coche patrulla. Pete Farrier. Annie lo conocía, Farrier también trabajaba en la Jefatura de la Región Oeste. Por lo que decían todos, llevaba años allí y era un agente sensato, de fiar. Annie se acercó a él.

—¿Qué ha ocurrido, Pete? —preguntó—. ¿Quién ha informado de esto?

—Esa pareja de allí, inspectora.

Farrier señaló a una pareja que estaba a unos metros de la escena. Estaban sentados en un lateral de la carretera, sobre el césped. El hombre rodeaba con su brazo a la mujer, ella hundía la cabeza en el pecho de su compañero.

Annie dio las gracias a Farrier y enfiló hacia su coche, abrió el maletero y del kit para homicidios cogió sus guantes de látex. Se los puso y luego se encaminó hacia el Peugeot. Necesitaba estudiar de cerca la escena, hacerse una primera impresión antes de que llegara el doctor Burns y comenzara su reconocimiento.

En el pálido rostro de la mujer ya se habían posado varias moscas. Annie las espantó, pero se quedaron zumbando en torno a la cabeza de la muerta, esperando la oportunidad de regresar.

La víctima estaba sentada en el asiento del conductor, tumbada ligeramente hacia delante e inclinada hacia la izquierda. Con su mano derecha aferraba el volante, con la izquierda la palanca de cambios. El cinturón estaba bien colocado y la mantenía erguida. Las dos ventanillas delanteras estaban bajadas. Annie notó que la llave de contacto estaba puesta y dada, y el termo de viaje seguía en su soporte.

La mujer no era corpulenta pero tenía unos pechos bastante grandes y el cinturón pasaba entre ellos, separándolos y haciéndolos más prominentes. Aparentaba unos veinticinco, lo cual coincidía con la edad de Jennifer Clewes, y era muy atractiva. Estaba pálida, pero seguramente su piel ya tenía ese tono en vida. Su largo cabello era caoba oscuro —teñido con henna, calculó Annie— y vestía una blusa azul pálido y vaqueros negros. En la mitad superior del cuerpo no había ni marcas ni manchas de sangre que saltaran a la vista, tal y como había señalado Hatchley. La muchacha tenía los ojos abiertos. Eran verde mate, pero vacíos, quietos. Annie había visto antes esa mirada y ya había sentido ese vacío.

Hatchley tenía razón; había algo en la escena que no cuadraba, algo lo suficientemente raro como para justificar una indagación preliminar exhaustiva antes de decidir la magnitud de la investigación. Mientras examinaba la escena, Annie iba tomando notas de lo observado para utilizarlas más adelante.

Cuando hubo acabado, se acercó a la pareja que había hallado el cadáver. Conforme se iba acercando vio que eran muy jóvenes. Él estaba lívido y ella, aunque no parecía estremecerse por los sollozos, seguía con la cabeza hundida en el hombro de él. El hombre alzó la vista. Annie se acuclilló junto a ellos.

—Soy la inspectora Annie Cabbot de la Jefatura de la Región Oeste —dijo—. Tengo entendido que ustedes encontraron el coche.

La mujer despegó la cara del hombro protector de su compañero y miró a Annie. Había estado llorando, de eso no cabía duda. Pero ahora sólo parecía conmocionada, lastimada.

—¿Puede contarme qué pasó? —dijo Annie al hombre.

—Ya se lo hemos contado al agente de uniforme. Él fue el primero en acudir.

—Lo sé y lamento que tenga que repetirlo —dijo Annie—. Pero me ayudaría oírlo.

—No hay mucho que decir, ¿verdad, cariño? —le dijo a su compañera.

Ella meneó la cabeza.

—¿Por qué no me dicen sus nombres, para empezar?

—Ella es Sam, Samantha —dijo él—. Y yo soy Adrian, Adrian Sinclair.

—De acuerdo, Adrian. ¿Dónde viven?

—En Sunderland.

Annie había percibido el acento, pero era muy leve.

—Estamos de vacaciones —dijo Adrian e hizo una pausa para acariciarle el pelo a Samantha—. De hecho, estamos de luna de miel.

«Pues la van a recordar toda la vida —pensó Annie—, y no por las razones que deberían.»

—¿Dónde se alojan?

—Hemos alquilado una casita en Greystone. —Adrian señaló hacia la ladera de la colina—. Allí arriba.

Annie conocía el sitio. Tomó nota.

—¿Y qué hacían por aquí, junto al camino?

—Dábamos un paseo —dijo Adrian—. Era una mañana hermosa y los pájaros nos despertaron muy temprano.

«Van vestidos para la ocasión», se dijo Annie. No eran excursionistas profesionales —de los que llevan el mapa militar colgando del cuello envuelto en plástico, botas y ropa cara de Gore-Tex—, sólo llevaban zapatos fuertes, ropa ligera y una mochila.

—¿A qué hora llegaron aquí?

—Debían de ser casi las siete —dijo Adrian.

—¿Y qué fue lo que encontraron?

—El coche aparcado en el arcén, como lo ve ahora.

—¿Han tocado algo?

—No, creo que no.

Annie miró a Samantha.

—¿Ninguno de los dos?

—No —dijo Samantha—. Pero puede que tú, Adrian, hayas tocado el techo cuando te inclinaste a mirar dentro.

—Es posible —dijo Adrian—. Pero no lo recuerdo. En un principio pensé que esa chica estaba mirando su mapa de carreteras o que estaba dormida. Fui a ver si necesitaba ayuda. Después la vi, con esos ojos abiertos y... Nunca nos hubiéramos acercado de haberlo sabido...

—¿De haber sabido qué?

—La verdad es que fue por mi culpa —dijo Samantha—. Como le ha dicho Adrian, él sólo pensó que ella estaba descansando o revisando su mapa de carretera.

—Pero usted no. ¿Por qué?

—Era muy temprano. Vimos que era una mujer y que estaba sola. Pensé que debíamos comprobar que estuviera bien, eso es todo. Quizá le habían hecho algo, o estaba alterada, o algo. Quizá no era asunto nuestro, pero uno no puede irse así y pasar de largo sin más, ¿no? —Mientras hablaba, sus mejillas fueron recobrando el color—. En fin, cuando nos acercamos vimos que no se movía, que sólo miraba hacia abajo y que había chocado contra la pared. Le insistí a Adrian que debíamos comprobar que estuviera bien.

—Cuando miró por la ventanilla, ¿supo que estaba muerta?

—Yo nunca había visto un muerto —dijo Adrian—, pero uno se da cuenta enseguida, ¿verdad?

Así es, uno lo sabe, pensó Annie, que había visto demasiados. Es por esa mirada que parece decir «No hay nadie en casa».

A Samantha le dio un escalofrío y se hundió todavía más en los brazos de Adrian.

—Eso y las moscas... —añadió Sam.

—¿Qué moscas? —dijo Annie.

—Las que tenía en la cara y los brazos. Estaba cubierta de moscas pero no se movía. Ni siquiera las apartaba. Pensé en las cosquillas que debían hacerle.

Annie tragó saliva.

—¿Las ventanillas estaban bajadas?

—Sí, igual que ahora —dijo Samantha—. En realidad no tocamos nada. Ya sabe, hemos visto series de detectives en la tele.

—Claro, cómo no. Sólo quería asegurarme. Supongo que no vieron a nadie, ni oyeron coches ni nada parecido.

—No.

—¿Qué hicieron cuando la encontraron?

—Llamamos a la policía —dijo Adrian y extrajo un móvil del bolsillo.

Hace un par de meses no hubiera tenido mucha suerte por estos lares, reflexionó Annie. Pero últimamente la cobertura había mejorado mucho.

—¿No hay nada más que quieran contarme?

—No. Oiga, estamos... desechos. ¿Podemos irnos a casa ya? Creo que Sam necesita echarse un rato y a mí no me vendría mal una taza de té.

—¿Cuánto tiempo pasarán en Greystone? —inquirió Annie.

—Nos queda otra semana.

—No se vayan, quizá tengamos que hablar otra vez con ustedes.

Annie fue a reunirse de nuevo con Hatchley y vio que llegaba el Audi gris de Burns. Saludó al doctor y se dirigieron juntos al Peugeot. Iba a ser un examen difícil ya que el cadáver estaba sentado erguido en un espacio reducido, pensó Annie, y el doctor no iba a poder moverlo hasta la llegada de Glendening, el patólogo del Ministerio del Interior. Annie también sabía que Burns era consciente de que los peritos forenses estaban ansiosos por darle un buen repaso al coche, por lo que, además de llevar guantes de látex, se mostró cuidadoso de no tocar ninguna superficie ni contaminar posibles huellas. La tarea del médico de la policía era asegurarse de que la chica estuviera muerta y certificarlo. El resto era tarea del patólogo. Pero Annie sabía que, de ser posible, el doctor Burns les daría una idea aproximada de la hora y causa de la muerte.

Después de tomarle el pulso a la mujer, examinarle los ojos y

escuchar con el estetoscopio en busca de latidos, el doctor Burns confirmó que la muchacha estaba, efectivamente, muerta.

—Todavía no se le han nublado las córneas, lo cual significa que lleva muerta menos de ocho horas —declaró—. Estoy seguro de que las moscas ya han depositado sus huevos, lo cual es de esperar en verano y con las ventanillas bajadas. Pero no he visto actividad de insectos. Éste es otro indicador de que estamos ante una muerte relativamente reciente.

El doctor Burns se quitó un guante y deslizó la mano dentro de la blusa y por debajo del brazo de la mujer.

—Es lo mejor que puedo hacer para comprobar la temperatura —dijo al percatarse de la mirada curiosa de Annie—. Me da una idea aproximada. Sigue tibia, lo que confirma que sólo ha muerto hace algunas horas.

—¿Cuántas horas exactamente? —dijo Annie—. Ha sido una noche cálida.

—No puedo asegurarlo con exactitud, pero diría que unas cinco o seis a lo sumo. —Luego tanteó la mandíbula y el cuello de la muerta —. Hay rigor mortis donde cabe esperarlo y el calor seguramente lo ha acelerado, pero los parámetros siguen siendo los mismos.

Annie miró su reloj.

—¿Podríamos suponer entonces que ocurrió entre las dos y las cuatro de la madrugada?

—Desde luego yo no firMaria nada —dijo Burns con una sonrisa—, pero eso es más o menos lo que calculo. Ahora bien, no le diga a Glendenning que he estado haciendo hipótesis. Ya sabe cómo se pone.

—¿Se le ocurre la causa de la muerte?

—Eso ya es un poco más difícil —dijo Burns volviéndose una vez más hacia el cuerpo—. No hay marcas visibles de estrangulamiento y tampoco hay hemorragias petequiales, siempre presentes en esos casos. Tampoco hay huellas de apuñalamiento y, si hay sangre, no he podido verla. Habrá que esperar hasta que Glendenning la lleve a la mesa de disección.

—¿Pudo haber muerto por un ataque al corazón o algo así?

—Es posible. Pero los ataques al corazón no son muy habituales

entre mujeres jóvenes y saludables, a no ser que sufriera algún trastorno genético o una enfermedad anterior... Así que yo diría que cabe dentro de lo posible, pero que es improbable.

El doctor Burns se volvió hacia el cadáver y fue tocando suavemente por aquí y por allí. Intentó desasir la mano de la mujer del volante, pero no pudo.

—Es curioso, el rigor mortis todavía no ha llegado a la mano, por lo que diría que estamos frente a un espasmo cadavérico.

—¿Eso qué significa en este caso?

El doctor Burns se incorporó y encaró a Annie.

—Significa que cuando murió estaba cogida al volante y a la palanca de cambios.

Annie pensó en las implicaciones de la afirmación. O la mujer apenas había conseguido aparcar en el arcén, o intentaba alejarse de algo o de alguien cuando murió.

Metió la cabeza por la ventanilla hasta quedar desagradablemente cerca del cadáver y miró hacia abajo. Uno de los pies estaba sobre el embrague y el otro sobre el acelerador, la palanca de cambios estaba en marcha atrás y la llave de contacto en posición. Annie alargó la mano y tocó el termo. Estaba frío.

Cuando se retiraba, olió un tenue efluvio de algo ligeramente dulce y metálico y se lo dijo a Burns. Éste frunció el ceño y se inclinó hacia la víctima, pero se disculpó por su mal olfato. Con sumo cuidado tocó el pelo de la joven y lo retiró hacia atrás para dejar al descubierto la oreja. Entonces el doctor dejó escapar un grito ahogado.

—Por el amor de Dios —exclamó—. Mire esto.

Annie se inclinó y miró. Justo detrás de la oreja distinguió un agujero en forma de estrella, alrededor del cual la piel estaba quemada y ennegrecida por un residuo parecido al hollín. No había mucha sangre y la poca que había quedaba oculta por la larga melena color caoba. Annie no era una experta, pero no hacía falta serlo para saber que aquella herida había sido producida por un disparo a corta distancia. Y si no había ningún arma a la vista y la mujer tenía una mano sobre el volante y la otra en la palanca de cambio, difícilmente se la había hecho ella misma.

El doctor Burns se inclinó por la ventanilla, por delante de la mujer y tanteó el lado opuesto del cráneo en busca de un orificio de salida y más sangre.

—No hay nada, con razón no encontrábamos indicios. Debe tener la bala todavía en el cráneo —dijo. Y se alejó del coche, como si ya no le incumbiera—. Muy bien. Eso es todo lo que puedo hacer por ahora. Lo demás depende de Glendenning.

Annie lo miró y suspiró, luego hizo venir a Hatchley.

—Informa al comisario Gristhorpe de que tenemos un asesinato entre manos. Y que el doctor Glendenning y los peritos acudan tan rápido como puedan.

A Hatchley le cambió la cara. Annie sabía por qué y se compadeció. A pesar del fin de semana, todos los permisos serían cancelados. El sargento Hatchley habría hecho planes para ver jugar el equipo de criquet local y después pillar una buena cogorza con sus amigos. Pero no iba a poder ser. Y dependiendo de la escala de la investigación, quizás hasta tuvieran que mandar llamar a Banks.

Al fondo del camino Annie divisó las primeras furgonetas de los distintos canales de televisión y se desanimó. «Cómo corren las malas noticias», pensó.

2

Ajeno al revuelo que se estaba produciendo a unos pocos kilómetros, Banks ya andaba dando vueltas por su apartamento desde antes de las ocho de la mañana;
sólo una ligera jaqueca gracias a las aspirinas. Había estado esperando que sonara el teléfono y no había dormido bien. Tampoco había podido quitarse de la cabeza esa canción que cantaba Penny Cartwright: «Strange Affair». La melodía le obsesionaba y la letra, con sus descripciones sobre la muerte y el miedo, le preocupaba.

La ventana enmarcaba un trozo de cielo azul, la ladera norte del valle y los tejados grises de piedra de la aldea de Helmthorpe, a casi un kilómetro de allí, en la hondonada del valle, dominada por el campanario de la iglesia y la extraña torrecilla de una de sus esquinas. La vista era similar a la que Banks tenía desde el cercado de su antigua casa, aunque desde un ángulo distinto. Sabía que lo que tenía delante era hermoso, pero no conseguía sentirlo. Tenía la sensación de que faltaba algo, una conexión, o quizás hubiera entre él y el mundo una especie de escudo invisible, de niebla espesa, que había empañado todo lo que para él tenía valor y que le impedía sentir ninguna emoción. La música, el paisaje, las palabras escritas... todo le resultaba insípido, increíblemente lejano y falto de sustancia.

Banks se había vuelto retraído y taciturno desde que el incendio convirtiera en cenizas su hogar y sus pertenencias, cuatro meses atrás. Aunque era consciente de ello, no podía hacer nada. Estaba sufriendo una depresión. Pero saberlo es una cosa y cambiarlo es otra.

Lo supo el día que salió del hospital y fue al campo a echar un vistazo a las ruinas de su casa. No estaba preparado para la magnitud de la destrucción: el fuego había consumido por completo el techo y las ventanas, y dentro sólo quedaba un caos de amasijos quemados. No había nada que rescatar y los restos apenas eran reconocibles. Que el culpable hubiese conseguido huir tampoco era un gran consuelo.

Después de recuperarse en la granja de Gristhorpe en Lyndgarth, Banks encontró aquel apartamento y se mudó allí. Algunas mañanas no quería ni salir de la cama y la mayoría de noches las pasaba mirando la televisión —cualquier porquería que echaran— y bebiendo. No bebía mucho, pero lo hacía regularmente, sobre todo vino. Y había vuelto a fumar.

Aquella reclusión había agrandado la brecha que lo separaba de Annie Cabbot, quien por lo visto necesitaba desesperadamente algo de él. Banks creía saber qué era, pero no se lo podía dar. Todavía no. Y esa misma reclusión también había enfriado su relación con Michelle Hart. La inspectora había sido transferida recientemente al Departamento de Crímenes Sexuales y Protección del Menor, en Bristol, una ciudad demasiado alejada para mantener una relación a distancia medianamente razonable. Banks intuía que Michelle tenía sus propios problemas. Y lo que fuera que la obsesionaba estaba siempre presente, entre los dos, estuvieran riéndose o haciendo el amor. No había duda de que durante un tiempo su relación había sido muy positiva para ambos, pero ya habían alcanzado la etapa de «buenos amigos», la que viene justo antes de la ruptura.

Fue como si el incendio y el posterior ingreso en el hospital hubiesen detenido la vida de Banks. Y ahora no conseguía pulsar el botón del «play». Incluso se aburrió al regresar al trabajo, todo era papeleo y reuniones interminables en las que casi nunca se resolvía nada. Lo único que valía la pena era alguna que otra charla con Gristhorpe o Jim Hatchley sobre fútbol o sobre la programación de la noche anterior. Su hija Tracy le había visitado tanto como pudo, pero estaba estudiando para los exámenes finales. Brian también apareció un par de veces, pero ahora estaba con su banda en un estudio de grabación, en Dublín, preparando un nuevo álbum. El primer álbum de The Blue Lamps había tenido una buena acogida, pero querían que el segundo funcionase mucho mejor.

Banks había pensado en ir a terapia, aunque siempre acababa desechando la idea. Incluso pensó que la doctora Jenny Fuller, la psicóloga criminalista con quien había trabajado en varios casos, podría ayudarle. Pero estaba en uno de sus largos viajes como profesora invitada, esta vez en Australia. Además, Banks se lo pensó

mejor y no le atrajo la idea de que Jenny hurgara en las tenebrosas profundidades de su subconsciente. Probablemente lo más sano sería no revolver lo que se ocultaba allí.

Al fin y al cabo, no necesitaba que ningún loquero rebuscara en su mente para explicarle lo que no iba bien. Ya sabía lo que no iba bien. Sabía que pasaba mucho tiempo en el apartamento, amargado. También sabía que su curación —no sólo el proceso físico, sino también el mental y el emocional— llevaría su tiempo y que debía hacerlo por sí mismo, ir subiendo cada uno de los agotadores escalones hasta regresar al mundo de los vivos. Sin duda, el incendio no sólo había quemado su piel sino también algo mucho más profundo.

Lo que más daño le había causado no era el dolor que soportaba —no había durado tanto y apenas si lo recordaba—, sino la pérdida de todas sus pertenencias. Ahora Banks se sentía a la deriva, sin ancla, como un globo de helio que un niño descuidado hubiera soltado y volara sin control hacia el cielo. Y aún peor: supuestamente debería estar experimentando esa gran liberación del materialismo de la que hablan los gurús y los sabios. Sin embargo, se sentía nervioso e inseguro. De su pérdida no había aprendido la virtud de la simplicidad, sólo había averiguado que echaba de menos sus bienes materiales. Mucho más de lo que hubiera imaginado en sus peores pesadillas. Aunque todavía no había podido reunir ni la energía ni el interés para reponer lo que podía ser reemplazado: su colección de música, sus libros y DVD. Se sentía demasiado cansado para empezar de nuevo. Por supuesto había comprado ropa, prendas cómodas y prácticas, pero no había pasado de eso.

Mientras masticaba una tostada con mermelada y repasaba la sección de espectáculos del periódico, Banks se decía que, a pesar de todo, las cosas iban mejorando con los días. Cada vez se le hacía más fácil levantarse por las mañanas y se había acostumbrado a dar un paseo por la ladera que se veía desde el apartamento en los días buenos. El aire fresco y el ejercicio le resultaban revigorizantes. También disfrutó al oír cantar a Penny Cartwright la noche anterior y empezaba a echar de menos su colección de música. Un mes atrás ni siquiera se habría molestado en leer la sección de espectáculos.

Y ahora su hermano Roy —que no le había telefoneado ni visitado durante su estancia en el hospital— le había dejado un mensaje urgente y no había vuelto a llamar. Por tercera vez desde que se levantara aquella mañana, Banks marcó el número de Roy. Otra vez le respondió el contestador. El móvil seguía apagado.

Incapaz de seguir concentrándose en el periódico, Banks miró su reloj y decidió telefonear a sus padres, que a esas horas ya debían estar despiertos. Existía la posibilidad de que Roy se encontrara allí, o de que ellos supieran qué ocurría. Estaba claro que Roy mantenía más contacto con ellos que con él.

Le contestó su madre. Sonaba nerviosa por recibir una llamada a esas horas de la mañana. Banks sabía que en el mundo de las personas mayores las llamadas tempranas nunca traían buenas noticias.

—¿Qué ocurre, Alan? ¿Ha pasado algo?

—Nada, mamá —respondió él intentando calmarla—. No ha pasado nada malo.

—Entonces, ¿estás bien, hijo? ¿Sigues recuperándote?

—Sí, sigo recuperándome. Oye mamá, me preguntaba si no andará por ahí Roy.

—¿Por qué iba a estar aquí? La última vez que vimos a tu hermano fue en nuestro aniversario de boda, en octubre. Deberías recordarlo, tú también viniste.

—Lo recuerdo —dijo Banks—. Es que he estado intentando dar con él...

La voz de su madre se animó:

—¿Así que por fin vais a hacer las paces? Me alegro mucho.

—Sí —dijo Banks, no quería desengañar a su madre y robarle ese pequeño consuelo—. Pero sólo consigo hablar con el contestador.

—Roy trabaja. Ya sabes lo trabajador que es, siempre tiene algún negocio en marcha.

—Ya.

Generalmente alguno que lindaba con lo delictivo. De los que se perpetran desde una oficina y que, por tanto, para algunos ni siquiera debían ser considerados delitos. Cuando pensó en ello,

Banks se dio cuenta de que no tenía ni idea de en qué trabajaba Roy. Sólo sabía que estaba forrado.

—Entonces, ¿no has sabido nada de él últimamente? —preguntó Banks a su madre.

—Yo no he dicho eso. De hecho, llamó hace un par de semanas para ver cómo estábamos tu padre y yo.

A Banks la reprimenda tácita no le pasó desapercibida. Hacía un mes que él no llamaba a sus padres.

—¿Te contó algo más?

—No mucho, salvo que anda muy ocupado. ¿No se te ha ocurrido que quizás esté de viaje? Nos contó que pronto iba a viajar por negocios. Un viaje importante, a Nueva York otra vez, creo. Va muy a menudo, pero no recuerdo que mencionara qué iba a hacer allí.

—De acuerdo. Gracias, mamá. Seguramente estará en Nueva York. Esperaré un par de días y lo llamaré cuando haya regresado.

—Hazlo, Alan. Y que no se te olvide: Roy es un buen chico. No sé por qué no os habéis llevado mejor.

—Nos llevamos de maravilla, mamá, sólo que nos movemos en círculos distintos. ¿Qué tal está papá?

—Como siempre. —Banks oyó la voz apagada y el crujir del *Daily Mail* de su padre, el periódico que leía sólo para poder quejarse de los conservadores—. Te manda saludos.

—De acuerdo, dale saludos de mi parte... —dijo Banks—. Muy bien, cuidaos. Os llamo pronto.

—Eso espero —replicó su madre.

Banks colgó y volvió a llamar a los dos números de Roy, pero no obtuvo respuesta. Decidió que de ningún modo iba a esperar días, ni siquiera horas. En circunstancias normales, y por lo que Banks sabía, si su hermano no devolvía las llamadas era porque se encontraba tomando el sol en California o en el Caribe con una mujer hermosa a su lado. Ése era Roy, con su actitud de ser la persona más importante del mundo. La filosofía de Roy era que todo en la vida podía resolverse con una sonrisa y un fajo de billetes. Pero esto era diferente, esta vez Banks había percibido miedo en la voz de su hermano.

Borró el mensaje del contestador automático, metió unas cuantas

prendas, el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar en una bolsa de viaje. Comprobó que las luces estuvieran apagadas y desenchufó los aparatos eléctricos. Después salió y cerró la puerta. No descansaría hasta resolver el extraño silencio de Roy, así que lo mejor era conducir hasta Londres y averiguar por su cuenta qué ocurría.

Después de comer, el comisario Gristhorpe convocó a sus detectives en la sala de reuniones de la Jefatura de la Región Oeste. La inspectora Annie Cabbot, el sargento Hatchley, el coordinador de la escena del crimen sargento Stefan Nowaky y los detectives Winsome Jackman, Kev Templeton y Gavin Rickerd tomaron asiento en las sillas de respaldo duro bajo la atenta mirada de antiguos magnates de la lana, retratados con camisas almidonadas y caras de color rosado. Sobre la mesa oscura y lustrosa, junto a tazas de porexpan con té y café, yacían apuntes y carpetas ordenados pulcramente en pilas; en un tablero de corcho estaban colgadas las instantáneas Polaroid que Peter Darby había tomado en la escena del crimen. En la sala hacía calor y el aire estaba cargado desde hacía rato, por lo que el pequeño ventilador que Gristhorpe encendió no sirvió de mucho.

Cuando la investigación se pusiera realmente en marcha se designarían más efectivos, pero aquellos siete policías constituían el equipo base. Gristhorpe actuaría como oficial a cargo de la investigación y Annie, que haría casi todo el trabajo de campo, sería la ayudante y oficial administrativo. Rickerd sería el jefe de oficina, responsable de la organización y la dirección del «cuartel general de la investigación». Hatchley se encargaría de recibir toda la información, valorarla y, sólo entonces, pasarla a la base de datos informatizada. Winsome y Templeton asumirían el trabajo de calle: pesquisas y toma de declaraciones. Más tarde se suMarian otros efectivos —lectores de declaraciones, adjudicadores de tareas, investigadores y demás—, pero ahora lo más importante era definir el equipo y ponerlo en marcha. Ya no se trataba de una muerte sospechosa: Jennifer Clewes —si ése era el verdadero nombre de la víctima— había sido asesinada.

Gristhorpe se aclaró la garganta, barajó sus papeles y arrancó pidiéndole a Annie un resumen de los hechos, que ella resumió cuanto pudo. Entonces Gristhorpe se volvió hacia el sargento Stefan Nowak.

—¿Qué dicen los peritos forenses?

—Todavía es muy pronto —repuso Stefan—, así que lo único que puedo ofreceros son los datos que no tenemos.

—Continúa.

—Bien, la superficie del camino estaba seca, así que no hay huellas de neumáticos identificables de otros vehículos. Tampoco hemos hallado otras pruebas físicas: ni colillas, ni cerillas descartadas, ni nada por el estilo. En la parte exterior del coche hay multitud de huellas, por lo que Vic Manson va a tardar lo suyo en identificarlas todas. Y podrían ser de cualquiera.

—¿Y en el interior del coche? —preguntó Gristhorpe.

—Ahora mismo está en el garaje de la policía, comisario. Esta tarde sabremos algo. Sin embargo hemos averiguado una cosa.

—¿Y bien?

—Al parecer el coche fue obligado a salirse del camino. El guardabarros izquierdo golpeó contra el cercado de piedra.

—Pero el derecho no sufrió daño alguno, al menos yo no lo vi —intervino Annie.

—Es cierto —asintió Stefan—. Quien lo sacara del camino no lo hizo por contacto físico. Es una pena. Hubiéramos conseguido restos de pintura muy interesantes.

—Seguid buscando —dijo Gristhorpe.

—El otro conductor —continuó Stefan— debió de cerrarle el paso por delante desde la izquierda, en vez de acercársele de costado.

—¿Que harías tú, si fueras una mujer que viaja sola de noche por un camino comarcal desierto y por detrás se te aparece un coche a toda velocidad? —dijo Gristhorpe.

—Pues yo me largaría como alma que lleva el diablo. O reduciría la marcha y dejaría que el coche me adelantara para después mantenerme a distancia.

—Exacto. Sólo que en este caso, él la obligó a salirse al arcén.

—¿Y la palanca de cambios? —intervino Annie.

—¿Qué? —dijo Gristhorpe.

—La palanca de cambios —insistió la inspectora—. Ella intentaba escapar, intentaba arrancar marcha atrás.

—Eso parece —dijo Stefan.

—Pues no fue lo bastante rápida —dijo Annie.

—No. Se le paró el motor.

—¿Crees que podrían haber sido dos? —dijo Annie.

—¿Por qué? —interrumpió Gristhorpe.

Stefan miró a Annie. Era asombroso cómo los pensamientos de ambos tomaban el mismo rumbo.

—Creo que lo que la inspectora Cabbot quiere decir —contestó Stefan— es que si el asesino tuvo que poner el freno de mano, desabrocharse el cinturón y desenfundar el arma antes de salir, le habría dado unos segundos valiosísimos a la víctima.

—Efectivamente —dijo Annie—. Aunque creo que exageramos al suponer que un asesino cumple la ley a pies juntillas y usa el cinturón de seguridad. Además, pudo haber tenido el arma a mano y no haber apagado el motor. Ahora bien, si en el coche había alguien que pudiera salir de un salto, alguien situado en el asiento de atrás, por ejemplo, sin cinturón que desabrochar y con el arma preparada, entonces la víctima no habría tenido tiempo de recuperarse del shock y escapar marcha atrás. Y es muy probable que le entrara el pánico.

—Hmmm, es interesante... y posible —dijo Gristhorpe—. Pero también consideraremos otras opciones. ¿Algo más?

—La verdad es que no —dijo Stephan—. La víctima ha sido trasladada al depósito de cadáveres y el doctor Glendenning ha dicho que podrá realizar la autopsia esta tarde. Por ahora, la causa de la muerte sigue siendo una única herida de arma de fuego por encima de la oreja derecha.

—¿Sabéis qué arma era?

—No hemos encontrado cartuchos, así que o el asesino es listo y los recogió antes de largarse o utilizó un revólver. A ojo de buen cubero, diría que era de calibre veintidós. Un proyectil más grande hubiera hecho otro orificio al salir. —Stefan hizo una pausa—. Puede que por aquí no tengamos mucha experiencia con heridas de bala,

pero nuestra experta, Kim Grainger, conoce su oficio. Y eso es todo, comisario. Lamento que no podamos serle de más utilidad.

—Todavía es muy pronto. Seguid trabajando, Stefan —dijo Gristhorpe y, dirigiéndose al resto del grupo, añadió—: ¿Alguien ha verificado la identidad de la mujer?

—Todavía no —dijo Annie—. Me he puesto en contacto con la comisaría de Lambeth Norte. Y resulta que el inspector encargado de la zona de Kennington es David Brooke, un viejo amigo mío. Brooke ya ha mandado a un par de agentes al domicilio de la víctima. No han encontrado a nadie, pero siguen vigilándolo.

—¿No se ha denunciado el robo del coche?

—No, comisario.

—Así que es muy posible que el titular del vehículo sea la persona que hallamos muerta dentro...

—Efectivamente. A no ser que no se haya constatado su ausencia o que le prestara el coche a una amiga.

—¿Estamos seguros de que iba sola en el coche? —preguntó Gristhorpe.

—No —dijo Annie dirigiendo la mirada a Stefan—. Pero supongo que los muchachos del garaje nos ayudarán a averiguarlo.

—Puede —asintió Stefan.

—¿Alguien comprobó si está fichada?

—Sí, comisario —dijo Winsome—. Pero no aparecen ni su nombre, ni su huella dactilar, ni su descripción. Nada. Si alguna vez cometió un crimen, no la pillamos.

—No sería la primera vez —dijo Gristhorpe—. Muy bien, prioridad número uno: averiguad quién era y por qué estaba en ese camino comarcal. Supongo que estamos investigando puerta por puerta en la zona del incidente, ¿no?

—Sí, comisario —dijo Annie—. El problema es que la zona no está habitada. Como usted bien sabe, ocurrió de madrugada y en un tramo desierto del camino que va de la A1 a Eastvale. Hemos enviado efectivos a tomar declaración casa por casa, pero por allí no hay nada. A un kilómetro y medio hay un puñado de apartamentos de veraneo y alguna que otra granja. Hasta ahora no hemos averiguado nada.

—¿Nadie oyó el disparo?

—No que sepamos.

—Entonces escogieron el lugar ideal para asesinarla —comentó Gristhorpe rascándose la barbilla.

Por la sombra de barba que Annie pudo ver, aquella mañana no se había afeitado y tampoco había peinado su mata de pelo rebelde. A veces, cuando se imponía la urgencia de una investigación de homicidio, la pulcritud quedaba relegada a un segundo plano. Por lo menos para los hombres. Kev Templeton era demasiado vanidoso para lucir otro aspecto que el habitual: engominado, atlético y a la última moda, además de ser tan *cool* que tiraba para atrás. Jim Hatchley había seguido el ejemplo de Gristhorpe. Gavin parecía uno de esos tipos raros cuyo hobby es apuntar los números de las locomotoras y de los vagones, incluso llevaba unas gafas cortesía de la Seguridad Social partidas por el medio y pegadas con una tirita. Winsome iba inmaculada con sus pantalones de raya diplomática azul marino y chaleco a juego, sobre una blusa que dejaba al descubierto su escote. Annie, por su parte, se sentía fuera de lugar con aquel vestido liso de tonos pastel y su americana de lino. Se notaba pegajosa por el sudor, aunque esperaba que no se notase.

De pronto se percató de que estaba garabateando una caricatura de Kev Templeton vestido al estilo de los años setenta, con peinado afro y camisa ajustada. Se reprendió por lo fácil que le resultaba desconcentrarse últimamente, hizo a un lado sus divagaciones sobre la moda y se centró en lo que les ocupaba, Jennifer Clewes. Sin embargo, se dio cuenta de que Gristhorpe le había hecho una pregunta que ella no había escuchado.

—¿Cómo ha dicho, comisario?

Gristhorpe frunció el ceño.

—Preguntaba si sabemos de dónde procedía la víctima.

—No, comisario.

—Entonces deberíamos recorrer todos los talleres mecánicos nocturnos, las tiendas que abren hasta la madrugada y ese tipo de sitios.

—Si la víctima es realmente Jennifer Clewes —continuó Annie intentando compensar su distracción—, es muy probable que viniera

de Londres. El camino que transitaba sale y vuelve a entrar a la A1, que a su vez conecta con la M1, lo cual lo hace todavía más factible.

—¿Empezamos por las áreas de servicio de la autopista? —preguntó Kevin Templeton.

—Buena idea, Templeton —dijo Gristhorpe—. De eso te encargarás tú.

—¿No sería mejor que lo hiciera la policía local, comisario?

—Llevaría mucho tiempo y coordinación. Necesitamos resultados rápidos. Es mejor que lo hagas tú, esta misma noche.

—Nada me apetece más que subir y bajar por la M1 probando las delicias gastronómicas locales —gruñó Templeton.

—Pues la idea fue tuya —sonrió Gristhorpe—. Además, he Oldo que por Woodall hacen unos *panini* bastante aceptables. ¿Algo más?

—La agente Jackman mencionó que hace unos meses hubo un crimen similar —dijo Annie.

Gristhorpe miró a Winsome levantando las cejas.

—¿Es cierto eso?

—Sí, comisario —respondió Winsome—. Comprobé los detalles. Aunque ambos casos no son tan similares como me parecieron a primera vista.

—Creo que nos gustaría oírlos de todos modos.

—Ocurrió a finales de abril, el veintitrés. El nombre de la mujer era Claire Potter, de veintitrés años, del norte de Londres. Partió un viernes alrededor de las veinte horas para visitar a unas amigas en Castleton. Nunca llegó. Un conductor encontró su coche en la cuneta de un camino tranquilo al norte de Chesterfield y el cuerpo fue hallado a la mañana siguiente en las inmediaciones. Había sido violada y apuñalada. Aparentemente, su perseguidor echó el coche de la víctima a la cuneta. El patólogo encontró en torno a la boca de la víctima restos de cloroformo y las típicas quemaduras que éste produce.

—¿Dónde fue vista por última vez?

—En la gasolinera de Trowell.

—¿No se encontró nada en las cámaras de circuito cerrado del área de servicio? —dijo Gristhorpe.

—Al parecer no, comisario. Tuve una charla con el inspector Gifford

de la Brigada de Investigación Criminal de Derbyshire y me dio la impresión de que llegaron a un callejón sin salida. No hubo testigos ni en la cafetería ni en el taller mecánico. Nada.

—El modus operandi también es diferente —señaló Annie.

—Sí —dijo Gristhorpe—. A Jennifer Clewes no la apuñalaron, le dispararon y, que sepamos, no sufrió agresiones sexuales. ¿Crees que están relacionados, detective Jackman?

—Hay ciertos parecidos, comisario —reflexionó Winsome—. Las posibles paradas en áreas de servicio, que los coches fueran sacados de la carretera a la fuerza y que ambas fueran jóvenes. Puede haber muchas razones por las que esta vez no haya agredido a su víctima: desde entonces pudo haber adquirido un arma de fuego, o quizá no disfrutara al apuñalarla por resultarle demasiado cercano, demasiado íntimo.

—Muy bien —dijo Gristhorpe—, buen trabajo. También tendremos en cuenta esta posibilidad. Lo último que queremos es dejar escapar a un asesino en serie porque no vimos la conexión entre ambos casos. Supongo que os conectaréis a HOLMES...

—Efectivamente —respondió Winsome.

HOLMES era el sistema de investigaciones de gran espectro del Ministerio del Interior, una herramienta esencial en cualquier investigación de envergadura. Hasta el dato más insignificante se introducía en el sistema y después HOLMES establecía vínculos; vínculos tan sutiles que podrían pasársele por alto incluso a un agente bien entrenado.

—De acuerdo —concluyó Gristhorpe poniéndose en pie—. Muy bien, Annie...

Alguien llamó a la puerta y Gristhorpe le indicó que pasara.

Plantada ante ellos estaba la doctora Wendy Gauge, la nueva y enigmática ayudante del doctor Glendenning. Estaba tan serena como siempre y tenía la misma sonrisa misteriosa y contenida que esbozaba en la mesa de autopsias inclinada sobre un cadáver. Se rumoreaba que el patólogo la preparaba para sucederle cuando se jubilara. Annie tenía que admitir que Gauge era buena.

—¿Qué ocurre? —dijo Gristhorpe.

Wendy Gauge se aproximó.

—Acabo de llegar del depósito de cadáveres. Estábamos quitándole la ropa a la víctima y en el bolsillo trasero de su pantalón encontramos esto.

La doctora le entregó un trozo de papel arrancado de una libreta cuadriculada, cuidadosamente protegido por un sobre de plástico transparente.

—El asesino debió de llevarse todo lo que había en el coche —prosiguió Gauge—. Pero claro, los pantalones de la víctima eran muy ajustados y, bueno... estaba sentada sobre la prueba.

Annie hubiera jurado que la doctora se había ruborizado.

Gristhorpe fue el primero en examinar el trozo de papel. Tras hacerlo, frunció el ceño y lo deslizó sobre la mesa para que lo vieran los demás.

Annie no podía creer lo que veía en el papel. Al lado de un mapa rudimentario con indicaciones para salir de la autovía y llegar a Helmthorpe, constaban un nombre y una dirección garabateados en tinta azul:

Alan Banks
Newthorpe Cottage
Beckside Lane
Gratly, junto a Helmthorpe
Yorkshire Norte

Mientras en Eastvale sus compañeros empezaban a especular qué hacían su nombre y dirección en el bolsillo trasero de la víctima, Banks ya había llegado a Londres y se abría camino por el tráfico del sábado al mediodía, entre restaurantes elegantes y concesionarios de Maserati, en dirección a casa de su hermano Roy, en South Kensington, al este de Gloucester Road. Hacía años que Banks no circulaba por Londres y las calles parecían más atestadas que nunca.

Al atravesar el arco de ladrillo que daba al amplio patio adoquinado de la antigua caballeriza, donde aparcó, Banks se dio cuenta de que nunca había estado en casa de su hermano. Se apeó y contempló el exterior de ladrillos encalado, el garaje agregado junto a la puerta de entrada y, por encima, un amplio ventanal. Parecía una casa

pequeña, pero eso no significaba nada. Según los precios actuales del mercado, una vivienda como ésa y en ese barrio valdría por lo menos ochocientas mil libras, quizás un millón, cien mil de las cuales correspondían al privilegio de que junto a la dirección apareciera la palabra «caballeriza».

Las casas estaban pegadas unas a otras, pero todas se diferenciaban en algún detalle: la altura, la fachada, el estilo de las ventanas, el garaje, las puertas o los balcones de hierro forjado. A pesar de encontrarse a la vuelta de la esquina del bullicio de la gran ciudad, se percibía una calma y un encanto casi rural. Había viviendas en los tres lados de aquel callejón sin salida. El arco de ladrillo rojo conducía a la calle principal y era tan estrecho que sólo admitía un coche, lo que ayudaba a aislar el patio de caballerizas del mundo exterior. Detrás de las casas, un poco más allá, asomaban una torre de apartamentos y una lejana hilera de grúas que, encaramadas como extrañas aves de presa, estropeaban un cielo limpio.

Puesto que la mayoría de casas tenían sus garajes, en el patio apenas había vehículos aparcados. Los pocos visibles eran BMW, Jaguars y Mercedes, junto a los cuales el viejo Renault de Banks parecía un pariente caído en desgracia. No era la primera vez que el inspector se planteaba cambiar de coche. Era una mañana cálida de junio, más cálida aquí, en el sur de Inglaterra que en el norte. Banks se quitó la chaqueta y se la echó por encima del hombro.

Lo primero que hizo fue comprobar la dirección con la de su libreta. Luego pulsó el timbre y esperó. No hubo respuesta. «Puede que el timbre no funcione —pensó Banks—, o puede que desde la planta de arriba sea imposible oírlo.» Pero enseguida recordó el timbrazo que escuchó en el mensaje de Roy. Banks continuó apretando el timbre, pero nadie le abrió. A través del arco de ladrillos se veía pasar de vez en cuando algún coche por Old Brompton Road, pero por lo demás la zona estaba tranquila. Después de llamar por última vez, Banks giró el pomo de la puerta y ésta se abrió. Banks no podía creérselo. Roy era un obseso de la seguridad, un fiero protector de sus pertenencias. Desde siempre. Una de las primeras cosas que su hermano hizo en su infancia fue ahorrar la paga y comprar un

candado para el cajón donde guardaba sus juguetes. Y que se anduviera con cuidado quien osase tocar su bicicleta o su ciclomotor.

Banks examinó la cerradura y vio que era del tipo fijo, lo cual significa que requería introducir la llave para abrirla y cerrarla. Detrás de la puerta, en el suelo, vio una copia del *Times* de aquella misma mañana, algunas cartas —facturas y propaganda— y, en el interior del vestíbulo, el panel de un sistema de alarma contra robos, aunque sin activar.

A la izquierda se abría un salón pequeño, muy parecido a una sala de espera de la consulta de un médico: un sofá, dos sillones beige y una pila ordenada de revistas sobre la mesa de centro baja con encimera de cristal. Banks las ojeó: negocios y alta tecnología en su mayoría. En la parte trasera de la casa, entre el salón y la cocina, se extendía un estrecho corredor. Al comienzo de éste, una puerta a la derecha llevaba al garaje. Banks echó una ojeada y vio aparcado el Porsche 911 de Roy. Estaba cerrado con llave y con el capó frío.

De nuevo en la casa, Banks entró por una puerta que conducía a una escalera estrecha. Llamó a su hermano, pero no obtuvo respuesta. La casa estaba en silencio salvo por la infinidad de ruidos diarios que solemos ignorar: el tráfico lejano, el zumbido de la nevera, el tictac de un reloj, algún grifo que gotea, los crujidos de la madera vieja. Banks se estremeció. No supo a qué se debía, pero sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Era miedo. Estaba seguro de que no había nadie en la casa, pero podrían estar vigilándola. Con los años Banks había aprendido a fiarse de sus instintos, aunque no siempre les hiciera caso. Pero tenía la sensación de que debía ser más cauteloso.

Entró en la cocina, que aparentemente sólo había sido usada para hacer tostadas y té. Toda la planta baja —salón, pasillo y cocina— estaba pintada en distintos tonos de azul y gris. El olor a pintura indicaba que lo habían hecho hacía poco. Decoraban el pasillo dos fotografías enmarcadas, realizadas en blanco y negro de alto contraste. Una mostraba a una mujer desnuda hecha un ovillo sobre una cama; la otra un barrio obrero de casas adosadas de ladrillo que se extendían sobre una colina hasta llegar a una fábrica con chimeneas humeantes, los adoquines y techos de pizarra reluciendo

tras el chaparrón. Banks se sorprendió. No sabía que a Roy le interesara ni la fotografía, ni ningún otro tipo de arte. Lo cierto era que se había distanciado de su hermano y apenas le conocía.

El mobiliario de la cocina consistía en una mesa de madera rústica y dos sillas a juego, rodeadas por el típico conjunto de encimera, tostadora, nevera, horno y microondas. Aparte de una botella de Amarone abierta y vuelta a tapar, la mesa estaba despejada. Pero medio escondido tras la botella había un móvil. Era un modelo caro, de los que reciben y envían imágenes digitales, y todavía le quedaba mucha carga a la batería. Banks revisó el buzón de voz y las funciones de correo, pero los únicos mensajes que encontró fueron los suyos. ¿Era su hermano el tipo de persona que en circunstancias normales se olvidaría el móvil? ¿Especialmente cuando le había dejado ese mismo número a su hermano? Banks lo dudaba. Del mismo modo que dudaba que se hubiera dejado la puerta de su casa abierta o se hubiese olvidado de activar la alarma, a no ser que algo le hiciera perder la calma...

Sobre una de las encimeras había un botellero. Hasta Banks podía darse cuenta de que aquéllos eran claretes, *chiantis* y borgoñas de los caros. De un gancho que había encima del botellero colgaba un llavero y una de las llaves parecía la de un coche. Banks se las guardó en el bolsillo. Luego miró dentro de la nevera: margarina, un cartón de leche y un trozo de queso Cheddar mohoso, nada más. Eso lo confirmaba, Roy no era un gourmet. En Old Brompton Road sobraban los buenos restaurantes y Roy podía permitirse comer fuera. La puerta trasera estaba cerrada con llave y la ventana daba a un pequeño patio y al callejón de atrás.

Antes de subir a la primera planta Banks entró en el garaje para comprobar si la llave de la argolla era la del Porsche. Tal como había sospechado, lo era. Abrió la puerta del conductor y entró.

Nunca antes se había sentado en un vehículo así. El lujoso tapizado de cuero era suave como el abrazo de una amante y a Banks le entraron ganas de girar la llave y largarse a dar una vuelta.

El interior del coche olía a limpio, a nuevo, a ese aroma caro que emana del cuero. Por lo que alcanzó a ver, en el asiento trasero no había ni paquetes vacíos de patatas fritas en el suelo, ni latas de

refrescos, ni envoltorios de celofán. Tampoco encontró uno de esos chismes GPS que le indicara cuál había sido él último destino de su hermano. En el compartimiento de la puerta encontró un pequeño mapa de carreteras del Automóvil Club abierto, el lado superior izquierdo de una página correspondía a Stratford-upon-Avon, el inferior derecho a Reading. Nada más, salvo el manual del vehículo y algunos CD de música, clásica en su mayoría. Banks se apeó y revisó el maletero. Vacío.

A continuación subió a la planta superior. Era mucho más amplia ya que se extendía sobre la superficie del garaje. Al final de la escalera se encontró con un descansillo desde el que se accedía a cinco puertas. La primera llevaba al lavabo, la segunda a un cuarto de baño moderno, con ducha a presión y bañera de hidromasaje. Allí vio los objetos habituales para el afeitado y la higiene dental, aspirinas, antiácidos y una variedad mucho mayor de champúes, lociones para el cuerpo y acondicionadores de la que su hermano pudiera necesitar. Y a no ser que Roy se depilara las piernas, tampoco necesitaba la cuchilla rosa que descansaba junto al bote de gel para pieles sensibles.

Al fondo había un dormitorio luminoso y sencillo, empapelado con un estampado floral. Una cama de matrimonio, edredón, mesitas de noche y un pequeño armario lleno de ropa y zapatos, todo inmaculado. Banks pudo ver que la ropa de Roy abarcaba desde prendas de sport caras hasta trajes de negocios, también caros: Armani, Hugo Boss y Paul Smith. También había algunas prendas femeninas, incluido un vestido de verano, uno negro de noche, unos vaqueros Levi's, un buen número de camisetas de manga corta y varios pares de zapatos y sandalias.

En los cajones aparecieron joyas, condones, tampones y una mezcla de ropa interior masculina y femenina. Banks no sabía si Roy se travestía, pero asumió que aquellas prendas debían pertenecer a su novia. Puesto que la parafernalia femenina no era tanta como para deducir que la mujer vivía en casa, Banks concluyó que la ropa y los objetos del baño debían ser para las noches que se quedaba a dormir allí.

Banks recordó a la joven que acompañaba a Roy la última vez que

se vieron. Tendría unos veinte años, tímida, cabello negro corto, enmarañado y con mechones rubios, piel pálida, cara bonita y ojos del mismo color y brillo que las castañas en octubre. Llevaba un piercing justo debajo del labio inferior y vestía unos vaqueros y un jersey peludo corto que dejaba a la vista unos cinco centímetros de abdomen liso y un piercing en el ombligo. Banks recordó que estaban comprometidos. Ella se llamaba Colleen o Connie, o algo parecido. Quizá la chica supiera dónde se encontraba Roy. Sería sencillo dar con ella por la agenda del móvil. Sin embargo, no tenía por qué seguir siendo la prometida de Roy, ni ser suya aquella ropa.

Junto al dormitorio había una habitación algo más grande que parecía ser el despacho, amueblada con archivadores, un ordenador de sobremesa, fax, impresora y fotocopiadora. De nuevo, todo estaba en perfecto orden. Nada de montones de papeles desordenados ni de post-it pegados sobre cualquier superficie, como ocurría en el lugar de trabajo de Banks. Excepto por un bloc de notas sin usar y un vaso vacío cuyos posos de vino tinto se habían cristalizado, la superficie del escritorio estaba despejada. En una librería justo encima del escritorio estaban las típicas obras de referencia: atlas, diccionario, etc.

No cabía duda de que Roy era ordenado. De hecho, Banks recordó que siempre lo había sido. De niño, después de usar sus juguetes los guardaba cuidadosamente en su caja y echaba el candado. Su habitación, incluso durante la adolescencia, era un modelo de pulcritud y orden. Hubiera podido ser militar. En cambio, la habitación de Banks era como los desastrosos dormitorios de adolescentes que visitaba en sus investigaciones de jóvenes desaparecidos. Banks sabía dónde se encontraban todas sus pertenencias —sus libros estaban ordenados alfabéticamente, por ejemplo—, pero nunca se preocupó por hacer la cama ni ordenar la montaña de ropa sucia del suelo. Ésa era otra de las razones por las que su madre siempre prefirió a Roy.

Banks se preguntó si obtendría alguna pista de su hermano en el ordenador. Estaba frente a la pantalla plana del escritorio pero no encontraba la puñetera CPU por ningún lado, ni debajo del escritorio ni detrás, en la estantería. Encontró el teclado y el ratón, pero

pantalla, teclado y ratón no le servían sin la CPU. Hasta un novato como Banks sabía eso.

Dado el interés de Roy por la tecnología, Banks esperaba que tuviera un ordenador portátil, pero no logró dar con él y tampoco con la agenda electrónica. Banks recordó a Roy fanfarroneando con su nueva Palm en la fiesta del año anterior. Era uno de esos aparatejos que hace de todo excepto freír los huevos del desayuno.

Huelga decir que no encontró nada remotamente útil, como una agenda, por ejemplo. Seguramente Roy guardaba toda esa información en su ordenador y en su Palm, pero aparentemente ambos chismes habían desaparecido. Sin embargo, Banks tenía el móvil, que podría ser una valiosa fuente de números de teléfono.

Detrás de la mesa del ordenador, en la estantería, encontró una Nikon Coolpix 43000. Su Canon estaba muy lejos de la cámara de gama alta de Roy, pero sabía un poco de cámaras digitales. Consiguió encenderla y ver a través de la pantalla LCD, pero la cámara no tenía tarjeta de memoria y, por tanto, no había ninguna fotografía para ver. Buscó en las repisas de la estantería en busca de algún sistema de almacenamiento externo de imágenes, pero no encontró ninguno. Y comprendió que ése era otro rompecabezas más: allí no había ninguno de los accesorios que uno espera encontrar junto a un ordenador: ni un disco duro, copias de seguridad o CD. Todos ellos brillaban por su ausencia. Sólo quedaban allí la pantalla, el teclado, el ratón y la cámara digital vacía.

Pero había otro aparatejo más: un iPod de 40 gigas, otro de los juguetitos que Banks alguna vez pensó en adquirir. Escuchó por encima y al azar fragmentos de arias, por aquí y por allí un pasaje de obertura. Banks, que siempre había opinado que Roy era un poco ignorante, no sabía que su hermano fuera aficionado a la ópera. Quizá tuvieran algo en común después de todo. Por lo que recordaba, cuando él escuchaba a Dylan, The Who y los Rolling Stones, Roy se deleitaba con Herman's Hermits, un grupo de chicos buenos.

Uno de los temas con los que Banks se topó fue «El lamento de Dido», de *Dido y Eneas,* la obra de Purcell. Con un nudo en la

garganta y ese ardor de ojos que le sobrevenía cada vez que oía «Cuando yazca en la tierra», se quedó escuchando un poco más de lo necesario. Una súbita emoción se apoderó de él y se sorprendió. Era otra buena señal. Desde el incendio, apenas sentía nada y llegó a creer que ya no le quedaba nada con qué sentir. Era alentador que todavía quedara un rastro de su antiguo yo y que sintiera un poco de pasión por la vida. Buscó en el menú del iPod y encontró buena música: Bach, Beethoven, Verdi, Puccini, Rossini. También había todo un archivo del *Anillo de los Nibelungos;* pero nadie es perfecto, se dijo Banks, y Roy menos que nadie. Con todo, el buen gusto de su hermano fue una gran sorpresa.

El teléfono móvil era un miniordenador. Banks logró marcar el 1471 y averiguó que la última llamada entrante había sido la que él mismo le había hecho esa mañana antes de partir hacia Londres. Roy no había contratado el servicio extra que informaba de las últimas cinco llamadas entrantes. «Da lo mismo —se dijo Banks—, ya que seguramente habré hecho unas cinco llamadas.» El teléfono contaba con buzón de voz y, tras pelearse con los botones, Banks descubrió tres mensajes. Todos suyos. En las siguientes llamadas ni siquiera se había molestado en hablar.

Banks creyó oír un ruido en algún lugar de la casa. Se sentó, completamente quieto, y esperó. ¿Qué pasaría si Roy volvía y encontraba a su hermano revisando sus objetos personales? ¿Cómo se disculpa uno de algo así? Por otra parte, Banks se alegraría de ver a Roy y éste comprendería que su llamada había alarmado a su hermano el policía. Aun así, sería una situación embarazosa para ambos. Pasaron un par de minutos y no hubo más ruidos, por lo que Banks concluyó que debía de ser uno de tantos ruidos que hacen las casas viejas.

Abrió los cajones del escritorio. Los dos inferiores contenían carpetas llenas de facturas y viejas declaraciones de renta. Ninguna parecía extraña a primera vista. Los cajones de arriba estaban llenos del típico material de oficina: cinta adhesiva, gomas elásticas, clips, tijeras, blocs para apuntes, grapadoras y cartuchos para impresora.

El cajón del centro contenía bolígrafos y lápices de todas las formas y tamaños. Banks los separó con la mano y uno en particular le

llamó la atención. Era más grueso y corto que los demás, más plano y de sección rectangular en vez de redonda. Creyéndolo una suerte de rotulador, Banks lo cogió y le quitó el capuchón. No era un bolígrafo. Donde hubiera debido estar la punta sólo había un rectángulo de metal que aparentemente se enchufaba a algo, ¿pero a qué? A un ordenador, lo más probable. Banks lo volvió a tapar y se lo enganchó al bolsillo de la camisa.

La última de las puertas del rellano llevaba a un gran salón situado encima del garaje. Era la habitación con el ventanal que había visto desde la calle. La combinación de colores aquí era distinta: rojos y tierras, una gama de tonos que evocaba el desierto. También había marcos con fotografías en blanco y negro y Banks empezó a preguntarse si no sería Roy quien las hacía. No sabía si con una cámara digital podía hacer fotografías en blanco y negro de esa calidad, quizá fuera posible. Banks intentó recordar si a Roy le había interesado la fotografía, pero no se acordó. Por lo que sabía, Roy ni siquiera había pertenecido al club de fotografía de la escuela. Y eso que muchos chavales se apuntaban con la vana esperanza de que, algún día, el maestro hiciera entrar a hurtadillas a una modelo desnuda en clase.

Aquella habitación también estaba limpia y ordenada. No había ni una mota de polvo ni una taza abandonada. Banks dudaba de que Roy se encargara personalmente de la limpieza. Lo más probable era que contratase a una asistenta. Incluso las revistas de entretenimiento estaban apiladas paralelas al borde de la mesa, al estilo de Hércules Poirot. Un lujoso sofá cama se extendía bajo la ventana y en la pared opuesta colgaba una pantalla panorámica de plasma, de cuarenta y dos pulgadas, conectada a una parabólica y a un reproductor de DVD. Al estudiarlo más cuidadosamente Banks notó que el aparato también grababa. Bajo la pantalla había un *subwoofer,* un baile central y—ubicados estratégicamente en torno a la habitación— cuatro pequeños bailes para agudos. Era un equipo caro, uno de los que Banks había deseado a menudo poder permitirse.

Se acercó a la librería realizada a medida y paseó la vista por la colección de DVD y CD. Lo que vio le dejó desconcertado. Roy no se

interesaba por la última película de James Bond o de Terminator, ni por la pornografía ya sea con adolescentes o Jenna Jameson, si no por *81/2,* de Fellini, *Ran* y *Trono de sangre* de Kurosawa, *Fitzcarraldo* de Herzog, *El séptimo sello* de Bergman y *Los* 400 *golpes* de Truffaut. Y también había otras que incluso Banks podía llegar a disfrutar: *El Padrino, El tercer hombre, La naranja mecánica.* Pero en su mayoría eran obras de cineastas extranjeros, clásicos del cine. También vio diversas hileras de libros: ensayos de música, cine e incluso de filosofía, religión y política. Otra sorpresa más. Y en un pequeño hueco, una fotografía familiar enmarcada.

Banks estudió la colección de ópera en ambos formatos, DVD y CD: *La flauta mágica, Tosca, Otello, Lucia di Lammermoor* y otras. Y el ciclo de *El Anillo de los Nibelungos* interpretado por la Ópera de Bayreuth, el mismo que contenía el iPod. También había algo de jazz de los años cincuenta y varios musicales de Hollywood —*Oklahoma!, South Pacific* y *Siete novias para siete hermanos*—, pero nada de pop, excepto el álbum de debut de The Blue Lamps. Banks se alegró de que Roy hubiese comprado el disco de Brian, aunque seguramente no lo escuchara. Lo sacó de entre los demás y abrió la caja preguntándose cómo sonaría en el costoso equipo de música de Roy. Pero en vez del compacto azul que conocía, Banks se encontró con un disco regrabable que podía almacenar 650 megabytes o 74 minutos de música.

Banks se metió el CD en el bolsillo de la americana y tomó asiento en el sofá. Sobre el apoyabrazos había varios controles remotos. Cuando logró averiguar cuál de ellos correspondía a cada aparato, encendió la televisión y el amplificador para ver cómo sonaban en combinación. Era un partido de la liga europea: la imagen era realmente sensacional y la voz del comentarista sonaba tan fuerte que hubiera podido despertar a un muerto.

Banks apagó ambos aparatos y regresó al despacho.

Cogió el bloc del escritorio y un bolígrafo del cajón, y se los llevó consigo a la cocina. Se sentó y, por si Roy regresaba, redactó una nota donde le explicaba que había entrado en la casa, que regresaría y que por favor se pusiera en contacto con él.

Banks deseó tener su móvil para poder dejarle un número de

contacto, pero se lo había olvidado en la mesa de su apartamento, junto al reproductor de CD portátil. En los últimos meses había perdido la costumbre y apenas lo cogía. Después cayó en la cuenta de que podía usar el móvil de Roy y además aprovecharía para revisar el contenido de la agenda. ¿Por qué no utilizarlo? Si Roy lo necesitaba, así al menos tendría forma de ponerse en contacto. Banks añadió eso como posdata a la nota y después se guardó el móvil en el bolsillo. Al salir probó la llave que tenía más pinta de ser la de la entrada y vio que encajaba.

3

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó Gristhorpe.

Él y Annie estaban sentados en el amplio despacho alfombrado del comisario, solos; el trozo de papel cuadriculado sobre el escritorio, entre ambos. Aquella letra no era la de Banks, de eso Annie estaba segura. Todo le resultaba un acertijo. Nunca antes había visto a la víctima ni había Oldo a Banks mencionar a ninguna Jennifer Clewes, pero lógicamente comprendía que eso no tenía por qué significar nada. En primer lugar, ése podía no ser el verdadero nombre de la víctima. En segundo lugar, Banks hubiera podido estar ocultándole muchos aspectos de su vida, incluida una nueva novia. Pero si la muerta era su novia, ¿por qué iba a necesitar dirección e indicaciones? Quizá nunca antes lo había ido a visitar a Gratly.

¿Sería la víctima una nueva amante de Banks? Annie lo dudaba. Por cómo se estaba comportando últimamente—retraído, malhumorado, poco comunicativo— le iba a resultar difícil conseguir una novia nueva. ¿Qué mujer iba a querer meterlo en su vida en ese estado? Annie sabía que la edad nunca era un impedimento para un hombre, pero aun así, la muerta hubiera podido ser su hija. Y lo más importante, la chica había acabado con una bala en la cabeza. Banks tenía su lado oscuro y Annie lo conocía de sobra, pero no era tan oscuro como para ser letal.

—No sé qué decirle, comisario. La explicación más probable es que la letra sea la de la propia víctima. Quizás apuntó la dirección mientras hablaba por teléfono. Pero lo sabremos con certeza cuando consigamos una muestra de la caligrafía de Jennifer Clewes.

—¿Has podido comunicarte con el inspector jefe Banks?

—No está en su casa y tiene el móvil desconectado. Ya le he dejado varios mensajes.

—Entonces esperemos que reciba alguno de ellos y que nos llame. Me interesa saber por qué una mujer que conduce desde Londres para verle acaba con una bala en la cabeza.

—Puede estar en cualquier parte —dijo Annie—, al fin y al cabo

está de vacaciones.

—¿No te comentó adónde iba?

—Últimamente no me comenta nada, comisario.

Gristhorpe frunció el ceño y se rascó la barbilla, después se reclinó en su gran sillón acolchado y cruzó las manos por detrás de la cabeza.

—¿Cómo le va a Banks últimamente?

—Soy la última persona que se lo preguntaría, comisario. No hemos hablado mucho desde el incendio.

—Creí que erais amigos.

—Eso espero. Pero ya conoce a Alan, si no le apetece hablar es difícil obligarlo. Creo que todavía me culpa por lo ocurrido, por el incendio y todo lo demás. Después de todo, Phil Keane era mi novio. Sea cual sea la razón, últimamente anda muy callado. Si he de serle honesta, creo que se debe a que sufre una depresión.

—No me sorprende. A veces pasa después de una enfermedad o de un accidente. Y todo lo que se puede hacer es esperar hasta que se disipe la niebla. ¿Y a ti, cómo te va?

—¿A mí? Yo estoy bien, comisario. Haciendo frente a la situación.

Annie era consciente de lo tensa y poco convincente que sonaba su voz, pero no podía evitarlo. De hecho estaba haciendo frente a la situación, si se podía describir de ese modo: no estaba deprimida en absoluto, pero sí dolida, enojada y un poco distraída.

Gristhorpe le sostuvo la mirada el tiempo suficiente para hacerla sentir incómoda y luego dijo:

—Necesitamos saber por qué la víctima tenía la dirección de Alan en el bolsillo del pantalón. Y ella no nos lo va a explicar.

—Está la compañera de piso, comisario —dijo Annie—. Los agentes de Lambeth Norte se cansaron de esperar fuera y entraron a echar un vistazo. Jennifer Clewes compartía casa con una joven llamada Kate Nesbit. Por lo menos las cartas llegan a nombre de Kate Nesbit y Jennifer Clewes.

—¿Han hablado con esa compañera de piso?

—No estaba en casa.

—¿Trabajando?

—¿Un sábado? Puede ser. O puede haberse ido a pasar el fin de

semana fuera.

Gristhorpe miró su reloj.

—Será mejor que vayas a Londres, Annie —dijo—. Hazle saber a tu viejo amigo de Kennington que vas de camino. Encuentra a la compañera de piso y habla con ella.

—Sí, comisario. —Annie se puso en pie—. Hay algo más...

—¿Qué?

Annie hizo un gesto hacia al trozo de papel con renglones.

—Ésa es la dirección de Alan, es cierto. Pero no es la actual.

—Lo había notado —dijo Gristhorpe—. ¿Crees que podría ser importante?

—Verá, comisario, Alan lleva cuatro meses viviendo en el apartamento de la antigua casa de los Steadman. Se supone que cualquiera que lo conozca, que lo conozca relativamente bien, lo sabe. Lo que quiero decir es: si la víctima era su nueva novia, ¿por qué iba a darle la dirección antigua?

—Tienes razón —Gristhorpe se rascó un lado de la nariz.

—¿Qué considera que debemos hacer?

—¿Respecto al inspector jefe Banks?

—Sí.

Gristhorpe hizo una pausa.

—Dices que no contesta las llamadas...

—Efectivamente. Ni las que he hecho a su casa ni a las del móvil.

—Necesitamos encontrarlo lo antes posible, pero todavía no quiero hacerlo oficialmente. Haré que Winsome telefonee a su familia y amigos y que averigüe si alguien sabe dónde se encuentra.

—Yo pensaba pasar por el apartamento del inspector y luego por su casa. Ya sabe, sólo para echar un vistazo y asegurarme de que todo esté en su sitio.

—Buena idea —dijo Gristhorpe—. ¿Estás segura de que no te molesta ocuparte de esto?

Annie miró por encima del hombro.

—Por supuesto que no, comisario. ¿Por qué iba a molestarme?

Una vez en la calle, Banks llamó a la puerta de varios vecinos. Sólo uno de ellos contestó, un hombre mayor que vivía en la casa de enfrente.

—Lo vi entrar en casa de Roy —dijo el hombre—. Me preguntaba si debía llamar a la policía...

—Soy el hermano de Roy —dijo Banks y sacó sus credenciales—. Y además soy «la policía».

Aparentemente satisfecho, el hombre alargó la mano.

—Malcolm Farrow —dijo mientras Banks se la estrechaba—. Encantado de conocerle. Pase.

—No querría importunarle, pero...

—Olvídelo. Estoy jubilado, para mí los días son todos iguales. Pase y tomemos una copa.

Banks siguió a Farrow hasta un salón recargado de maderas oscuras y antigüedades. Éste le ofreció un brandy, pero Banks optó por una soda. Demasiado temprano para bebidas fuertes.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Banks? —preguntó Farrow.

—Por favor, llámeme Alan... He venido a ver a Roy.

—¿Qué pasa con Roy? Por cierto, ese hermano suyo es un tipo encantador. No podría tener un vecino mejor aunque lo escogiera personalmente, ¿sabe? Un tipo alegre, considerado, fenomenal.

—Es bueno saberlo.

A juzgar por cómo arrastraba ligeramente las palabras y el entramado de venas violetas de su nariz bulbosa, el anfitrión ya se había bebido una copa o dos.

—Me preguntaba si quizá sabe dónde ha podido ir —dijo Banks.

—¿Me está diciendo que todavía no ha regresado?

—Creo que no. ¿Usted lo vio marcharse?

—Sí. Se marchó anoche a las nueve y media. Yo estaba sacando al gato y lo vi salir.

«Eso fue justo después de la llamada», calculó Banks.

—¿Estaba solo?

—No, estaba con un hombre. Lo saludé y él me devolvió el saludo. Ya se lo dije, no podría tener un vecino más amable aunque lo hubiese elegido.

—¿Y pudo ver bien al otro hombre? —dijo Banks.

—Me temo que no. Verá, ya se estaba haciendo de noche y la iluminación de esta calle no es muy intensa. Además, si le soy sincero, mi vista ya no es lo que era.

«Y si además estabas en el estado en el que estás hoy —pensó Banks—, llevarías una borrachera de aquí te espero.»

—¿Recuerda algún detalle? Lo que sea...

—Pues el tipo era corpulento y de cabello rizado, rubio o canoso. Lo siento, sólo noté ese detalle. Y pude verlo porque al principio miró hacia aquí. Roy me daba la espalda.

—¿Y por qué le daba la espalda?

—Estaba cerrando con llave. Roy se preocupa mucho de la seguridad. Tal como están las cosas, debería importarnos a todos, ¿no cree?

—Supongo que sí —dijo Banks mientras se preguntaba por qué cuando él llegó la puerta estaba abierta y la alarma desactivada—. ¿Adonde fueron?

—Se subieron al coche aparcado delante de la casa de Roy y se marcharon.

—¿Qué clase de coche era?

—No se me dan muy bien las marcas. Hace años que no conduzco y he perdido el interés. Era de un tono claro, eso sí puedo asegurárselo, y bastante grande. Parecía caro.

—¿Y se marcharon sin más?

—Así es.

—¿Había visto antes al otro hombre?

—Puede ser, si era el mismo.

—¿Le visitaba a menudo?

—No diría que a menudo, pero le he visto en un par de ocasiones, generalmente después del anochecer. Así que no puedo mejorar la descripción que ya le he dado.

—¿Alguno de los dos llevaba algo?

—¿Cómo qué?

—Lo que fuera, una maleta, una caja de cartón.

—No, que yo viera.

Eso significaba que alguien en posesión de una llave había acudido más tarde y se había llevado los accesorios del ordenador de Roy.

—¿Vio o escuchó algo después de verlos marcharse?

—No, lo siento. Mi dormitorio está en la parte de atrás de la casa y a pesar de mi edad todavía duermo profundamente.

—Me alegra saberlo —dijo Banks.

—Oiga, ¿ocurre algo? ¿Por qué dice que Roy no ha vuelto a casa?

—Seguramente no es nada —dijo Banks para no preocupar a Farrow, luego dejó su vaso bajo de soda sobre la mesa y se puso en pie—. Ya sabe, habrán ido a algún pub y bebido de más. Seguramente ahora mismo estarán en la casa del otro tipo durmiendo la mona. Al fin y al cabo, hoy es sábado.

Banks se dirigió hacia la puerta.

—Supongo que lleva razón —dijo Farrow acompañándole—. Pero no es típico de él, sobre todo porque acababa de llegar.

Banks se detuvo en la entrada.

—¿Cómo ha dicho?

—Pues que Roy acababa de llegar unos diez o quince minutos antes, alrededor de las nueve y cuarto. Lo vi llegar y aparcar el coche en el garaje. La verdad es que parecía tener mucha prisa.

La llamada de Roy había quedado registrada a las 21:29, lo que significaba que Roy le había telefoneado poco después de llegar. ¿Dónde había estado? ¿Qué era lo que no podía comentarle por teléfono? Mientras hablaba alguien había llamado a su puerta y, unos minutos más tarde, Roy volvía a salir seguramente con el tipo que había pulsado el timbre. ¿Adonde se habrían marchado?

—Gracias por su tiempo, señor Farrow —dijo Banks—. No le importuno más.

—No me molesta. Si se entera de algo me lo hará saber, ¿verdad?

—Por supuesto.

«¿Por qué iba a molestarme?», pensó Annie mientras aparcaba en la cima de la colina y se encaminaba hacia la antigua casa del matrimonio Steadman. La relación amorosa con Banks era agua pasada, ¿qué importaba entonces que estuviera viendo a esa Jennifer Clewes? Exceptuando el hecho de que ella estaba muerta y él desaparecido.

Annie se detuvo un momento en el puente. Hacía uno de esos días de verano en los que el sol baña la tierra y la vida es muy sencilla. Sin embargo, para Annie tenía una cierta melancolía, como cuando las primeras manchas marrones muerden el borde de las hojas.

Entonces advirtió que sus pensamientos ya rodaban cuesta abajo hacia los problemas sin solución que la hostigaban.

Recordó que cuando Banks acababa de salir del hospital quiso decirle muchas cosas, explicarse, disculparse por haber sido tan estúpida, pero él no la permitió acercarse y ella dejó de intentarlo. Después continuaron trabajando juntos, como si entre ellos nunca hubiese sucedido nada importante.

Pero algo había ocurrido. Phil Keane, el novio de Annie, había intentado matar a Banks y había incendiado su casa. Annie y Winsome habían sacado al inspector a rastras justo a tiempo y le habían salvado la vida. Phil se había esfumado.

Oficialmente no había sido un error de Annie y nadie le echaba la culpa. ¿Cómo hubiera podido saberlo? Pero ella no paraba de repetirse que tendría que haberlo sabido. Debería haber reconocido los indicios. El propio Banks se lo había insinuado, pero ella lo atribuyó a sus celos. Annie nunca se había equivocado tanto al juzgar a una persona y una situación. Había jodido algunas relaciones, ¿quién no? Pero ni de lejos era comparable a lo que le había hecho a Banks. Y además la habían humillado total y completamente, y eso la enfurecía. Por Dios, ella era detective. Se suponía que su instinto debía prevenirla de gente como Phil Keane. Debería haberlo calado sin ayuda de nadie.

En cierto modo, lo ocurrido era peor que la violación que sufrió tres años atrás. La traición de Phil Keane había sido una violación emocional absoluta y le había dejado el alma tocada. Porque, aunque ella no quisiera admitirlo, lo había amado. En cambio ahora, sólo pensar que pudiera acariciar su cuerpo, darle placer, penetrarla, le revolvía el estómago. ¿Cómo no vio lo que se escondía detrás de su amabilidad, de su encanto, de su inteligencia aguda y de aquella energía y entusiasmo por la vida que la habían hecho sentirse —a ella y a todo el que estuviera en presencia de Phil— especial, señalada, agraciada?

Ahora sabía que bajo el encanto yacía una oscuridad inconmensurable, impenetrable: la falta de conciencia del psicópata fusionada con la codicia que impulsa al ladrón corriente, además de un amor al riesgo y al goce añadido de engañar y humillar porque sí.

Pero ¿era esa capacidad para el engaño un rasgo superficial? Cuanto más pensaba en ello, más se convencía de que el encanto de Phil no era un simple barniz, sino algo profundamente arraigado en su ser, un tumor inseparable de la malicia que llevaba dentro. No se podía rascar la superficie y ver la terrible verdad que había debajo: en él la superficie era tan real como todo lo demás.

«Pensamientos como ésos deberían estar prohibidos en un día tan bello como éste», se reprochó Annie, intentando frenar la ira que, como la bilis, le subía por la garganta cada vez que pensaba en Phil y los acontecimientos del invierno anterior. Desde entonces, ella le buscaba. Leía cada circular aburrida, cada memorándum policial que antes ignoraba. Ahora estudiaba minuciosamente los periódicos y la televisión en busca de alguna pista —algún incendio inexplicable, algún hombre de negocios estafado, alguna mujer utilizada y abandonada—, cualquier cosa que encajara con el perfil que ella había trazado en su mente. Pero después de casi seis meses sólo se había topado con una pista falsa, un incendio en Devizes que resultó ser obra de un fumador descuidado. Phil andaba suelto y tarde o temprano haría su jugada. Y cuando lo hiciera, Annie lo atraparía.

Un chaval con pantalones cortos y el torso desnudo estaba sentado pescando a orillas del arroyo Gratly. «Va a necesitar mucha suerte para pescar algo en unas aguas tan rápidas», pensó Annie. El chaval la saludó con la mano cuando vio que ella le observaba. Annie le devolvió el saludo y se dirigió rápidamente hacia la casa de los Steadman.

Después de revisar el apartamento y la casa de campo de Banks, Annie debía marcharse a toda prisa a Darlington y coger un tren a Londres. Si todo iba bien, el de las tres y veinticinco la dejaría en King’s Cross apenas pasadas las seis. Era más rápido que ir en coche. Además, Annie no tenía ganas de sortear el tráfico del centro de Londres y atravesar la ciudad hasta Kennington, en la ribera sur del río. Dejaría su coche en la estación de Darlington.

Annie pasó frente a la pequeña capilla y el cementerio cubierto de maleza de los sandemanianos. Luego tomó el camino que llevaba a los apartamentos para veraneantes. Las dos casas habían sido remodeladas en una sola y los interiores reformados, para dar lugar

a cuatro apartamentos con cocina y cuarto de baño propios, dos en la primera planta y dos en la planta baja. Ella sabía que una de las ventanas daba al cementerio porque Banks le había mencionado lo apropiado que resultaba. Pero Annie no había entrado; nunca la había invitado.

Pese a saber que era inútil, Annie pulsó el timbre de Banks. Una mujer con cara de cansada y con un bebé en su pecho abrió la puerta del apartamento de la planta baja. Seguramente había visto venir a Annie por el camino del jardín.

—Ha venido en vano —le dijo—. Ha salido.

—¿Cuándo se fue? —preguntó Annie.

—¿Quién es usted?

Annie extrajo sus credenciales del bolso.

—Soy una compañera suya —explicó—. Necesito hablar con él sobre un tema importante.

La mujer leyó las credenciales, pero no pareció impresionada.

—Pues ha salido —dijo de nuevo.

—¿Cuando se fue? —repitió Annie.

—Esta mañana, alrededor de las ocho. Se levantó, subió al coche y se largó.

—¿Le dijo adonde iba?

—A mí no y tampoco esperaba que lo hiciera.

—¿Es usted la dueña de estos apartamentos?

—Mi esposo y yo. Vivimos en éste y alquilamos los demás. ¿Por qué?

—Me preguntaba si podía echar un vistazo. Supongo que tendrá una llave extra...

—No puede entrar, es propiedad privada.

El bebé se removió e intentó eructar un par de veces. Ella le frotó la espalda y el bebé volvió a tranquilizarse.

—Oiga, esto es un asunto serio —dijo Annie—. Veo que tiene que ocuparse del bebé y no quiero hacerle perder el tiempo. Pero me haría un gran favor si me dejase echar un vistazo rápido al apartamento del inspector jefe Banks. Sería mucho más fácil que ir a buscar una orden de registro.

—¿Puede conseguir una orden de registro? ¿De verdad?

—Efectivamente, puedo conseguirla.

—Entonces supongo que no hay problema, además a mí me da igual. Espere un minuto. —La mujer pasó al interior, regresó con dos llaves y se las entregó a Annie—. Le aviso que tendrá que devolvérmelas.

—Desde luego —dijo Annie—. Enseguida vuelvo.

Annie abrió la puerta que comunicaba con la planta de arriba y subió las escaleras hacia el apartamento de Banks mientras notaba los ojos de la mujer perforándole la espalda. Llegó arriba, abrió la puerta y se encontró en un pequeño vestíbulo con colgadores para las chaquetas e impermeables y un pequeño armario para abrigos y zapatos. En una mesa, bajo un espejo de marco dorado, había un montón de cartas de publicidad sin abrir.

La primera puerta que abrió llevaba al dormitorio. Annie se sentía rara husmeando en el apartamento de Banks sin su consentimiento, pero se dijo que tenía que hacerlo. Por la razón que fuera, Banks estaba involucrado en un asesinato y se encontraba en paradero desconocido. Pero en la habitación no había nada, sólo una cama de matrimonio hecha de cualquier manera, un poco de ropa en los cajones de la cómoda, un ropero y, junto a la ventana, una silla con cojines mirando hacia el cementerio. Si a Banks le apetecía compartir la cama con alguien, tenía la frase para rematar la conquista: «Vente a dormir conmigo junto al cementerio». Aunque tenía un cierto atractivo, se dijo Annie. Luego alejó de su mente esos pensamientos y pasó al salón.

En la mesa baja situada frente al sofá había un teléfono móvil y un reproductor de CD portátil con sus cascos. Dondequiera que hubiera ido, se los había olvidado. Annie se preguntó por qué. A Banks le gustaba tanto escuchar música como estar disponible, o al menos solía gustarle. Annie recorrió la estancia con la mirada y notó que no había ni libros ni CD, salvo la copia de *Don Giovanni* que sus compañeros le habían regalado y que ella misma le entregó en el hospital. El CD todavía llevaba el celofán de fábrica. Ni siquiera había un equipo de música, sólo un pequeño televisor que probablemente formaba parte del mobiliario del apartamento. Annie empezó a sentir

una tristeza inexplicable. Revisó el contestador de Banks y no encontró mensajes.

La cocina era estrecha y diminuta, y la nevera estaba llena de los productos habituales: leche, huevos, cerveza, queso, diversas clases de verduras, beicon, tomates, una botella de sauvignon blanco y jamón cocido en lonchas. Todo parecía estar fresco. Banks seguía alimentándose. Bajo la pequeña mesa de la cocina descubrió un par de cajas de cartón repletas de botellas de vino vacías destinadas al contenedor de recogida de vidrio.

Echó un vistazo rápido al lavabo y al cuarto de baño. El armario y el botiquín sólo contenían lo que Annie se esperaba: la maquinilla y la crema de afeitar, aunque faltaban el dentífrico y el cepillo de dientes... Debió de llevárselos consigo. Entre los medicamentos típicos que pueden comprarse en cualquier supermercado había un frasco de analgésicos fuertes recetados tres meses antes. Dondequiera que hubiese ido, Banks no pensó que fuera a necesitarlos.

Annie se plantó en medio del vestíbulo y se preguntó si se le había escapado algún detalle. Pero enseguida se dio cuenta de que no había nada que pasar por alto: aquél era el apartamento de un hombre sin rostro, sin intereses, sin pasiones, sin amigos. Sin vida. Ni siquiera tenía fotos de su familia. No era el apartamento de Banks, no podía serlo. No del Banks que ella conocía.

Annie recordó Newhope Cottage, con su salón de paredes azules y techo color queso brie derretido; su cálida y tenue luz anaranjada y las noches que había pasado allí con Banks. En invierno siempre ardía en la chimenea un fuego de turba cuyo aroma armonizaba con el whisky de malta de Islay que Annie sorbía a veces para acompañar a Banks. En verano, después de la caída del sol, salían y se sentaban a contemplar las estrellas y a escuchar el murmullo del agua en el campo que daba al arroyo Gratly. Y siempre había música: Bill Evans, Lucinda Williams, Van Morrison y cuartetos de cuerda que ella desconocía.

Annie sintió las lágrimas en sus ojos, pero las ignoró. Bruscamente, bajó las escaleras, devolvió las llaves sin decir palabra y se alejó rápidamente por el camino.

Sentado en un pub de Old Brompton Road, Banks jugaba con el móvil de su hermano, aprendiendo qué función era cuál y cómo utilizarla. Encontró un registro donde constaban las últimas treinta llamadas recibidas, enviadas y perdidas. De algunas sólo constaba el nombre, de otras sólo el número y unas cuantas de las recibidas provenían de «números privados». Roy había hecho la última el viernes a las 15:57 a un tal James. Banks pulsó el botón de «llamada» y oyó cómo sonaba el tono. Finalmente alguien lo cogió y pronunció un lánguido «¿Digaaa?». De fondo, Banks reconoció a David Bowie cantando «Moonage Daydream».

—¿Puedo hablar con James?

—Al habla.

—Mi hermano Roy lo llamó a usted ayer. Querría saber con relación a qué.

—Es cierto —dijo James—. Me llamó para pedir cita para el miércoles que viene, creo. Sí, aquí está: miércoles, a las dos y media.

—¿Una cita para qué?

—Para cortarse el pelo. Soy el peluquero de Roy. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Banks colgó sin responder. El viernes a las 15:57, Roy había estado seguro de que iba a poder acudir el miércoles a cortarse el pelo y, por tanto, había concertado una cita. Banks nunca había hecho nada semejante en toda su vida. Él iba a la barbería y esperaba su turno leyendo revistas viejas, como todo el mundo.

Banks regó el resto del curry del menú con una pinta de Pride, encendió un pitillo y miró alrededor. Era extraño estar de nuevo en Londres. Desde que se mudara al norte había visitado la ciudad muchas veces, siempre por alguna investigación. Y cuanto más iba, más extraño y más turista se sentía, a pesar de que hubiera vivido allí más de quince años.

Pero hacía ya mucho tiempo de eso y las cosas cambian. Los barrios venidos a menos se habían convertido en apetecibles zonas residenciales y las áreas más chics habían entrado en decadencia. Los pubs canallas se habían vuelto locales para los jóvenes modernos y los pubs de categoría se habían ido al garete. Banks no

tenía ni idea de qué estaba o no estaba de moda en la actualidad. Londres era una ciudad que crecía descontroladamente. Incluso cuando aún vivía allí, nunca había conocido más que Notting Hill y Kennington, donde había vivido, y el West End, donde había trabajado. Para Banks, South Kensington era otra ciudad.

Haciendo caso omiso de las conversaciones que surgían y se apagaban a su alrededor, Banks concentró su atención en la desaparición de Roy. Ya repasaría la lista de llamadas más tarde, cuando regresara a casa. También necesitaba ver qué contenía el CD de datos. Había muchos cibercafés en la zona y en alguno podría leerlo e imprimir sus archivos; pero eran lugares públicos y todo lo que Banks hiciera dejaría huellas. Había violado la privacidad de Roy porque creía tener buenas razones para ello, pero no había ninguna razón para arriesgarse y revelar a extraños los secretos de su hermano.

Cayó en la cuenta de que no conocía a nadie que tuviese ordenador. La mayoría de personas que había conocido en Londres, tanto polis como criminales, se había mudado, jubilado o muerto. Con la excepción de Sandra, su ex mujer, que después de abandonarle se había marchado de Eastvale a Camden Town. Sandra seguramente tendría ordenador. Pero el último encuentro había sido un desastre y ella no había sido precisamente una ayuda cuando la necesitó. De hecho, ni siquiera apareció, sólo le envió saludos a través de Tracy. Y también debía tener en cuenta a su nuevo marido, Sean, y a su bebé recién nacida, Sinéad. No, Banks no iría a visitar a Sandra.

Y por la misma razón que no podía usar un cibercafé, tampoco podía convertir lo hallado en un asunto oficial: el disco podía contener algo incriminatorio. Y si Roy estaba metido en algo turbio, Banks no lo iba a entregar; no a su propio hermano. Cuando lo encontrara le echaría una bronca de cojones, pero no ayudaría a meterlo en la cárcel.

Sin embargo, había otra vía que podía explorar, la de alguien dispuesto a proteger a Roy tanto como él. Banks aplastó el pitillo y metió la mano en el bolsillo en busca del móvil. Avanzó por la lista de nombres y números de la agenda y finalmente dio con Corinne.

Reconoció el nombre de la prometida de su hermano y apuntó el número en su libreta. Volvió a guardar el móvil en su bolsillo, terminó su cerveza y salió a la calle.

El clima era caluroso y húmedo. De todos lo sitios a los que ir durante una ola de calor, Banks nunca habría elegido Londres. En la calle la gente languidecía y el aire olía a humo de coches, e incluso a algo peor, a carne o repollos podridos.

Banks no quería usar el móvil de nuevo por si Roy había recibido la nota y quería contactar con él, así que sacó una vieja tarjeta de prepago de su cartera y buscó una cabina telefónica. Al entrar se sintió como Alec Guinness en el cobertizo de lata donde los japoneses lo encerraban en *El puente sobre el río Kwai.* El sudor le chorreaba por las costillas, haciéndole cosquillas al bajar y pegándole la camisa a la piel. En el vidrio, una mosca azul aplastada se había convertido en un largo borrón de sangre oscura. Banks podía oler hasta el papel caliente del listín telefónico.

Sacó la libreta y marcó el número que había copiado del móvil de Roy. Cuando ya estaba a punto de cortar, una voz jadeante le contestó:

—¿Diga?

—¿Corinne?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy Alan Banks, el hermano de Roy. Tal vez me recuerdes, nos conocimos en octubre, en Peterborough, en el aniversario de boda de mis padres.

—Por supuesto que me acuerdo.

—Oye, estoy en Londres y me preguntaba si nos podríamos ver en algún sitio y charlar. Quizá tomar algo o lo que te apetezca...

Corinne hizo una pausa y luego dijo:

—¿Me estás invitando a salir?

—No, perdona, me estoy expresando fatal. Disculpa. Se me ocurrió que tomar algo era una buena idea, por el calor. Podemos encontrarnos en un sitio fresco, si es que todavía existe alguno.

—Hace mucho calor, es cierto. Pero dime, ¿qué quieres exactamente? Me temo que no te entiendo muy bien.

—Quiero hacerte unas preguntas, sólo eso.

—Ahora lo recuerdo... Tú eres policía, ¿verdad?

—Sí, pero no es por eso que... Lo que quiero decir es que no se trata de nada oficial.

—Pues te aseguro que has despertado mi curiosidad. Pásate por mi apartamento. —Corinne hizo una pausa—. Tengo un ventilador en el despacho.

—¿Y tienes ordenador?

—Sí, ¿por qué?

—Estupendo —exclamó Banks—. ¿Cuándo te va bien?

—Esta tarde tengo una reunión con un cliente. Pero antes de cenar habré terminado. Cuando se es contable por cuenta propia no se tienen ni los fines de semana. ¿Te viene bien hacia las cinco?

Banks miró su reloj. Eran las tres y media.

—De acuerdo.

—Muy bien, apunta mi dirección. ¿Tienes papel y bolígrafo a mano?

Banks la apuntó y escuchó atentamente las indicaciones. Corinne vivía muy cerca del domicilio de Roy, pero Earl's Court era otro mundo. Banks le dio las gracias nuevamente, escapó de aquella sauna y regresó al pub.

Annie ya casi había recobrado la compostura al cruzar el puente de piedra y recorrer el camino que llevaba hasta la casa que Banks tenía en el campo. Los albañiles habían acabado de restaurar el tejado y desde fuera la casa tenía una apariencia perfectamente normal. De no ser por la falta de cortinas y el contenedor lleno de escombros cualquiera podía pensar que allí vivía gente. Puesto que era sábado no había albañiles, aunque con tantos retrasos bien hubieran podido hacer unas horas extra y devolverle de una vez la casa a su dueño. Después de todo, pensó Annie, llevaban casi cuatro meses de obras.

Era la primera vez que regresaba tras la noche del incendio y la mera visión del lugar le evocaba recuerdos dolorosos: la manta mojada con la que se envolvió, las llamas estallándole en la cara al echar abajo la puerta, el humo escociéndole los ojos y la garganta, el peso muerto de Banks mientras lo arrastraba hacia el exterior, la fuerza de Winsome, que la ayudó en esos últimos metros que no

habría podido recorrer sola. Rememoró a Banks tumbado, quieto, aparentemente muerto, mientras ella deliraba sentada en un charco de barro. Y lo peor: el recuerdo del BMW plateado de Phil Keane desapareciendo tras la colina mientras Winsome corría hacia el camino de entrada de la casa.

A Annie le llevó unos segundos regresar al presente. Jennifer Clewes tenía la dirección de Banks en el bolsillo trasero de su pantalón, pero Annie recordó que era esa dirección, la de la casa. ¿Por qué? Advirtió marcas de neumáticos en la tierra; pero cualquiera pudo haberlas hecho, los constructores, por ejemplo. Y a pesar de que el letrero indicaba que Beckside Lane era una calle sin salida —además de una entrada privada—, los coches entraban allí a menudo por equivocación. A pesar de todo, Annie se aseguró de no alterar las huellas.

Caminó hasta la puerta de entrada. El interior de la vivienda todavía no estaba acabado, pero Annie intuyó que los albañiles debían cerrarlo para desanimar a los okupas y proteger sus herramientas hasta el día siguiente. Por eso la madera astillada en torno al picaporte le llamó de inmediato la atención. Se acercó y vio que era reciente. La puerta era nueva y ni siquiera estaba pintada, pero las astillas estaban limpias y afiladas.

Annie guardaba los guantes de látex en el maletero del coche, así que abrió la puerta cuidadosamente con el pie y se metió las manos en los bolsillos para no tocar nada. El interior de la vivienda estaba hecho un asco, pero era el desastre típico de los albañiles, no el de un ladrón.

Las habitaciones ya habían sido trazadas y las vigas del techo colocadas en su sitio: las láminas de yeso estaban colocadas excepto el tabique que separaba el salón de la cocina. Era extraño estar plantada allí, meditó Annie, y que en vez de humo de turba oliera a serrín y metal. Las escaleras estaban casi terminadas. Posó un pie vacilante, comprobó que eran estables y subió. El dormitorio que ella conocía era apenas un esqueleto en cuyas paredes había garabateados cálculos y planos en lápiz. El segundo dormitorio estaba igual de despojado.

Annie bajó las escaleras y salió al camino. Mientras se alejaba de la

casa, se volvió para echar otra mirada. Alguien había entrado en la casa recientemente. Annie supuso que el viernes los albañiles habían cerrado con llave al marcharse, pero tendría que comprobarlo para estar segura. Quizás habían entrado ladrones, desde luego era posible, pero era demasiada coincidencia. Tendría que traer a Stefan Nowak y a sus peritos forenses, tal vez ellos pudieran establecer algún vínculo entre el coche de Jennifer Clewes y la casa de Banks.

Annie razonó: si el intruso era la misma persona que había asesinado a Jennifer Clewes, tuvo que obtener la dirección por otros medios, pues la víctima la llevaba encima. Quizás el asesino ya conocía la dirección de Banks. Quizá, cuando adivinó adonde se dirigía la joven, esperó a llegar a un tramo desolado y aislado de camino, le pegó un tiro a Jennifer Clewes y prosiguió hacia la casa de Banks. ¿Para qué? ¿Para matarlo también a él? Desde luego, tenía más sentido despacharlos de uno en uno.

Pero Banks no estaba en su casa, sino a quinientos metros de allí, en su apartamento temporal. ¿Tenía Alan alguna idea de lo que estaba ocurriendo? ¿Fue por eso que se largó tan temprano por la mañana? Mientras volvía a subir la colina rumbo al coche, Annie comprendió que ésa era la gran pregunta. ¿Estaba Banks al corriente de todo? ¿Estaba en peligro ahora mismo? Annie supo que probablemente no averiguaría la respuesta a ninguna de las dos preguntas hasta dar con el propio Banks.

Corinne vivía en la primera planta de un edificio de apartamentos de cuatro pisos, con vistas a una calle estrecha situada a menos de cincuenta metros de Earl's Court Road. La joven le saludó desde la entrada y lo hizo pasar, pero ya no era la misma que Banks había conocido en casa de sus padres. Para empezar, llevaba el pelo más largo, hasta los hombros, y era rubio con raíces oscuras. El piercing de su labio inferior había desaparecido aunque había dejado una pequeña marca en su piel blanca. Ahora aparentaba unos treinta en vez de veinte y daba la impresión de ser más dueña de sí, más madura de lo que él recordaba.

—Entra por la parte de atrás —le dijo—. Ahí está mi despacho.

Sobre el escritorio, junto a la ventana, un ventilador barría la

estancia en un ángulo de unos noventa grados cada varios segundos, proyectando olas de aire tibio. Era mejor que nada.

—Tengo la impresión de que todo el mundo trabaja en casa últimamente —dijo Banks tomando asiento en un sillón de orejas.

Corinne se sentó, en ángulo respecto a él y con las piernas cruzadas, como suelen preferir ciertas mujeres. Banks intuyó que ella estaba en su territorio y que allí era donde discutía asuntos de negocios con sus clientes. Entre ambos, sobre la mesa, descansaban una jarra de agua y dos vasos bajos. Corinne consiguió estirarse hacia delante y servir agua sin descruzar las piernas. Todo un logro, pensó Banks. Él ni siquiera podía sentarse cómodamente en esa posición. Pero Corinne se desplazaba con la gracia y la economía de movimientos típico de quien practica Pilates y yoga.

—Dicen que cuando hace calor lo que más refresca es el té caliente —comentó ella—. Pero ahora mismo, la idea de beber algo caliente no me apetece nada.

—Me conformo con agua —dijo Banks—. Gracias.

Corinne llevaba una camiseta naranja lisa metida dentro de los vaqueros y una cadena de plata con una cruz celta. Banks observó que iba descalza y que llevaba las uñas de los pies sin pintar. Mientras escuchaba o hablaba, Corinne ladeaba su cara, se mordía el labio inferior y llevaba los dedos a la cruz. Al otro lado de la ventana, el sol proyectaba su luz dorada sobre las hojas y la menor brisa hacía que sus sombras bailaran sobre el azul pálido de las paredes.

—Muy bien —dijo Corinne finalmente—. Debo admitir que tu llamada me dejó intrigada. Perdona si estuve un poco...

—Ha sido todo culpa mía, no fui claro. Espero que no me tomes por el tipo de hombre que va detrás de la prometida de su hermano.

Ella esbozó una sonrisa ligera y breve, como indicándole que no todo iba bien en la vida de la prometida. Banks prefirió obviar el gesto. Ya se lo explicaría ella, si le apetecía.

—Verás, yo he venido a hablar de Roy —continuó él.

—Te escucho.

—¿Sabes dónde está?

—¿Cómo que dónde está?

Banks pasó a relatarle la llamada de Roy, su ausencia y la puerta

cerrada sin cerrojo.

—Él nunca haría algo así —dijo frunciendo el ceño—, no haría ninguna de esas cosas. Ahora entiendo por qué estás tan preocupado. De todas formas y para contestar a tu pregunta, no, no sé dónde está. ¿Crees que debería llamar a la policía? Entiéndeme, sé que tú también lo eres, pero...

—Entiendo —dijo él—. Pero no creo que debas llamar a la policía, al menos no por ahora. No creo que te hagan caso. Roy es un hombre adulto y todavía puede haber una explicación sencilla a todo esto. ¿Conoces a alguno de sus amigos?

—La verdad es que no. Había una pareja con la que solíamos salir a veces, Rupert y Natalie. Pero no creo que Roy tenga muchos amigos íntimos.

A Banks el «solíamos» no le pasó desapercibido, pero lo dejó pasar. Había un Rupert en la agenda de Roy. Ya lo telefonearía cuando se pusiera en contacto con todos los demás nombres de la lista.

—¿Conoces a un tipo corpulento y de cabello rizado, canoso o rubio? —preguntó—. Conduce un coche grande de color claro, un modelo caro...

Corinne meditó unos instantes.

—No, lo siento —contestó finalmente—. Rupert conduce un BMW gris pizarra y Natalie tiene un Escarabajo... —Y frunciendo la nariz añadió—: Un Escarabajo amarillo.

—¿Cuándo viste a Roy por última vez?

—El jueves hizo una semana —dijo tocándose la cruz—. Oye, creo que debes saber que las cosas no van muy bien últimamente entre Roy y yo.

—Lo lamento. ¿Es por algo en particular?

—Creo que está viendo a otra persona —dijo encogiéndose de hombros brevemente—. Y la verdad, no me importa. No es que lo nuestro fuese muy serio, sólo llevábamos saliendo un año. No vivíamos juntos ni nada.

—Yo pensaba que estabais comprometidos.

—Creo que eso fue lo que provocó el problema, en parte. Yo se lo pedí y Roy es muy impulsivo. Ninguno de los dos está preparado para casarse todavía, así que lo cancelamos. Volvimos a como

estábamos y entonces empezaron los problemas. Supongo que no se puede dar un paso atrás tan grande y esperar que la relación siga igual que antes, ¿verdad?

Entonces el compromiso había sido pospuesto o relegado a una relación estable que acabó por enfriarse, como la de Banks y Michelle. El hermanito menor había vuelto a hacer de las suyas. Corinne por lo menos no había sufrido la humillación de convertirse en la esposa número cuatro.

—Aun así, debe doler. Lo siento —dijo Banks—. ¿Tienes alguna idea de a quién ve Roy ahora?

—No y ni siquiera estoy segura. Es sólo una sensación, detalles... ya sabes.

«Pues hay un buen número de candidatas en la agenda y en el registro de llamadas de Roy», se dijo Banks.

—¿Desde cuándo tienes esta sensación?

—Desde hace un par de semanas.

—¿Y antes de eso?

—Nos iba bien. Por lo menos eso creía yo.

—¿Notaste que le preocupara algo la última vez que os visteis?

—No noté nada. Estaba como siempre. Salvo por...

—Dime.

—Pues por lo que te comenté, esos detalles que notamos las mujeres. Olvidos, distanciamiento, distracciones. Cosas que no eran típicas de él en absoluto.

—Pero no estaba deprimido ni preocupado por nada...

—No que yo sepa. Sólo creí que pensaba en otra persona y que prefería estar con ella.

—¿Y las drogas?

—¿Qué pasa con ellas?

—No me mientas. No me digas que Roy y tú nunca esnifasteis una raya ni os fumasteis un canuto.

—Y si lo hicimos, ¿qué?

—Además de ser ilegal, algo que por ahora ignoraré, cuando te metes en el mundo de las drogas conoces a gente muy jodida.

—Mira, nunca consumimos mucho, sólo cuando estábamos de

juerga. Un gramo en todo el fin de semana, no más. Nada que Roy no pudiera permitirse sin pensárselo.

—De acuerdo —dijo Banks—. ¿Qué sabes de sus negocios?

—Bastante.

—Tú eres su contable, ¿no?

—Roy lleva su propia contabilidad.

—Vaya, pensé que os habíais conocido por tu trabajo.

—Algo así. Auditaron a Roy y un amigo le recomendó que acudiera a mí. —Corinne hizo girar su cruz celta—. La mayoría de mis clientes pertenecen al mundo del espectáculo, escriben, tocan, actúan. No son superestrellas, más bien gente decente y con ingresos relativamente fijos. El de Roy fue un caso diferente, por decirlo de alguna manera, pero necesitaba el dinero. —Ella entrecerró los ojos —. Una vez Roy me dijo que tú lo considerabas un delincuente.

—No creo que sea un delincuente —dijo Banks, sin ser del todo sincero—. Pero creo que se mueve en los límites de la legalidad y que se aprovecha de las imperfecciones que hay en toda ley. Nada más. Muchos hombres de negocios lo hacen. Lo que me pregunto es si tuvo alguna razón para huir. ¿Los negocios le iban mal? ¿Perdió mucho dinero? ¿Hizo un mal cálculo?

—No, la contabilidad de Roy estaba en orden. Lo digo yo y el auditor de Hacienda también.

—Entiéndeme, he visto su casa. El Porsche, la televisión de plasma, los chismes electrónicos... —dijo Banks—. Está claro que Roy gana mucho dinero, aunque no sé bien cómo. Dices que lo hace de forma legítima. ¿Puedes explicármelo?

—Es inversor. Parte de su dinero lo invierte en la Bolsa, pero sobre todo financia nuevas empresas.

—¿De qué tipo?

—De todo tipo. Últimamente invierte en tecnología y en sanidad privada.

—¿Aquí, en Gran Bretaña?

—En todas partes. A veces hace operaciones en Francia y Alemania. Tiene contactos en Bruselas, Zúrich y Ginebra. También invierte tiempo y energía en Estados Unidos, le encanta Nueva York. Roy no es ningún tonto. Sabe que no debe poner todos los huevos

en una canasta. Ésa es una de las razones por las que le va tan bien. —Corinne hizo una pausa—. No conoces en absoluto a tu hermano, ¿verdad?

Pero antes de que Banks pudiera contestar, ella prosiguió:

—Es un hombre extraordinario en muchos aspectos, un inversor que puede citar a Kierkegaard o a Schopenhauer en una cena. Pero que no se olvida de sus orígenes, de la pobreza extrema. Él escapó de ella e hizo algo en su vida, y eso es lo que le impulsa. No quiere volver allí nunca más.

¿Qué rollo le había soltado Roy a Corinne?, se preguntó Banks. Su niñez no había sido tan terrible. Es verdad que ella sólo había visto la casa relativamente decente en la que ahora vivían sus padres y no el cuchitril detrás de la fábrica de ladrillos en la que vivieron hasta que Banks cumpliera once y Roy seis. Pero describir su niñez, incluso la de entonces, como «pobreza extrema» era una exageración. Sus padres siempre los habían alimentado y vestido, y nunca les había faltado amor. Y hasta los años ochenta su padre siempre había tenido trabajo. ¿Qué importaba que tuviesen el cuarto de baño fuera y al final de la calle, y que toda la familia compartiera una bañera de latón que rellenaban con teteras de agua hervida en el hornillo de gas? La suya era una familia de clase trabajadora como tantas otras de las décadas de los cincuenta y sesenta.

—Nunca fuimos muy amigos, es cierto —admitió Banks, quitándose una mosca de la rodilla del pantalón—. No puedo justificarlo, a veces es así y punto. No tenemos mucho en común.

—Te entiendo perfectamente —dijo Corinne—. Yo no soporto a mi hermana menor. Es una esnob y una amargada.

—Yo no odio a Roy. Pero no lo conozco tanto y tengo miedo de que esté metido en problemas. —Banks recordó el CD que encontró en la caja de The Blue Lamps y lo sacó del bolsillo—. Encontré esto en casa de Roy. ¿Me ayudas a ver qué contiene?

—Por supuesto.

Corinne no tardó en meter el CD en el ordenador y dar con la lista de contenidos. Los archivos eran todos JPG, 1.232 en total. Algunos sólo tenían números, otros llevaban nombres como Natasha, Kiki y

Kayla. En «tareas de imágenes», Corinne tecleó para iniciar una presentación estilo diapositivas.

Con la mano apoyada en el respaldo de la silla, Banks observó por encima del hombro de ella las imágenes que aparecieron en pantalla. La primera mostraba una mujer desnuda con cara de colocada y el pene erecto de un hombre en la boca, el esperma le chorreaba hasta la barbilla. La segunda mostraba al mismo hombre penetrando por detrás a la chica, cuya expresión de éxtasis seguramente era fingida. Después aparecieron varias fotografías de una adolescente extremadamente atractiva en distintos estadios de desnudez y posiciones atrevidas.

Abruptamente, Corinne dio por terminada la presentación y expulsó el CD.

—Supongo que esto prueba que en el fondo Roy no es muy distinto de la mayoría de los hombres —dijo ella alejándose del ordenador.

Corinne le devolvió el CD a Banks. Estaba colorada.

—Probablemente querrás quedártelo tú.

—¿No habrá otras cosas dentro?

—A no ser que veamos los 1.232 archivos, calculo que ya te haces una idea del contenido. Por supuesto que puedes abrirlos uno por uno, pero no aquí, si no te importa. Es degradante, sin mencionar lo insultantes que me resultan este tipo de fotografías.

«Pues nada —se dijo Banks—, tenía que intentarlo.» Él no tenía nada en contra de las imágenes de mujeres desnudas, solas o con compañeros, había visto tanta sordidez en el negocio pornográfico que podía hacerse una idea de hasta dónde podía llegar, especialmente si involucraba a criaturas. La colección de Roy era normal: chicas adultas aunque un poco jóvenes. En cierto modo ahora se sentía un poco más cerca del cochino de Roy, había comprobado que, al fin y al cabo, su hermano era humano. Ojalá nunca se enterase su madre. Pero entonces se activó la mente del policía: si en vez de descargarlas de internet, Roy había tomado esas fotografías él mismo con una cámara digital, entonces podía estar metido en un negocio muy sórdido.

—¿Está metido Roy en el negocio de la pornografía por internet? —

preguntó Banks olvidando que quizá Corinne no fuera la persona más indicada para responder a semejante pregunta.

—Siempre te imaginas lo peor de él, ¿no es cierto?

—Pues yo no entiendo por qué estás tan dispuesta a defenderlo después de lo que te ha hecho.

Corinne se puso roja de ira.

—Aunque no me creas, estoy aquí porque quiero ayudarlo —recalcó.

—Pues es una forma muy extraña de demostrarlo.

Corinne lanzó una mirada hacia el CD y torció el gesto.

—En fin, ahí tienes tus pruebas, si es que te sirven de algo.

Banks cogió el CD. Ya lo examinaría más de cerca y estudiaría las 1.232 imágenes, sólo para asegurarse. La policía ya conseguiría identificar puertas y exteriores de hoteles aparecidos en páginas pornográficas de internet. Una niña, víctima de un pervertido estadounidense, había sido identificada por el escudo escolar de su camiseta, aunque en la fotografía aparecía borroso. Si Roy había hecho alguna de esas fotografías, existía la posibilidad de averiguar dónde lo había hecho, de ser preciso, y quiénes eran las modelos. Pero aquél no era el lugar ni el momento.

A Banks se le habían acabado las preguntas y notaba que Corinne estaba inquieta, ansiosa por que se marchara. No sabía si se debía a las imágenes del CD o a otra cosa, pero Banks comprendió que ya no era bienvenido. De pronto recordó aquel objeto parecido a un bolígrafo que había encontrado en el cajón de Roy. Quizá Corinne supiera qué era. Banks se lo sacó del bolsillo de la camisa y se lo enseñó:

—¿Sabes qué es esto?

Corinne cogió el objeto, lo observó detenidamente y le quitó el capuchón.

—Es una memoria USB. Sirve para guardar información.

—¿Como ese CD?

—Parecida, pero no almacena tanto. Ésta puede guardar hasta 256 megas, no 700. Pero sigue siendo muy práctica. La puedes llevar en el bolsillo, igual que un bolígrafo.

—¿Podemos ver qué contiene?

Claramente Corinne se sentía incómoda husmeando en los asuntos privados de Roy, especialmente después de lo que acababa de ver en el CD. Pero Banks llevaba tanto tiempo siendo policía que le parecía de lo más normal escarbar en la vida privada de los demás. Desde el punto de vista policial, los secretos no existen, especialmente cuando se investiga un asesinato. A menudo no le gustaba lo que averiguaba, pero con los años había desarrollado cierta tolerancia a la excentricidad ajena.

Cuando uno atraviesa la fachada de las personas se suele descubrir algún secreto incriminatorio, algo que éstas procuran ocultar a los demás. Banks se había topado con muchas de ellas, desde los inofensivos coleccionistas de periódicos y revistas cuyas casas eran laberintos construidos con tambaleantes muros de papel impreso, hasta los travestidos de doble vida y los fetichistas solitarios. Por supuesto que todos se mostraban dolidos, horrorizados y humillados porque alguien había descubierto su secretito, pero a Banks le resultaba cotidiano.

Debido a la reacción de Corinne, cayó en la cuenta de que su oficio era antinatural e invasivo por primera vez. En los pocos minutos que llevaban hablando, él ya había insinuado que su propio hermano —y ex novio de ella— podía estar involucrado en asuntos de drogas, sexo ilícito y fraude. Lo cual era el pan de cada día para Banks, pero no para una mujer decente como Corinne. «¿Me habré vuelto insensible por mi trabajo?», se preguntó Banks. Entonces recordó la violenta reacción de Penny Cartwright cuando él le sugirió que cenaran juntos. ¿Le habría contestado así por su trabajo, por cómo miraba el mundo y a las personas? Penny era un espíritu libre, pero ¿convertía eso a Banks automáticamente en el enemigo?

Corinne enchufó el USB en su ordenador.

—Allá vamos —dijo.

Y Banks se asomó por encima del hombro de ella para ver qué aparecía en el monitor.

4

El sábado por la tarde, poco después de las seis y media, Annie salió de la estación Oval, donde había llegado apretujada en un vagón de metro atestado como otros cinco millones de viajeros que regresaban de una tarde de compras o de una visita a amigos y parientes. De allí se dirigió hacia Camberwell New Road, más allá del parque de la esquina. Muchachos de cabeza rapada y torso desnudo holgazaneaban en el césped, bebían latas de cerveza y mostraban sus tatuajes, sonriendo lascivamente a cualquier mujer atractiva que pasara por allí. Otro grupo de chavales más jóvenes había improvisado unas porterías y jugaba al fútbol. Annie se cansó sólo con verlos correr.

Entonces avistó a Phil.

Estaba al otro lado de la calle paseando un perro con correa, una especie de terrier. Pero era él, estaba segura. Tenía esa misma gracia lánguida al caminar, la misma ropa cara pero informal, las mismas entradas en la cabellera y la barbilla altiva. Casi sin mirar, haciendo caso omiso de los cláxones, Annie se lanzó a cruzar la calle. Y casi logró llegar, pero el estruendo llamó la atención de Phil, que detuvo su paso y la miró desconcertado. Annie llegó a la acera y se paró en seco, ignorando los insultos del último de los conductores que le pasó casi rozando, y se dio cuenta de que aquél no era Phil. Guardaba cierto parecido, pero sólo eso. El hombre se inclinó, dio unas palmaditas a su perro y después lanzó a Annie una mirada llena de curiosidad por encima del hombro y prosiguió su camino hacia los semáforos. Annie se agarró a un poste de luz hasta que el pulso se le normalizó y después soltó una maldición. No era la primera vez que se confundía. Tendría que ser más cuidadosa, menos impulsiva. Tendría que ser realista y aceptar que cruzarse con Phil en una calle de Londres era lo último que le iba a ocurrir.

Todavía le duraban los nervios del viaje, pero debía tranquilizarse. Había conseguido coger el tren de las 15:25 e incluso había encontrado un asiento en el vagón especial designado como zona

«sin ruido», cuyo interior, a pesar de tener muchas ventanas abiertas, seguía siendo sofocante. En el trayecto, había pensado en Phil, razón por la que seguramente había confundido al tipo del perro con Phil. Durante el viaje había revisado la prensa amarilla en busca de cualquier referencia a Phil, por mínima que fuera. Como de costumbre, no encontró ninguna. Tendría que aprender a controlarse.

A pesar de la obligación de mantener silencio, durante el viaje siguieron sonando los móviles y de los cascos de uno de los pasajeros salía música a todo volumen. Ese detalle la había hecho pensar en Banks y una vez más se preguntó dónde diablos se había metido y cuál sería su relación con el asesinato de Jennifer Clewes. Según su casera, Banks se había marchado esa misma mañana, pero eso no explicaba qué diablos estaba ocurriendo.

Annie dio con la casa de Jennifer, situada muy cerca de Lothian Road. Los dos agentes asignados a la guardia seguían sentados en la cocina: él tenía los pies apoyados encima de la mesa, las mangas de la camisa arremangadas, una cerilla en la comisura de la boca y leía una pila de cartas; ella bebía té y ojeaba un montón de revistas *Helio!* En un cenicero con el logotipo de Royal Doulton había dos pitillos con filtro aplastados. Los agentes le recordaron a un par de estudiantes traviesos pillados in ffaganti, pero ninguno mostró la más mínima culpa. Annie presentó sus credenciales.

—¿Qué tal el gélido norte? —preguntó el hombre, que se llamaba Sharpe, sin quitar los pies de la mesa ni la cerilla de su boca.

Llevaba por lo menos cuatro días sin afeitarse.

—Caluroso —dijo Annie—. ¿Qué estáis haciendo?

Sharpe hizo un gesto hacia las cartas.

—Husmear un poco. Me temo que no encontré nada interesante, sólo facturas, publicidad y extractos de cuenta. Lo de siempre. Nada picante. La gente ya no escribe cartas como antes, ¿eh? Hoy en día todo son correos electrónicos y mensajitos de texto, ¿eh?

Teniendo en cuenta que Sharpe no pasaba de los veintiún años, era extraño oírle criticar el «hoy en día», ya que seguramente los de hoy eran los únicos días que había conocido. Pero Annie captó de

inmediato la ironía y el desprecio insensible que ambos agentes mostraban por la casa de la víctima. Y eso la hizo enfadarse.

—Muy bien. Gracias por vigilar la casa —dijo—. Ya podéis iros.

Sharpe miró a su compañera, Handy, y alzó una ceja. La cerilla dio un par de giros.

—No eres nuestro superior.

—¿Así que os apetece jugar? —suspiró Annie—. De acuerdo, se me ha acabado la paciencia.

Extrajo el móvil, salió al pasillo y telefoneó al inspector Brooke de la comisaría de Kennington. Después de las cortesías de rigor y la promesa de tomar algo juntos por la noche, Annie explicó brevemente la situación. Luego volvió a la cocina, sonrió a Sharpe y le pasó el móvil.

Apenas se lo hubo pegado al Oldo, quitó los pies de la mesa, se enderezó en la silla y casi se tragó la cerilla. Su compañera, que hasta entonces no había pronunciado palabra, frunció el ceño. Al terminar la llamada, Sharpe dejó caer el móvil en la mesa y dirigiéndose a su compañera dijo:

—Venga, Jackie. Marchémonos.

Y salió de la casa intentando parecer arrogante y lento. De no ser tan patético sería hasta gracioso, pensó Annie. Echando una mirada envenenada por encima del hombro, Sharpe masculló «perra» y le mostró a Annie el dedo del medio.

La escenita acabó y Annie se sintió inmensamente satisfecha. Se sentó y se sirvió una taza de té. Estaba tibio, pero le dio igual porque no le apetecía preparar té fresco. Uno de los agentes había abierto una ventana, pero era inútil, ninguna brisa podría paliar aquel calor. La poca corriente de aire que pasaba por encima del fregadero hizo ondear la tira matamoscas.

Mientras esperaba, Annie sacó su móvil y telefoneó a Eastvale. Gristhorpe le contó que el doctor Glendenning había acabado la autopsia de Jennifer Clewes y que, salvo la herida del disparo, no había encontrado nada. El contenido del estómago consistía en un sándwich de jamón a medio digerir, consumido unas dos horas antes de la muerte. Ese detalle confirmaba la teoría de Templeton de que

la víctima venía de Londres y que se había detenido en una cafetería de la autopista.

Glendenning no se arriesgó a asegurar la hora de la muerte, sólo estableció que había tenido lugar entre la una y las cuatro de la madrugada. Los peritos seguían trabajando en la escena y en cuanto pudieran empezarían con la casa de campo de Banks. También habían encontrado una huella parcial en la puerta del conductor del coche de Jennifer Clewes, pero no coincidía con la de ningún criminal fichado.

Annie no tuvo que esperar mucho a que apareciera la compañera de piso de Jennifer. Alrededor de las siete, la puerta de la calle se abrió y la inspectora oyó la voz de una mujer: «¿Hola, Jenn? ¿Jenn? ¿Ya has vuelto?».

Cuando la joven entró en la cocina y vio a Annie se detuvo en seco, se llevó la mano al pecho y empezó a retroceder asustada.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

Annie extrajo su identificación y se la entregó.

—¿De Yorkshire Norte? —dijo la joven tras estudiar las credenciales —. No entiendo. ¿Cómo ha podido entrar? No he visto que la cerradura estuviera rota.

—Tenemos llaves para todo.

—¿Qué quiere?

—¿Usted es Kate Nesbit, compañera de piso de Jennifer Clewes?

—Sí.

—Entonces será mejor que se siente —dijo Annie acercándole una silla.

Aturdida todavía, Kate se dejó caer en la silla. Sus ojos descubrieron el cenicero y las aletas de su nariz se ensancharon.

—¿Quién ha estado fumando? ¡No permitimos fumar aquí dentro!

Annie se maldijo por no haberse deshecho de las colillas, aunque el olor siguiera flotando en el aire cálido.

—No he sido yo —dijo Annie.

Y como no sabía dónde estaba el cubo de la basura, dejó el cenicero en el escurridor.

—¿Quiere decir que ha habido más gente aquí?

Annie permaneció junto al fregadero.

—Sólo dos agentes de la comisaría local. Ya les eché la bronca y lamento que fuesen tan maleducados, aunque era necesario entrar, créame.

—¿Necesario? —repitió Kate negando con la cabeza.

Kate era una chica guapa, de estilo sano y con sensatez. Tenía el cabello rubio muy corto y unas gafas ovaladas de montura negra. Sus mejillas irradiaban un saludable fulgor rosado. Parece atlética, se dijo Annie, y no es difícil imaginar ese cuerpo alto y larguirucho montando a caballo. Incluso su ropa, unos pantalones cortos blancos y una casaca verde estilo rugby, resultaban deportivos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kate—. No son buenas noticias, ¿verdad?

—Me temo que no. —Annie se sentó a su lado—. ¿Quiere una copa?

—No bebo. Dígame de qué se trata. No será papá, ¿no? Porque no puede ser, acabo de venir de allí.

—¿Estuvo visitando a sus padres?

—Sí, en Richmond. Voy todos los sábados que no trabajo.

—Pues no se trata de su padre. Escúcheme, puede que le resulte duro pero necesito que mire esto.

Annie abrió su bolso y sacó una fotografía tomada en el depósito de cadáveres. No era de las peores. Jennifer Clewes descansaba en paz, sin señales de violencia ni de sangre. Pero tampoco cabía duda de que era la fotografía de un cadáver.

—¿Es Jennifer Clewes, su compañera de piso?

Kate se cubrió la boca con la mano.

—Por el amor de Dios, es Jenn... —dijo con lágrimas en los ojos—. ¿Qué ha pasado? ¿Tuvo un accidente?

—En cierto modo, sí. ¿Sabe por qué se dirigía a Yorkshire ayer por la noche?

—No sabía que fuera para allá.

—¿Sabía usted que había salido?

—Sí. Anoche estábamos en casa. No es que vivamos la una pegada a la otra, cada una tiene su habitación, pero... Dios, no me lo puedo creer...

La joven se llevó las manos a la cara. Le temblaba todo el cuerpo.

—Kate, ¿qué fue lo que ocurrió? —dijo Annie—. Por favor, intente concentrarse. Hágalo por mí.

La joven respiró profundamente y eso la calmó un poco.

—En la tele no había nada que nos gustara, así que pusimos el DVD de *Quiero ser como Beckham.* Entonces sonó el móvil de Jenn y ella soltó un insulto. Fue a su habitación a contestar la llamada y cuando regresó dijo que había surgido una emergencia y que tenía que salir. Dijo que siguiera viendo la peli yo sola porque no sabía cuándo volvería. Y ahora usted me dice que ya no volverá...

—¿A qué hora sucedió esto?

—No lo sé. Supongo que serían las diez y media o las once menos cuarto.

Coincide con la hora de la muerte, pensó Annie. Dependiendo del tráfico, conducir de Kennington a Eastvale llevaba unas cuatro horas. Y Jennifer Clewes había sido asesinada entre la una y las cuatro de la madrugada, a unos cinco kilómetros de su destino.

—¿Le comentó adónde iba?

—No. Sólo dijo que tenía que marcharse, así, de repente. Pero así es ella.

—¿Cómo?

—Quiero decir que no era muy comunicativa sobre lo que hacía y adónde iba, aunque yo necesitara saber cuándo iba a regresar, por las comidas y esas cosas. A veces era muy desconsiderada. —Kate se cubrió la boca con la mano y se echó a llorar—. Mire las cosas terribles que digo...

—Tranquilícese —dijo Annie intentando consolarla—. Intente mantener la calma. ¿Jennifer estaba preocupada o con miedo?

—No era miedo exactamente, pero estaba pálida. Cómo si hubiera sufrido un shock o algo así.

—¿Tiene alguna idea de quién la telefoneó?

—No, lo siento.

—¿Qué hizo después de que ella se marchara?

—Vi el resto de la película y me fui a dormir. ¿Qué le pasó? ¿Tuvo un accidente? ¿Fue eso lo que sucedió? No pudo ser culpa suya, siempre era prudente y nunca conducía si había bebido.

—No exactamente —dijo Annie.

La joven se iba a enterar tarde o temprano, se dijo Annie. Se puso de pie, cogió un par de vasos bajos del armario acristalado y los llenó con agua del grifo. Le dio uno a Kate y volvió a tomar asiento. Apenas podía soportar la expresión implorante de la amiga, su mirada atemorizada y su ceño fruncido. El vaso le temblaba en las manos. Cuando Kate oyera lo que Annie iba a decirle, su vida ya no volvería a ser la misma, quedaría manchada para siempre. Marcada por el asesinato.

—Jennifer recibió un disparo —susurró Annie—. Lo siento mucho.

—¿Un disparo? —repitió Kate—. No puede ser, si ella... no entiendo.

—Nosotros tampoco, Kate, por eso estamos investigando. ¿Sabe si alguien quería hacerle daño?

—¿A Jenn? Por supuesto que no.

A Kate las palabras le salían a borbotones, como si le faltara el aire. Quiso apoyar el vaso pero no llegó a la mesa y el vaso se hizo añicos contra el suelo. Kate se puso en pie de un salto y se llevó la mano a la boca. Y entonces, sin previo aviso, se le pusieron los ojos en blanco y se desplomó sobre el suelo de la cocina.

—Oye, ¿estás seguro de que debemos mirar esto? —dijo Corinne—. Al fin y al cabo, estos documentos de negocios son asuntos privados de Roy.

—Ya es un poco tarde para remilgos —dijo Banks y, señalando el CD, añadió—: Además, quizá sólo contengan más de lo mismo.

Corinne le lanzó una mirada asesina y enseguida volvió la vista a la pantalla.

—Por lo menos no está protegido con contraseña...

—Con lo importante que es la privacidad para Roy —dijo Banks—, eso significa que aquí probablemente no haya nada realmente confidencial.

«O nada que lo incrimine», pensó Banks.

—Entonces, ¿qué sentido tiene rebuscar? —dijo ella.

—Quizás esos archivos contengan algo que quiere que yo encuentre y lea. Roy sabe que soy un negado para las contraseñas. Además, necesito averiguar cuanto pueda: contactos de negocios, actividades, costumbres, lo que sea.

—Pues aquí hay de todo —dijo Corinne haciendo avanzar en pantalla la lista de archivos—: documentos de Word, archivos de contabilidad, plantillas de Excel, presentaciones en Power Point, informes de estudios de mercado, memorándums, cartas...

—¿Puedes imprimirlos?

—Algunos sí, pero no todos.

Corinne fue seleccionando archivos y la impresora empezó a zumbar. Banks advirtió que Corinne tenía práctica.

—¿Puedes copiar todos esos archivos a otro chisme como ése?

—¿Otra memoria USB?

—O como se llame. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que puedo. Es decir, podría hacerlo si tuviera otra memoria USB a la que copiarlos. ¿Te serviría que te los pasara a un CD?

—Seguro —dijo Banks—. Mientras sea una copia, me sirve. Y también copíame el contenido del CD.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

—Voy a enviármelos a mí mismo por correo —dijo Banks—. Así tendré copias de seguridad.

—¿No se te ha ocurrido que quizá sea una pérdida de tiempo? ¿Qué quizá Roy sólo se haya largado con su nueva novia?

A Banks esa posibilidad se le había cruzado por la cabeza.

—Mira, es cierto que no conozco muy bien a Roy —explicó—. Y admito que quizá no sea un criminal sino un hombre de negocios imaginativo y audaz. Pero tú no oíste la llamada. Roy parecía asustado, Corinne. Intentó quitarle hierro al asunto, pero recalcó que podía ser un asunto de vida o muerte. ¿Es normal eso en Roy?

Corinne frunció el ceño.

—No. Y no porque sea un héroe ni nada de eso, sino porque las situaciones difíciles no lo intimidan. Además no es alarmista. Quizá lo hayan secuestrado.

—¿Te mencionó esa posibilidad?

—No. Pero he Oldo que a veces sucede, ¿no?

—No tan a menudo —respondió Banks—. Pero créeme, aquí pasa algo raro. Hay demasiados cabos sueltos. Para empezar se han llevado el ordenador. Alguien se tomó el trabajo de llevárselo y también todos los accesorios para almacenar información que

encontraron. ¿No te resulta sospechoso? No se llevaron la memoria ni el CD porque estaban escondidos. —Escondidos por estar a la vista, como en el relato *La carta robada,* de Poe, hubiera querido añadir Banks—. Según el vecino, Malcolm Farrow, cuando Roy se subió en el coche con ese hombre, no llevaba nada consigo. Así que alguien debió de regresar ayer para llevarse el ordenador y todo lo demás entre las nueve y media de la noche y hoy por la tarde, cuando llegué yo.

—¿Se te ha ocurrido que Roy pudo regresar y llevárselo él mismo? —dijo Corinne.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba a llevárselo? Además, su coche sigue en el garaje. ¿O tiene otro?

—No, sólo su adorado Porsche. En eso tienes razón, de haberse ido se hubiera llevado el Porsche. Roy adora ese coche.

—¿Tiene otra casa? ¿Un sitio adonde huir si tuviera que hacerlo? ¿Una villa en el Algarve, quizás?

—A Roy no le entusiasma Portugal. Y hasta dónde yo sé, no ha comprado ninguna casa ni en la Toscana, ni en la Provenza, ni en ningún otro lado. Y si lo hubiera hecho, a mí no me ha llevado. A Roy le encanta viajar y pasar tiempo fuera, pero dice que tener una casa en el extranjero es demasiado lío, que te ata demasiado a un solo sitio.

—Quizá tenga razón.

Corinne se mordió el labio.

—Estás empezando a hacer que me preocupe.

Banks le apoyó la mano en el hombro, pero la quitó enseguida. No quería que Corinne malentendiera su intención. Ella no reaccionó.

—Encontraré a Roy —aseguró Banks—. Pero antes veamos qué hay en esos archivos, podrían ayudarnos a saber por dónde empezar. Tú estás más al corriente que yo de sus negocios.

—Tampoco sé tanto. En cualquier caso, aquí no hay nada remotamente extraño o ilegal.

—¿Cómo puedes saberlo?

Corinne dudó.

—Pues, no puedo saberlo con seguridad. Pero, como he dicho, la

memoria no está ni protegida ni encriptada y dudo que Roy fuera a apuntar los detalles de sus embarques de heroína.

Mientras Corinne hablaba, iba abriendo y leyendo los archivos. La impresora no paraba de zumbar.

—¿No podemos saber si aquí hay algún documento ilegal?

—Basándome en estos archivos, te diría que no. Todo está en orden, al menos en apariencia. Creo que si Roy quisiera ocultar algo ilegal, algún detalle me chirriaría. No es tan sencillo esconder algo así. Además, ya te he dicho que Roy no es como tú crees.

—¿Qué me dices de los archivos de contabilidad?

—Sólo indican entradas y salidas. Hay hojas de cálculo de ingresos y pérdidas, inversiones, extractos de bancos, operaciones de banca en paraísos fiscales... Sus finanzas están bastante bien.

—¿Roy realizaba operaciones de banca en paraísos fiscales?

—Cualquiera con ese nivel de ingresos tiene que hacerlo. Es cuestión de reducir al mínimo los pasivos exigióles en concepto de impuestos. No es ilegal. Lo que estamos viendo son sobre todo memorándums y correspondencia. Desde luego, puedes tomarte tu tiempo y examinarlos uno por uno, sobre todo porque fuiste tú quien se los robó. Pero en mi opinión perderías el tiempo. Roy forma parte del consejo de administración de varias empresas de alta tecnología interesadas sobre todo en dispositivos de almacenamiento de información en miniatura, tarjetas de memoria y chismes parecidos. Los nuevos móviles, cámaras digitales, agendas electrónicas, reproductores de MP3 y muchos otros combinan diversas prestaciones, y cuanto más pequeños mejor. Tal y como está cambiando el mundo, yo diría que invertir en ese sector denota mucha inteligencia. Y puesto que es miembro del consejo de administración, le dan beneficios.

—¿Qué otras inversiones tiene?

—Últimamente se ha interesado mucho en la atención sanitaria privada. Recuerdo haber hablado con él sobre ello. Mira... —Corinne inició una presentación de Power Point que exaltaba las virtudes y beneficios de invertir en clínicas de cirugía estética—. Roy forma parte del consejo de administración de una cadena de centros de salud, del de una compañía farmacéutica, del de un club de fitness...

—Suena muy aburrido —dijo Banks.

—Te lo advertí. ¿Pero quién tiene el Porsche?

—No hace falta que me lo restriegues por la cara. ¿Hay algún otro archivo interesante?

—Pues un par de informes de investigación de mercado sobre salud y alta tecnología. Son de la clase de informes que se compran y cuestan mucho dinero.

—Esperaba que me dieras algunos nombres.

—Aquí los tienes —dijo Corinne—. Son memorándums y correspondencia entre varios directores y compañías en las que Roy y Julian Harwood eran socios, por ejemplo.

—Me suena el nombre.

—Es muy probable. Harwood es un tipo importante en el mundo de la asistencia médica privada. Dirige la cadena de clínicas en las que Roy invierte. Esas clínicas lo hacen todo, desde tratar un cáncer hasta agrandarte los pechos. De hecho, Roy y Julian son amigos desde hace años.

—Harwood no es médico, ¿verdad?

—No, es un hombre de negocios.

—¿Lo conoces?

—Ajá.

—Parece que no te impresiona.

—Tal vez porque eso es precisamente lo que busca: impresionar a todo el mundo. Francamente, me resultó bastante aburrido, hay de todo en la viña del Señor. Pero eso no significa que sea un delincuente.

—Entonces, ¿crees que aquí no hay nada que sugiera la participación de Roy en operaciones financieras ilegales o peligrosas?

—Revisa los archivos tú mismo, verás que todo es legítimo. Pero no puedo asegurarte que no sean peligrosas.

—¿Qué intentas decir?

—Pues que parezca legítimo no significa que sus empresas de alta tecnología no vendan ilegalmente sistemas avanzados de navegación para armas a terroristas, o que las clínicas no se dediquen a la manipulación genética. Quizá las clínicas de cirugía estética proporcionen caras nuevas a gánsteres...

—¿Como en *Plan diabólicoV.* —rió Banks.

Corinne arrugó el ceño.

—No entiendo lo que quieres decir.

—*Plan diabólico* era una película con Rock Hudson. Al protagonista le daban una cara nueva, una nueva identidad.

—Ah, entiendo. Lo que quería decir es que ese tipo de actividad no se anuncia con letras de dos metros, ¿entiendes? Este mundo da para todo y tú deberías saberlo. Si empiezas a escarbar la superficie de la empresa más legítima quizá descubras que no es tan inocua.

Banks lo sabía de sobra y, por eso mismo, el paradero de Roy le intranquilizaba. Corinne ordenó la pila de papel impreso, la puso en una carpeta y se la entregó.

—Aquí tienes.

Banks cogió la carpeta, la metió en su maletín y se puso de pie.

—Muchas gracias —le dijo—. Has sido muy generosa con tu tiempo.

—De nada —dijo Corinne—. Sólo encuentra a Roy.

—Lo haré.

—Y cuando lo encuentres, házmelo saber.

—Por supuesto. Cuídate y, si se te ocurre algo o necesitas cualquier cosa llámame al móvil de Roy. Se lo dejó en la mesa de la cocina. Así fue como conseguí tu número.

Corinne frunció el ceño.

—Roy no es así —dijo—. No es así en absoluto.

—No —dijo Banks.

Y se marchó.

Annie no había visto a nadie desmayarse desde que tenía nueve años, cuando una de las mujeres de la comuna de artistas en la que se había criado cayó redonda en mitad de la cena. A tan corta edad, oyó que los adultos comentaban por lo bajo y parecían coincidir en que habían sido las drogas. En el caso de Kate Nesbit, seguramente se debió al shock y acaso al calor.

Recordando sus conocimientos de primeros auxilios, Annie colocó los pies de Kate sobre una silla para elevar las piernas por encima del corazón y así restaurar el flujo sanguíneo al cerebro, y después le

ladeó la cabeza para que no se tragara la lengua. Se inclinó sobre Kate y escuchó: la joven respiraba sin dificultad. Al no tener a mano sales aromáticas —de hecho, nunca las había visto ni probado—, Annie simplemente se aseguró de que Kate no se hubiese partido el cráneo al caer, luego fue hasta el fregadero y llenó otro vaso de agua. Encontró un trapo de cocina, lo humedeció con agua fría y llevó el trapo y el vaso junto a la joven. Después cogió otro vaso de agua para ella. Kate ya había abierto los ojos y se movía. Annie le secó la frente y la ayudó a sentarse y a beber un sorbo de agua. Cuando Kate dijo que se sentía mejor, Annie la ayudó a volver a la silla. Antes de comenzar con las preguntas, recogió los trozos de vidrio roto.

—Lo siento —dijo Kate—. No sé qué me ha ocurrido.

—No se preocupe. Sólo lamento no haber encontrado una forma más amable de darle la mala noticia.

—No me puedo creer que la dispararan. Eso no le ocurre a la gente como nosotros, ¿no? —Annie hubiera querido asegurarle que eso era cierto—. ¿Y por qué lo hicieron? —continuó Kate—. ¿Para robarle? Como a esa pobre chica...

—¿Claire Potter?

—Sí. Su muerte salió en las noticias durante semanas y todavía no han encontrado al asesino. ¿Puede ser que...?

—Todavía no lo sabemos. Pero Jennifer no fue agredida sexualmente.

—Gracias a Dios.

—Pero faltan sus pertenencias: bolso, monedero —dijo Annie—. Así que pudo ser un robo. ¿Sabe si llevaba mucho dinero encima?

—No, nunca. Solía decir que podía comprar lo que quería con las tarjetas, la de crédito o la de débito.

Eso era lo que ocurría en la actualidad y Annie lo sabía. El único momento en que la gente llevaba mucho dinero encima era cuando lo sacaba del cajero.

—Oiga, ambas compartían piso —continuó Annie—. Debían de ser buenas amigas. Sé que está alterada, pero necesito su ayuda. ¿Cómo era la vida de Jennifer? ¿Había hombres, trabajo, familia,

amigos...? Piénselo y cuéntemelo. Tiene que haber alguna explicación, a no ser que haya sido el azar.

—Quizá lo fue —dijo Kate—. Esas cosas ocurren, ¿no? Quiero decir, la gente a veces se mata entre sí sin ninguna razón.

—Sí, pero no tan a menudo como se cree. La mayoría de las víctimas conocen a sus asesinos. Por eso quiero que piense y me diga lo que sabe.

Kate tomó un sorbo de agua.

—No sé mucho sobre ella —dijo—. No éramos íntimas.

—¿Tenía alguna buena amiga?

—Había una chica con la que había ido a la escuela en Shrewsbury, donde Jennifer creció. Vino a visitarnos un par de veces.

—¿Recuerda su nombre?

—Melanie. Melanie Scott.

Annie tuvo la sensación de que Melanie Scott no estaba en la lista de personas preferidas de Kate.

—¿Eran muy amigas, Jennifer y Melanie?

—El año pasado se fueron juntas de vacaciones a Sicilia. Fue antes de que Jenn se mudara aquí. Me lo contó todo, dijo que había sido alucinante.

—¿Tiene la dirección de Melanie?

—Creo que sí. Según recuerdo vive en Hounslow, cerca de Heathrow. Antes de que se marche, se la busco.

—De acuerdo. ¿Cómo era Jennifer?

—Callada, trabajadora y se preocupaba mucho por la gente. Tendría que haber sido asistente social.

Por su experiencia, Annie sabía que los de asistencia social estaban muy lejos de preocuparse demasiado por la gente. Es probable que tuvieran buenas intenciones, pero para Annie una cosa y otra no eran lo mismo.

—¿Qué me dice de todas esas entradas y salidas misteriosas?

—Ésa soy yo, que me pongo medio tonta —dijo Kate—. Me gusta saber dónde va la gente y cuándo regresarán. A veces Jenn no se molestaba en decírmelo. Pero no era ligera de cascos, si es eso lo que insinúa. En realidad, creo que era bastante tímida, pero también era brillante y ambiciosa. Como le acabo de decir, se preocupaba por

las personas. Y era divertida, me gustaba su sentido del humor. Solíamos ver los DVD de «The Office» y nos partíamos de risa. Ya me entiende, las dos habíamos trabajado en sitios como ése. Sabemos cómo es. Voy a echar de menos esos momentos. Voy a echar de menos a Jenn. —Kate se echó a llorar otra vez y cogió un pañuelo de papel—. Lo siento, no lo puedo controlar...

—No pasa nada —dijo Annie—. ¿Así la llamaba siempre, Jenn, no Jenny?

Kate gimoteó y se sonó la nariz.

—Sí. Le gustaba que la llamaran así. Odiaba que le dijeran Jenny. Ella no era Jenny, de la misma forma que yo no soy ni Katy ni Kathy, supongo.

«Como yo no soy Anne», se dijo Annie.

Era curioso cómo los diminutivos, y especialmente las contracciones, tendían a quedarse grabados. Durante toda su infancia en la comuna de artistas, Annie había sido Annie. Sólo en la escuela la habían llamado Anne.

—Pero seguro que hablaban juntas —dijo Annie—. ¿De qué solían charlar?

—De lo típico.

«Joder —pensó Annie—, hablar con esta mujer es como ordeñar una piedra.»

—¿Notó en ella algún cambio de humor o comportamiento?

—Sí. Parecía estar muy nerviosa e intranquila. Jenn no era así en absoluto.

—¿Nerviosa? ¿Desde cuándo?

—Sólo estos últimos días.

—¿Le dijo por qué?

—No. Estuvo más callada que de costumbre.

—¿Cree que puede haber alguna relación entre eso y su reacción a la llamada de anoche?

—No lo sé —dijo Kate—. Podría ser.

El problema era que el móvil de Jennifer había desaparecido junto con todas sus pertenencias. Aun así, quizá pudiera encontrar algo en los registros de la compañía telefónica.

—¿Sabe qué compañía tenía contratada?

—Orange.

Annie lo anotó para investigarlo.

—¿Tiene algún documento que contenga su letra?

—¿Cómo qué?

—Una nota, una carta, una postal... lo que sea.

Kate se volvió hacia un tablero de corcho que había junto a la puerta. Allí había varias viñetas de The Far Side y algunas postales. Kate se acercó, quitó la chincheta que sostenía la postal de la Torre Eiffel y se la llevó a Annie.

—Un fin de semana de marzo, Jenn fue a París y me mandó esto —dijo Katie—. Nos reímos mucho porque la postal llegó después que ella.

—¿Fue sola? —preguntó Annie.

Sacó una fotocopia de la nota que encontraron en el pantalón de Jennifer Clewes y comparó la letra.

—Sí. Siempre había querido ir en el Eurostar y había una oferta especial. Recorrió todas las galerías de arte. Le encantaban las galerías y los museos.

A Annie, que no era una especialista, la caligrafía le parecía la misma. Pero tendría que examinarla un experto.

—¿Puedo quedármela?

—Supongo...

Annie guardó la fotocopia y la postal en su maletín.

—Así que fue sola —prosiguió Annie—, ¿pero acaso no es París la capital del amor?

—En esa época Jenn no salía con nadie.

—Pero recientemente sí...

—Supongo...

—¿Sólo lo supone?

—Verá, Jenn era muy discreta. No era de las que tienen una aventura y vienen a contártela. Pero últimamente recibía muchas llamadas al móvil y hacía otras tantas. Y un par de noches no durmió en casa, *y eso* no era habitual.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de semanas.

—Pero empezó a comportarse de forma extraña después...

—Sí.

—¿Le dijo cómo se llamaba él? Sería un hombre, ¿no?

—Por Dios, claro que era un hombre. Pero no mencionó ningún nombre. Ni siquiera me dijo que estaba saliendo con alguien. Eso lo deduje yo por su comportamiento. Fue pura intuición. Sólo até cabos.

—Dice que parecía nerviosa e intranquila, pero eso no es precisamente como te debería hacer sentir una relación nueva, ¿verdad? ¿Por qué tanto secreto? ¿Nunca hablaban de asuntos personales? Digamos que una de las dos rompía con un novio o algo así...

—Sólo compartimos piso durante seis meses —dijo Kate— y en ese tiempo a ninguna de las dos nos sucedió algo así. Y estaba ese tío que le daba la lata, pero nadie más.

—¿Qué tío?

—Su ex novio. Sólo sé que se llama Víctor, nada más. Sigue telefoneando y viniendo. ¿No creerá que...?

—Todavía no creo nada —dijo Annie—. ¿Seguro que no sabe su apellido ni su domicilio?

—No, lo lamento —dijo Kate—. Rompieron antes de que empezáramos a compartir casa. Eso decía ella.

—¿Cómo lo llevaba Jenn? ¿Tenía miedo de Víctor?

—No, sólo estaba molesta.

—¿Cómo surgió lo de compartir piso?

Kate desvió la mirada.

—Prefiero no hablar de ello. Es un asunto privado.

Annie la taladró con la mirada.

—Kate, estoy investigando un asesinato. Ningún asunto es privado. ¿Cómo fue? Por un anuncio en el periódico, por internet? ¿Cómo?

Kate se sumió en tal silencio que Annie pudo oír el grifo de la cocina. Escuchó cómo salía el agua de la manguera del jardín y a un bebé riéndose a lo lejos.

—Kate...

—Vale, vale, de acuerdo. Creí que estaba embarazada y me hice uno de esos tests. Ya sabe, los que se compran en la farmacia... Pero no me fiaba.

—¿Y qué tuvo que ver Jennifer con eso?

—Ella era la directora de administración de una clínica privada de mujeres, especializada en planificación familiar.

—¿Como el Servicio Británico de Consulta sobre Embarazos? ¿Como la clínica Mary Stopes?

Annie recordaba esos centros de cuando hizo su propio periplo tres años antes. Al final acudió a una clínica de la Seguridad Social.

—Es una cadena nueva. Que yo sepa sólo han abierto un puñado de centros.

—¿Cómo se llama?

—Berger-Lennox.

—¿Y hacen abortos?

—No. No en el mismo centro. Pero cuentan con clínicas satélites que sí los llevan a cabo. Y no se dedican únicamente a eso, ofrecen toda la gama de servicios. Hacen pruebas de embarazo fiables, aconsejan y dan orientación psicológica, realizan abortos, te ponen en contacto con las agencias de adopción o con los servicios sociales, y mucho más. Se encargan de todo y son muy discretos. Una de mis amigas del trabajo me la recomendó. ¿Por qué lo pregunta? ¿Es importante?

—No lo sé.

Pero lo que sí sabía Annie era que el aborto enfurecía a los grupos extremistas como un trapo rojo a un toro y que algunos empleados de esa clase de clínicas habían sido asesinados.

—¿Puede darme la dirección? —dijo Annie.

—Está en mi habitación. Se la traeré junto con la de Melanie.

—De acuerdo —dijo Annie—. ¿Cómo se conocieron usted y Jennifer? Ha dicho que era directora administrativa...

—Ella llevaba la parte comercial de la clínica. Empezamos a hablar mientras yo rellenaba los formularios en la oficina, así empezó todo. Ella me explicó cómo funcionaba el sistema y otros detalles. Sencillamente nos caímos bien. Tenemos más o menos la misma edad; y creo que sintió un poco de pena por mí. Resultó que yo no estaba embarazada y Jenn me invitó a tomar algo para celebrarlo. Seguimos charlando y nos dimos cuenta de que ninguna de las dos estaba contenta donde vivía, así que decidimos unir recursos y

compartir. No nos conocíamos, pero acabamos llevándonos muy bien.

—¿Dónde vivía ella?

—Por Hammersmith. Dijo que era un apartamento diminuto y que la zona no era muy bonita. No le gustaba volver sola por la noche. ¿Puede traerme un poco más de agua, por favor?

Annie se preguntó por qué se lo pedía. ¿No podía levantarse y traérselo ella?, después de todo el apartamento era suyo. Seguramente sería por el shock. Daba la impresión de que la pobre chica iba a desmayarse de un momento a otro. Annie se acercó al fregadero y llenó los dos vasos. Una mosca azul se había quedado pegada en la tira matamoscas y luchaba desesperadamente por liberarse, aunque lo único que lograba era adherirse más al pegamento. Annie creyó saber cómo se sentía la mosca.

—Y usted, ¿dónde vivía? —preguntó Annie mientras le alcanzaba el agua.

—Gracias... En Richmond, con mis padres.

—¿Y por qué se fue? ¿Por si estaba embarazada?

—No, ni siquiera se lo conté. No tuvo que ver con eso. Y el chico, pues... hace mucho que salió de mi vida. Me fui porque Richmond está demasiado lejos. Me pasaba el día viajando. Trabajo en Clapham, soy bibliotecaria. Trabajo a un par de paradas de metro de aquí y si tengo tiempo y hace buen día, pues puedo ir andando.

—Entiendo —dijo Annie—. ¿Por qué cree que Jennifer fue tan reservada sobre su nuevo amigo?

—En mi opinión —dijo Kate bajando la voz—, es porque está casado.

«Tiene sentido», pensó Annie. Jennifer nunca se hubiera jactado de una relación con un hombre casado. El miedo a ser descubierta la pondría nerviosa, inquieta. En ese caso, el móvil probablemente era el mejor modo de comunicarse: la esposa nunca cogería la llamada.

—Pero ni idea de cómo se llama ni dónde vive, ¿verdad?

—No, lo siento.

—¿Sabe cómo se conocieron Jenn y su novio?

—No lo sé y quizás incluso me equivoque —dijo Kate—. Mi madre siempre dice que, para mi desgracia, tengo demasiada imaginación.

—Intente adivinarlo. ¿Dónde podrían haberse conocido? ¿A qué lugares iba Jenn? ¿Algún club nocturno?

—No, ya le he dicho que Jenn no era así. Además, solía llegar demasiado cansada del trabajo, se quedaba en el centro hasta tarde. Lo que quiero decir es que a veces salía con los compañeros de la oficina a tomar algo o a un restaurante. Otras veces nos íbamos al cine las dos solas. Y también veía a su amiga Melanie.

—¿Cree que podría haber conocido a ese hombre en el trabajo?

—Es probable. Es el lugar más lógico, ¿no?

Annie asintió. Claro que era probable. En el trabajo había conocido a Banks y, hasta cierto punto, a Phil Keane.

—¿Y por qué no salió con él el viernes? —continuó Annie—. Después de todo era el fin de semana y la gente suele quedar...

—No lo sé —dijo Kate—. Sólo comentó que estaría por aquí y que esperaba una llamada, pero que no sabía a qué hora. —La joven cambió la cara, como si fuera a llorar de nuevo—: ¿Tendría que haberme dado cuenta? ¿Tendría que haberla retenido aquí?

Annie se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—Tranquila, Kate. No podía saberlo ni hacer nada.

—Pero me siento tan inútil... Vaya desastre de amiga que soy.

—No tiene la culpa. Lo mejor que puede hacer ahora es contestar a mis preguntas tan clara y tranquilamente como pueda, ¿de acuerdo?

Kate asintió pero continuó gimoteando y frotándose los ojos con el pañuelo.

—La llamada fue entre las diez y media y las once menos cuarto, ¿verdad?

—Eso creo, sí.

—¿Qué me dice de la familia de Jennifer? —dijo Annie—. ¿Dónde viven? ¿Cómo se llevaban con Jennifer?

—Que yo sepa se llevaban bien —dijo Kate—. Pero no los visitaba mucho, será porque viven en Shrewsbury. Cuando la familia está tan lejos una no la visita tanto, ¿no es así?

—Así es —dijo Annie, cuyo padre vivía en St. Ives, un lugar todavía más alejado—. ¿Puede darme esas direcciones? Ahora que sabemos que el cuerpo que encontramos es el de Jennifer, alguien va a tener que avisarles de lo sucedido.

—Por supuesto —dijo Kate—. La de Shrewsbury la tengo en mi agenda electrónica. Ya sabe, por si hay alguna emergencia o algo. Nunca pensé que la necesitaría para esto.

Kate volvió a secarse los ojos, fue a buscar su bolso y le trajo la dirección a Annie.

Annie se puso en pie.

—Y ahora, mientras busca las direcciones, ¿puedo echar un vistazo a la habitación de Jennifer?

5

Banks dejó el coche aparcado en la calle de Corinne, a pocas manzanas de la casa de Roy. Cogió la línea District de Earl's Court a Embankment y de allí fue andando hasta la oficina principal de correos, detrás de Trafalgar Square. Compró un sobre acolchado y envió los dos CD —el que contenía los documentos de negocios que había en la memoria USB y el de las imágenes sexuales— a su propia dirección de la Jefatura de la Región Oeste. «Siempre es buena idea tener una copia de seguridad —pensó Banks—, preferiblemente guardada en un sitio diferente.» El CD original con los archivos JPG y la memoria USB los llevaba en su maletín, junto con los documentos que Corinne había impreso.

Tras acabar el recado en la oficina de correos, Banks se detuvo en el primer quiosco de prensa que encontró y compró otro paquete de Silk Cut. Mientras pagaba vio de reojo uno de los titulares de la prensa vespertina y se acercó a leer. Una joven de identidad no confirmada había sido asesinada de un disparo. Habían encontrado el cadáver en un coche a las afueras de Eastvale, Yorkshire Norte. Banks no dudó de que le hubieran asignado el caso de estar en activo. Pero dadas las circunstancias, el caso era responsabilidad de Annie. Banks no envidió en absoluto que Annie tuviese que afrontar el frenesí de información que las armas provocan en los medios. Pero seguramente Gristhorpe se encargaría de acallar a los periodistas, como de costumbre.

Banks encendió un cigarrillo y echó a andar, igual que en sus tiempos en la Policía Metropolitana de Londres. A veces, caminar le ayudaba a aclarar sus sentimientos o a resolver un problema. Tanto si conseguía aclararse como si no, siempre disfrutaba de los paseos nocturnos por el West End. Le traía sin cuidado cuánto había cambiado la zona desde sus primeros días de ronda.

Grupos de personas con sus cervezas en la mano reían y bromeaban en las aceras de los pubs. En Leicester Square, malabaristas y tragafuegos entretenían a la multitud de turistas

estadounidenses que se arremolinaban con sus botellas de agua mineral, sus bermudas y camisetas.

Era una tarde calurosa y la plaza estaba animada. Vallas metálicas flanqueaban la entrada del cine Odeon debido a algún estreno inminente y se habían formado largas colas de gente esperando ver a alguna estrella de cine. Banks recordó la vez que a comienzos de los setenta, en sus tiempos de joven agente uniformado, tuvo que hacerse cargo del control de aglomeraciones. Si la memoria no le fallaba, fue para el estreno de *El hombre de la pistola de oro.* La noche había sido fría, faltaban pocos días para Navidad y él y sus compañeros se cogían de los brazos para mantener alejados a los curiosos. Mientras las bombillas de los flashes destellaban (en aquellos años eran bombillas de verdad), los famosos bajaban de sus coches. Puede que viera a Roger Moore y a Britt Ekland, pero bien pudo haberse equivocado. Banks nunca reconocía a las celebridades fuera de la pantalla.

Por aquel entonces a Banks le encantaba el cine. Antes de tener a los niños, Sandra y él solían ver dos funciones a la semana si el turno lo permitía. A veces, cuando le tocaba trabajar de tarde o noche, acudían a la primera sesión. Incluso después de nacer Brian, consiguieron que de vez en cuando un vecino hiciera de canguro. Pero luego, sus obligaciones policiales dificultaron esas escapadas cada vez más.

Ahora Banks apenas iba al cine. Las últimas veces que lo hizo siempre había alguien hablando, la sala apestaba a palomitas empapadas de mantequilla y el suelo estaba pegajoso por la Coca-Cola derramada. Ir al cine ya no era una ceremonia, más bien era como pasar un rato en la cafetería mirando unas imágenes proyectadas en la pared. También en Eastvale había un nuevo multicine, una extensión del Centro Comercial Swainsdale, pero Banks nunca lo había visitado y probablemente nunca lo haría.

Recorrió el camino hasta el Soho. Eran casi las nueve y aún era de día, aunque el sol ya se estaba ocultando. Y sintió hambre. Desde que comió ese espantoso curry al volver de casa de Roy no había probado bocado. Y en el Soho las calles estaban igual de atestadas y las terrazas de los cafés y restaurantes de las calles Old Compton,

Greek, Dean y Frith, estaban a tope. El aroma a marihuana flotaba en el aire mezclado con el del café *espresso,* el ajo asado, el aceite de oliva y las especias de Oriente Medio. Los neones y las velas resplandecían de forma extraña en aquel crepúsculo lila algo difuminado por la tenue neblina que aún cubría el aire. Parejas de muchachos paseaban cogidos de la mano o esperaban en las esquinas apoyados unos contra otros. Mujeres jóvenes y hermosas, con ligerísimos modelos a la última moda, caminaban juntas o se colgaban del brazo de sus acompañantes.

Banks llegó a Tottenham Court Road poco antes de que las tiendas de aparatos electrónicos cerraran y, tras un breve trámite, adquirió un ordenador portátil con DVD-RW/CD-RW. El aparato era lo suficientemente ligero para transportarlo en uno de los compartimientos de su maletín y le permitiría realizar todas las tareas que necesitaba. Y no había hecho estragos en su cuenta bancaria, todavía rebosante de dinero por la indemnización del seguro por el incendio de la casa. Banks cogió el manual y varios accesorios sueltos y los metió en el maletín: las cajas y los envoltorios los dejó en la tienda. Después el hambre se hizo sentir una vez más y Banks se dirigió de nuevo al Soho.

En Dean Street, encontró un restaurante donde había comido muy bien con Annie hacía mucho tiempo. Como todos los demás locales, tenía la fachada abierta a la calle y las mesas de las terrazas repletas. Banks perseveró y mereció la pena, pues encontró dentro, en un rincón, una mesa diminuta alejada de la calle y del ruido. Para la mayoría de los clientes habituales aquélla debía de ser la mesa menos apetecible del local, pero a Banks le venía de perlas. Dentro o fuera el calor era el mismo, por lo que la ubicación le daba exactamente igual. Casi de inmediato, una camarera se acercó e incluso le sonrió.

Banks se secó la frente con la servilleta y estudió el menú. La letra era pequeña y tuvo que coger sus gafas baratas para leer de cerca. Banks las empleaba cada vez más para leer los periódicos y hacer los crucigramas.

No tardó mucho en decidirse, pidió un bistec en su punto, patatas fritas y media botella de Château Musar. Mientras esperaba la

comida, bebió su primera copa de vino. El sabor, complejo y generoso, era tan intenso como lo recordaba. Recordó que a Annie también le había gustado.

Annie. ¿Qué iba a hacer con ella? ¿Por qué estaba siendo tan hijo de perra cuando ella le había salvado la vida? Annie estaba muy cabreada y Banks lo sabía. Pero si realmente lo intentaba, quizá pudiera atravesar el muro de su ira. La realidad era que, desde la ruptura, la relación entre ambos pendía de un hilo. Él seguía celoso de las relaciones que ella mantenía y sabía que Annie estaba celosa de las suyas. Por eso era inaceptable cómo la había rechazado en el hospital. Pero las circunstancias eran excepcionales, se dijo, no estaba en sus cabales.

Llegaron el bistec y las patatas fritas, y los pensamientos de Banks volvieron a concentrarse en Roy. Con un poco de suerte conseguiría averiguar algo de aquellos datos informatizados. El nombre de una persona o una empresa. ¿Por qué iba Roy a esconderlos si no? El problema estaba en que Banks acabaría por averiguar demasiado y no disponía de un buen montón de agentes para enviar a la calle y cribar las pistas falsas. Tal vez pudiera acudir de nuevo a Corinne en busca de ayuda. Ella dijo estar dispuesta.

Por un instante, una sombra de preocupación recorrió a Banks como un escalofrío, y se estremeció. ¿La habría puesto en peligro al confiarle los secretos de los negocios de Roy? Estaba seguro de que no lo habían seguido hasta el apartamento de ella, tan seguro como de que ahora nadie le pisaba los talones. «Corinne estará bien», se dijo. De todos modos la telefonearía a primera hora de la mañana, sólo para asegurarse.

Banks hincó el diente en el jugoso filete y se dio cuenta de que sólo había cenado una vez con Roy. Sí era verdad que se habían visto ocasionalmente en las reuniones familiares, y en todos esos años había habido unas cuantas, y Banks también había acudido a la primera boda de Roy. Pero sólo habían cenado los dos juntos en una ocasión. Y, por lo que recordaba, surgió de la nada, sin ninguna razón especial.

Fue a mediados de los ochenta, cuando el mundo financiero se tambaleaba por los escándalos de abuso de información privilegiada.

Hiciera lo que hiciera en la actualidad, por entonces Roy era corredor de Bolsa. Con su traje de Armani y su corte de pelo de cien libras, Roy parecía un hombre de negocios de éxito y era el favorito de mamá Banks. «En cambio, en aquellos años mi vida era un desastre», pensó Banks, muy consciente de la ironía. Sufría de agotamiento en su puesto de Londres, su carrera y su matrimonio pendían de un hilo y esperaba la notificación de su traslado a Yorkshire Norte. En esas circunstancias, Roy lo telefoneó a la oficina y le preguntó si estaba libre para cenar en The Ivy. Banks ni siquiera sabía dónde vivía su hermano.

El restaurante estaba repleto de gente del espectáculo. Banks creyó reconocer a una o dos estrellas pero no pudo ponerles nombre a sus caras. Ciertamente, tenían aspecto de serlo y actuaban en consecuencia. Degustaron un pastel de carne y patatas demasiado caro y una botella de borgoña aún más cara, y tras media hora de charla sobre asuntos familiares, la carrera de Banks y su bienestar, Roy llevó la conversación a los escándalos recientes. No dijo nada abiertamente, pero Banks se marchó con la impresión de que Roy le había intentado sonsacar información. Banks no estaba muy al tanto, pero su hermano expresó interés en cómo se llevaban a cabo las investigaciones de los casos de abuso de información privilegiada, cómo se recababa la información, qué pensaba la policía de los informantes, cuál era la posición exacta de la ley al respecto y muchas cosas más. Roy lo hizo muy bien y continuó sondeándole mientras paladeaban las fresas, frambuesas y moras con salsa de chocolate blanco que tomaron de postre. No cabía duda de que Roy había salido a tantear el terreno.

Y había algo más.

Banks no era un experto, pero había tenido suficiente contacto con las drogas para reconocer ciertas señales y estaba seguro de que Roy iba colocado. Supuso que de cocaína. Al fin y al cabo era la droga preferida de los jóvenes triunfadores cuando salían de juerga. En cierto momento de la noche, Roy se excusó para ir al servicio y regresó más animado, con los colores subidos y sorbiéndose la nariz.

Banks comprendió repentinamente que fue aquella noche cuando empezó a pensar que su hermano era un criminal. Antes de aquello,

sólo le había visto como al hermanito molesto, el dechado de virtudes con quien lo comparaban sus padres. Y Banks siempre salía perdiendo. Incluso ahora, cuando rememoraba la conversación de esa noche, tenía la sensación de estar en lo cierto: Roy andaba metido en algo y quería calcular qué probabilidades había de que lo pillaran. Pues no le habían pillado y, además, había progresado y se dedicaba a otros negocios. ¿Serían igual de deshonestos que los de entonces?

Banks se sirvió el resto del Château Musar. «Quizá debí pedir toda la botella», se dijo. Pero una entera era demasiado, quería tener la cabeza despejada para el día siguiente. Por lo que pudo percibir entra las mesas abarrotadas y la tenue iluminación del local, la calle estaba más atestada todavía. El gentío, jóvenes en su mayoría, seguiría probablemente bebiendo y bailando hasta la madrugada.

Mientras tomaba su café con coñac, Banks recordó que había olvidado reservar una habitación de hotel y no tenía dónde pasar la noche. Después sintió el peso de las llaves en su bolsillo y supo que ya lo había decidido desde el momento en que las guardó junto al móvil de su hermano. Esforzarse en encontrar un taxi en el laberinto de calles del Soho era inútil, por lo que fue andando hasta Charing Cross Road y allí enseguida dio con uno que lo llevó hasta South Kensington.

Con paciencia pero sin suerte, Winsome llevaba la tarde y parte de la noche telefoneando alternativamente a los padres y a los hijos de Banks. Pero cuando quiso llamar a sus amigos no supo con quién contactar. El inspector se había olvidado una vieja agenda en el cajón, pero en ella había pocas entradas; algunas eran tan viejas que los números de teléfono estaban fuera de servicio. Era extraño tener que buscar a su superior, revisar la agenda personal del hombre que admiraba y al que se dirigía llamándolo «inspector». Aun así, a Winsome no le cupieron dudas de que su investigación podría aclarar varias cuestiones. También supo advertir que Banks podía estar en peligro. Al fin y al cabo, la mujer que aparentemente iba a verlo había sido asesinada y alguien había entrado en su casa a medio terminar. ¿Era sólo coincidencia? Lo dudaba.

Tras consultar la lista de números de teléfono de la familia, Winsome llamó primero a Tracy, en Leeds. Cuando finalmente dio con ella a la hora del té, Tracy le dijo que no tenía ni idea de dónde estaba su padre. El hijo, Brian, no cogía el móvil, así que la detective le dejó un mensaje. Al caer la tarde, cuando telefoneaba a los padres de Banks por tercera vez, le contestó una mujer.

—¿Señora Banks? —dijo Winsome.

—Al habla.

—Soy la agente Jackman, trabajo con su hijo el inspector jefe Banks. He estado intentando contactar con usted toda la tarde.

—Lo siento, cariño, he visitado a mi hermano y a su mujer en Ely. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Alan?

—No le ha pasado nada, señora Banks. Que sepamos todo está en orden. Esta semana está de vacaciones, pero ya sabe usted cómo es este trabajo. Me temo que lo necesitamos para un asunto y es urgente. Parece que no se ha llevado el móvil y me preguntaba si usted sabe dónde habrá ido.

—No, cariño —dijo la señora Banks—. Últimamente no nos dice ni adonde va ni de dónde viene.

—Supongo que no, pero no perdía nada con intentarlo —dijo Winsome—. ¿Ha hablado con él recientemente?

—Curiosamente me ha telefoneado esta misma mañana.

—¿Para qué?, si no le importa que se lo pregunte.

—Claro que no. Fue un poco extraño. Verás, me preguntó por mi otro hijo, por Roy, y... bueno, nunca han sido muy amigos.

—Entonces, ¿le resultó extraño que el inspector le preguntara por Roy?

—Sí.

—¿Qué era lo que quería saber?

—Quería saber si yo sabía dónde estaba su hermano, igual que ahora tú quieres saber dónde está Alan. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Estás segura de que no ha pasado nada?

—No hay nada de qué preocuparse, señora Banks. Necesitamos que nos ayude con un asunto, sólo eso. ¿Podría darme la dirección y el teléfono de su otro hijo, si los tiene?

—Por supuesto —dijo la señora Banks—. La dirección la sé de

memoria, pero los números se me dan fatal. Tendrás que esperar a que lo vaya a buscar.

—De acuerdo —dijo Winsome—. Esperaré.

Oyó a la anciana apoyar el auricular sobre una superficie dura y después unas voces apagadas. Segundos más tarde, la señora Banks cogía de nuevo el auricular y le dictaba el número.

—Roy tiene uno de esos móviles, ¿quieres ese otro número también?

—Estaría bien.

—Qué tontería tener que estar disponible todo el tiempo —dijo la señora Banks—. Me pregunto cómo pudimos vivir antes de tener tanto chisme moderno, pero vivíamos igual, ¿no es cierto? Pero no paro de hablar y seguramente eres joven y ni siquiera lo recuerdas...

—Claro que lo recuerdo —contestó Winsome.

La detective había crecido en Jamaica, en una choza a merced de los elementos, allá por Cockpit Country, sin teléfono, ni electricidad, ni ninguno de los millares de lujos que resultaban tan esenciales para sobrevivir en la Gran Bretaña del siglo XXI.

La señora Banks le dio el otro número y Winsome se despidió. Por unos instantes la agente se quedó pensativa, dando golpecitos con el bolígrafo en el bloc de notas. Después encontró el número de móvil de la inspectora Cabbot y volvió a coger el teléfono.

—Siento mucho lo de Malo y Caro —dijo el inspector Brooke—. Son un par de imbéciles de primera, pero estos días es difícil encontrar ayuda y dio la casualidad que ellos estaban de servicio.

—¿Malo y Caro?

—Lo contrario de bueno y barato, ¿lo pillas?

Annie rió.

—No te preocupes. Nosotros también tenemos un par de ellos.

Los policías se encontraban en un pub de Brixton Road, bebiendo cerveza amarga Director's. David Brooke tenía la misma edad que Banks, pero aparentaba más y estaba algo más rollizo. Su cara plácida, redonda y los pocos mechones pelirrojos alrededor de su calva pecosa siempre hacían que Annie lo viera como a un granjero. El traje de Brooke había visto tiempos mejores, igual que sus

dientes. Y al quitarse la corbata por el calor pareció todavía más un paleto de Somerset llegado a la boda de un pariente o a ver un partido de fútbol.

El registro que Annie hizo en la habitación de Jennifer Clewes no aportó mucha información, excepto que la joven coleccionaba personajes de cuentos de hadas en porcelana, le gustaba Frank Sinatra, Tony Bennett y Ella Fitzgerald, y no leía nada que no estuviera relacionado con el comercio y los negocios, salvo alguna novela romántica de Milis y Boon. La ropa que no era para la oficina era sport: vaqueros, faldas y chaquetas tejanas, tops y camisetas de algodón: nada con lazos o volantes. Tenía un vestido bueno y dos pares de zapatos de tacón, el resto consistía en deportivas y sandalias.

A primera vista, su ordenador no reveló nada fuera de lo normal. No guardaba ni un diario ni papeles personales, sólo un calendario en el que marcaba sus citas personales: el día trece tenía una cita con el dentista. Si había algo más ya les correspondería averiguarlo a los expertos informáticos. No obstante, Annie dio con una foto en la que Jennifer salía mucho mejor. Estaba alegre y sonriente, con un paisaje marino al fondo. Kate Nesbit le dijo que había sido tomada en Sicilia el año anterior, cuando Jennifer estuvo allí con Melanie Scott, su compañera de escuela en Shrewsbury.

Cuando acabó el registro del apartamento, Annie telefoneó y reservó una habitación para dos noches en un hotel junto a Lambeth Bridge, no sin antes dar aviso a Gristhorpe y obtener su visto bueno. El día siguiente era domingo y seguramente el Centro Berger-Lennox estaría cerrado. Annie acudiría a primera hora del lunes, antes de regresar al norte. Así que dedicaría el domingo a hablar con Melanie Scott. La policía local inforMaria a la familia de Jennifer de su muerte y acompañaría a sus padres a Eastvale a identificar el cadáver.

—¿Qué tal va todo, Dave? —dijo Annie—. Hace mucho tiempo que no nos vemos.

—Demasiado, en mi opinión. Me va bien, gracias. De hecho, la gran noticia es que por fin me han propuesto para el puesto de inspector jefe.

—Enhorabuena, Dave —dijo Annie—. Inspector jefe detective

Brooke. Suena bien, ¿verdad?

Brooke soltó una risilla.

—La verdad es que sí. ¿Cómo fue la entrevista con la compañera de piso de Clewes?

Annie dio un sorbo a su cerveza.

—Bien, aunque no averigüé mucho. Pero me estoy haciendo una idea, por muy vaga que sea, de cómo era Jennifer. Ya sabes cómo son las primeras etapas.

—Ya, todo va a paso de tortuga.

—Pobre mujer —dijo Annie—. Me refiero a la compañera de piso, a Kate Nesbit. Estaba muy afectada. Al final la convencí de que me dejara llamar a la vecina de arriba para que le hiciera compañía hasta que llegaran sus padres. Los telefoneé y me dijeron que llegarían tan rápido como pudieran. Qué sucedió después ya no lo sé.

—Si no te parece mal haré que la vigilen, que pasen a verla de vez en cuando para ver cómo está.

—No vayas a mandar a Malo y Caro.

Brooke sonrió.

—No, no le haría semejante faena a la pobre. Tenemos buenos agentes que prestan apoyo comunitario.

—De acuerdo —dijo Annie—. Buena idea, gracias.

—De nada.

—Me molesta tener que pedírtelo —continuó Annie—. Pero podrías enviar a un par de agentes a investigar casa por casa. Lo haría yo misma, pero mañana preferiría marchar a Hounslow a visitar a una de las amigas íntimas de la víctima.

—¿Y qué tienen que averiguar mis hombres?

—Si alguien vio algo inusual o sospechoso en el barrio, a extraños merodeando, ese tipo de cosas.

—No hay inconveniente entonces —dijo Brooke—. Hay que cuidar esos delicados piececitos de inspectora.

—Eres un encanto, Dave.

Sonó el móvil, Annie se excusó y salió para oír mejor. Winsome le pasó la dirección y los números de teléfono del hermano de Banks y le explicó que era probable que el inspector estuviera allí. Annie

volvió a toda prisa al pub, sacó la libreta de su maletín y apuntó la información. Dio las gracias a Winsome y colgó.

—¿Algo importante? —preguntó Brooke.

—Quizá sea una pista sobre nuestro inspector desaparecido —respondió Annie.

—¿Vuestro inspector desaparecido?

—Es largo de contar.

Brooke señaló el vaso vacío de Annie.

—¿Otra?

—¿Por qué no? No voy a conducir.

—¿Te apetece cenar? Así me podrás contar la historia del inspector desaparecido.

—¿Qué te parece aquí mismo?

Brooke miró a su alrededor e hizo una mueca.

—Estás de coña, ¿verdad? Tomamos otra aquí y luego nos vamos a un sitio decente al otro lado del río. Si te apetece...

—Claro —dijo Annie—. ¿Qué tal están Joan y los niños?

—De maravilla, gracias. —Brooke hizo una pausa—. Y por si no lo sabías, no eres nada sutil.

—¿A qué te refieres?

—Quieres saber si sigo felizmente casado: si represento una amenaza para ti. Pues a lo primero te contesto que sí y a lo segundo que no. ¿Siempre te comportas así cuando un hombre te invita a cenar?

—¿Así que pagas tú? ¡Qué bien! Entonces acepto.

—Y ahora te escudas en la frivolidad.

—Tienes razón —se disculpó Annie—. No debí hablarte así.

Últimamente he tenido algunas malas experiencias.

—¿Te apetece hablar de ello?

Annie negó con la cabeza. Lo último que le apetecía era hablar de Phil Keane. Estrangularle... quizá; colgarle, destriparle y descuartizarle... mejor aún; pero hablar de él... de ninguna manera. Brooke no era el tipo de hombre que te tiraba los tejos y en circunstancias normales ella lo hubiera sabido. Dave había estado casado con Joan todos estos años, desde que Annie era una agente sin experiencia en Exeter y él su sargento. Como detective era un

tipo parado y sin imaginación, pero le ponía empeño. Sin embargo, siempre había sido amable con ella y mantenían el contacto aunque fuera esporádicamente. En fin, que lo de Brooke era una invitación a cenar y nada más, y Annie se sintió culpable por no haberse fiado de un viejo amigo.

—Lo siento —dijo Annie—. Reaccioné sin pensar.

—No es nada. En el fondo me halaga que me consideres un aspirante.

—Porque lo eres —respondió Annie palmeándole el brazo—. Estoy muerta de hambre. ¿Qué te parece si nos saltamos la otra cerveza y nos la tomamos en el restaurante? ¿Tu oferta sigue en pie?

—El East End nos espera —dijo Brooke.

—¿Hay alguna posibilidad de que, de camino, pasemos por South Kensington?

Kev Templeton rumiaba melancólico. Era sábado por la noche y era tarde. A esa hora debería estar cepillándose a esa nueva empleada de Archivos, la pelirroja preciosa de tetas grandes y piernas interminables. En cambio, estaba conduciendo por la M1 bajo una lluvia tan torrencial que los limpiaparabrisas no daban abasto.

Aun así, eso era lo que más le gustaba en el mundo. Después de la pelirroja, claro, o incluso antes: la emoción de la caza. Aunque no fuera igual que cazar, al menos estaba fuera de la oficina, en la carretera, al volante en mitad de la noche y tras una pista. Eso sí que era vida. Por eso se había hecho poli. El agua caía en cascada por las ventanillas, los relámpagos rasgaban el cielo y Kev Templeton podía oír los truenos por encima de la música de los Chemical Brothers, que sonaba a un volumen ensordecedor.

Sabía que en jefatura no lo tomaban en serio, por su aspecto juvenil y porque prestaba demasiada atención a su apariencia. Todos lo consideraban un dandi discotequero. Y le gustaban las discotecas y cuidar su aspecto, pero era más que eso. Ya se lo demostraría a todos algún día. Se examinaría ante el tribunal y desde su rango de detective raso ascendería como un puto meteorito.

¿Quiénes se creían que eran? Gristhorpe se jubilaría de un momento a otro y, si alguna vez trabajó como detective, hacía años

que ya no lo hacía. Banks era un fuera de serie pero no jugaba en equipo y acabaría borrándose él mismo de la película debido a todos sus problemas personales. Annie Cabbot no era tan magnífica como se creía; era demasiado emocional, se dijo Kev, como si anduviera siempre con la regla. La única de todos ellos que realmente le daba miedo era Winsome. «La impresionante», pues ése era el mote secreto que él le había puesto. Ella sí llegaría lejos. Kev podía imaginársela como su compañera, cuando él llegara a comisario. También se la imaginaba follando. Pero sólo pensar en esos muslos se ponía a sudar.

Lo primero que hizo fue llegar al comienzo de la autovía M1, entonces dio la vuelta y subió en dirección norte, deteniéndose en las áreas de servicio de Toddington y Newport Pagnell. Allí mostró la fotografía de Jennifer Clewes, pero sin éxito. No había comido nada y ya eran casi las doce. Y ahora que se encontraba en el área de servicio de Watford Gap le estaba entrando hambre y tenía que echar una meada. ¿Por qué no detenerse entonces en el Road Chef? Por lo que sabía, todas las cafeterías de la autovía eran iguales: cobraban de más y no había mucha variedad.

A esa hora de la noche todas las cafeterías irradiaban un aura de sordidez considerable. Quizás el área de servicio de Watford Gap siempre tenía ese aspecto, pensó Templeton. Tendría algo que ver con la luz y la clientela: las familias de clase media normales no transitaban la autovía a esas horas. Y tampoco había mucha gente mayor. La mayoría de los presentes —con la rara excepción de algún comercial o algún hombre de negocios de camino a casa tras una reunión tardía— tenían cara de delincuentes. «Si hicieras una redada en las cafeterías de carretera no fallarías: fijo que pillarías a un par de tipos del póster de criminales buscados», se dijo Templeton. Quizá les pasaría la idea a los de arriba. O mejor no, se la robarían y después se colgarían ellos las medallas.

Un hombre entró en el servicio y, aunque había espacio de sobra, se puso en el urinario contiguo al de Templeton. Cuando el tipo empezó a romper el hielo con la típica frase de cómo te cuelga ese pollón, Templeton se subió la cremallera, sacó sus credenciales y se las plantó al tipo en toda la cara. Lo hizo con tanta violencia que

éste se tambaleó hacia atrás, perdió el control direccional y se meó los zapatos y las perneras del pantalón.

—Ahueca, pervertido —exclamó Templeton—. Y considérate afortunado de que no tenga ganas de detenerte por prostitución callejera. Ahueca... ¡ahora!

Templeton dio una sola palmada sonora.

El hombre se puso pálido. Se subió la cremallera y con manos temblorosas, sin siquiera tomarse unos segundos para lavárselas, huyó por la puerta. Templeton lavó las suyas con agua caliente durante exactamente treinta segundos. Odiaba a los maricones. En su opinión, legalizar la homosexualidad tantos años atrás había sido un error garrafal: les habían abierto las compuertas, eso fue lo que hicieron. Igual que con la inmigración. En su opinión, el Gobierno debía meter a todos los maricas en la cárcel y mandar a todos los extranjeros a sus países. Excepto a Winsome, claro. Winsome podía quedarse.

En el restaurante, pidió una taza de té y —calculando que no podía fallar con un plato tan sencillo de hacer—, unas salchichas con huevos fritos y judías. Llevó la bandeja a la primera mesa vacía que encontró y se esforzó por ignorar los chorretones de ketchup de la encimera. Los huevos estaban demasiado hechos y el té demasiado cargado. Templeton juzgó pasable el resto de la comida y se la zampó con todo el entusiasmo que pudo juntar.

Después se acercó al mostrador y se dirigió al joven asiático que atendía. Su etiqueta de identificación ponía Ali.

—¿Trabajaste aquí ayer por la noche, más o menos a esta hora?

—Estuve aquí, sí —contestó Ali—. A veces tengo la sensación de que siempre estoy aquí.

—Apuesto que sí —dijo Templeton extrayendo la fotografía de Jennifer Clewes de su maletín—. Por cierto, soy el detective Templeton, de la Brigada Criminal de Yorkshire Norte. ¿No habrás visto por aquí a esta mujer, por casualidad?

—Joder, está muerta... —exclamó Ali poniéndose pálido—. Nunca había visto a una persona muerta.

—Mi pregunta era si la has visto por aquí...

—¿Qué le pasó?

Templeton suspiró histriónicamente.

—Oye, Ali, nos llevaremos mucho mejor si yo hago las preguntas y tú las contestas. ¿Qué me dices?

—Vale, de acuerdo. Muéstremela de nuevo.

El joven alargó la mano, pero Templeton no soltó la fotografía, la mantuvo cerca de sí. No quería que Ali la cubriera con sus huellas dactilares grasicntas.

Ali entrecerró los ojos, escrutó la fotografía mucho más tiempo del que Templeton consideró necesario.

—Ajá, estuvo aquí ayer por la noche. Se sentó allí —dijo finalmente, señalando una mesa.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo. Cuando trabajas de noche siempre es la misma hora.

—¿Estaba sola?

—Ajá. Recuerdo haber pensado: ¿qué hace una nena tan guapa tan sola un viernes por la noche?

—¿Te pareció alterada o asustada?

—¿Eh?

—¿Cómo se comportó?

—Normal, supongo. Se comió su sándwich... medio sándwich. Y no la culpo, después de un rato en la nevera esos sándwiches de jamón se ponen blandos.

—¿Se le acercó alguien?

—No.

—¿Habló con alguien?

—Tampoco. Pero el tipo de la mesa de enfrente se la comía con la vista. Me dio la impresión de que era un pervertido o algo así.

—¿Qué aspecto tiene un pervertido?

—Ya sabe, como asqueroso.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo estuvo aquí?

—Ni idea, pero no más de quince minutos. Oiga, ¿no va a decirme qué le ocurrió a la chica? Cuando se fue de aquí estaba bien...

—¿La siguió alguien?

—El tipo de la mesa de enfrente, el pervertido, salió justo después

de ella. Pero no creo que la siguiera. El tipo ya había acabado su salchicha envuelta en hojaldre, así que no tenía por qué quedarse.

Templeton contempló la decoración del local.

—Es cierto. ¿Para qué iba a quedarse?

—La mayoría de los clientes vienen con prisas, ¿entiende? Hay mucho movimiento.

—¿Y nadie más se interesó por la mujer?

—No.

—¿Hizo alguna llamada?

—No, que yo sepa.

—Ese pervertido que mencionas, ¿lo habías visto antes?

—No.

—¿Me lo puedes describir?

—Llevaba un traje gris, como de hombre de negocios y gafas de montura negra. Tenía la cara alargada con las mejillas caídas y una nariz larga y fina. El cabello era castaño, castaño claro y corto. Ah, y tenía caspa. Me recordó a alguien, pero no sé a quién. Me refiero a su cara, no a la caspa.

—¿Cuántos años dirías que tenía?

—Era viejo. Tendría unos cuarenta.

—¿Se te ocurre algo más que puedas contarme?

—No, no creo. ¿Esto va a salir en «Crimewatch»?

—Gracias por tu ayuda.

Templeton dejó a Ali soñando con el estrellato televisivo y regresó al coche. La lluvia había parado y los charcos oscuros reflejaban las luces. Antes de lanzarse de nuevo a la autovía, Templeton se acercó al garaje y entró en el despacho del encargado del turno de noche. Detrás del mostrador vio a un joven medio dormido. Templeton sacó sus credenciales y el chaval se despertó un poco.

—Me llamo Geoff —dijo el chaval—. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Trabajaste ayer por la noche?

—Ajá.

Templeton volvió a extraer la fotografía.

—¿La recuerdas?

—Oiga, parece como si estuviera... no sé... —dijo Geoff frunciendo el ceño.

—Parece muerta, y es lógico, porque está muerta —dijo Templeton —. ¿La recuerdas?

—Estuvo aquí. No es fácil olvidarse de una chica tan guapa.

—¿Recuerdas a qué hora?

—No lo sé con seguridad, pero el recibo de la tarjeta de crédito debería indicarlo.

—¿Usó tarjeta?

—La mayoría de la gente las usa. Son prácticas y la gasolina es puñeteramente cara. Además, ahora se puede pasar la tarjeta directamente por el lector del surtidor; ya ni siquiera hay que acercarse al despacho. Pero no todo el mundo lo prefiere así, a algunos todavía les gusta el trato humano.

—¿Supongo que no tendrás los recibos de ayer por la noche?

—Pues da la casualidad de que sí —dijo Geoff—. No los recogen hasta el lunes por la mañana.

—¿A qué esperas, entonces? Su nombre es Jennifer Clewes.

Geoff localizó los recibos y mientras los repasaba se lamió el labio inferior.

—Deme un minuto, nada más... Aquí está, es éste.

Le mostró el recibo a Templeton para que lo viera: 00:35. Eso significaba que Jennifer llegaría al cruce con la A1 unas dos horas y media después. Las horas coincidían. Templeton dio las gracias a Geoffy, por si acaso, le preguntó sobre el «viejo» que le había descrito Ali.

—¿El tipo de la caspa? ¿Cara de hacha?

—Ese mismo.

—Pues sí, él también anduvo por aquí. Y ahora que lo pienso, a la misma hora que ella. Vi que se la comía con la vista cuando ella se inclinó a meter la pistola de la manguera. Y no lo culpo. Esa chica parecía salida de la revista *FHM.* Oiga, no creerá que ese tipo...

—¿Lo habías visto antes?

—No. Pero por aquí pasa mucha gente.

—Supongo que sería mucha casualidad que él pagara con tarjeta...

Geoff sonrió y repasó la pila de recibos una vez más.

—Se lo dije, muchos pagan con tarjeta. Aquí lo tiene. Era el siguiente recibo después del de la chica: Roger Cropley.

—¿Aquí hay cámaras de circuito cerrado?

—Pues da la casualidad de que sí —dijo Geoff.

Se oyó el rugido de un trueno. Geoff alzó el recibo y Templeton leyó los datos impresos. «Vaya, es verdad que Dios existe», pensó.

De nuevo en casa de Roy, lo primero que hizo Banks fue comprobar los mensajes. Sólo había uno y, para su sorpresa, lo había dejado Annie Cabbot. Y más sorprendente aún: iba claramente dirigido a Roy, pues empezaba diciendo «Señor Banks». Annie explicaba que había pasado un rato antes y no lo había encontrado en casa, y le pedía por favor que se pusiera en contacto con ella. «La voz de Annie suena bastante fría y oficial —se dijo Banks—, ¿qué hará ella en Londres? ¿Tendrá algo que ver con el asesinato de Eastvale?» Pero ya eran las once y a esas horas a Banks no le apetecía tener una conversación complicada con Annie. Ya la llaMaria por la mañana.

Llevó la botella abierta de Amarone a la planta de arriba y se puso a ver *La naranja mecánica* en la televisión de plasma. Para no molestar a los vecinos puso el volumen al mínimo, aun así el sonido *surround* llenaba la habitación. Al poco rato Banks se durmió en el sofá, sin apenas haber tocado la botella.

Cuando la tormenta se cernió sobre Londres de madrugada, Banks no oyó ni los truenos, ni vio los relámpagos. Lo que sí le despertó, poco después de las tres, fue la muy cercana e inconfundible melodía de *La donna è mobile.*

Mientras intentaba volver en sí, lo primero que pensó fue que no había puesto ningún CD de *Rigoletto* antes de meterse en la cama. Después recordó que había dejado el teléfono de Roy en la mesa. Lo cogió y, en efecto, el sonido provenía del móvil. La habitación estaba a oscuras, pero gracias a la luz de fondo del aparato dio con el botón que había que pulsar.

—¿Hola? —murmuró—. ¿Diga?

Al principio Banks no escuchó nada excepto un tenue siseo de fondo, quizás una interferencia causada por la electricidad estática. Creyó haber Oldo a alguien que se estaba asfixiando o atragantando por no querer soltar una carcajada. Entonces se le ocurrió que

alguien lo había llamado por error y que los extraños sonidos provenían de una televisión sonando de fondo.

Algo parecido ya le había sucedido cuando se olvidó bloquear el teclado de su móvil. Por la razón que fuera, uno de los números de la agenda se activó y Tracy acabó oyendo a su padre mientras interrogaba al testigo de un asesinato. Afortunadamente, Tracy no llegó a oír bien lo que estaban hablando y tuvo el buen juicio de colgar cuando comprendió lo que había ocurrido. Después de aquello, Banks se puso tan paranoico que siempre bloqueaba el teclado del teléfono.

También podían ser unos chicos u otra gente haciendo una broma de mal gusto.

Las voces apagadas continuaron, seguidas de un golpe seco y el sonido inconfundible de una risa. Entonces, mientras Banks observaba la pantalla, se empezó a formar una imagen. No tenía mucha definición, pero parecía ser un hombre desplomado en una silla con la cabeza caída hacia un lado, dormido o quizás inconsciente. Banks no consiguió ver a nadie más en la imagen, pero, por el jaleo, debía ser una fiesta salvaje.

¿Por qué le enviarían a Roy semejante fotografía? Banks seguía medio dormido y no podía pensar con claridad, así que guardó la fotografía y dejó el teléfono de nuevo sobre la mesilla. Fuera lo que fuera, ya lidiaría con ello por la mañana, cuando estuviera más despierto.

6

La tormenta eléctrica se deslizó sobre la mitad sur del país durante la noche, llevándose consigo el bochorno. El domingo amaneció luminoso y soleado. Las calles estaban limpias y resplandecientes por la lluvia. La temperatura seguía rondando los veinticinco grados pero, como la humedad había desaparecido, el calor se hizo tolerable.

Annie se despertó descansada, pese a que en la habitación del hotel hacía tanto calor que había dormido destapada y en ropa interior. Había activado el regulador que había en la pared para que estuviera en «frío», pero cuando comprobó que no ocurría nada concluyó que sólo estaba para dar el pego. Quizá, si el huésped creía que funcionaba, empezaba a sentir el fresco. Pero Annie no era una mujer de fe.

Después de una ducha tibia y un desayuno continental en su habitación, Annie buscó una vez más alguna pista sobre Phil Keane en los periódicos dominicales. No encontró nada. Comprobó su móvil por si había pasado por alto algún mensaje de Roy Banks, pero nada. Volvió a llamarle una y otra vez, pero sólo le respondió el contestador. Esta vez, Annie dejó un recado todavía más seco. Intentó llamar al móvil y tampoco obtuvo respuesta, por lo que no se molestó en dejar mensaje.

Después telefoneó a Melanie Scott para asegurarse de que estuviera en casa. Luego llamó a Gristhorpe a la suya y se enteró de que los padres de Jennifer Clewes iban de camino a Eastvale para identificar a su hija. Acto seguido, Annie se dirigió hacia el metro.

Primero tenía que coger la línea Northern hasta Leicester Square y allí hacer trasbordo a la línea Picadilly hasta Heathrow. Gracias al clima benigno y a que el tren iba relativamente vacío, su viaje hasta Hounslow fue agradable. En algunos tramos el tren salía a la superficie y ante Annie desfilaron las hileras de adosados de ladrillo rojo de los barrios trabajadores, los campos de juego y los edificios de apartamentos de cemento y cristal.

Con ayuda de su callejero encontró la casa de Melanie Scott, a unos cinco minutos a pie de la estación de metro de Hounslow Oeste. El sol destellaba sobre los parabrisas de los coches aparcados a ambos lados de la calle. No quedaba ni un hueco para aparcar y Annie dio gracias al cielo por no haber ido en coche.

La mujer que abrió la puerta tendría la misma edad que Jennifer Clewes, unos veintimuchos. Melanie Scott era una de esas mujeres extremadamente delgadas pero de formas bonitas: pechos pequeños, caderas bamboleantes y cintura estrecha. Llevaba unos shorts tejanos que le permitían lucir sus piernas. Su melena negro azabache, larga hasta los hombros, enmarcaba una cara ovalada de ojos castaños, nariz pequeña y labios carnosos. El rojo de su barra de labios contrastaba con la palidez de su piel. Annie no le había adelantado nada por teléfono, pero Melanie Scott debía sospechar que había sucedido algo malo. Y parecía nerviosa, temiéndose lo peor.

—Dijo que era sobre Jenn —dijo secamente mientras señalaba un sillón en el salón abarrotado de cosas. La ventana que daba a la calle estaba abierta y podían oírse fragmentos de conversaciones y risas de los peatones. Melanie se sentó en el borde de la silla y entrecruzó las manos sobre las rodillas—. ¿Ha ocurrido algo malo? ¿De qué se trata?

—Señorita Scott, me temo que Jennifer Clewes ha muerto. Lo siento, pero no se me ocurre otra manera de decírselo.

Melanie perdió la mirada en el rincón más alejado del salón y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después se llevó el puño a la boca y lo mordió. Annie quiso acercársele, pero Melanie la apartó con un gesto.

—No. Estoy bien, de verdad... Sólo es el shock.

Al frotarse los ojos, se manchó las mejillas de rímel. Después cogió una caja de pañuelos de papel de la repisa de la chimenea.

—Usted es policía, así que debe de haber algo sospechoso. ¿Cómo ocurrió?

«Melanie no se anda con rodeos», se dijo Annie mientras volvía a sentarse.

—Le dispararon.

—Vaya por Dios, qué horror. Debe ser la mujer que encontraron en un coche, en Yorkshire, ¿no es cierto? ¿La que salió en los periódicos y la televisión? Usted dijo que era de Yorkshire...

—De Yorkshire Norte.

—En la televisión no dieron ningún nombre.

—No. Tenemos que estar seguros de la identidad y sus padres todavía no han identificado el cuerpo.

Annie pensó en enseñarle la fotografía, pero no había razón para angustiarla todavía más. Kate Nesbit ya había identificado a la víctima y los padres pronto lo confirMarian.

—Me cuesta creerlo —dijo finalmente Melanie—. ¿Quién iba a querer matar a Jenn? ¿Fue algún pervertido? ¿La violar...?

—No hubo agresión sexual —dijo Annie—. ¿Conoce a alguien que quisiera hacerle daño?

—¿Yo? No. No se me ocurre nadie.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Jennifer?

—Fue hace unos días, por teléfono... creo que el miércoles. Pero hace dos o tres semanas que no nos vemos. Íbamos a ir al cine la semana que viene a ver una peli de chicas. Sigo sin creérmelo...

Melanie volvió a secarse las lágrimas.

—¿Sabe usted si algo la inquietaba o intranquilizaba? —prosiguió Annie.

—La última vez que hablé con ella parecía un poco preocupada. Pero tengo que admitir que a veces Jenn se cuelga demasiado hablando de trabajo. Y cuando lo hace, yo tiendo a desconectar el cerebro.

—¿Estaba preocupada por su trabajo?

—No específicamente. Sólo por una persona. Una de las chicas tardías, fue lo que dijo. Jenn trabajaba en una clínica de planificación familiar.

—Lo sé —dijo Annie—. Pero ¿qué significa «tardías»?

—No tengo ni idea. Pero eso fue lo que dijo.

—¿Era una compañera? ¿Alguien del turno de noche?

—No. Creo que no trabajaban por turnos, el centro no atiende las veinticuatro horas. Pero a veces Jenn tiene contacto con las dientas,

por el papeleo, la facturación o lo que sea. O cuando surge algún problema. Como el de esa chica que...

Annie recordó que Jennifer y Kate Nesbit se habían conocido de esa misma manera. En el centro.

—¿Recuerda el nombre de la chica?

—Lo intento, deme un momento. Lo mencionó de pasada, así que no estoy completamente segura, pero era un nombre raro.

Melanie hizo una pausa y posó la mirada en la ventana. Por la calle pasaba un camión blanco de reparto que por un momento tapó el sol.

—Creo que era Carmen —dijo finalmente.

—¿Ése era su nombre de pila?

—Carmen, sí. Recuerdo que en ese momento pensé que parecía el nombre de una actriz. Pero ésa es Cameron, Cameron Diaz. ¿No es verdad? La chica se llamaba Carmen, como la ópera. Y el apellido era Petri o algo así. No recuerdo más.

—No se preocupe.

Annie apuntó el nombre y dibujó un signo de pregunta junto a «chica tardía». Luego prosiguió:

—¿Le dijo Jennifer qué era lo que la preocupaba?

—No. Pero mencionó que esa chica, Carmen, le había contado algo.

—¿Carmen fue al centro para abortar?

—Eso supuse, pero Jenn no lo aclaró —dijo Melanie—. Verá, las mujeres acuden a la clínica para abortar o para que las aconsejen. Ya sabe, si no se han decidido o si no están seguras de lo que quieren hacer.

—¿Tenía Jennifer una postura personal respecto del aborto?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cree que quizás aconsejara a las dientas que no abortaran? ¿Que les sugiriese tener las criaturas y entregarlas en adopción?

—Ah, ya veo. No, creo que no. Jenn sólo creía que ésa era una decisión personal. Lo que sucedía era que algunas tenían miedo. Ya sabe, especialmente las jóvenes. Algunas ni siquiera sabían qué hacer. Pero Jenn no era ni consejera ni orientadora, de eso se encargan otras personas.

—Pero sí entraba en contacto con ellas...

—A veces sí.

—Entonces, ¿no sabe por qué a Jennifer le preocupaba esta tal Carmen?

—Jenn tenía la costumbre de preocuparse por los problemas de los demás, lo cual puede llegar a ser una desventaja en ese tipo de trabajo, eso es todo. No solía entrar en contacto con las dientas, pero a veces... pues, lo que acabo de explicarle. Jenn es muy comprensiva y a veces eso no le permite ser objetiva sobre ciertos temas o ciertas personas. Y está bien que sea así, por eso es tan especial... perdón... era tan especial.

—¿Alguna vez recibió amenazas por su trabajo?

—¿Por trabajar en una clínica que realiza abortos?

—Sí. Hay grupos muy activos en contra y algunos de ellos son violentos.

—Nunca me enteré. Una vez hubo una pequeña manifestación sin importancia, pero no fue violenta. Ese tipo de grupos ignorarían el centro, porque los abortos no se hacen allí. Además, muchas dientas suelen dar a luz y entregar a las criaturas en adopción. Así que no creo que sea una posibilidad factible.

Seguramente los compañeros de Jenn estarían más informados sobre ese tema en particular, se dijo Annie.

—Me vendría muy bien que me diera un poco de información general —prosiguió—. Tengo entendido que hace muchos años que conocía a Jennifer.

—Desde primaria. Vivíamos a dos calles de distancia y nacimos el mismo día. Pobres, sus padres...

Melanie cogió un paquete de cigarrillos del apoyabrazos del sillón y encendió uno.

—No le molesta, ¿verdad? —dijo Melanie soplando el humo.

—Es su casa. —«Y sus pulmones», pensó Annie—. ¿Qué ocurrió después? ¿Fueron a la universidad?

—Las dos hicimos el posgrado en Birmingham. Yo estudié comercio internacional y Jenn empresariales.

—¿Y qué fue lo que estudiaron antes?

—Jenn estudió económicas en Kent. Yo fui a Essex y me diplomé en lenguas modernas.

—¿Y siguieron en contacto?

—Por supuesto. Casi siempre pasábamos las vacaciones juntas.

—Tengo entendido que el verano pasado fueron a Sicilia las dos.

—Sí... —dijo Melanie, pero enseguida frunció el ceño—. Oiga, ¿a qué viene todo esto? ¿Insinúa que en nuestra amistad había algo extraño? Porque si es eso lo que está sugirien...

Annie negó con un gesto.

—En absoluto. Además, no es asunto mío. —«A no ser que contribuyera al asesinato», pensó—. Ocurre que la compañera de piso de Jennifer no parecía estar al corriente de su vida. De hecho, no parecía saber nada de ella en absoluto.

—No me sorprende —dijo Melanie—. En muchos aspectos, Jenn es muy reservada. Compartía piso porque no tenía otra opción, porque vivir en Londres es carísimo. Pero eso no significa que tuviera que compartir su vida. Además...

—¿Qué?

—Pues, Jenn me dio a entender que Kate era una metomentodo. Andaba haciendo preguntas, quería saber dónde había estado y con quién. Jenn decía que era peor que vivir en casa de sus padres.

Annie había tenido una compañera de piso así en Exeter, Caroline, que había llegado al extremo de preguntarle qué método anticonceptivo utilizaba o dónde había estado si no dormía en el apartamento. A Annie, algunas de las preguntas de Caroline sobre su vida sexual le sonaban a búsqueda de emociones indirectas. Caroline no tenía novios, por lo que Annie suponía que así aplacaría sus deseos. Lo cierto era que Annie nunca le revelaba nada, aunque muchas veces tampoco hubiese hecho nada del otro mundo.

—¿Por qué no compartía piso con usted?

—Hounslow le queda demasiado lejos. Yo tengo mi empleo aquí y si me fuera a Londres tendría que venir en coche hasta Heathrow todos los días.

—¿Kate y Jennifer no se llevaban bien?

—No quise decir eso. En general, uno puede llevarse bien con alguien diferente, aunque esa persona tenga hábitos molestos, ¿no es cierto? Pero siempre y cuando una mantenga cierta distancia.

—Es cierto —dijo Annie—. A veces es mejor así.

—Pues así era su relación, se llevaban y punto. Kate mantenía el apartamento limpio y ordenado, no dejaba comida podrida en la nevera, cuando salía cerraba con llave, no hacía demasiado ruido y ese tipo de cosas. Las cosas que importan cuando dos personas comparten un espacio. Nunca discutían ni nada parecido. Pero, además de cotilla, Kate es un poco mandona. Y tiene a los fumadores entre ceja y ceja. Yo no entro en su casa. Está en su derecho, está claro, pero aun así podría intentar hacer feliz a los demás de vez en cuando, ¿no cree?

—Supongo que sí —dijo Annie—. ¿Y qué me dice de los chicos?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Algún problema?

Melanie se echó la melena hacia atrás.

—Creo que a Kate se le quitaron las ganas de estar con hombres. Según me contó Jenn, Kate tuvo un susto hace un tiempo: creyó estar embarazada. En cualquier caso, no sé nada de su vida amorosa. Ni siquiera sé si la tiene.

—¿Y Jennifer?

Annie recordó que Kate Nesbit había mencionado a un ex novio, Víctor, y quería averiguar si Melanie sabía algo al respecto.

Melanie hizo una pausa, tomó una decisión interna y prosiguió.

—En asuntos de amor, Jenn es una chica seria —dijo finalmente—. El año pasado cortó con un novio después de tres años de relación y quedó hecha añicos. Estaba claro que iba a ocurrir, pero no podía decírselo. Verá, Jenn lo presionaba para que se comprometiera más, para vivir juntos, casarse, tener hijos... Estaba claro que lo iba a asustar. ¿Qué podía hacer yo?

—¿Y fue eso lo que ocurrió?

—Sí —rió Melanie—. Se supone que nos íbamos de vacaciones para que ella se curara, para que olvidara a su chico, se pusiera como una cuba y se cepillara a un montón de tíos buenos.

—¿Y funcionó?

—No, eso nunca funciona. Jenn acabó leyendo un montón de libros y yo practicando mi italiano con los camareros, que tenían todos más de cincuenta. No vimos a un tío medianamente guapo en toda la isla y la mayoría de las noches nos las pasamos bebiendo vino

siciliano, compadeciéndonos de nosotras mismas y levantándonos al día siguiente con unas resacas bestiales. Ah, y Jenn se quemó al segundo día de llegar. En términos generales, fueron unas vacaciones ridiculas.

—¿Y qué pasó al final?

—Jenn consiguió olvidarlo.

—¿Y él la olvidó?

—No del todo —dijo Melanie frunciendo el ceño—. Jenn me contó que le dio la lata un par de veces. Que repetía que había cometido un error, que le pedía otra oportunidad... lo de siempre. Y seguía telefoneándola.

—¿A casa o al trabajo?

—A ambos sitios.

—¿«Le daba la lata»? ¿Quiere decir que la acosaba? ¿Que la amenazaba?

—Sólo me dijo que le daba la lata.

—¿Recuerda el nombre y la dirección de ese novio?

—La dirección no, pero la tengo apuntada en alguna parte. Recuérdemelo antes de irse. Pero sé que se llama Victor Parsons y que vive por Chalk Farm.

—Después de romper con él, ¿Jenn salió con alguien más?

—Creo que sí, pero desde hace muy poco.

—¿Durante las últimas semanas?

—Sí. Desde hace un par de meses, a lo sumo. Se lo estaba tomando con mucha calma. Aun así, tengo la sensación de que el tipo le gustaba mucho.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—No me lo dijo, lo siento. Verá, nunca mencionó nada concreto, lo llevaba de forma muy reservada. Pero la conozco desde hace tanto tiempo que ya reconozco las señales, no sé si me entiende...

—¿Cree que el nuevo amigo estaba casado?

—¿Casado? No, por Dios. Jenny no saldría con un hombre casado, no a sabiendas. Ella creía que conocería al príncipe azul, serían felices y comerían perdices. No se tomaba el amor a la ligera.

Annie se preguntó si las sospechas de Kate Nesbit eran fundadas o

si simplemente se debían a la reticencia natural de Jennifer en los asuntos del corazón.

—¿Sabe dónde se conocieron?

—Lo más seguro es que fuera en el trabajo. A no ser que salga conmigo, Jenn no sale a ningún lado.

—Oiga, sé que esto le va a sonar a cliché pero tengo que preguntárselo —dijo Annie—: ¿Se le ocurre alguien que quisiera hacerle daño a Jennifer? ¿Alguien que pudiera haberla amenazado alguna vez?

Los ojos de Melanie se llenaron de lágrimas una vez más, pero no dudó.

—No —respondió—. Jenn era dulce, una de esas personas realmente buenas.

—¿No conoce usted a ningún posible enemigo?

—Ella no hacía enemigos. En mi opinión, su muerte se debe a uno de esos ataques al azar que salen en las noticias. Quizá la mató un asesino en serie, alguien que no la conocía. Como a aquella chica que murió en primavera.

—¿Podría ser alguien de su trabajo? ¿Tenía algún problema?

—A mí nunca me habló de ningún problema, pero eso deberían respondérselo sus compañeros. A Jenn le gustaba su trabajo. —Melanie se echó a llorar de nuevo—. Perdone... todavía no me entra en la cabeza.

Daba igual, a Annie se le habían acabado las preguntas. Consoló a Melanie como pudo y le sugirió que telefoneara a una amiga para que le hiciera compañía. Melanie no quiso, dijo que se las arreglaría sola. Annie tuvo la sensación de que, a pesar de las lágrimas, Melanie probablemente fuera una chica dura, mucho más que Kate Nesbit, cuyos padres difícilmente podrían desplazarse de Shrewsbury a Londres a consolarla. Annie le dijo que podía llamarla a cualquier hora, fuera lo que fuera, y le dejó una tarjeta con su número de teléfono. Mientras regresaba al metro, se preguntó por qué alguien tan sensible, serio y especial como Jennifer Clewes había acabado siendo víctima de un asesinato.

El domingo por la mañana Banks despertó con el canto de los

pájaros. Le latía la cabeza, tenía la boca seca y el recuerdo nítido de que la noche anterior había ocurrido algo muy extraño.

Tambaleándose, llegó al baño, bebió dos vasos de agua y tomó tres aspirinas. Después volvió a la sala de estar, donde había dormido en el sofá. Cogió el móvil de Roy y descubrió que la imagen estaba allí y que de día seguía teniendo tan poco sentido como de noche. Encontró la llamada en la lista de llamadas recibidas: provenía de un «número privado».

Banks examinó la fotografía más de cerca. El primer plano estaba fuera de foco y la figura aparecía borrosa. Al fondo, tras la figura ladeada había una pared y Banks creyó distinguir en ella los contornos difusos de unas letras pintadas. Para él no tenían sentido, pero quizás un experto pudiese sacar algo en claro de ellas.

¿Era Roy el hombre de la silla? «Puede ser», se dijo Banks. Sus facciones no estaban claras, pero el pelo podría ser el de su hermano. Si realmente era él, era una forma bastante indirecta de informar a Banks de que habían secuestrado a su hermano. Quizá pronto lo llamaran exigiendo un rescate.

Al final Banks decidió que el tipo de la fotografía podría ser cualquiera. Quizás el propio Roy la había enviado. Por otra parte, podía ser una especie de mensaje o advertencia. Pero había sido enviada al móvil de Roy, ¿iba entonces dirigida a su hermano o alguien sabía ya que el aparato estaba en manos de Banks? Este último pensamiento acrecentó el temor de que su hermano no estuviera bien. Si alguien ya estaba enterado de que Banks estaba en casa de Roy y que tenía su teléfono, entonces sería mejor que se mantuviera alerta y con los ojos bien abiertos.

Banks dejó el móvil y regresó al baño. Se quitó su ropa arrugada, se metió en la ducha a presión y la puso al máximo. Los chorros de agua caliente le aporrearon el cuerpo hasta convertirlo de nuevo en un ser humano.

Mientras se secaba con una toalla suave, cayó en la cuenta de que se había olvidado la bolsa de viaje en el maletero del coche. Pero ahora no tenía ganas de salir a buscarlo, así que se cepilló los dientes con el cepillo eléctrico de Roy y casi se arrancó las encías a tiras. Luego tomó prestada una camisa limpia de manga corta y unos

calcetines del ropero. Pero tuvo que volver a ponerse los vaqueros sucios pues los de su hermano eran demasiado largos de piernas y demasiado grandes de cintura.

Buscó el café en una de las estanterías de la alacena. Preparó una cafetera grande, la llevó a la planta de arriba y, móvil en mano, se acomodó en la sala de estar. Banks sabía que, gracias a los recursos técnicos de la policía, tanto la llamada como la imagen digital podían ser localizadas. También podía obtenerse muchísima información de la tarjeta SIM. Lamentablemente, ahora mismo no contaba con esos recursos. «¿Sería tan importante esa foto?», se preguntó.

Todavía seguía aferrado a la idea de que Roy podía estar involucrado en algo ilegal y que ésa era la razón de su desaparición. Quizá sus problemas le habían alcanzado y tuvo que salir huyendo a toda prisa y esconderse. Si ése era el caso y Banks hacía intervenir a la policía local, entonces corría el riesgo de meterlo en problemas más serios aún. Y si resultaba que Roy estaba metido en algo terrible —en negocios de drogas o de pornografía, por ejemplo— y acababa en la cárcel, sus padres se morirían del disgusto.

Por otra parte, Banks poco más podía hacer por su cuenta, excepto seguir investigando las pistas que tenía: los nombres del registro de llamadas y los de los documentos que Corinne había impreso. Banks sabía cuál era su deber y también qué le aconsejaría a cualquiera que estuviera en su situación, pero seguía dudando. Por lo menos ahora tenía un ordenador portátil y podría invertir un poco más de tiempo en investigar el contenido del CD y de la memoria USB. E incluso le quedaba una persona a quien podía pedir ayuda.

Primero entró en el despacho de su hermano y vio que habían dejado otro mensaje. Alguien debió telefonear mientras él estaba en la ducha. Era Annie Cabbot de nuevo y pedía muy escuetamente a Roy que le devolviera la llamada cuanto antes. Banks ya había olvidado el mensaje de la noche anterior y no estaba muy seguro de querer involucrarla. Tenía la certeza de que ella querría convertir la desaparición de Roy en un asunto oficial. Sin embargo, la llamada azuzó su curiosidad, tanto como para marcar el número de Annie y averiguar qué quería. Nadie le contestó. Decidió intentarlo más tarde y tomó nota mental de ello. Después llamó a Corinne para

comprobar que se encontraba bien; cuando le dijo que se encontraba perfectamente, Banks suspiró aliviado. La voz de Corinne sonaba dormida; le pidió disculpas por haberla despertado, dijo que se mantendría en contacto y colgó.

Finalmente marcó un número que en cierta ocasión decidió aprenderse de memoria. Dejó su mensaje, tal y como le indicaba el contestador, y quince minutos más tarde sonó su teléfono. Banks cogió el auricular a toda prisa.

—Banks al habla.

—¿Es tan urgente como para despertar a un poli trabajador en su único día libre? —preguntó el comisario detective Dick *el Sucio* Burgess.

—Necesito verte —dijo Banks—. Es urgente.

Gristhorpe tenía muy presente al inspector jefe Alan Banks y no sólo porque su ausencia le obligaba a descuidar su cercado de piedra y conducir hasta el trabajo un domingo a esas horas de la mañana. Sin duda, también tendría que lidiar con la nube de periodistas que lo esperaban en jefatura, pues el tema de las armas era un asunto espinoso. A pesar de tener una de las legislaciones más estrictas del mundo, promulgada tras la masacre de Dunblane, las armas baratas e ilegales, llegadas desde Irlanda y Europa del Este, inundaban Gran Bretaña.

Aun así, a Gristhorpe todavía le quedaba un poco de tiempo. Llevó su jarra de té fuerte al jardín trasero y la apoyó en su silla mientras estudiaba la pila de piedras y decidía cuál encajaría mejor en el cercado. El muro en cuestión no cercaba nada ni iba a ninguna parte, pero para Gristhorpe construirlo se había convertido en algo tan necesario como respirar. Nunca lo acabaría, ¿cómo acabar algo que no va a ningún lado? Y si alguna vez lo conseguía, seguramente lo desmontaría enseguida para empezar a construirlo de nuevo. En la actualidad, el arte de levantar cercados había sido casi olvidado en los *dales,* los valles del norte de Inglaterra. Y si bien era cierto que Gristhorpe no se consideraba un experto ni creía estar haciendo un trabajo profesional, aquél era para él su homenaje y su terapia.

Mientras sopesaba las opciones, el sol le doraba la cara y la suave

brisa, delicada como unos dedos femeninos, despeinaba su melena alborotada. Recordó a su mujer, Mary, y sus dedos ligeros como plumas. Se dio cuenta de que ya habían pasado doce años desde que el cáncer se la llevara. Todavía la echaba de menos, como se echa de menos una parte del propio cuerpo. No pasaba un día en que no pensara en ella, en algún rasgo de su rostro, en alguna expresión, en su voz suave, su sentido del humor o sus gestos.

El aire olía a ajos silvestres con un toque de alquitrán pues la superficie del camino estaba caldeada. Gristhorpe bebió un poco de té y se decidió por una piedra. Encajó perfectamente. Acto seguido, concentró sus pensamientos en el asunto más urgente: Banks.

Con los años, el inspector se había convertido en algo más que un subalterno. Gristhorpe podía recordar su primera impresión del detective, nervioso, fumador y al limite del agotamiento profesional. Y también recordó haberse preguntado si no habría sido una equivocación aceptar el traslado. Pero Banks recobró el equilibrio, en parte gracias a la campiña norteña que había adoptado como su hogar.

Gristhorpe era consciente de que, en cierto modo, había sido un mentor para el nuevo Banks, no tanto en el aspecto profesional sino en el humano. Era un hombre complejo y el comisario se preguntaba si Banks hallaría alguna vez la paz y la armonía que tanto deseaba. Después del divorcio de Sandra, que aún le dolía a Banks en lo más profundo, y de la complicada relación con Annie Cabbot, Banks había encontrado un poco de felicidad en el aislamiento de su casa en el campo. Pero incluso ésta había tenido un final abrupto y violento. ¿Qué iba a ser de Banks ahora? Gristhorpe no tenía ni idea y creía que Banks tampoco.

Bebió más té y buscó otra piedra para colocar. Quería saber cuál era la relación entre el inspector y la mujer asesinada antes de que esa información se filtrase a la prensa. Por ahora sólo podían rastrearlo a través de sus familiares, pero si eso no daba resultado habría que dar el siguiente paso. Y el siguiente paso sería oficial. Los medios intervendrían. Tendrían que publicar su fotografía en los periódicos, pedir ayuda a quienes pudieran haberle visto para que informaran a la policía. Y todos los polis del país se lanzarían a la

caza del inspector. Gristhorpe quería saber por qué la mujer llevaba la dirección de Banks en el bolsillo —la dirección antigua— y también por qué habían entrado en la casa por la fuerza, cuando los albañiles juraron haberse llevado la maquinaria y cerrado con llave tras acabar la jornada de trabajo.

Gristhorpe terminó su té y colocó la siguiente piedra. Era demasiado grande. La quitó, la lanzó al montón y se dirigió hacia la casa. Era hora de ir a trabajar.

Banks disponía de un par de horas libres antes de su cita con Burgess. Primero telefoneó a Julian Harwood quien lo sorprendió al invitarlo a reunirse en el Starbucks de Old Brompton Road esa misma tarde a las dos. Harwood parecía el tipo de persona para la que darte la hora ya supone un gran favor. Sin embargo, Harwood se interesó cuando supo que quien le llamaba era el hermano de Roy.

Después de aquello, Banks hizo una lista de los nombres y números de teléfono que aparecían en el registro de llamadas y en la agenda de Roy. Según su experiencia, los aparatos electrónicos tendían a funcionar mal justamente cuando uno necesitaba que hicieran aquello para lo que fueron diseñados. Muchos de los nombres de la lista de llamadas coincidían con los de la libreta: Julian, Rupert, Corinne. Otros correspondían a empresas que aparecían en los archivos que la ex de Roy había impreso. Los demás pertenecían al grupo de «servicios»: peluquero, sastre, gerente de banco, dentista, médico. A Banks, ninguno le aclaró nada. Marcó alguno de los números, incluido el de Rupert, pero nadie sabía dónde encontrar a Roy. O quizá no querían admitirlo.

Una mujer llamada Jenn aparecía varias veces. Entre las últimas treinta llamadas, por lo menos diez fueron hechas a ella o provenían de ella; Banks supuso que Jenn era la que había ocupado el lugar de Corinne. Intentó comunicarse con su número, pero nadie contestaba. Se preguntó si habría otra forma de ponerse en contacto con ella. Las probabilidades indicaban que si no había participado en la desaparición, Jenn acabaría por llamar al móvil de Roy tarde o temprano.

Banks fue revisando la pila de memorándums y cuentas bancadas,

observando los nombres y logotipos de las compañías, y comenzó a sentirse frustrado: no significaban nada para él y no tenía ni el tiempo ni los recursos para comprobarlos todos. Para empezar, no tenía acceso al Ordenador Central de la Policía, por lo que, quizá sin saberlo, estaba leyendo los nombres de docenas de criminales. Burgess podría echarle una mano, pero sólo le facilitaría la información que él juzgara conveniente.

Banks pasó una media hora registrando la casa, pero no encontró nada que despertara su interés. Después se dispuso a examinar los archivos JEPG del CD hallado el día anterior. Apoyó su nuevo ordenador portátil en la mesa de la cocina, calentó un poco de café y, siguiendo las instrucciones, puso en marcha el aparato. Introdujo el CD y en la cortinilla del menú de accesorios encontró el Explorador de Windows.

El ordenador desplegó automáticamente una serie de imágenes en miniatura de los 1.232 archivos JEPG. Banks avanzó. Todos correspondían a imágenes de mujeres desnudas, Mayas, Teresas, Aprils, Mias, Kimmies, o de hombres y mujeres realizando actos sexuales. Si Banks apoyaba el cursor encima de una imagen, aparecía una pequeña ventana con información de las dimensiones, el tipo y tamaño del archivo. La mayoría pesaban entre 25 y 75 kilobytes.

Sin embargo, al llegar a la imagen 980, Banks advirtió que ésta y las dos siguientes eran distintas. Las tres tenían el prefijo «DSC» y mostraban a dos hombres sentados en la terraza de un café. Cuando apoyó el cursor en una de ellas, Banks descubrió que era de 650 kilobytes. La imagen, considerablemente más pesada que las anteriores, había sido tomada el martes 8 de junio a las 15:15 por una cámara del tipo E4300. La Nikon de Roy era un modelo 4300.

Las ventanas de las demás imágenes indicaban que todas ellas habían sido añadidas el día siguiente. Al parecer, Roy las había arrastrado de otra carpeta.

Intrigado, Banks hizo doble clic en la primera imagen de los dos hombres, pero no reconoció a ninguno de ellos. Se miraban el uno al otro, enfrascados en una conversación muy seria. Ambos llevaban camisas blancas abiertas y pantalones finos de sport. Uno era

corpulento y tenía el cabello rizado y canoso. El otro era más joven, de pelo negro encrespado, perilla y una expresión atenta, alerta, como si le preocupara que le estuviesen espiando.

Las siguientes dos imágenes correspondían a la misma escena y habían sido tomadas con disparo múltiple. Banks avanzó, pero el resto de imágenes sólo mostraban más Larissas, Natachas, Nadias y Mitzis.

Es decir, que el martes por la tarde, Roy había tomado tres fotografías indiscretas de dos hombres que conversaban en la terraza de un café. El miércoles las había copiado en un CD y las había ocultado entre cientos de imágenes eróticas. Y después la había colocado en la caja del álbum de The Blue Lamps, un CD que en su colección de música no pegaba ni con cola.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Estaban relacionados con la desaparición de Roy? Banks cogió el ordenador portátil y lo llevó a la planta de arriba. Había llegado la hora de aprender a usar la impresora.

El detective Kevin Templeton se presentó ante Gristhorpe y éste le envió a hacerle una visita al tal Roger Cropley. Cuando el comisario añadió que llevara a Winsome de acompañante, Templeton creyó que finalmente Dios había Oldo sus plegarias. Las empresas de tarjetas de crédito no eran lo que se dice amistosas a la hora de facilitar información, ni siquiera a la policía, pero afortunadamente las cámaras de circuito cerrado del área de servicio mostraban una matrícula que comenzaba con YF, lo que indicaba que el vehículo había sido registrado en Leeds. La Oficina del Registro del Automóvil estaba cerrada los domingos, así que Templeton tuvo que recurrir a los listines telefónicos locales. La suerte quiso que Roger Cropley viviera en Eastvale, lo cual significaba que muy probablemente había tomado la misma salida de la M1 que Jennifer Clewes.

Templeton dejó que Winsome condujera durante la corta distancia que los separaba del domicilio de Cropley y, mientras tanto, echaba rápidas ojeadas a la tela negra que cubría los muslos de su compañera, que se tensaba cada vez que la detective cambiaba de marcha. Esos muslos podrían matar a un hombre, pensó con

asombro. Posteriormente comprendió que estaba así de cachondo aquella mañana porque no había conseguido cepillarse a la pelirroja, tal como hubiera sido su intención. Al llegar al trabajo esa mañana, la pelirroja lo había recibido con una de esas miradas asesinas que significaban: «Tuviste tu oportunidad, chaval. Ahora vete a freír espárragos». Pero él sabía que podría vencer la resistencia de la administrativa si se presentaba la ocasión. También se dio cuenta de que estaba cansado. Había dormido sólo una hora, pero lo soportaría.

Mientras las calles vacías del domingo por la mañana pasaban fugazmente por las ventanillas, decidió activar la cabeza, ponerla en «modalidad detective» y planificar su entrevista. Sus instintos le decían que Cropley era culpable. Sólo faltaba solucionar uno o dos detalles técnicos, pero con un poco de ingenio no sería imposible de resolver. Para empezar, no había habido ataque sexual, lo cual era un misterio, y la víctima no se había defendido. Después estaba el asunto del papel con la dirección de Banks que la víctima llevaba en el bolsillo. Templeton estaba seguro de que Cropley se había atravesado en el camino de la joven, se había propasado con ella y algo había salido terriblemente mal.

—¿Qué tal pasaste el sábado? —preguntó Templeton.

Winsome lo miró por el rabillo del ojo.

—Bien, ¿y tú?

—Me lo pasé saboreando las delicias de la gastronomía de carretera, ya sabes. ¿Por dónde tiraste?

—¿Por dónde tiré? Pues por ningún sitio en especial. Fui al club.

—¿A cuál?

—Al de los espeleólogos.

Templeton sabía que a Winsome le gustaba descender por agujeros y explorar cavernas subterráneas. Para él no había nada más aburrido ni aterrador pues padecía claustrofobia.

—¿Dónde se reúnen? ¿Bajo tierra?

—Muy gracioso —dijo Winsome—. De hecho, nos juntamos en un pub, el Cock and Bull. Deberías venir un día de estos.

¿Le estaba proponiendo una cita?

—¿Al Cock and Bull? —repitió él.

—No, idiota, a hacer espeleología.

—Ni loco —respondió Templeton—. Nunca conseguirás meterme a mí en uno de esos agujeros.

—Cobarde. Ya hemos llegado.

Winsome detuvo el coche frente a un adosado de estilo georgiano. Una casa corriente, revestida con piedras color beige y amplios ventanales. La calle se encontraba en una loma baja que ofrecía una vista magnífica del valle del río Swain al oeste. Al final de la calle se alzaba una pequeña iglesia de piedra caliza con su torre normanda cuadrada. La gente ya se estaba congregando allí para la misa de la mañana.

Templeton pulsó el timbre con fuerza con Winsome a su lado. A pesar de su falta de sueño, o quizá por eso mismo, Templeton se sentía excitado, animado y lleno de entusiasmo, como la vez que probó éxtasis en una discoteca. Winsome parecía alegre y, aunque había notado cómo él le miraba los muslos en el coche, no se lo hizo notar.

El hombre que les abrió la puerta no tenía cara de pervertido, aunque llevara sandalias con calcetines blancos, pero coincidía con la descripción de Ali, el empleado de Watford Gap. Rondaba los cuarenta. Tenía el cabello rubio rojizo y era delgado, con una tripa cervecera que se desbordaba sobre sus gastados pantalones de pana marrón. Su cara era alargada y mofletuda, como la de un hámster con expresión abatida. A Templeton le recordó un poco al actor que aparecía en las reposiciones de los viejos culebrones con Judy Dench y Penelope Keith.

—Señor Cropley —dijo Templeton mientras le enseñaba sus credenciales—. Somos detectives. Y si no le importa, nos gustaría hablar con usted.

Como todo el mundo que de repente recibe la visita de la policía, Cropley se mostró desconcertado.

—Ah, claro, por supuesto —dijo haciéndose a un lado—. Pasen, por favor. Mi esposa estaba a punto de...

Pero no acabó la frase. Templeton y Winsome lo siguieron hasta el salón, que olía a canela y manzanas, y vieron a la señora Cropley dando los toques finales a un colorido arreglo floral. Era más alta y

más huesuda que su marido, con rasgos fuertes, casi masculinos. A Templeton le resultó muy dura y no le costó nada imaginársela luciendo ropa de cuero y látigos para una sesión nocturna de sadomaso. Sólo pensarlo, Templeton se estremeció. Quizá fuera eso lo que llevaba a Cropley a buscar otro tipo de placeres.

—Queremos hablar con su marido —dijo Templeton con una sonrisa—. Al menos por ahora...

Durante unos segundos, la señora Cropley no se movió. Pero pronto se dio cuenta de lo que pasaba. Le lanzó una mirada fiera a su marido, giró sobre sus talones y dejó la estancia sin decir ni pío.

Templeton intentó adivinar el significado de esa mirada. Ella ocultaba algo, estaba claro. Uno de los secretitos de Cropley había vuelto a atormentarlo y su esposa sabía de qué se trataba. Le estaba haciendo saber que estaba al corriente del asunto y que lo dejaba solo en la estacada.

—Mi esposa y yo estábamos a punto de ir a la iglesia —dijo Cropley.

—Me temo que esta mañana el párroco tendrá que empezar sin usted —repuso Templeton.

—¿De qué se trata?

—Creo que ya lo sabe. Antes que nada, ¿circulaba usted por la M1 y la A1 el viernes por la noche, muy tarde?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué marca de coche conduce usted?

—Un Honda.

—¿De qué color?

—Verde oscuro.

—¿Se detuvo usted en el área de servicio de Watford Gap?

—Sí. Oiga, yo...

—Mientras estuvo ahí, ¿se percató de la presencia de una mujer joven que estaba sola?

—Había mucha gente. Yo...

Templeton captó un destello en la mirada de Winsome. Su compañera se había dado cuenta. Cropley estaba evitando la pregunta. Señal de culpa, si las hay.

—Se lo preguntaré de nuevo —continuó—. ¿Se percató de la

presencia de una mujer joven y sola en la cafetería? Una chica de bonita figura y cabello caoba teñido con henna. Era difícil no verla.

—No la recuerdo.

Templeton simuló estar comprobando algo en su libreta.

—Pues sucede que el empleado del mostrador lo recuerda a usted sentado frente a la chica. Y el empleado de la gasolinera lo recuerda a usted llenando el depósito a la misma hora que lo hacía la joven. Así fue como apareció su nombre, encontramos en el recibo de la tarjeta de crédito. Usted estuvo allí y lo sabemos. ¿Recuerda haber visto a una mujer joven en la gasolinera? Conducía un Peugeot 106 azul celeste. Piénselo. Tómese su tiempo...

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ocurr...?

—¿La recuerda?

—Puede ser, vagamente... —dijo Cropley—. Pero no le presté mucha atención, la verdad.

—No es eso lo que me han contado.

—Se lo contaron mal.

—Déjese de gilipolleces —dijo Templeton—. Usted la miraba con lascivia, ¿no es cierto? El empleado dijo que usted tenía cara de querer meter la manguera en su depósito. Ella le gustó, ¿no es cierto? Quería cepillársela.

El agente notó la mirada recelosa de Winsome, pero a veces un ataque frontal funcionaba mejor que un montón de preguntas amables.

Cropley se sonrojó.

—No sucedió así en absoluto.

—¿Qué fue lo que no sucedió así?

—Nada, no sucedió nada. Me refiero a esa situación, nada más. Quizá la haya visto, pero no la «miré lascivamente» como usted dice. Soy un hombre casado y temeroso de Dios.

—Eso no suele impedir nada.

—Además, ¿desde cuándo es un crimen mirar lascivamente?

—Entonces lo hizo...

—Yo no he dicho eso.

—¿Qué hacía usted tan tarde en la carretera?

—Regresaba a casa. Que tampoco es un crimen, que yo sepa. ¿O

me equivoco? Trabajo en Londres, suelo pasar allí toda la semana.

—O sea, que recorre distancias considerables para llegar a su trabajo. ¿A qué se dedica?

—A la informática. Desarrollo de software.

—¿Y siempre llega tan tarde a casa?

—El horario de salida varía todo el tiempo; es la única norma que no varía. Los viernes procuro escaparme a media tarde para evitar los atascos. Como máximo, me voy al atardecer.

—¿Qué le pasó el viernes pasado?

—Convocaron una reunión. Se cumplía el plazo de un proyecto importante.

—Si yo llamara a su empresa, ¿ellos lo confirMarian?

—Desde luego. ¿Por qué iba a mentirle?

—Yo diría que usted se dedica a ir y venir por la autovía en busca de jovencitas para violarlas y matarlas —dijo Templeton.

—No sea ridículo.

—¿De veras? ¿No lee los periódicos? ¿No mira el telediario?

—Intento mantenerme informado.

—¿Ah, sí? No me diga. Pues entonces supongo que se le escapó la noticia de la joven asesinada en la A١ en dirección a Eastvale. Es la misma carretera que tomó usted. La siguió, ¿no es cierto? Esperó su oportunidad, esperó que tomara un camino comarcal oscuro y entonces le cortó el paso con el coche... ¿Qué pasó después? ¿Ella no era su tipo? ¿Se le resistió? ¿Por qué le disparó?

Cropley se puso en pie.

—Lo que dice es absurdo, ni siquiera tengo arma. Voy a llamar a mi abogado.

—¿Dónde está, Roger? ¿Se deshizo de ella?

—Ya le he dicho que no tengo ningún arma.

Templeton paseó la mirada por la habitación.

—Podemos obtener una orden de registro y destrozarlo todo.

—Hágalo.

—Será mejor que nos lo cuente —dijo Winsome en tono conciliador —. Sabemos que la gente pierde el control, sabemos que estas cosas pasan. Por favor, vuelva a tomar asiento.

—No pasó nada de eso —dijo Cropley ajustándose la corbata y

mirando a Templeton con odio. Luego volvió a sentarse.
—Haga el favor, señor Cropley, sáquese un peso de encima y cuéntenoslo —dijo Winsome—. Fueron dos, ¿no es cierto?
—¿Dos qué?
—Dos chicas: Claire Potter y Jennifer Clewes. ¿Dónde estaba el veintitrés de abril?
—No puedo recordar una fecha tan lejana.
—Inténtelo —dijo Templeton—. Era viernes, así que estaría regresando de Londres. ¿Ese día también salió tarde de la oficina?
—¿Cómo espera que recuerde ese viernes de entre todos los demás viernes?
—¿Siempre se detiene en la misma área de servicio? ¿Qué pasa, le gusta la comida de Watford Gap? ¿O para en otros sitios? ¿Newport Pagnell? ¿Leicester Forest? ¿Trowell?
—Me detengo cuando siento la necesidad.
—¿Qué necesidad?
—Es un viaje largo. A veces, cuando me apetece, me detengo. Pero sólo una vez. Voy al servicio, bebo una taza de té y me como una salchicha envuelta en hojaldre o un bollo de chocolate.
—Y mira a las chicas.
—Mirar no es ningún crimen.
—Entonces, ¿admite que mira?
—¿Ve? Lo ha vuelto a hacer. ¿No se da cuenta? Sólo dije que mirar no es un acto criminal, no tergiverse lo que he dicho.
—¿Estuvo usted en el área de servicio de Trowell el veintitrés de abril?
—No lo recuerdo, pero lo dudo. Suelo detenerme antes.
—¿Pero alguna vez lo ha hecho?
—Alguna vez, sí.
—Entonces quizás estuvo usted allí el veintitrés de abril...
—Le he dicho que lo dudo mucho. No recuerdo haber estado allí en lo que va de año.
—Es un olvido muy útil.
—Es la verdad.
Templeton comenzó a sentirse frustrado. Ese Cropley era un cabrón

con mucha sangre fría y dominaba el arte de no soltar prenda. Además, ¿para qué callar si no era para ocultar un secreto?

—Oiga, Roger, sabemos que lo hizo —dijo Winsome—. Lo demás es cuestión de tiempo. Puede ser fácil, como ahora, en el confort de su hogar, o podemos llevarlo a comisaría. Eso depende de usted. Y créame, cada decisión que tome ahora volverá a atormentarlo en el futuro.

—¿Usted qué haría si fuera inocente y alguien insistiera en que ha hecho algo terrible? —dijo Cropley.

—Yo diría la verdad.

—Pues les estoy diciendo la puta verdad y no veo que me sirva de mucho, ¿no?

—Cuide el vocabulario —intervino Templeton—. Hay una dama presente.

—Seguramente ha Oldo cosas peores.

—¿Y usted se considera un hombre temeroso de Dios?

—No dije que fuera ni un santo ni un mojigato.

—Vale. Pero volvamos a lo de antes, a sus actos *non sonctos.* Puede que no podamos comprobar que usted mató a Claire Potter, pero creo que podemos probar que mató a Jennifer Clewes.

—Entonces no me necesitan en absoluto, ¿no le parece?

—¿Es que no lo entiende? —dijo Winsome—. Confesar ahora le facilitaría mucho las cosas en el futuro.

—¿Qué conseguiría? ¿Ahorrarme un año de condena? ¿Dos años? ¿Tres? Eso si es que consigo sobrevivir tanto tiempo...

—Muy bien, Roger —dijo Templeton—. Veo que ya va encaminándose en la dirección correcta, habla de cumplir condena, de cárcel. Su decisión puede marcar la diferencia en el trato que reciba una vez que esté dentro. Verá, para la mayoría de internos, la gente como usted está casi al mismo nivel que los abusadores de menores y el tribunal tiene poder para decidir si usted ha de estar aislado o no.

—Eso son gilipolleces —dijo Cropley—. El sistema penitenciario tiene normas estrictas y no importa un pimiento que yo confiese o no. Además, me parece que ustedes dos no me han entendido.

Léanme los labios: yo no lo hice. Nunca he violado ni matado a nadie en toda mi vida. ¿He sido suficientemente claro?

Templeton miró a Winsome.

—Como quiera —dijo—. Ya le he dicho que podremos acusarle con las pruebas que tenemos y las declaraciones de los testigos.

—Son pruebas circunstanciales, no significan nada.

—Se ha condenado a gente con mucho menos.

Cropley se quedó callado.

—¿A qué hora salió de Londres el viernes?

—Alrededor de las diez y media.

—¿Y a qué hora llegó aquí?

—Alrededor de las cinco.

Templeton hizo una pausa. Había algo que no coincidía.

—Déjese de chorradas. Aunque se haya detenido un par de veces, no se tarda tanto en venir desde Londres a Eastvale. A no ser que, después de matar a la chica, usted no haya venido directamente aquí. ¿Qué fue lo que hizo? ¿Dio vueltas en el coche hasta calmarse, hasta poder enfrentarse a su mujer?

—De hecho, lo que sucedió fue que mi coche se averió.

—No me tome el pelo.

—Es cierto. Sufrí una avería al poco de pasar Nottingham.

—Qué oportuno...

—No fue oportuno en absoluto. Tuve que esperar más de una hora hasta que llegara la grúa del Automóvil Club. Dijeron que era una noche de locos.

—¿El Automóvil Club?

—Así es, soy socio. ¿Quiere ver mi carné?

Templeton sintió que le ardía la frente. No le gustaba el giro que había tomado la conversación.

—¿Puede probarlo? —insistió—. Me refiero a la avería.

—Por supuesto que puedo probarla. Compruébelo con el Automóvil Club. Ellos se lo confirmarán. Me quedé tirado en el arcén desde la una hasta las dos y media. Espere un segundo...

—¿Cuál fue la avería?

—La correa del ventilador. Lo que acabo de decir le ha fastidiado

sus planes, ¿no es cierto? Usted no dijo a qué hora murió la chica. Fue mientras yo esperaba a que llegara la grúa, ¿no es cierto?

Cropley esbozó una sonrisita complacida.

Templeton reprimió un súbito deseo de partirle la nariz. Sintió que perdía ímpetu. Si Cropley estuvo parado en la M1 hasta después de las dos y media, no pudo matar a Jennifer Clewes.

—¿Su registro de llamadas confirmará lo que me ha dicho?

—Seguro. ¿Hemos acabado?

—No del todo —dijo Templeton. Se resistía a permitir que el cabrón se regodeara—. ¿Quién salió primero de la gasolinera, usted o Jennifer Clewes?

—Ella.

—¿Y usted la siguió?

—No, yo iba detrás, pero otro coche se coló entre ella y yo. Salió de repente de la oscuridad. Poco después los adelanté a ambos y ya no la vi más. Ella debió de adelantárseme después, cuando yo estaba parado en el arcén. No la vi.

—¿Cómo que había otro coche? ¿Por qué no lo mencionó antes?

—Porque usted estaba demasiado ocupado en acusarme de violación y asesinato. No me lo preguntó.

—Pues se lo pregunto ahora. ¿Qué marca era?

—Un Mondeo oscuro, azul marino.

—¿Cuántos iban dentro?

—Dos. Uno delante y otro detrás.

—¿Como si fuera un taxi?

—Sí, pero no lo era. Es decir, no lo parecía. Para empezar, no llevaba cartel luminoso en el techo.

—¿O sea, que era un coche con chófer?

—Puede ser. Oiga, odio tener que decirle cómo hacer su trabajo, especialmente después de ver lo bien que lo ha hecho hasta ahora, pero por qué no me pregunta algo útil: si recuerdo la matrícula, por ejemplo.

—A eso iba —dijo Templeton—. ¿La recuerda?

—De hecho, la recuerdo. Al menos, en parte. Supongo que me fijé porque se me cruzó muy bruscamente y tuve que frenar.

—Dígamela.

—LA51.

Templeton no consiguió recordar a la primera la Oficina de Registro de Vehículos y la localidad a la que correspondían las dos primeras letras. Pero sabía que el «51» indicaba que el automóvil había sido registrado entre septiembre de 2001 y febrero de 2002. Ya averiguaría lo demás. No era un gran dato, pero era mejor que nada.

—¿Qué aspecto tenían los ocupantes?

—No pude verlos bien —dijo Cropley—. Pero creo que ambos eran hombres. En ese momento no le di importancia y sólo me fijé porque tuve que dar un frenazo.

—Intente recordar.

Cropley meditó unos instantes.

—Después de cruzarse por delante de mí aceleraron y el tipo de atrás se volvió y me miró. Supongo que toqué el claxon, reaccioné así.

—¿Y?

—Pues, como le he dicho, no los vi bien. Estaba oscuro y su cara estaba en penumbra. Pero creo que uno llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta. Me miró con cara de pocos amigos. Recuerdo que me alegré de que no se detuvieran y me dieran una paliza. Últimamente se oyen historias terribles sobre la violencia en las carreteras.

—Eso le pasa por andar tocando el claxon —dijo Templeton.

—Me cerraron el paso.

—Qué chica más popular, ¿verdad? —dijo Templeton—. Usted le echa el ojo y después aparecen un par de tíos y le arruinan la diversión. ¿Cómo se sintió?

—¿Qué diablos dice? —repuso Cropley—. ¿Se oye cuando habla? Parece uno de esos psicólogos baratos de la tele. Oiga, usted ya sabe que no fui yo y ya me he cansado de este jueguecito. Así que, ¿por qué no se largan los dos de una vez y comprueban lo que les he dicho con el Automóvil Club?

Templeton se puso rojo. Winsome le hizo una señal: «marchémonos antes de que hagas algo de lo que te puedas

arrepentir». Templeton se detuvo un segundo, cruzó varias miradas con Cropley y, finalmente, le hizo caso a su compañera.

—Estupendo, Kev —le dijo su compañera una vez que hubieron salido—. Lo has hecho de maravilla.

A Templeton la ira le aguijoneaba la piel desde dentro como alfileres al rojo vivo. Winsome se sentó al volante del coche y todavía seguía riéndose.

7

El pub que Burgess escogió estaba en una calle estrecha, entre la boca de metro de Liverpool Street y el mercado Spitalfields, entre una carnicería *halal* musulmana y una tienda india de comida para llevar. Sin dejar de mirar constantemente por encima del hombro, Banks cogió el metro. Estaba casi seguro de que no lo seguían. Después de recibir esa imagen por teléfono, ya no le apetecía correr riesgos.

Era la hora de comer y la mayoría de pubs de la zona servían el tradicional menú de rosbif y pudín de Yorkshire. En el pub de Burgess, en cambio, se podía elegir entre los nachos con crema agria o las alitas de pollo picantes con salsa barbacoa. A Banks no le apetecía ninguna de las dos cosas, así que siguió fiel a su cerveza Pride y a sus patatas fritas con sabor a queso y cebolla. Burgess atacó los nachos y los regó con cerveza barata.

En el suelo no había serrín, pero aquel sitio lo pedía a gritos, reflexionó Banks. La mayoría de los bebedores del mediodía eran hombres mayores, de Bangladesh, la India o Pakistán; ninguno musulmán devoto, eso estaba claro. Un grupo miraba en la televisión el partido de criquet entre Essex y Pakistán y, de vez en cuando, comentaba a voz en grito alguna buena bola con efecto o una bola devuelta corta y a ras del suelo.

Burgess tenía el mismo aspecto que cuando se vieron en enero, sólo que ahora iba vestido informalmente con vaqueros y una camisa hawaiana tan colorida que a Banks le produjo mareos. Pero la cabeza afeitada y la tripa seguían ahí, y a sus ojos había regresado esa mirada cínica y hastiada. Después de muchos esplendores y caídas, a Burgess le tocó la lotería con el 11-S: las fuerzas de seguridad necesitaban hombres que hicieran lo que había que hacer, sin preguntas. Banks no sabía para quién trabajaba su amigo, pero suponía que estaba vinculado al Departamento de Seguridad Interior del MI-6.

—Bonito lugar has escogido —dijo Banks.

—Es anónimo —repuso Burgess—. Aquí cada uno se ocupa de sus asuntos. Además, la mayoría de estos cabrones ni siquiera habla inglés.

El cielo se había encapotado y unas gotas de lluvia resbalaron por el sucio cristal de la ventana. Burgess miró fijamente a Banks.

—Tienes cara de preocupado. ¿Por qué no le cuentas al tío Dick lo que te pasa?

Banks miró alrededor. Nadie les prestaba atención, así que tecleó hasta hacer aparecer la imagen en el móvil y lo deslizó hacia Burgess. Éste lo cogió, estudió la imagen y alzó las cejas.

—Puede ser cualquiera —dijo deslizándolo de nuevo hacia Banks—. Parece un borracho dormido en una fiesta.

—Eso ya lo sé. ¿Pero y si no lo es?

—¿Qué crees tú que es?

—Podría ser mi hermano.

—¿Roy?

—¿Cómo sabes su nombre?

Burgess hizo una pausa.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Cuándo?

—Hará unos cinco o seis años, en el siglo pasado. No me pareció necesario preocuparte.

—¿Qué fue lo que hizo que Roy cayera bajo tu lupa?

—Una venta de armas.

Banks tragó saliva.

—¿Qué?

—Ya lo has Oldo: venta de armas. Y no pongas cara de sorprendido. Tu hermano hizo de intermediario en un trato entre un fabricante de armas británico y un jeque árabe forrado. Facilitó las gestiones, manejó los sobornos, asistió a fiestas en el consulado y lo que hizo falta.

—¿Roy hizo eso?

—Roy haría lo que fuera por un poco más de pasta. Tiene un abanico de contactos y conexiones extraordinario, la putada es que no tiene ni idea de quiénes son en realidad.

—Yo nunca le habría descrito como inocente —dijo Banks.

—Puede que no —arguyo Burgess—, pero tu hermano se fió de lo que esa gente le decía. Tal vez prefería no escarbar más hondo. Tal vez era más seguro y sencillo para su conciencia embolsarse la pasta y hacer la vista gorda.

Banks tuvo que admitir que esa descripción se ajustaba al Roy que conocía. Su hermano no era inocente, sólo carecía de imaginación. Banks recordó que cuando eran niños habían tenido que compartir habitación. Banks tenía diez años y Roy unos cinco. A la hora de irse a la cama, Banks quiso atormentar a su hermano y que pasara el resto de la noche asustado. Le contó historias truculentas de fantasmas, cadáveres decapitados y ogros deformes. Pero durante el sangriento relato de *Drácula,* Roy se durmió y fue Banks quien no pudo pegar ojo, sobresaltándose con cada ráfaga de viento y crujido de la carpintería. Era posible que Roy se hubiera fiado de las afirmaciones de sus contactos, que prefiriese hacer la vista gorda, o quizá simplemente que careciera de la imaginación necesaria para extrapolar los hechos. Banks cogió un Silk Cut.

—Sabía que no ibas a aguantar —se burló Burgess.

Encendió uno de sus puritos Tom Thumb y le dio fuego a Banks.

—Es sólo temporal.

—Por supuesto —dijo Burgess—. ¿Otra pinta?

—¿Por qué no?

Burgess se encaminó hacia la barra y Banks se puso a mirar el partido de criquet. No ocurrió nada emocionante. Con la segunda pinta de Pride delante suyo, le preguntó a Burgess exactamente cuánto sabía sobre Roy.

—Tienes que entender que, en sentido estricto, tu hermano no hizo nada ilegal —dijo Burgess—. Hay gente que fabrica esas cosas y gente que las vende. En esa época podías vender lo que fuera, a quien fuera, a donde fuera: misiles, minas, submarinos, tanques, cazas de reacción y lo que quisieras. El problema es que, a pesar de toda la burocracia, las armas siempre acaban en las manos equivocadas. A veces incluso acaban siendo usadas contra la misma gente que las vendió.

—¿Dónde fueron a parar esos cargamentos finalmente?

—Iban destinados a un país amigo de Oriente Medio, pero

acabaron en manos de una facción terrorista.

—¿Qué papel jugó Roy?

—Él no sabía nada. Obviamente, no vislumbró las implicaciones o no quiso verlas, igual que quienes fabricaron las armas. No le importó. Todo lo que buscaba era una ganancia bien jugosa.

—¿Y qué ocurrió?

—Nosotros vigilábamos al tipo que reclutó a Roy para la operación, un viejo amigo suyo llamado Gareth Lambert. Pero Lambert ya es agua pasada, se largó del país.

Banks no reconoció el nombre, no constaba en el registro de llamadas ni en la agenda de Roy. Pudo haberlo pasado por alto entre tantos otros, o quizá Lambert fuera uno de los «números privados». Pero si lo que Burgess afirmaba era cierto, si Lambert ya era agua pasada, entonces Roy no necesitaba su número de teléfono.

—¿Qué pasó con Roy? —preguntó Banks.

—Uno de los nuestros le dijo la verdad y le hizo quedar en ridículo.

—¿Y qué paso después?

—Desapareció de nuestros radares —dijo Burgess—. Independientemente de lo que signifique su desaparición, si es que realmente ha desaparecido, te aseguro que no tiene nada que ver con nosotros. Aquello acabó hace mucho.

—Me tranquiliza saberlo —dijo Banks.

—¿Por qué no me cuentas qué ha ocurrido?

Banks le explicó todo lo ocurrido desde que su hermano le llamara hasta la recepción de la fotografía en el móvil. Mientras escuchaba, Burgess daba caladas a su purito con los ojos hechos rendijas. Banks terminó y se hizo un largo silencio. Después, un jugador pakistaní lanzó la pelota fuera del campo y los parroquianos lo festejaron entusiasmados.

—Podría ser una broma, una gamberrada —dijo finalmente Burgess.

—Ya lo he pensado.

—Podría ser alguien que quiere asustarte para que desistas. Por eso te hacen creer que se trata de tu hermano, que le han hecho daño o algo así.

—Yo había llegado a esa misma conclusión.

—¿No tienes miedo?

—Por supuesto que tengo miedo, pero quiero saber qué le ha ocurrido a Roy. ¿Qué esperas que haga, que lo olvide y regrese a casa?

Burgess soltó una risita.

—Sí claro, el día que me pase al agua mineral. ¿Has considerado la posibilidad del secuestro? ¿De que la fotografía sea el preludio a la exigencia de un rescate?

—Sí —dijo Banks—. Pero hasta ahora no he recibido ningún mensaje.

—¿Y qué piensas hacer?

—Pensé que podrías ayudarme.

—¿Cómo?

—Con el móvil —dijo Banks—. Un examen forense podría darnos mucha información, podría indicarnos quién envió la fotografía e incluso dónde fue hecha. No estoy muy puesto en asuntos tecnológicos, pero sé que los informáticos pueden obtener un montón de información de una simple foto.

—Es cierto —dijo Burgess—. Con la llegada de los análisis de ADN, los ordenadores, internet, la telefonía móvil y los circuitos cerrados de televisión, los humildes detectives como nosotros hemos pasado a la historia. Somos dinosaurios a punto de extinguirnos, Banksy.

—Y que lo digas... Entonces, ¿me ayudarás?

—Lo siento —dijo Burgess—. Pero esto es muy diferente de buscar un nombre o acceder a una base de datos. Mi departamento no tiene contacto con técnicos expertos, estamos más cerca de los servicios de inteligencia, de la recopilación de información. Sería muy raro que de repente yo apareciera por el laboratorio y, sin darles ninguna explicación, les dejara un móvil. Se me echarían encima como tigres. Lo siento Banksy, pero no puedo. Te recomiendo que lo lleves a la comisaría más cercana y que ellos se encarguen.

Banks se quedó mirando el teléfono. En cierto modo esperaba esa respuesta, pero igualmente se sintió decepcionado, perdido. No sólo le preocupaba que Roy estuviera metido en un asunto criminal, también temía que oficialmente no le permitiesen tomar parte en la

búsqueda. Banks no soportaba la idea de quedarse al margen de la investigación sin poder hacer nada.

—Vale —respondió Banks finalmente—. Entonces, ¿me aseguras que no tienes ni idea de por qué ha ocurrido todo esto?

—Te lo juro sobre la tumba de mi madre. Hace años que tu hermano no figura en nuestra lista y no hemos tenido razones para volver a incluirlo.

—¿Lo habéis seguido?

—No últimamente. Pero durante un tiempo lo investigamos, ya te dije que tiene unos contactos muy interesantes. Pero hemos perdido el interés en Roy. No se ha metido más ni con armas ni con el terrorismo. Y créeme, si lo hubiera hecho, yo lo sabría.

—Si fuera así, ¿me lo dirías?

Burgess sonrió.

—Quizá.

Banks extrajo el sobre que llevaba consigo y sacó una de las fotografías digitales para que Burgess la examinara.

—¿Conoces a estas personas?

Burgess cogió la fotografía y la miró detenidamente.

—¡Joder! —exclamó Burgess —. No puede ser. ¿De dónde la has sacado?

Banks se lo explicó.

—¿Cuándo fue tomada?

—Según el ordenador, el martes ocho de junio a las 15.15.

—¿El martes pasado?

—¿Quién es?

—Gareth Lambert.

—Dijiste que era agua pasada.

—Eso creía yo, pero mira —Burgess le acercó la fotografía y señaló al hombre de cabello canoso—. Ha aumentado de peso y tiene canas, pero no cabe duda de que es él.

—¿Es corrupto?

—Por supuesto.

—¿A qué se dedicaba?

—Importación y exportación. Al menos eso hacía antes. En mi

opinión es sólo una manera elegante de decir contrabando. Conoce la ruta de los Balcanes como la palma de su mano.

—¿Contrabando de qué?

—Lo que le eches. —Burgess se acarició suavemente la calva—. Ya que hemos visto esto, te informo de que Lambert era un tipo de mucho cuidado. No duro, sino astuto. Quizá se haya calmado con los años, pero lo dudo.

—¿Qué hizo?

—No se trata de lo que hizo si no de a quién conocía. Se codeaba con algunos de los cabrones más violentos de Europa. Traficaba con armas, drogas, personas, lo que fuera. Estaba conectado con los militares de los Balcanes (Kosovo, Bosnia) y conocía a todos los generales. Hacía contrabando de suministros médicos (antibióticos, morfina), pero diluidos. Ahora que lo pienso, era una especie de Harry Lime, ya sabes, el personaje de Orson Welles en *El tercer hombre.* Y es igual de difícil de encontrar. Es un cabrón muy escurridizo. Si ha vuelto, puedes estar seguro de que está metido hasta las cejas en algún chanchullo. Y si tu hermano Roy... bueno...

El comentario no hizo que Banks se sintiera mejor precisamente.

—¿Quién es el que está con él? —dijo Banks.

—No lo sé, no lo reconozco. Pero Lambert y su pandilla ya no son asunto mío. Pero todavía tengo algunos buenos contactos en las alturas, así que investigaré. A unos cuantos carcamales de Scotland Yard les interesará saber que Lambert está de nuevo en circulación, si es que no se han enterado ya.

—Entiendo. Tengo más copias —dijo Banks—. ¿Quieres el móvil?

—No, quédatelo por ahora. Puede que lo necesites. Si esa fotografía iba dirigida a ti, seguramente te llegarán más mensajes.

—Puede que tengas razón —dijo Banks y guardó el aparato.

Quizás Annie podría recomendarle algún experto informático que supiese cómo ampliar la imagen. Así no tendría que deshacerse del teléfono.

—Muy bien —dijo Burgess—. Ahora me tengo que marchar.

Banks se preguntó si no se había equivocado al contar todo lo que sabía y entregarle la fotografía de los dos hombres a su amigo. Ahora había convertido la desaparición de Roy en un asunto

semioficial. Sucediera lo que sucediera, no había marcha atrás. Ya había ido demasiado lejos como para no recibir algún tipo de reprimenda: no había informado de la primera llamada, se había instalado en casa de Roy y había husmeado en sus datos informáticos. Banks creía poder fiarse de la discreción de Burgess, pero aun así todo tenía un límite.

Al menos, de este modo podría continuar investigando por su cuenta. Había redactado una lista de nombres y números de teléfonos, casi cien, pero no recordaba a ningún Gareth Lambert. Tendría que volver a comprobarlo, por supuesto. Pero si Lambert había vuelto a la palestra, quizá ni él ni Roy tuvieran interés en dejar constancia de sus comunicaciones.

—Aprecio tu ayuda —le dijo Banks a Burgess—. Y si Roy estuviera limpio y no hubiera nada que lo relacionase con ningún delito importante...

—Querrías que me asegure de no salpicar a tu hermano.

—Si puedes...

—No te garantizo nada —dijo Burgess—. Esta aparición repentina de Gareth Lambert lo cambia todo. Pero te prometo que haré todo lo que pueda.

—¿Me mantendrás informado? Para empezar, me gustaría saber dónde encontrar a ese Lambert.

—Como te acabo de decir, haré todo lo que pueda. Me mantendré atento. Si sirviera de algo, te pediría que te mantuvieras al margen y te largaras echando leches a Yorkshire. Pero como no me harás caso, al menos procura no incordiarme.

—Lo pensaré.

Banks dio a Burgess los números de teléfono de Roy y miró por la ventana.

—Ha dejado de llover. Yo también debería irme.

—Ándate con cuidado, Banksy —le dijo Burgess mirándolo severamente—. Recuerda, te conozco y nunca hemos mantenido esta conversación.

Banks se marchó y fue hacia Liverpool Street. Allí cogería el metro de regreso a Earl’s Court Road y recogería el coche, que seguía

aparcado cerca del apartamento de Corinne. Después iría a ver a Julian Harwood.

Mientras esperaba en la explanada de la estación echó un vistazo al monumento al Kindertransport, una escultura conmemorativa de la misión de rescate que ayudó a más de diez mil niños a escapar de la persecución nazi en Europa entre 1938 y 1939. Consistía en una inmensa maleta de vidrio que contenía una selección de objetos traídos por aquellos niños. Junto a la maleta de cristal se alzaba una estatua de bronce que representaba a una niña.

A través de las gotas de agua que surcaban el vidrio, Banks distinguió cuadernos de ejercicios, páginas escritas con afectada caligrafía alemana, cartas, prendas, fotografías con las esquinas dobladas, un par de viejas botas para patinar sobre hielo, un títere de mano con cara de gato, una partitura de piano, una maleta abollada y tres perchas. En una de ellas podía leerse *«Für das Kind»,* en la segunda, *«Fürs liebe Kind»,* y en la tercera, *«Dem braven Kinde».* Esto le trajo a la mente las hermosas *Kindertotenlieder* de Mahler, las «Canciones para niños muertos». Pero los niños homenajeados no habían muerto, habían sido salvados. Banks se preguntó si Roy tendría algo de Mahler en su colección, porque no lo había visto.

Al contemplar desplegados ante él los objetos personales de aquellos niños, Banks recordó todos los objetos queridos que había perdido para siempre al incendiarse su casa en el campo: las fotografías y vídeos familiares —de su boda, sus vacaciones, de sus hijos creciendo—, las cartas, los recuerdos, los poemas que había escrito de adolescente, los viejos diarios y cuadernos personales, los boletines de calificaciones... el archivo de toda una vida.

Pero delante de aquel monumento no podía dejarse vencer por la autocompasión. Ni de lejos había perdido tanto como aquellos niños, que dejaron atrás su patria y, en muchos casos, a sus familias enteras. Aunque quizá también habían ganado: se salvaron de los campos de concentración, los acogieron familias buenas que los querían y crecieron para vivir sus vidas en relativa libertad.

Banks miró la estatua de bronce de la niña, con su falda y su

abrigo. Las gotas de lluvia que rodaban por su cara parecían lágrimas. Dio media vuelta y se dirigió al metro.

Brooke había sugerido a Annie comer juntos en el hotel donde ella se hospedaba aquella misma tarde y eso la alegró. La inspectora no había tenido noticias de Roy Banks y empezaba a preguntarse si los hermanos habrían arreglado sus diferencias y escapado juntos a algún sitio sólo para dificultarle a ella la tarea.

Brooke llegó con su mejor aspecto de domingo. Su cara rubicunda y su camisa de cuello apretado recordaban a un granjero recién llegado de la iglesia. Con sus vaqueros y su jersey de cuello en pico, Annie se sentía mal vestida para la ocasión.

—Tengo que admitir que vas muy elegante, Dave.

Brooke se sonrojó.

—¿Te refieres al traje? Esta tarde tengo que ir a un bautizo. —Brooke se sentó, con un dedo se estiró el cuello de la camisa y al final la desabotonó—. Ahora está mejor. Ya tendré tiempo de asfixiarme en la iglesia.

Annie rió.

—No tengo mucho que contarte —empezó Brooke—. He mandado a un par de mis muchachos a hacer preguntas al vecindario de la víctima y también he hablado con el uniformado que hace la ronda, el agente Latham.

—¿Qué te ha dicho?

—Que es una zona tranquila y que no ha habido problemas últimamente.

—¿Y qué averiguaron tus muchachos en sus pesquisas?

—Eso es más interesante. El viernes alrededor de las diez de la noche, un vecino de esa misma calle andaba buscando dónde aparcar. Al parecer suele aparcar en un sitio justo delante de su casa, pero esta vez no pudo porque alguien lo había ocupado. Dice que ya le había sucedido un par de veces esa misma semana. Le molestó, pero ¿qué iba a hacer si era una zona de aparcamiento libre? El caso es que recordaba que en el coche iban dos hombres, uno delante y otro detrás. El vecino creyó que estaban a punto de

marcharse, así que se plantó allí durante unos minutos, pero los del coche le ignoraron.

—¿Y qué hizo el vecino?

—Encontró otro sitio muy cerca y ahí acabó todo.

—¿Recordó algo más del coche?

—Sólo que era azul oscuro.

—¿Y la matrícula?

—Estaba aparcado; no se veía ni la parte delantera ni la trasera.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Cuando a las once salió a pasear al perro, los tipos ya se habían ido.

—¿Los describió?

—No muy bien. Sólo comentó que el de atrás llevaba algo al cuello, una cadena de oro o algo así. Y que tenían aspecto de matones, eso le preocupó lo suficiente como para no acercarse a preguntarles si se iban.

—Muy interesante —dijo Annie—. Acabo de hablar con el oficial a cargo de la investigación y uno de mis detectives recibió una descripción similar de un hombre llamado Roger Cropley. Aparentemente, Cropley vio a Jennifer Clewes en el área de servicio de Watford Gap el viernes por la noche a eso de las doce y media. Y un coche como el que acabas de describir, con un hombre delante y otro atrás, se le cruzó y persiguió a la chica.

—Suena como si la hubiesen esperado delante de su apartamento.

—Efectivamente, eso parece. Si es que se trataba del mismo coche —aclaró Annie—. Siempre estuve segura de que eran dos, uno para conducir y otro para salir del coche a toda prisa y disparar. —Annie consultó su libreta—. ¿Has Oldo hablar de una mujer llamada Carmen Petri?

Brooke arrugó el entrecejo.

—Creo que no, ¿por qué?

—Una de las amigas de Jennifer Clewes la mencionó. La llamó «una de las chicas tardías». Jennifer estaba preocupada por Carmen, por algo que ésta le había contado.

—¿Chicas tardías?

—Sí. ¿Por qué? ¿Sabes lo que significa?

—No tengo ni idea —dijo Brooke.

Dado el contexto del centro de planificación familiar, a Annie se le habían ocurrido varias posibilidades para lo de chicas tardías: podía referirse a las chicas que sufren retrasos de su menstruación, lo cual era harto evidente si la clínica trataba embarazos; o a los embarazos muy adelantados, aquellos que según la ley no pueden ser interrumpidos porque ya pasan de las veinticuatro semanas.

—Revisaré en nuestro archivos y veré si hay registrada alguna. Pero el nombre no me suena.

—No tiene por qué aparecer y gracias por echarme una mano. Oye, si tuvieras ocasión, ¿podrías fijarte si Carmen consta en la lista de personas desaparecidas o en la de fallecidos recientes?

Si alguien había estado practicando abortos tardíos y éstos salieron mal, reflexionó Annie, entonces Jennifer Clewes pudo haberse topado con un asunto muy, pero que muy turbio.

—Hace un mes que no veo a Roy —dijo Julian Harwood—. Así que no sé cómo puedo ayudarle.

—Nunca se sabe —dijo Banks—, pero gracias por concederme un poco de su tiempo.

—No diga tonterías. Roy es un buen amigo y lo ha sido durante muchos años, aunque últimamente no nos veamos tanto. Cuente conmigo para lo que necesite.

Hasta donde Banks pudo notar, Harwood no intentaba impresionarlo. No le hacía falta. Era un hombre de negocios influyente y rico, acostumbrado a salirse con la suya. Corinne tenía una opinión distinta, pero quizá delante de las mujeres Harwood se comportara de forma diferente. Muchos hombres lo hacen. Además, ella era la novia de Roy, joven y extremadamente atractiva. Quizás Harwood había sentido la necesidad de competir, de impresionarla.

Había vuelto a salir el sol y los dos se encontraban en la terraza del Starbucks bebiendo *grande lattes.* Antes de reunirse con Harwood, Banks le había enseñado una copia de la fotografía digital a Malcolm Farrow, el vecino de Roy. Farrow le dijo que el hombre corpulento de pelo canoso y rizado podía ser el mismo que se marchó con Roy el viernes por la noche, pero que no podía asegurarlo.

De algún lugar llegaba el olor a comida china, pero Banks no vio

ningún restaurante. La calle estaba atestada de compradores, una mezcla de turistas y residentes con muchas ganas de tomarse una cerveza y dar un paseo. En la mesa de al lado, dos jovencitas guapas, con shorts y camisetas de tirantes, hablaban en francés y fumaban Gauloises.

Harwood era más joven de lo que Banks había imaginado. Tendría la misma edad que Roy, unos cuarenta y cinco, y, salvo dos gruesas franjas de pelo por encima de las orejas, estaba completamente calvo. Lucía el saludable bronceado y el físico delgado de quien juega al tenis o al squash con regularidad. Su ropa era informal pero cara: una camisa vaquera abierta y unos pantalones beige con la raya perfectamente planchada. Sólo las Nike desentonaban, pero esas deportivas tampoco eran baratas.

Banks encendió un cigarrillo, una de las ventajas de sentarse al fresco.

—Supongo que no sabrá dónde se encuentra Roy —dijo.

—¿A qué se refiere? —Banks empezó a explicarle la llamada telefónica de Roy y que la casa estaba abierta. Mientras escuchaba, Harwood iba frunciendo el ceño. Cuando Banks terminó, dijo—: Roy podría estar en cualquier parte. Viaja mucho, ¿sabe? ¿No se le había ocurrido?

—Sí —respondió Banks—. Pero su mensaje era urgente y me resulta extraño que no le haya dicho a nadie dónde iba. Hasta ahora, ninguna de las personas con las que he hablado tiene la menor idea de dónde puede estar. ¿Siempre es tan callado sobre sus viajes?

—Generalmente no, pero eso depende —dijo Harwood—. Si tiene que viajar al extranjero a cerrar un trato delicado, pues...

—¿Es eso lo que ocurre?

—Sólo digo que es probable.

—Pero usted es su socio. Debería saber si Roy tenía planeado algún viaje...

—Que yo sepa, no tenía previsto ninguno —dijo Harwood—. Pero tampoco soy su secretario privado. Roy tiene muchos asuntos cocinándose por ahí que no tienen nada que ver conmigo.

—¿Cree que pudo tener que salir por piernas?

Harwood reflexionó unos instantes.

—Supongo que es posible, si las cosas se le pusieron demasiado difíciles. Me refiero a deudas fiscales o algo parecido. Pero seguramente cerraría su casa y se llevaría el móvil.

—Quizá quería dar la impresión de haberse marchado de otro modo. No me sorprendería. Pero no estoy seguro —dijo Banks—. Sólo intento aferrarme a una esperanza.

—Roy me dijo que era usted policía —dijo Harwood y carraspeó—. ¿Ya ha dado parte de este asunto?

—No —dijo Banks—. Estoy investigando por mi cuenta.

Harwood asintió.

—Una sabia elección, dada la tendencia de Roy por... cómo decirlo... por moverse en los límites de la legalidad.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoce? —preguntó Banks.

—Desde hace años. Nos conocimos en la universidad.

—¿Han hecho negocios juntos desde entonces?

—Esporádicamente.

—¿Qué me dice de la venta de armas?

—¿Qué venta de armas?

—Roy estuvo involucrado en una operación de ese tipo hace algunos años. Me preguntaba si usted, que lo conoce tanto, estaba al corriente.

—Me temo que no me especializo en ese campo —dijo Harwood con la voz entrecortada—. Roy sabe que no puede venir a plantearme ese tipo de negocios. Si lo que dice usted es cierto, claro...

—Es cierto, no le quepa duda. ¿Qué me dice del abuso de información privilegiada?

—¿Qué espera que le diga?

—Ése era otro de los negocios de mi hermano. Sólo quería saber si usted tuvo algo que ver.

Harwood se encogió de hombros.

—Hubo una época en que... era de lo más habitual.

—Entonces usted participó.

—No he admitido nada.

—Pero sabía que Roy lo hacía...

Harwood echó la silla hacia atrás y ésta emitió un chirrido metálico.

—¿Me está interrogando? Si es así, me marcho ahora mismo.

—Necesito hacerle algunas preguntas —dijo Banks—. ¿Le parece que eso sea un interrogatorio?

—Depende de qué preguntas me haga y de cómo las formule.

—Seré lo más amable que pueda si usted es lo más franco posible.

Harwood volvió a arrimar la silla a la mesa.

—Entonces cuente conmigo para ayudarle —dijo—. Pero dejemos el tema de la información privilegiada, ¿le parece? No espere que afirme que ya no ocurre, basta ver los periódicos para darse cuenta de que no es así. Pero si Roy o yo estuvimos involucrados, dejamos de estarlo en los años noventa. Le doy mi palabra.

—De acuerdo —dijo Banks—. Por lo que he averiguado, últimamente Roy ha estado invirtiendo en asistencia sanitaria privada y en ese mercado usted es un pez gordo.

—Yo fui quien lo introdujo. Es un negocio con muchas posibilidades. Dirijo y presido una cadena de centros médicos y clínicas privadas que ofrecen una amplia gama de intervenciones y niveles de asistencia, todos llevados a cabo por médicos y personal de enfermería altamente especializados. Roy es uno de nuestros principales accionistas.

—¿A qué clase de intervenciones se refiere?

—Una gama bastante amplia, la verdad, desde operaciones de hernia hasta asistencia para enfermos terminales de cáncer.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que alguien quisiera hacerle daño a Roy?

—¿Se refiere a alguien relacionado con nuestros negocios?

—Efectivamente.

—No —dijo Harwood—. No tendría sentido. Le aseguro que todo lo hacemos conforme a la ley. ¿Por qué me hace esa pregunta?

—Porque me he quedado atascado y estoy intentando salir, señor Harwood. Por lo que he podido averiguar, Roy fue visto por última vez saliendo de casa acompañado por un hombre y entrando en un coche grande de color claro, un modelo caro probablemente. No hubo fuerza bruta, pero tampoco podemos ignorar esa posibilidad, pues el hombre hubiera podido llevar un revólver oculto o cualquier otra arma. Poco después, probablemente esa misma noche, alguien

se llevó el ordenador de sobremesa de la casa. El móvil estaba en la mesa de la cocina. No vi señales de lucha. Pensé que pudieron raptarlo y esa posibilidad todavía existe. Pero no han pedido el pago de un rescate. Roy es un hombre rico.

Harwood se rascó la barbilla.

—Pero no tan rico.

—Eso es muy relativo —dijo Banks—. Supongo que han secuestrado a gente por mucho menos.

—Es verdad. Pero ya hubieran debido de ponerse en contacto, ¿no cree? ¿Cuándo dice que ocurrió todo esto?

—El viernes por la noche. Han pasado dos días y todavía no sé nada, lo cual me lleva a pensar que se trata de algo más. No parecen unos simples matones. Más bien me parece... no sé...

—¿Crimen organizado?

—Es una posibilidad —dijo Banks—. Pero ¿qué relación puede tener Roy con el crimen organizado?

—Que yo sepa, ninguna —dijo Harwood—. Sólo barajaba ideas. Ni siquiera sé cómo opera esa gente. Porque ya no se trata únicamente de la mafia, se oye hablar de bandas rusas, jamaicanas y vietnamitas. Gente que lo mismo te saluda que te degüella. Pudo haberlo hecho cualquiera.

De su maletín, Banks extrajo una de las fotografías digitales de Roy y la puso sobre la mesa.

—¿Conoce a alguno de estos hombres?

Harwood señaló a Lambert y habló fríamente.

—Pues a él lo conozco, es Gareth Lambert. Pero no sabría decirle quién es el otro.

—¿Conoce a Lambert?

—Naturalmente. Hace tiempo Roy y yo hicimos negocios con él. Pero ya hace tiempo de eso. Lambert desapareció del ambiente.

—Pues ha vuelto a aparecer.

Harwood frunció el ceño.

—No lo sabía.

—Es interesante que Roy lo supiera y usted no —dijo Banks mientras guardaba la fotografía.

—Gareth Lambert y yo tuvimos un desacuerdo hace años —dijo

Harwood—. No hablamos desde entonces.

—¿Sobre qué?

—Sobre un asunto de negocios privado.

—Entiendo. ¿Sabe cómo puedo contactar con él?

—Según tengo entendido se fue a vivir a España.

—Es un país muy grande. ¿No tiene su dirección?

—No. Como le decía, discutimos y ya no me interesa dónde viva o lo que haga el señor Lambert.

A Banks le hubiera encantado saber más sobre la discusión, pero Harwood era un hombre de negocios astuto, capaz de guardar secretos y no soltar prenda.

—¿Alguna vez mencionó Roy algo que le hiciera pensar que andaba metido en asuntos de alto riesgo?

—No. Además, creo que no me lo hubiera dicho. En el mundo de los negocios, ojos que no ven, corazón que no siente.

—¿Cree que Roy pudo haberse topado con algo? Quizá Roy descubrió que alguien estaba malversando fondos y...

—¿En uno de los centros?

—Donde sea.

—Yo no tengo nada que ver con la gestión diaria de los centros, ni con la de las clínicas.

—Pero ¿y Roy?

—Su hermano es un inversor práctico. Le gusta comprender el funcionamiento del negocio y conocer las caras de las personas. Supongo que haría sus rondas de inspección.

—Entonces es probable que haya visitado los centros...

—Es muy probable que visitara algunos de ellos al menos.

—¿Pudo haber descubierto algún fraude o algo por el estilo?

—Llevamos una contabilidad muy estricta. Creo que si alguien estuviese malversando fondos lo sabríamos.

—¿Qué me dice de un posible robo de suministros? Drogas, por ejemplo.

Harwood miró su reloj.

—Las existencias están muy vigiladas. Oiga —dijo apoyando las palmas sobre la mesa y poniéndose de pie—, tengo que irme. No sé si me considera sospechoso en lo que sea que esté ocurriendo, pero

quiero que sepa que Roy es un buen amigo. Si puedo serle de alguna utilidad, no dude en volver a ponerse en contacto conmigo.

—De acuerdo —dijo Banks—. Gracias por su tiempo.

Harwood se alejó andando. Banks terminó su pitillo, lo aplastó y bajó por Old Brompton Road. Al llegar al estrecho arco de las caballerizas entró y sacó la llave de Roy. Cuando estaba a punto de meterla en la cerradura, alguien lo agarró del brazo. La voz, conocida, gruñó:

—Te he pillado.

8

—Vaya cara de fiambre.

—Gracias. No deberías ir por ahí apareciéndote por detrás y asustando a la gente. Podría haberte hecho daño.

—Sí, pareces bastante nervioso.

—Quizá tenga mis motivos.

—¿Te importaría contármelos?

Banks miró a Annie de un modo que ella conocía bien: debería mostrar sus cartas primero y, sólo entonces, él decidiría cuánta información compartir. Pues si eso era lo que quería, lo tendría.

—De acuerdo —dijo Annie—. Bebamos algo.

Se sentaron en la cocina de Roy y Banks cogió una botella de Château Kirwan del botellero. Por la ventana abierta entraba la luz del atardecer. Annie observó cómo su compañero intentaba quitar el tapón con un descorchador caro y complicado; el sacacorchos de toda la vida lo habría resuelto en pocos segundos. Banks sirvió las copas y se sentaron uno frente al otro, en silencio.

—¿Quién habla primero? —dijo Annie.

—¿Cómo me encontraste?

—No importa. La cuestión es que te encontré.

—No —repuso él—. La cuestión es por qué me buscas. ¿Por qué has hecho semejante viaje a la capital cuando tienes cosas más importantes que hacer?

—¿De verdad no te has enterado?

—No tengo ni idea, estoy de vacaciones. ¿Sabes algo que ignoro?

—Muchas cosas probablemente.

—No hace falta ponerse sarcástica.

Annie se sonrojó. No había sido su intención, pero la estaba incitando. Annie sabía que se escudaba tras el sarcasmo cuando se sentía vulnerable o confundida, del mismo modo que otros se protegen con un cigarrillo o un chiste de mal gusto. Annie comprendía que aquél no era el mejor de los momentos, pero no podía continuar hablando con Banks si antes no despejaba el mal

ambiente. Y él iba a tener que poner algo de su parte. La última vez que ella intentó reanudar la amistad, él la había rechazado. Annie acabó la copa y se la acercó para que él la rellenara. «Coraje holandés», así llaman los ingleses al valor que otorga el alcohol. Banks entrecerró los ojos y rellenó la copa.

—Lo siento —dijo Annie—. No quise ser sarcástica. Después de lo todo lo que hemos pasado juntos, parece que no nos va tan bien.

Cruzaron sus miradas durante unos segundos, pero enseguida Banks dirigió la vista hacia la ventana. Annie vio que en el jardín trasero los arbustos estaban en flor y, a sus espaldas, escuchó a las abejas de flor en flor. Impulsivamente, alargó el brazo y apoyó su mano en el antebrazo de Banks.

—¿Qué ocurre, Alan? No podemos seguir así. Tú no puedes seguir así.

Banks no se sobresaltó cuando ella lo tocó, pero tampoco dijo nada. Se limitó a mirar por encima del hombro de Annie, a través de la ventana. Finalmente volvió a posar sus ojos en ella.

—Tienes razón —dijo Banks—. Siento como si hubiera estado alejado de todo lo que antes me importaba. Pero estoy volviendo a acercarme.

—¿Ves la luz al final del túnel?

—Sí... eso y todas las otras frases hechas.

—Me alegro —dijo Annie, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta por la emoción.

Había mucho más de qué hablar, pero Annie presintió que no era el momento. Además, había asuntos más inmediatos e importantes. Dio otro sorbo de vino. Desde luego, aquél no era el típico vino de mesa. Banks encendió un pitillo.

—Pensé que habías dejado de fumar —dijo Annie.

—Lo he hecho —dijo Banks—. Esto es sólo temporal.

—Eso espero.

—¿Por qué querías verme?

—¿Te enteraste de la mujer que encontraron muerta en un coche, cerca de Eastvale?

—Lo vi en el periódico —dijo Banks—, pero no han dado mucha información al respecto.

—Se llamaba Jennifer Clewes. ¿Conoces a alguien con ese nombre?
—No.
—Adivina qué encontramos en el bolsillo trasero de sus vaqueros.
—No tengo ni idea —dijo Banks.
—La dirección de alguien.
—¿De quién?
—La tuya.
Banks se quedó boquiabierto.
—¿Qué? No entiend... ¿Cómo dices que se llamaba?
—Jennifer Clewes.
—Nunca he Oldo ese nombre. ¿Por qué la mataron?
—Aún no lo sabemos. Tenía tu dirección y unas indicaciones apuntadas con su propia letra en un trozo de papel. Estaba en el bolsillo trasero de sus vaqueros.
Annie continuó:
—La dirección e indicaciones eran para llegar a tu casa, la que ardió, donde por cierto alguien entró a robar. Imagínate el alboroto que se armó en el norte cuando encontraron tu nombre y dirección en el cuerpo de la víctima. El comisario Gristhorpe decidió esperar hasta el lunes antes de tomar medidas.
Annie se percató de que Banks estaba intentando relacionar los hechos.
—Venga, Alan, suéltalo —dijo ella—. Tú sabes algo, ¿de qué se trata?
—No sé nada, de verdad. Nunca he Oldo hablar de esa mujer.
—Pero algo sabes. Me doy cuenta.
—Es complicado.
—Tengo tiempo.
Annie estaba un poco alegre por el vino, así que qué diablos, pensó, de perdidos al río.
—Quizá podrías empezar por explicarme qué estás haciendo aquí. Según tengo entendido tú y tu hermano no os llevabais de maravilla precisamente.
—Ha desaparecido.
—¿Qué?
Banks le contó lo de la llamada de Roy y lo de la casa vacía y sin

cerrar.

—¿Has dado parte?

Banks no contestó, se limitó a mirar hacia la ventana por encima del hombro de Annie.

—No has dado parte, ¿verdad?

—¿Por qué todo el mundo me da tanto la lata por eso? —exclamó Banks en un arranque repentino de ira—. Sabes tan bien como yo lo poco que nos preocupamos durante las primeras cuarenta y ocho horas de la desaparición de un adulto. Seguramente he hecho más de lo que hubiera hecho la policía local.

—¿Te escuchas cuando hablas? ¿A quién intentas convencer? Las circunstancias son sospechosas y lo sabes. Me has dicho que según Roy es un asunto de vida o muerte.

—Dijo que podría ser un asunto de vida o muerte.

—Vale, si quieres ponerte a hilar fino... Mira, mejor me callo. Pero no olvides que estás jugando con la vida de tu hermano. Por el amor de Dios, Alan, ni siquiera deberías estar en su casa.

—Gracias por recordármelo.

—Me gustaría que crecieras de una vez. Puede que ya veas la luz al final del túnel, pero sigues siendo un desastre. En los últimos meses sólo rellenas papeleo, no hablas con casi nadie, rara vez te molestas en afeitarte, necesitas un corte de pelo y pasas la mayor parte del tiempo medio borracho. Estuve en tu apartamento, he visto cómo vives.

Annie sabía que era inútil seguir cargando las tintas contra él. Sólo necesitaba liberar su propia frustración.

—¿Qué te ha puesto de tan buen humor? —dijo Banks.

Annie negó con la cabeza.

—Oye, sé que estás preocupado —continuó en un tono más calmado—. Sé que te inquieta la desaparición de tu hermano, pero tienes que dejar de lado tu testarudez. Por su bien y por el tuyo.

—Probablemente estés en lo cierto —dijo Banks—. Pero míralo desde mi punto de vista. Me inquieta que quienes investiguen a Roy puedan averiguar cosas que mis padres preferirían no saber. Además, sé que si ésta se convierte en una investigación oficial,

nunca me dejarán participar en ella. Además, ¿cómo sabré que lo están haciendo bien si no lo hago yo?

—A veces me pregunto cómo llegaste a inspector jefe con esa capacidad para delegar.

La risa de Banks pilló a Annie desprevenida y rompió la tensión.

—¿Estás seguro de que nunca oíste hablar de Jennifer Clewes? —continuó ella—. ¿No se te ocurre por qué llevaba tu dirección en el bolsillo?

—En la lista de llamadas de Roy hay una Jenn.

—Así la llamaban sus amigos.

—Espera un segundo —dijo Banks y salió disparado a la planta de arriba.

Annie dio un par de sorbos más al vino y paseó la vista por la cocina. «Es cara —pensó—, especialmente cuando apenas se usa.» Banks regresó con una carpeta llena a rebosar bajo el brazo, se sentó de nuevo y empezó a revisar hoja por hoja.

—¿Tienes su número de teléfono?

—Me lo dio su compañera de piso, pero su móvil desapareció.

Annie abrió su libreta y leyó el número. Era el mismo que constaba en la lista que Banks confeccionó con las llamadas de Roy.

—Vaya por Dios —continuó Annie—. Entonces no hay duda de que hay una relación entre Jennifer Clewes y tu hermano Roy.

—Corinne tenía razón. Roy tenía una nueva novia.

—¿Qué Corinne?

—La prometida de Roy... su ex prometida.

—A partir de este momento ésta es una investigación oficial —señaló Annie—. Informaré de la desaparición de tu hermano al inspector Brooke y no se va a alegrar.

—Haz lo que te plazca.

—Oye —dijo Annie intentando apaciguarlo—, sabes de sobra que estás demasiado involucrado emocionalmente para que te asignen el caso. Cualquiera de los dos casos, pero eso no significa que no puedas sernos útil.

—¿Útil para quién?

Annie esbozó una pequeña sonrisa.

—Verás, nadie te va a estar controlando las veinticuatro horas del

día. La condición es que me mantengas al corriente de lo que hagas.

—Supongo que es la mejor de mis opciones —asintió Banks.

—Todo lo que te pido es que compartas tu información conmigo. ¿En esa lista tuya no habrá por casualidad una tal Carmen Petri?

—¿Carmen? Es un nombre inusual. Creo que no, déjame echar un vistazo. —Banks repasó la lista de nombres—. Pues no. ¿Por qué? ¿Quién es?

—No lo sé —dijo Annie—. Pero su nombre surgió en una de mis entrevistas. ¿Cómo crees que se relacionan?

—Repasemos lo que sabemos.

—Al parecer, el viernes por la noche alguien anduvo por Kennington vigilando el apartamento de Jennifer Clewes —comenzó Annie—. Quizá también el resto de la semana, pero no sabemos por qué. Nuestro testigo confirma que vio un coche azul oscuro con un hombre sentado delante y otro detrás a la hora en que Jennifer salió de su apartamento. El testigo lo había visto antes por allí. Ese mismo coche (al menos, eso creemos) fue visto en el área de servicio de Watford Gap, donde Jennifer se detuvo a cenar y llenar el depósito. Cuando Jennifer partió, el coche azul se le cruzó bruscamente a otro vehículo para poder seguirla de cerca. La única descripción medianamente fiable es la del tipo que iba detrás, era musculoso y llevaba una coleta.

—¿Fue él quien mató a la chica?

—No lo sabemos, pero hasta ahora es la mejor pista que tenemos. Stephan está trabajando horas extra sobre la escena del crimen. Por desgracia, el coche azul no se ralló ni nada, así que no contamos con ningún resto de pintura.

—Pero ¿por qué Roy mandó a su chica a buscarme? ¿Por qué no vino él mismo?

—No lo sé. La compañera de piso dijo que Jennifer recibió una llamada alrededor de las once menos cuarto del viernes y que salió poco después. ¿Cuando tu hermano oyó el timbre, parecía preocupado?

—No —repuso Banks—. He pensado mucho en ello, pero no me lo pareció. Entiéndeme, de haber tenido miedo que vinieran a hacerle daño, Roy no hubiera abierto la puerta. Se hubiera largado por la

ventana de atrás, ¿no crees? Además, el vecino de enfrente me dijo que Roy cerró la puerta delantera con llave y subió al coche con el tipo que vino a visitarlo, todo fue de lo más normal.

—¿Crees que ocurrió en ese momento?

—He estado intentando reconstruir todo lo ocurrido ese día —dijo Banks—. Según mi punto de vista, Roy llega a su casa a las nueve y media, no sé de dónde, pero está preocupado. Deja el móvil en la mesa de la cocina (o quizá ya estaba allí), se sirve un vaso de vino y sube a su despacho a revisar los mensajes telefónicos, de correo electrónico o lo que sea. Se lleva la copa con él. Quizá se sienta, medita durante algunos minutos y finalmente decide que lo que acaba de descubrir merece que llame a su hermano, de quien lleva años distanciado. Quizás incluso presiente que, por eso que sabe, se encuentra en peligro. En cualquier caso, me llama y me pide ayuda. Mientras se encuentra al teléfono suena el timbre. Roy abre la puerta y se marcha en coche, acompañado de ese hombre. Aparentemente, por voluntad propia. Y aunque me ha dejado el número de su móvil, se lo olvida. Yo diría que eso es más que una distracción sin importancia.

—Quizá fue Roy quien más tarde telefoneó a Jennifer —dijo Annie.

—¿Y le dio indicaciones de cómo llegar hasta mi antigua casa y le dijo que partiera de inmediato porque él no podía? Puede ser, pero ¿por qué? ¿Qué ocurrió entre las nueve y media y las once menos cuarto?

—Eso no lo sabemos —dijo Annie e hizo una pausa—. Pobre chica. Todo lo que he averiguado de Jennifer sugiere que era una chica decente, trabajadora, bondadosa... Y quizás un poco inocente e idealista.

—¿Y por qué acabó muerta, entonces?

—Ojalá lo supiera.

Annie dio un sorbo a su vino. La luz había cambiado, se avecinaba tormenta. El mundo que los rodeaba se oscureció.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Annie.

—Seguir adelante con mi propia investigación.

—¿Qué esperas que te diga? —sonrió Annie.

—Nada. ¿Y tú qué harás?

—Hablaré con Dave Brooke cuanto antes. Estoy segura de que querrá verte. Hablo en serio, Alan. Nuestros casos se han cruzado y no pienso dejar cabos sueltos. Además, después de lo que le pasó a Jennifer Clewes, Roy podría estar en peligro. ¿No te has parado a pensar en ello?

—No pienso en otra cosa —repuso Banks—. Intento pensar que tuvo que salir por piernas o que fue víctima de un secuestro. Pero su relación con la chica asesinada da un nuevo giro a las cosas.

—Me alegra que lo veas así. Si te hubieras ocupado de mantener el contacto, hubiéramos llegado a este punto hace tiempo.

—¿Cómo iba a saber que me buscabas?

—Sabes a lo que me refiero. Mañana tengo que hacer un par de cosas. Jennifer fue asesinada en nuestra jurisdicción, pero vivía aquí en el sur. Eso nos complica la tarea.

—¿Qué es lo que tienes que hacer?

—Para empezar, visitar las oficinas donde trabajaba Jennifer, es una clínica de planificación familiar en Knightsbridge. Se dedica a...

—¿Cómo se llama?

—Centro Berger-Lennox. ¿Por qué?

Banks abrió la carpeta y empezó a pasar páginas, algunas de ellas cubiertas con su caligrafía delgada e insegura. Al final, señaló un folio impreso.

—Sabía que el nombre me sonaba —dijo—. Es uno de los centros en los que invierte Roy, una de las empresas de Julian Harwood. ¿Estás segura de que Jennifer trabajaba allí?

—Lo estoy.

—Entonces quizá fue allí donde se conocieron. Harwood me dijo que Roy es un inversor práctico, que se interesa por cómo funciona su negocio. Y si Jennifer era joven y guapa...

—Lo era —dijo Annie.

—Bingo.

—Pero eso no significa nada.

—Quizá no, pero es otra conexión —dijo Banks—. Hay una persona muerta y otra desaparecida. El número de teléfono de ella está en la libreta de él y mi dirección en el bolsillo del pantalón de ella. Y además tienen en común ese centro de planificación familiar. No sé

qué crees tú, pero para mí son demasiadas coincidencias. Quizá te acompañe mañana, para asegurarme. Si Roy anduvo por allí, alguien debe recordarlo.

Annie hizo una pausa. Quería ser diplomática, pero no sabía muy bien cómo hacerlo. Al final obvió la prudencia.

—No puedes ir —le dijo a Banks—. Sabes que no puedes, no es tu caso. Ya te he aclarado que a partir de ahora la desaparición de tu hermano es un asunto oficial y te estoy dando un margen para investigar por tu cuenta. Pero no puedes entrometerte a la fuerza, porque no tienes ningún cargo oficial en la investigación de Jennifer Clewes. Ninguno en absoluto.

—¿Y qué pasa si tu caso está relacionado con lo que le ha ocurrido a Roy?

—Escúchame, Alan. Tampoco tienes ningún cargo oficial en esa investigación. No vendrás conmigo, está decidido.

—Vale —dijo Banks—. De acuerdo, entiendo.

—Y no te enfurruñes, no te va.

Annie se puso en pie. Estaba un poco mareada por el vino, pero todavía podía controlarse.

—Y no desaparezcas —insistió—. El inspector Brooke va a necesitar tu declaración.

Annie escuchó a sus espaldas un repiqueteo. Poco después sonó con más fuerza, más rápido, sobre las hojas de las plantas. Llovía de nuevo.

Atardecía y alguien llamó a la puerta mientras Banks se encontraba en el despacho de Roy revisando los archivos de correspondencia que Corinne había impreso. Al principio creyó que podía tratarse de Roy, pero por qué iba su hermano a llamar a su propia puerta. Después pensó que podía ser el inspector Brooke que había venido a tomarle declaración. Y Banks decidió que sería mejor acabar cuanto antes. Pero, por si acaso, buscó algo que le sirviese de arma. Sólo encontró un juego de palos de golf en el armario del descansillo, cogió uno de los hierros y abrió la puerta. El hombre plantado en la puerta tendría la misma edad que Banks. Llevaba traje oscuro y el pelo negro con canas peinado con una raya bien marcada. Sus ojos

irradiaban una mirada seria e inteligente. Hubiera podido ser policía, calculó Banks, salvo por el alzacuellos. El hombre echó un vistazo al palo de golf y luego al anfitrión.

—Hola —dijo extendiéndole tímidamente la mano a Banks—. Me llamo Hunt, Ian Hunt. ¿Está Roy?

Banks le estrechó la mano. Estaba húmeda y fría.

—No. Soy su hermano, Alan. ¿Qué se le ofrece?

—Me ha hablado de usted —dijo Hunt—. Usted es policía. Pero creía que ustedes dos... bah, olvídelo.

A Banks no le costó mucho imaginarse lo que creía Hunt, pero no dijo nada. Necesitaba toda la información que pudiera conseguir y arrancar con una actitud defensiva no le iba a ayudar. Banks se preguntó qué diablos hacía un párroco visitando a Roy.

—¿Le apetece pasar?

—Por supuesto. Si no llego en mal momento, claro.

Banks apoyó el palo de golf en el marco de la puerta. Se dirigió hacia la cocina donde había estado con Annie y ofreció una silla a Hunt. El párroco no mencionó el palo. Banks no quería dar la impresión de estar interrogándolo, pero después de tantos años en el departamento cayó en la cuenta de que había olvidado el simple acto de conversar. Su trabajo influía en cómo veía y se relacionaba con todo el mundo. Había sido brusco incluso con Corinne.

—¿Por qué quería ver a Roy?

—Por nada en particular —dijo Hunt—. Pero no pasó por la iglesia esta mañana y eso no es habitual en él.

—¿Por la iglesia? —dijo Banks casi cayéndose de la silla.

Las sorpresas no cesaban jamás.

—Así es, ¿por qué? ¿Qué tiene de raro?

—Nada.

Excepto para acudir a bodas y funerales, Banks no había pisado una iglesia desde su infancia. Él y su hermano no habían recibido una educación especialmente religiosa, y sus padres nunca fueron a la iglesia con regularidad. Naturalmente, en la escuela se rezaba y se cantaban himnos religiosos, pero, quitando un par de años de catecismo y el breve paso por la Brigada de los Niños Exploradores, la iglesia había acabado para Banks. Y ahora esto.

—Normalmente no me hubiera molestado en pasar por aquí —dijo Hunt—. Pero después de misa teníamos una reunión de la comisión que reúne fondos para las restauraciones. Roy siempre contribuye, y no sólo económicamente, sino también con ideas. Tiene una mente muy creativa.

—¿Le apetece una taza de té, párroco?

—Sí, gracias. Pero llámeme Ian, a no ser que quiera que lo llame a usted inspector jefe.

—Entonces lo llamaré Ian.

Banks puso a calentar el agua. Qué cursi, pensó, pasar el domingo por la tarde tomando el té con el párroco. Nunca hubiera imaginado que su hermano llevase esa vida. Junto al café encontró el té y metió dos bolsitas en la tetera floreada.

—Me gustaría saber cuándo empezó Roy a ir a la iglesia, si no le molesta —dijo Banks cuando el agua empezó a hervir.

—No me molesta en absoluto —dijo Hunt—. Roy empezó a venir a misa el dieciséis de septiembre de 2001.

—No hacía falta que me dijera la fecha exacta —dijo Banks.

—¿Cómo puedo olvidarlo? Se sorprendería de cuánta gente regresó a la iglesia, o empezó a venir, por aquellos días.

Banks tuvo que hacer memoria antes de darse cuenta de la importancia de la fecha. Debió de ser el primer domingo después del ataque a las Torres Gemelas. Pero ¿por qué iba Roy a sentirse tan afectado por el atentado? Banks vertió el agua hirviendo en la tetera.

—¿Y qué fue lo que le hizo ir?

Hunt hizo una pausa.

—Usted sabe muy poco sobre su hermano, ¿verdad?

—Así es. Y cuanto más averiguo, menos sé.

—Es la paradoja universal del conocimiento.

—Puede ser —dijo Banks—. Pero a mí me interesa el conocimiento más prosaico. Supongo que usted no sabrá dónde puede haberse metido Roy...

Hunt parpadeó.

—No sé si recuerda que vine aquí a buscarlo.

—Aun así.

Hunt miró a Banks con curiosidad.

—Veo que fue entrenado para no fiarse de nada que se le diga —dijo Hunt—. Pero no, no sé dónde puede estar su hermano.

—¿Por qué ha venido?

—Ya se lo dije, por la reunión. Roy no falta sin dejar al menos un mensaje.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—El domingo pasado.

—¿Habló con él?

—Charlamos brevemente después de misa.

—¿Qué impresión le dio?

—Que estaba bien. Normal.

Banks sacó la leche de la nevera, la olfateó rápidamente para asegurarse de que no estuviera pasada, sirvió el té y se sentó frente a Hunt.

—Perdone, no quería parecer tan brusco, pero estoy preocupado —dijo Banks—. Roy me dejó un mensaje bastante inquietante y cuando finalmente llegué aquí, ya no le encontré. La puerta de entrada estaba cerrada, pero no con llave.

—Comprendo su preocupación —dijo Hunt.

—Entonces, ¿ustedes dos charlan a menudo?

—Así es. Solemos pasar una o dos horas juntos, generalmente en la vicaría. A veces comemos allí.

Para Banks, la imagen de su hermano comiendo en la vicaría era difícil de visualizar.

—¿Se abría Roy con usted? Quiero decir si...

—Sé lo que quiere decir. —Hunt se removió en su silla—. Pues sí, conmigo compartía sus sentimientos, al menos hasta cierto punto.

—¿Qué clase de sentimientos?

—De todo tipo.

—Me temo que lo que me cuenta es demasiado impreciso, ¿puede ser más específico? Porque Roy no se le confesó a usted ni nada. —Banks cayó en la cuenta de que no sabía de qué iglesia era aquel párroco—. No será usted católico, ¿no? —dijo titubeante.

—Soy anglicano. Pero no sé cómo ayudarle, Roy nunca entraba en detalles sobre lo que hacía.

—No, supongo que no —dijo Banks—. ¿Pero se le ocurre por qué empezó a acudir a su iglesia el dieciséis de septiembre? Aparte del ligero desasosiego que sentiría al saber que el mundo podía irse al garete, quiero decir.

—No fue por eso. —Hunt respiró hondo—. Mi sensación es que, en lo moral, su hermano había perdido el norte. Estaba tan absorto en ganar dinero que ya no le importaba el modo en que lo hacía.

—Hay mucha gente así.

—Es cierto. Pero mi impresión es que lo que ocurrió el 11-S en Nueva York se lo hizo ver de forma incuestionable.

—No irá a decirme que Roy tuvo algo que ver con los ataques, ¿verdad?

—No, en absoluto —dijo Hunt—. Creo que no me está entendiendo.

—¿Qué es lo que quiere decir, entonces?

—¿Roy no se lo contó? Él estuvo allí.

Banks se quedó pasmado intentando asimilar lo que acababa de oír.

—¿Roy estaba en Nueva York cuando ocurrieron los ataques?

Ian Hunt asintió.

—Por lo que me contó, tenía una cita con un banquero en la segunda torre. Llegaba tarde y su taxi estaba en medio de un atasco. De repente notó que los coches se detenían y los conductores se apeaban, algunos de ellos señalando al cielo, al humo y las llamas, a la gente que saltaba por las ventanas. Tardó tres días en conseguir un vuelo para regresar a Londres.

—Vaya por Dios... —exclamó Banks—. Nunca me dijo nada.

—No tienen una relación muy estrecha, ¿verdad?

—No.

—El caso es que el shock le hizo pensar en la inmensidad de todo, en el destino, en cómo todo está conectado, en las consecuencias inimaginables de incidentes sin ninguna relación aparente. Roy necesitaba hablar de todo. Yo no tenía respuestas, pero encontró lo que necesitaba en la iglesia, el rezo y la santa comunión, y en nuestras charlas.

Banks recordó lo que Burgess le había contado sobre aquella venta de armas. Roy se enteró de que el cargamento, cuya compra había

facilitado, había caído en las manos equivocadas. ¿Podía ser Roy tan inocente como para creer que la compra y venta de armas era un negocio como cualquier otro? Quizá se sintió atraído por el dinero y la adrenalina, calculó Banks, y ni siquiera se detuvo a pensarlo. Advertido del peligro de su actividad por el Departamento de Seguridad Interior, Roy se alejó de inmediato, pero presenciar los ataques a las Torres Gemelas debió de remorderle la conciencia. Quizás el armamento o los misiles que él había exportado podrían haberse usado para un atentado como ése. Roy supo que había cruzado una frontera y lo que vio al otro lado no le gustó nada.

Que alguien se inmole haciendo estallar una bomba en algún desierto lejano es una cosa, pero presenciar lo ocurrido el 11-S en Nueva York debió de ser terrible. Seguramente le resultó imposible ignorar la clase de atentados que los terroristas pretendían llevar a cabo en Occidente, de contar con los medios y la oportunidad. Además, con o sin conocimiento de ello, al menos en una ocasión Roy les había suministrado los medios. De ahí su sentimiento de culpa. Y así fue cómo Roy regresó a la iglesia en busca de perdón.

Para Banks, este aspecto de su hermano era toda una novedad y le llevaría tiempo acostumbrarse. Desde luego, tenía muy poco que ver con el Roy del último encuentro, sólo ocho meses antes. Pero aquél era el Roy hogareño, una imagen cuidadosamente creada para tranquilizar a sus padres. ¿Les habría contado a ellos lo que había vivido en Nueva York? Banks lo dudaba. A pesar de su reciente religiosidad, Roy había seguido amasando dinero; no lo había donado a caridad, ni había hecho votos de pobreza o castidad. Estaba claro que su sentimiento de culpa no era tan fuerte ni tan profundo.

Pero entonces, ¿qué le había ocurrido? ¿Había perdido más de una vez el norte moral? Para mucha gente, el hecho de ganar dinero —quizás incluso más que el dinero en sí mismo— era una adicción, como el juego, la heroína o el tabaco. Banks había dejado de fumar el verano anterior al enterarse de que un antiguo compañero de escuela había muerto de cáncer de pulmón. Pero cuando el incendio redujo a cenizas su casa, sus posesiones y por poco su vida, volvió a

fumar. ¿Qué lógica tenía? Ninguna. Pero ésa es precisamente la naturaleza de las adicciones.

—¿Notó últimamente algún indicio que le hiciera pensar que Roy había vuelto a entrar en una de esas zonas turbias y peligrosas? —preguntó Banks.

—No —dijo Hunt—. Ninguno.

—¿No le mencionó nada sobre sus negocios?

—No hablábamos de negocios. En general, nuestras conversaciones eran sobre filosofía y religión. Mire, sé que Roy no es un hombre de naturaleza religiosa y dudo mucho que sea un santo, incluso después de lo que vivió. Pero tiene conciencia y a veces le duele. Todavía sigue siendo un hombre de negocios puro y duro, el tipo de persona que ignora los detalles molestos y no hace demasiadas preguntas. Pero yo diría que ahora tiene más juicio. Ha establecido sus propios límites. —Hunt hizo una pausa—. Siempre le ha admirado, ¿lo sabe?

—Me cuesta creerlo.

Mientras crecía, Banks había cometido todos lo errores posibles: salía hasta muy tarde, lo habían pillado fumando y robando en los supermercados, se había metido en peleas y nunca hacía los deberes. Y el insulto final: se negó a estudiar empresariales y eligió una carrera que sus padres no aprobaban. Roy, en cambio, desde la perspectiva de un muchacho cinco años más joven, había observado la trayectoria de su hermano y aprendió todo lo que no debía hacer.

—Pues es la verdad, él lo admiraba —dijo Hunt—. Sobre todo cuando eran niños. Sólo que usted no le prestaba mucha atención. Lo ignoraba. Él se sentía desatendido, rechazado, como si siempre lo decepcionara.

—Era mi hermano menor —dijo Banks.

Hunt asintió.

—Siempre incordiándole.

Banks recordó la época en que salió con Kay Sommerville, su primera novia seria. Roy tenía unos doce años. Cuando el matrimonio Banks salía a pasar la noche al pub del barrio, Banks invitaba a Kay a casa a escuchar discos —entre otras cosas— y siempre pagaba a Roy para que éste no saliera de su habitación. Era

cierto, Roy siempre incordiaba. Pero también encontraba la forma de beneficiarse de ello.

—En fin —dijo Banks—, no sabía que me admirara. Y si así era, nunca lo noté.

—No estoy diciendo que Roy no sea competitivo. Usted era deportista, así que él se esforzó en ser bueno en lo que sabía hacer bien. Compensó una cosa con otra.

¿Buen deportista? En rugby había sido un medio aceptable, rápido, espabilado y escurridizo. En criquet no había sido ningún bateador del otro mundo, aunque sí había sido un lanzador de velocidad media con cierta fuerza. De niño, Roy había sido un gordinflón feo, con gafas y nada atlético. En la escuela, los demás chicos le tomaban el pelo y le llamaban empollón. El acoso de sus compañeros llegó a tal extremo que Banks tuvo que ponerle freno, así que nadie podía decir que no había hecho nada por Roy. Aunque también era cierto que hubiera podido hacer más.

—Aún le admira —continuó Hunt.

—Eso aún me cuesta más de creer —dijo Banks.

Y se preguntó qué había digno de admiración en su vida. ¿Un matrimonio fracasado? ¿Un trabajo ingrato? En cambio, Roy lo tenía todo: un coche llamativo, las mujeres que se lanzaban a sus pies, la casa en la caballeriza. Pero Banks comprendió que aquello no eran más que cosas, posesiones materiales. Hasta cierto punto, hasta las mujeres eran símbolos de estatus: «Mira la hermosa y joven mujer que llevo colgada del brazo». Simples apariencias. Los tres matrimonios de Roy habían acabado desastrosamente, ninguno le había dado niños. Incluso había anulado su compromiso con Corinne. Él por lo menos tenía a Brian y a Tracy.

De pronto, Banks notó que Hunt se ponía en pie para marcharse.

—Perdone, me quedé pensando en lo que me acaba de decir —se disculpó Banks.

—No hay nada que disculpar —dijo Hunt—. Ya es hora de irme. Lamento no poder ofrecerle una ayuda más tangible. Si necesita algo, no dude en venir a verme. Vivo en la iglesia de St. Jude, al final de la calle.

—Gracias... Oiga, espere un minuto. —Banks fue en busca de una

de las fotografías digitales y se la mostró a Hunt—: ¿Reconoce usted a alguno de estos dos hombres?

Hunt negó con un gesto.

—¿Nunca vio a Roy con ninguno de ellos?

—No, nunca.

Se estrecharon las manos e Ian Hunt se marchó.

Quizás el error al intentar comprender a su hermano había sido descartar su lado espiritual y sus emociones. Descubrir que su hermano acudía regularmente a la iglesia cambiaba las cosas. Todo cobraba una dimensión insospechada. Pero ¿iba eso a ayudarle a resolver qué había ocurrido? Quizá no. Pero sí afectaría su forma de llevar la investigación. Hasta ahora había estado buscando a alguien peligroso, un conocido del que Roy tenía que huir. Pero ahora el panorama se abría de par en par. Quizá Roy había averiguado algo que no debía. Quizá se había vuelto una amenaza para aquellos con quienes antes había trabajado codo con codo. Quizás, en vez de hacer la vista gorda, ahora Roy había decidido denunciar alguna irregularidad. Pero, ¿qué irregularidad? ¿Y quién estaba involucrado?

Los rayos de luz atravesaban las grietas entre las nubes, haciendo que el cielo del oeste se volviera bermellón y violeta. Todos los que hacían cola para subir a la Noria de Londres durante el atardecer se removían inquietos bajo el chaparrón. Desde el puente de Westminster, la gente observaba la gigantesca rueda al abrigo de sus paraguas y sus capuchas impermeables.

Michaela Toth, de ocho años, pasó todo el día entusiasmada aguardando que se cumpliera la promesa y pudiera subir a la atracción. Sería lo mejor de su primer fin de semana en Londres —mejor incluso que la visita al museo de cera de Madame Tussaud y al zoológico—; además, sus padres le habían dado permiso para irse a dormir más tarde que de costumbre. Dando saltitos sobre uno y otro pie, esperaba en la cola aferrada a su bolso de plástico con una flor rosa bordada. Ni siquiera la lluvia había conseguido desanimarla. Pero la cola avanzaba a paso de caracol y Michaela tenía la sensación de que no iba a llegar nunca. Le costaba creer que la noria fuera más grande de lo que se había imaginado y que nunca

se detenía, ni siquiera cuando había que subir y bajar. Eso la asustaba un poco, pero era un miedo agradable.

Centímetro a centímetro, la cola fue avanzando. Cuando las cabinas se vaciaban, otras personas las volvían a ocupar. En el río, un remolcador cuadrado y rojo resoplaba, dejando una estela en forma de flecha sobre el agua turbia. Todavía había suficiente luz y Michaela distinguió a unos hombres de pie en el remolcador. Uno de ellos señalaba hacia donde estaba ella. Al principio creyó que señalaban hacia la noria, pero a aquel hombre se le unieron otros y el remolcador cambió de dirección y se dirigió hacia la orilla.

Michaela tiró de la manga de su padre y pidió ir a ver qué señalaban aquellos hombres. Al principio pensó que su padre no iba a acceder, pero a él también le había picado la curiosidad. Le pidió a su esposa que les guardara el sitio en la cola y le dijo que regresarían enseguida.

El remolcador se estaba acercando al muelle cuando padre e hija llegaron a la barandilla que rodeaba la noria. Ahora, incluso la gente del puente de Westminster señalaba en aquella dirección. Michaela se preguntaba si habrían avistado un delfín o una ballena, pero dudaba que hubiera alguno en el Támesis. Quizá se había escapado alguna de un acuario, o tal vez alguien había caído al agua y los hombres del remolcador querían rescatarlo.

Cogida de la mano de su padre, Michaela se estiró para mirar por encima del muro del muelle. Tenía la altura justa para asomar un poco la vista. La marea estaba muy baja y al pie del muro, como si fuera el lomo de una ballena, una playa de guijarros sobresalía del agua. Allí tumbado, vio el cuerpo estirado de un hombre. La silueta estaba hundida en el agua de cintura para abajo, con los brazos extendidos hacia delante. De un tirón, su padre la alejó rápidamente de allí.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó la niña, asustada—. ¿Qué hace ese hombre estirado allí?

Su padre no le contestó; sólo se la llevó de allí. Cuando volvieron a la cola, le dijo a su esposa algo sobre «un muerto». Enseguida muchas personas salieron corriendo hacia el muelle. Una mujer chilló. Michaela se preocupó, quizás ahora no podría subir a la

atracción: si en la playa había un muerto, quizá la Noria de Londres tuviera que dejar de girar.

Después de que el reverendo Hunt se marchara, Banks guardó el palo de golf. Se sentía imbécil. Echó el cerrojo y subió a la planta de arriba con el vino que quedaba en la copa. Telefoneó a Julian Harwood, quien le confirmó que Roy era el director ejecutivo del Centro Berger-Lennox, pero Harwood le aclaró que nunca había visitado las instalaciones y que tampoco había Oldo hablar de Jennifer Clewes. Banks no encontró razones para dudar de su palabra.

Antes de irse a la cama, sintió la necesidad de escuchar un poco de música. Encontró un CD que no había Oldo: dos cantatas de Bach interpretadas por Lorraine Hunt Lieberson. El equipo de música de altísima gama de Roy intensificaba la sonoridad de las cuerdas. Banks cerró los ojos y se imaginó en una habitación, rodeado por el pequeño grupo de músicos. La voz era sublime y tan bella que le podría haber convencido de que Dios existía. Entonces recordó a Penny Cartwright entonando «Strange Affair». Era una voz distinta, pero igualmente bella.

Banks dio unos sorbos al vino y sintió un mareo agradable. Se dejó llevar por la música y se puso a pensar en Annie, Roy, Jennifer Clewes y el Centro Berger-Lennox. Hubiera querido ir a la mañana siguiente, pero Annie tenía razón: aquél no era su caso y además estaba hecho un desastre. Cuando pensó en lo que sentía, comprendió que apenas le habían dolido las palabras de Annie. Quizás un poco en el mismo momento, pero luego se habían disipado. Y sabía que eran ciertas, sabía que se había abandonado. Y aunque no había caído tan bajo como el tipo de la canción de Nick Lowe —una de sus favoritas—, desde luego iba bien encaminado.

Quizás unos meses atrás, antes de lo ocurrido con Phil Keane, Annie le hubiera permitido ir con ella, pero ya no se fiaba de él. Y estaba bien que no se fiara. Lo último que se le hubiera ocurrido a Banks era regresar al norte, a Yorkshire.

El CD llegó a su fin y Banks buscó más música que escuchar. Roy no tenía canciones de Mahler, pero sí las *Cuatro últimas canciones* de

Strauss, una de las piezas favoritas del inspector, así que cogió el CD y lo insertó en la pletina. Acababa de empezar la segunda canción, cuando escuchó el teléfono del despacho de Roy. Banks dejó la copa y se apresuró a cruzar el rellano para contestar a la llamada.

La Noria de Londres se elevaba sobre el lugar de los hechos, como un inmenso y oscuro semicírculo que se recortaba contra las nubes iluminadas por la luna. Estaba cerrada, aunque seguía girando, siempre girando. Cerca de allí, en los escalones de piedra que llevaban a la playa de guijarros, visible ahora por la marea baja, los peritos de la Policía Científica iban y venían como fantasmas enfundados en sus monos de plástico blanco. Era una danza de precisión en la que cada bailarín se sabía bien sus pasos. Salvo los gritos, parloteos ocasionales y chirridos de las radios policiales, en la escena reinaba un silencio extraño y una falta total de prisa, como si el poderoso corazón de la ciudad estuviese en calma. Incluso los periodistas, agazapados tras la zona acordonada, se mantenían curiosamente en silencio. Las lámparas de arco eléctrico proyectaban su luz dura sobre las piedras musgosas, los guijarros y el agua grasienta, mientras una cámara de vídeo de la policía lo grababa todo. Ya no llovía y desde el puente de Westminster un puñado de curiosos observaban, sus siluetas se destacaban contra la moribunda luz del oeste.

Cuando Banks llegó a la zona acordonada, Burgess le esperaba con una expresión seria. Por teléfono le había explicado que al ver el telediario se había inquietado: la corriente había arrastrado el cadáver de un hombre, de la edad de Roy, hasta la Noria de Londres. El muerto no llevaba documentos, así que todavía no sabían quién era, pero Burgess le dijo a Banks que no estaría de más que se acercara a echar un vistazo.

No tuvo que pedírselo dos veces.

Burgess lo cogió del brazo y lo condujo hasta un hombre fornido, de cara redonda como la luna.

—Inspector detective Brooke, de Lambeth Norte; éste es el inspector detective Banks, de la Brigada Criminal de Yorkshire —los presentó Burgess.

Los dos hombres se saludaron con una leve inclinación de cabeza.

—¿Usted es el Brooke que trabaja con Annie en el caso de Jennifer Clewes?

—Annie y yo nos conocemos desde hace años.

Banks hizo un gesto con la barbilla en dirección al río.

—¿Está allí abajo?

—El médico de la policía ha corroborado que está muerto, pero los peritos todavía no han terminado. Tendrán que darse prisa, la marea va a subir de un momento a otro. —Brooke bajó la mirada y la dejó clavada en sus zapatos—. El comisario Burgess me ha dicho que existe la posibilidad de que el hombre de allí abajo sea su hermano.

—Por Dios, espero que no —dijo Banks—. Pero ha desaparecido y la posibilidad existe.

—Lamento que tenga que pasar por esto.

—Es mejor que no saber —dijo Banks—. ¿Podemos bajar ya?

—Vayan a la furgoneta de los peritos, allí encontrarán un par de monos. Y cuidado por dónde pisan, esas piedras están gastadas y son muy resbaladizas.

Equipados con su vestimenta protectora, Banks y Burgess enseñaron sus credenciales al agente que vigilaba el perímetro, pasaron por debajo del cordón y se aproximaron a los escalones. Los peritos habían improvisado un puente de tablones hasta la escena del crimen. Al cruzarlo, el montaje se bamboleó un poco. Por un instante, Banks casi perdió el equilibrio, lo que le hizo darse cuenta de lo mucho que había bebido aquella tarde. Las olas del río rompían suavemente contra las piedras del muelle. A medida que se iba acercando a la playa de guijarros, Banks sintió cómo se le encogía el corazón y le costaba respirar. Con un gesto, Burgess indicó a uno de los peritos que, con cuidado, diera la vuelta el cadáver para poder verle la cara. Banks se acuclilló, escuchó cómo crujieron sus rodillas y de repente vio los ojos sin vida de Roy. Había un orificio pequeño en su sien izquierda, junto a la cicatriz que él le había hecho de niño con una espada de juguete. Banks perdió el equilibrio. Quiso incorporarse de repente y eso le mareó todavía más. Burgess lo cogió del brazo.

—Estoy bien —dijo Banks, quitándose la mano de encima.

—¿Es él?

—Es él —dijo Banks.

Y mientras intentaba frenar el cúmulo de emociones, lo único que se le ocurrió fue: «¿Qué diablos voy a decirle a mis padres?».

—Subamos al muelle —dijo Burgess.

Banks lo siguió por los tablones y luego por los escalones. Brooke y su sargento detective estaban esperando algún tipo de confirmación. Cuanto antes se identifica un cuerpo, antes se pone en marcha la maquinaria necesaria para una investigación de ese calibre. Banks miró a Brooke y asintió.

—Lo siento —dijo Brooke.

—Oiga, ¿podría mantenerlo en secreto? —dijo Banks—. Me refiero a su identidad. Me gustaría ser yo quien se lo comunique a nuestros padres. Pero esta noche ya no podré, es demasiado tarde.

Brooke miró hacia el gentío sobre el puente, a los reporteros y los cámaras que aguardaban detrás del cordón.

—Podemos decirles que estamos a la espera de que se realice la identificación oficial del cuerpo —dijo Brooke—. Eso les detendrá durante un tiempo.

—Hasta mañana a primera hora —dijo Banks.

Pero no esa noche, imploró en su interior. No soportaba la idea de tener que ir inmediatamente a Peterborough, despertar a sus padres y pasarse la noche consolándolos sabiendo que ellos habrían preferido que el muerto fuese él y no Roy. «La luz del día facilitará las cosas. Que disfruten de una noche más de paz —se dijo Banks—. El futuro ya les deparará muchas noches horribles.»

—¿Podría avisar a Annie, por favor? —dijo Banks.

—Por supuesto, lo haré a primera hora de la mañana. —Brooke hizo una pausa—: Supongo que está al corriente de que yo pensaba hacerle una visita. De hecho, la inspectora Cabbot y yo estuvimos hablando sobre usted hace un rato.

—Imaginé que lo harían —dijo Banks.

—Claro que esto lo cambia todo. Aun así, todavía tengo algunas preguntas que hacerle —prosiguió Brooke—. Pero lo haremos cuando se sienta con ganas.

—Me siento con ganas ahora mismo.

—Muy bien. El comisario Burgess me dijo que usted está en casa de su hermano. ¿Le parece que hablemos allí?

—Claro —dijo Banks, intentando infructuosamente encontrar los pitillos en el bolsillo de su chaqueta—. Vámonos.

9

El Centro Berger-Lennox abría el lunes a las nueve y Annie se plantó puntual en la puerta. El centro ocupaba la primera y la segunda plantas de una casa georgiana de fachada curvada en semicírculo, en el barrio de Knightsbridge. La vivienda le recordaba a la vieja serie «Arriba y abajo», ambientada en la Inglaterra eduardiana. Cuando uno pagaba un ojo de la cara, no quería ser atendido en un bloque de oficinas prefabricado de cemento y vidrio.

Una vez en su interior, la impresión de elegancia antigua dio paso a una modernidad silenciosa. Las paredes eran de tenues tonos pastel y, como ocurre dentro de los aviones, en todo el lugar reinaba un silencio que hacía zumbar los Oldos. Annie tardó un momento en escuchar el hilo musical. La música era clásica y relajante; seguro que Banks hubiera conocido el nombre.

El aroma a sándalo desató en Annie una repentina visión de su madre, Jane, inclinándose sonriente sobre ella. La imagen la impresionó pues su madre había muerto cuando ella tenía seis años y apenas tenía recuerdos de ella. Pero en ese momento sintió la larga y suave melena de su madre haciéndole cosquillas en la cara. Jane había sido una hippie y Annie recordaba el incienso de sándalo que a menudo ardía en la comuna de pintores donde se había criado. El recuerdo también le hizo darse cuenta de lo mucho que se había alejado en los últimos años de los ideales que tuvo en su juventud. Annie sintió la repentina necesidad de dedicar más tiempo al yoga y a la meditación, que, después de lo de Phil Keane, había abandonado por completo.

La rubia detrás del lustroso escritorio de la recepción despegó la vista de la pantalla del ordenador, miró a Annie y le sonrió. La placa de bronce sobre el escritorio anunciaba el nombre de la recepcionista: Carol Prescott. Detrás de ella, en la oficina de planta abierta, sólo había una joven junto a un archivador abierto.

Annie le mostró sus credenciales y empezó a explicarle que estaba investigando el asesinato de Jennifer Clewes. La sonrisa de atención

al público de Carol se desvaneció y fue reemplazada por una expresión de tristeza. Sus ojos se humedecieron ligeramente.

—Pobre Jennifer, salió esta mañana en los periódicos —dijo—. Era una chica muy dulce. Me cuesta imaginar que alguien quisiera hacerle algo así, el mundo se ha vuelto loco.

—¿La conocía usted bien?

—Era mi jefa. No nos tratábamos fuera del centro ni nada, pero era siempre muy agradable.

—¿Cómo estaba de ánimos últimamente?

—Muy bien —dijo Carol—. Aunque ahora que lo menciona, esta última semana tuve la impresión de que estaba un poco despistada.

—¿Tiene alguna idea de por qué?

—No. Sólo me pareció que andaba con los nervios de punta.

—¿Estaba contenta de trabajar aquí?

—Siempre tuve esa impresión, pero no la conocía tanto como para que me lo confiara. Además, ¿cómo sabe uno si alguien es realmente feliz? En los periódicos una lee que alguien se suicida mientras que todos sus amigos creían que tenía una vida plena, ¿no?

—A veces —dijo Annie—. Pero Jennifer no se suicidó.

—Lo sé. Lo siento.

—No se preocupe. Oiga, quiero hablar con alguien de aquí, alguien que la conociera. Pero quizás usted pueda adelantarme algunos detalles.

Sonó el teléfono y Carol se disculpó. Enseguida asumió su tono profesional y concertó una cita para una paciente nueva.

—Perdone —dijo Carol tras colgar—. Por supuesto, la pondré al corriente de todo lo que sepa.

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

—Siete, si incluimos a Jennifer —dijo Carol—. Ella era la directora administrativa del centro. Después viene su asistente, Lucy, que trabaja justo detrás de mí, allí en la oficina. Andrea y Georgina son nuestras asesoras, nuestras orientadoras. Después viene Alex Lukas, médico director, y la enfermera Louise Griffiths.

—¿Cuál es el papel de Julian Harwood?

—¿El señor Harwood? Es el director ejecutivo de todo el grupo,

pero nunca lo vemos. Lo que quiero decir es que no tiene nada que ver con la gestión diaria del centro ni de la de las clínicas.

—¿Clínicas?

—Así es. Las intervenciones no se realizan aquí. Cuando una dienta decide qué camino va a tomar, le concertamos una entrevista en una de las clínicas, la que a ella le resulte más conveniente.

—Ya veo —dijo Annie—. Entonces este centro no es en absoluto un imán para activistas antiaborto.

—No precisamente —dijo Carol—. Hemos tenido un par de manifestaciones cuando aparece algo en las noticias, ya sabe. Pero nunca violentas. Nosotros no asesoramos únicamente sobre abortos, también sobre todos los aspectos de la planificación familiar.

—¿Cómo funciona el sistema?

Carol se echó hacia atrás en la silla.

—Pues, primero acuden a mí, o me llaman por teléfono. Yo les explico cuáles son nuestros servicios y honorarios y les doy a leer algunos folletos. Después las llevo a ver a Lucy, que se encarga del papeleo preliminar. Generalmente, en ese momento Louise hace un test de embarazo fiable, sólo para asegurarnos. Habitualmente les pedimos que traigan una muestra de orina, pero si se olvidan aquí tenemos instalaciones. De ahí pasan a la sala de espera, donde pueden leer los folletos hasta que puedan atenderlas Andrea o Georgina.

—¿Y entonces?

—Entonces ya depende de ellas. Nuestras orientadoras les hacen algunas preguntas personales y también responden cualquier duda que tengan las dientas. Le sorprendería saber cuántas se sienten confundidas por los embarazos, pobrecillas.

«No me sorprende», pensó Annie, quien también se había quedado embarazada debido a una violación. A pesar de que no tenía ninguna duda sobre abortar, recordaba perfectamente la confusión y el sentimiento de culpa. Annie se creía una mujer moderna y abierta, pero muy pocas mujeres, si es que había alguna, se tomaban un aborto a la ligera.

—Después de eso, las orientadoras consideran las opciones disponibles con las dientas —continuó Carol— y si es necesario

asesoran y aconsejan. Nuestras orientadoras están especialmente capacitadas para ello. Después, la dienta ve a nuestro médico, que es quien les hace el historial médico y las examina para confirmar que el embarazo sigue su gestación. Y entonces la enfermera Griffiths les extrae una muestra de sangre. Se rellena un poco más de papeleo, formularios de consentimiento y demás, y entonces Lukas, nuestro médico, les informa de los distintos métodos que existen y las ayuda a decidir qué tipo de intervención es la más apropiada.

—¿Qué ocurre si una dienta decide no abortar?

—En ese caso Andrea y Georgina le brindan información sobre agencias de adopción y otras instituciones. Pero la paciente tiene que ver al médico de todas formas, para determinar su estado de salud.

—¿Ofrecen ustedes algún tipo de atención prenatal?

—No, aquí no. Solemos derivar.

—Usted ha dicho que Jennifer era la directora administrativa. ¿Cuáles eran sus responsabilidades exactamente?

—Todo lo relacionado con la gestión del centro, excepto el aspecto médico. Es muchísimo trabajo —dijo Carol—. A veces tenía que quedarse hasta muy tarde para que no se le acumulara.

—Eso me recuerda algo —dijo Annie—, ¿ha escuchado alguna vez la expresión «chicas tardías»?

—«Chicas tardías» —repitió Carol frunciendo el ceño—. No, ¿por qué? ¿Qué significa?

—Es lo que intento averiguar.

—No me resulta un término familiar, lo lamento.

—¿Recuerda haber atendido a una dienta llamada Carmen Petri?

—No.

—¿Está segura?

—Puede pedirle a Lucy que revise los registros, pero creo que recordaría un nombre como ése.

—Sí, es probable —admitió Annie—. Lucy y Jennifer eran muy amigas, ¿no es cierto?

—Trabajaban juntas. Jennifer era la jefa de Lucy y eso suele abrir

una brecha entre las personas, pero Jennifer no era la clase de persona que marca distancias.

—¿Quién era la compañera más cercana de Jennifer?

Carol pensó durante unos momentos.

—Yo diría que Georgina. Las dos solían hablar del centro, de algunas de las dientas y creo que de vez en cuando hasta se iban a tomar una copa juntas. Si Jennifer no tenía que trabajar hasta tarde, claro.

—Gracias —dijo Annie—. ¿Se encuentra aquí Georgina?

—Sí, está en su oficina. —Carol levantó el auricular—. Creo que no está con ninguna dienta ahora mismo. ¿Quiere que la avise de que va a subir a verla?

—No hace falta —dijo Annie, que prefería la ventaja de la sorpresa —. Pero si quiere, puede indicarme dónde está su despacho.

A Carol le tembló la mano. Estaba claro que aquello contravenía los procedimientos habituales.

—De acuerdo —dijo Carol volviendo a bajar el auricular—. Es en la planta de arriba, a la izquierda. Es la segunda puerta y lleva su nombre: Georgina Roberts.

—¿Alguna vez tuvieron problemas con un tal Víctor Parsons? —preguntó Annie—. Era un ex novio de Jennifer.

—Ah, ése... Por supuesto que lo recuerdo, tuvimos que llamar a seguridad para que lo echaran.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Armar barullo. Molestar a las dientas.

—¿Por qué?

—Exigía ver a Jennifer, pero ella me dio instrucciones de que no le permitiera la entrada.

—¿Y qué ocurrió?

—Al final se largó.

—¿Ocurrió sólo una vez?

—La primera vez se fue sin armar demasiado alboroto. Pero la segunda vez tuve que llamar a seguridad.

Entonces habían sido dos.

—¿Amenazó a alguien?

—Que yo sepa, no. Sólo dijo que volvería.

—¿Cuándo dijo eso?

—Hace un par de semanas.

«¿Tan recientemente?», pensó Annie. Jennifer y Víctor habían roto hacía más de un año. Cualquiera que después de tanto tiempo siguiera con semejante fijación merecía ser tomado en cuenta.

—Sólo una cosa más —dijo Annie—. ¿Alguna vez visitó el centro un hombre llamado Roy Banks?

La cara de Carol se iluminó, pero enseguida se sonrojó.

—¿El señor Banks? Sí, por supuesto. Él y Jennifer estaban... ya sabe, enrollados. Sé que ella es un poco joven para él... pero es que el señor Banks está buenísimo, no la culpo en absoluto. —De repente la cara de Carol se transformó—. Pobre señor Banks, esto lo destrozará. ¿Ya se ha enterado?

—Todavía no —dijo Annie—. Entonces, ¿venía por aquí a menudo?

—Bastante. A veces recogía a Jennifer a la salida. Pero si tenía que esperar, se quedaba charlando conmigo.

—¿De qué?

—De nada en particular. De cine, del tiempo, de cosas sin importancia. Y del Arsenal, los dos somos forofos del Arsenal.

—¿Alguna vez coincidieron el señor Banks y Víctor Parsons?

—No.

—¿Sabe que el señor Banks era uno de los accionistas del centro?

—Sí, una vez lo mencionó, pero nunca se dio aires de gran señor.

—¿Fue ésa la razón por la que él vino aquí la primera vez, cuando conoció a Jennifer?

—No, no —dijo Carol—. Él acudió como cliente, más bien acompañando a una dienta.

Ahora el turno de sentirse sorprendida le había llegado a Annie.

—¿Acompañando a una dienta?

—Así es —dijo Carol—. Acompañaba a su hija, que estaba embarazada.

Mucho antes de la visita de Annie al Centro Berger-Lennox, Banks ya se abría camino hacia Peterborough entre el tráfico matinal del lunes. Estaba entumecido tras haberse pasado toda la noche luchando con los demonios del miedo y la pérdida. Y, por si eso

fuera poco, también sentía aprensión hacia lo que tenía que hacer a continuación. Sus padres adoraban a Roy y esto podría destrozar definitivamente el débil corazón de su padre. Pero tenía que comunicárselo en persona. No debía permitir que la noticia les llegara a través de un agente uniformado y anónimo que llamara a su puerta.

Brooke le había hecho un gran favor al ocultar la identidad de Roy a los medios. En cuanto les diera la noticia a sus padres, Banks telefonearía a Brooke para avisarle de que ya podía anunciar oficialmente el nombre de la víctima y los acontecimientos seguirían su curso. También recordó que había prometido mantener al corriente a Corinne y a Malcolm Farrow, el vecino, pero ellos tendrían que esperar su turno.

Después de un interrogatorio amable —muy amable, teniendo en cuenta las circunstancias—, Banks dejó en poder de Brooke el móvil de Roy, su memoria USB y el CD. Los efectos del vino menguaban rápidamente, dejando únicamente los latidos de la jaqueca. Luego intentó dormir, pero no lo consiguió. Afortunadamente, eran pocas las horas de oscuridad que quedaban. En junio amanece pronto. A las seis de la mañana Banks ya estaba duchado e iba de camino a recoger su coche donde lo había dejado la noche anterior, cerca de la estación Waterloo. Pediría un café para llevar y emprendería el camino a casa.

El tráfico era más lento de lo que hubiera deseado: el viaje de menos de dos horas le llevó casi tres. Y cada vez que en la radio ponían las noticias —independientemente de la emisora que escuchase—, volvía a oír hablar sobre el misterioso cadáver del río Támesis, hallado al pie de la Noria de Londres la noche anterior. Banks apagó la radio.

Cuando finalmente aparcó delante de casa de sus padres en Peterborough, ya eran casi las diez de la mañana. Mientras tanto, en Londres la investigación seguía su curso natural: la unidad de apoyo técnico informático estaría revisando el móvil de Roy y los peritos de la Policía Científica seguirían las pistas obtenidas en el lugar del crimen. Los detectives estarían recorriendo las calles y haciendo

preguntas, mientras Brooke cribaba toda esa información, buscando la punta más prometedora del ovillo.

Banks notó que desde su última visita habían pintado la puerta de verde, lo cual era un gran cambio. El pequeño jardín estaba un poco crecido y algunas de las flores del parterre no parecían estar en su mejor momento. Era raro que su madre las descuidara. Banks llamó a la puerta y esperó. Le abrió su madre y, lógicamente, se sorprendió al verlo. Había perdido peso y parecía extenuada, con ojeras grandes y marcadas. Sólo Dios sabía cómo le iba a afectar la noticia de la muerte de su hijo.

Por su parloteo nervioso e incesante, Banks supo que su madre intuía algo raro. Ella lo condujo hasta el salón, donde Banks padre estaba sentado en su sillón preferido, con el periódico sobre las rodillas.

—Mira quién es, Arthur. Alan ha venido de visita.

Quizá fuera su imaginación, pero a Banks le pareció notar ligeros descuidos en el orden de la casa: la ligera capa de polvo que cubría la pantalla del televisor, un marco torcido, una taza de té en el suelo junto al sofá, la alfombra arrugada justo delante de la chimenea.

—¿Qué tal estás, hijo? —dijo Arthur Banks—. ¿Pasabas por aquí por casualidad?

—No exactamente.

Banks se sentó en el borde del sofá. Su madre no paraba de ir y venir. Finalmente se marchó a la cocina a hervir agua para preparar ese clásico: el gran té inglés, que cura todos los males. Banks la hizo volver. Ya habría tiempo de sobra para tomarlo más tarde. De camino allí Banks había ensayado una y otra vez lo que iba a decirles, cómo iba a darles la noticia. Pero ahora el momento había llegado y ya no recordaba cuál de ellas era la mejor.

—Se trata de Roy —arrancó.

—¿Lo encontraste? —preguntó su madre.

—En cierto modo, sí.

Banks se inclinó hacia delante y cogió la mano de su madre. Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que se imaginaba. Las palabras se le atascaban y cuando por fin habló lo hizo con un hilo de voz.

—Roy no estaba en su casa, así que lo busqué durante todo el fin de semana. Hice todo lo que pude, mamá, de verdad lo hice, pero llegué demasiado tarde.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Banks, que las dejó correr por sus mejillas.

—¿Demasiado tarde? ¿Cómo que demasiado tarde? ¿Adonde se ha ido?

—Roy ha muerto, mamá. —Ya está. Ya lo había dicho—. Me temo que ya no está con nosotros.

—¿Estás seguro? —preguntó su madre—. Quizá sea una broma.

Banks creyó haber oído mal. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—¿Qué?

—¿No lo entiendes? —dijo ella riendo y tocándose el pelo—. A Roy le encanta hacer ese tipo de bromas pesadas, ¿no es cierto, Arthur? Roy nos está gastando una broma.

Arthur Banks no respondió. Se había puesto pálido y aferraba fuertemente los bordes del periódico. Ya lo había rasgado.

—¿Quieres que te traiga algo, papá? ¿Necesitas una pastilla u otra cosa?

—No —consiguió balbucear Arthur Banks—. No necesito nada, estoy bien. Continúa. ¿Qué fue lo que ocurrió?

—No sé mucho más de lo que os he dicho —dijo Banks volviéndose hacia su madre—. Lo encontraron ayer por la noche en el río.

—¿Nadaba en el río? —dijo su madre—. ¿Pero cómo va a nadar allí, en esa agua tan sucia? Puedes pillar unas enfermedades terribles del agua sucia, ¿lo sabes?

—No estaba nadando, mamá —dijo Banks—. Estaba muerto.

Su madre respiró hondo.

—No digas eso. No deberías decir esas cosas. Regáñalo, Arthur. Sólo quieres hacerme rabiar. Roy nunca te ha caído bien. Si esto pretende ser un chiste o algo así, te advierto que no tiene gracia.

—No es ningún chiste.

Arthur Banks se puso en pie con dificultades y, arrastrando los pies, se acercó a su esposa.

—Creo que ahora nos vendría bien esa taza de té, cariño.

Ida Banks asintió, encantada de tener de repente un propósito en la vida.

—Sí —respondió—. Muy buena idea. Haré un poco de té.

Cuando la madre se hubo marchado a la cocina, Arthur Banks se volvió hacia su hijo.

—Entonces no hay duda.

—Lo siento, papá.

Su padre soltó un gruñido y con un gesto señaló hacia la cocina.

—No ha estado bien, tiene que ir a hacerse pruebas y cosas de ésas. No quisimos preocuparte. Ha estado sintiéndose mal pero los médicos todavía no saben lo que tiene. No come bien, se confunde... —Arthur Banks señaló su periódico—: Es esta noticia de aquí, ¿verdad? La del cuerpo que sacaron del Támesis, que sale en la portada. Ése es nuestro Roy, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Banks—. Hasta ahora he conseguido que no revelaran su identidad, pero tarde o temprano va a salir a la luz y va a ponerse muy feo, papá. Roy ha sido asesinado. Todavía no sabemos por qué, pero es una historia que va a dar que hablar. Vendrán periodistas...

—No te preocupes, hijo, los mandaré a todos a tomar por saco.

—Tal vez no sea tan fácil como crees. Si quieres, puedo ponerme en contacto con la policía local.

Banks sabía lo que su padre sentía por los policías; había sufrido las consecuencias de ese resentimiento toda su vida. Pero la necesidad de proteger a sus padres era más fuerte que el respeto que le merecía la opinión del viejo.

—Haz lo que te parezca. Yo no sé muy bien qué decir, no puedo pensar con claridad. ¿Así que Roy ha muerto? Es terrible cuando tus hijos mueren antes que tú. Y lo han matado... me cuesta creerlo.

Banks sintió un escalofrío repentino, una suerte de premonición de lo que sentiría si algo llegara a ocurrirle a Tracy o a Brian. Y eso le facilitó identificarse más con el sufrimiento que estarían sintiendo sus padres. Él había perdido a un hermano, un hermano que no le caía especialmente bien y a quien apenas conocía, pero era un miembro de su familia y eso le dolía. En cambio, sus padres habían perdido a su hijo predilecto.

—Te entiendo, papá, y lamento haber tenido que ser yo quien te lo

dijera. No quise que te enteraras por cualquiera.

—Te lo agradezco —dijo Arthur Banks mirando a su hijo—. No ha debido de ser nada fácil. ¿Tendremos que ir a identificar el cuerpo?

—Eso ya está resuelto.

—¿Y el funeral?

—Yo me encargo de eso, papá. No pienses en esas cosas.

—¿Cómo fue que...? Quiero decir, ¿fue rápido?

—Sí —dijo Banks—. No sintió nada.

«Excepto el miedo de saber que iba a morir», pensó Banks. Pero no dijo nada.

—El periódico dice que estaba en el río.

—Sí. Lo encontraron en una playa de guijarros justo debajo de la Noria de Londres.

—¿Y no sabes cuándo cayó al agua?

—Todavía no. Las corrientes y mareas son bastante fuertes, especialmente después de las lluvias que han caído. Pero eso ya lo resolverán los expertos.

—¿Tienes idea de por qué lo hicieron? ¿Estaba metido en algún lío?

—Creo que sí —dijo Banks.

—Siempre le gustó andar por el filo de la navaja.

—Así es —confirmó Banks—. Pero no creo que haya sido por eso.

—¿Por qué lo dices?

—Es un presentimiento. Han asesinado a otra persona, una chica. Puede que haya una conexión.

Arthur Banks se frotó la cara.

—No será la chica aquella que trajo el año pasado... Corinne.

—No, papá, Corinne está bien. Es otra chica, llamada Jennifer Clewes. ¿Te habló Roy de ella alguna vez?

—No.

—Oye, papá, os ayudaré en todo lo que pueda —dijo Banks—. Pero creo que seré más útil en Londres, intentando averiguar lo que pasó, al fin y al cabo es lo que mejor hago. Pero ahora mismo estoy preocupado por ti y por mamá. ¿Queréis que llame a alguien? ¿Al tío Frank, quizás?

—No maldita sea, más que una ayuda ese Frank sería un estorbo.

No, déjamelo a mí. Ya me encargo yo de tu madre. Y después, si ella quiere, llamaré a la señora Green y le diré que venga un rato.

—Buena idea... estoy seguro de que le hará bien.

En ese momento padre e hijo oyeron el sonido de una taza al hacerse añicos contra el suelo, seguido de un largo y angustioso lamento que les heló la sangre.

Tras intercambiar unas palabras con Lucy, quien sólo comentó que Jennifer era una jefa maja y una «buena persona», Annie reflexionó sobre la información recibida de Carol Prescott y luego subió las escaleras hacia el despacho de Georgina. Annie no sabía que Roy Banks tuviera una hija. Carol le explicó que la visita fue en abril; que la joven, embarazada de once semanas, había decidido abortar. La intervención le costó a Roy Banks unas quinientas libras en total. Fue en esas circunstancias cuando Roy conoció a Jennifer.

Carol recordó que ambos charlaron mientras la hija de Roy se reunía con la orientadora y el médico. Desde entonces, Roy había ido a buscar a Jennifer varias veces al salir de la oficina para cenar juntos.

A Annie le sonaba el nombre que Carol le dijo: Corinne. Banks había mencionado que Roy tenía una novia llamada Corinne. Así que, por la razón que fuera, Roy había hecho pasar a su novia por su hija, o quizá las empleadas del centro lo supusieron por la diferencia de edad. Pero al ver los formularios hubieran debido de percatarse de su apellido. Sin embargo, las empleadas no podían saber si la joven estaba divorciada y seguía usando su apellido de casada, reflexionó Annie. También podía tratarse de otra Corinne. Cuando Annie preguntó si Roy había mencionado específicamente que Corinne era hija suya, la recepcionista contestó que no había prestado atención al apellido.

«Quizá no signifique nada», se dijo Annie. Roy Banks y Jennifer Clewes estaban saliendo y cómo se habían conocido carecía de importancia. Pero las circunstancias de ese encuentro no hacían quedar nada bien a Roy Banks: Roy había aprovechado el aborto de su novia anterior para ligarse a su chica nueva y, además, seguramente tendría descuento por ser accionista del centro. Pero

bueno, había cosas peores en el mundo. ¿Qué opinaría Jennifer? Según decían todos, Jennifer era una «buena chica», decente, bondadosa y trabajadora, y nunca había mencionado a la «hija» de su novio en la oficina. «Ese Roy debe de tener un pico de oro para explicar semejante movida y salirse con la suya», supuso Annie.

Annie llamó a la puerta del despacho de Georgina.

—Pase —dijo una voz desde el interior.

Detrás del escritorio, la recibió una mujer de agradables curvas, cabello oscuro rizado y una papada incipiente. Los rasgos de aquella mujer indicaban que su expresión más habitual era la sonrisa. Aunque hoy, su sonrisa había dado paso a una frente arrugada. Annie se presentó y las arrugas de la frente se profundizaron.

—Tengo entendido que ustedes eran muy amigas.

—Así es, me gusta pensar que lo éramos —reconoció Georgina—. Lo ocurrido ha sido un golpe tremendo. Sé que suena a tópico, pero me cuesta expresar con más claridad lo que siento.

—Lo siento mucho —dijo Annie.

—¿Quiere que haga traer un par de cafés? —sugirió Georgina—. No es tan malo, créame.

—No, gracias. Ya he tenido mi dosis del día.

Georgina se puso en pie.

—¿Le importa si yo...? Está aquí al lado. Tardaré un minuto. Siéntese, póngase cómoda.

—Desde luego.

Annie se quedó sola. Se acercó a la ventana abierta, que daba al bullicioso ajetreo de la calle. Las furgonetas de reparto iban y venían, los taxis se detenían a recoger o dejar clientes, hombres y mujeres vestidos de oficina cruzaban corriendo la calle antes de que cambiara el semáforo.

Annie tomó asiento. El despacho estaba pintado con un tono azulado relajante que inmediatamente le recordó el salón de la antigua casa de Banks. En las paredes colgaban varios diplomas enmarcados y un grabado de *Los Nenúfares* de Monet. Sobre el escritorio de Georgina no había fotografías de su familia. La estancia tenía escasos muebles, no había archivadores, ni librerías, ni

ordenador. Aquí el principal propósito, dedujo Annie, era sosegar a las entrevistadas. Seguramente los libros estaban en otro sitio.

Georgina apareció con su taza de café con mucha leche.

—Para que no nos molesten, he pedido a Carol que no me pase llamadas —dijo—. Pues bien, no sé muy bien en qué puedo ayudarle.

—Eso dice todo el mundo, pero se sorprendería de los resultados —respondió Annie—. Antes de nada, ¿desde cuándo conoce usted a Jennifer?

—Desde hace unos dos años. Yo ya trabajaba aquí cuando ella entró.

—¿Cómo era?

—¿En qué aspecto?

—En el que primero se le ocurra.

—Era buena en su trabajo, lo menciono porque eso era importante para ella. Era considerada y se preocupaba por la gente... demasiado quizás.

—¿Qué quiere decir?

—Pues, como orientadora una se enfrenta a mucho dolor, a un montón de gente con problemas. Y en cierta manera se aprende a separar esos problemas de la vida personal, a distanciarse un poco. Creo que a Jenn le hubiera costado mucho hacerlo. Seguramente por eso trabajaba en la parte administrativa.

—¿Solía trabar amistad con las dientas?

—No lo llaMaria «amistad», pero se interesaba. Llevamos este centro de una forma muy abierta, todo el mundo arrima el hombro. Ya sabe, un día alguna pobre chica rompía a llorar y Jenn era la primera que se acercaba a consolarla con un pañuelo y unas palabras amables. Así era ella.

—Pero no se relacionaba con las dientas...

—No que yo sepa. Es cierto que acabó compartiendo piso con esa chica, Kate, pero eso fue diferente. Kate no estaba embarazada, sólo se hizo una prueba de embarazo y eso fue todo.

—¿Qué me dice de Roy Banks? —dijo Annie—. Jennifer lo conoció aquí cuando él vino con su hija, ¿no es cierto?

—No tenía ni idea.

—¿Jennifer nunca le mencionó cómo se conocieron ella y Roy?

—No. A Jenn no le gustaba comentar su vida privada con nadie, no en profundidad.

—¿No orientó usted a Corinne?

—¿Así se llamaba? No, debió de hablar con Andrea, pero ahora mismo está de vacaciones.

—Da igual —dijo Annie y apuntó en su memoria preguntarle a Banks cómo se llevaban Roy y Corinne—. ¿Cómo se comportó Jennifer durante esta última semana? ¿Parecía preocupada? ¿Alterada? ¿Deprimida?

—No me cabe duda de que la semana pasada tenía la cabeza en otra parte.

—¿No le dijo en qué estaba pensando?

—No, apenas la vi. Yo estaba cargada de trabajo y no tuvimos tiempo de charlar.

—¿No le confió a usted lo que le molestaba?

—No.

—¿Qué puede decirme de Víctor Parsons?

—¿De ese cero a la izquierda? ¿Qué quiere saber de él?

—Tengo entendido que causó algunos problemas aquí en el centro.

—Es cierto, pero fueron bravuconadas. Entiéndame, no niego que sea un pesado, pero me cuesta imaginar que pudiera... ya sabe.

—¿Qué fue lo que ocurrió entre ellos?

—A mí no me pregunte. Creo que Jenn quería sentar cabeza y formar una familia, pero él no estaba por la labor. De lo que pude deducir, era un vago, un gorrón. Créame, Jenn salió ganando.

—¿Sabe si él le pegó alguna vez?

—No, no lo creo. Nunca me contó nada y yo nunca vi señales de ello. Sin embargo, la ruptura fue dura para ella. La pobre no mostraba nada, pero era evidente que estaba pasando por mucho estrés. Perdió peso, se abandonó... como suele ocurrir.

—¿Esto ocurrió antes de que apareciera Roy Banks?

—Por supuesto. Pero por entonces ella se había recuperado. Incluso había tenido un par de citas que acabaron en nada.

—Tengo entendido que Víctor Parsons volvió a aparecer hace un par de semanas.

—Sí, montó un lío terrible. En ese momento yo me encontraba abajo, en la recepción.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Le rogó a Jenn que volviese con él, dijo que no podía vivir sin ella. —Georgina torció el gesto—. Es un capullo patético.

—¿Alguna vez se cruzaron él y Banks?

—Creo que no.

—¿Cree que Jennifer estaba preocupada por Víctor? ¿O tal vez por Roy?

—Quizá discutieron, no lo sé. Tenga en cuenta que sólo estoy haciendo conjeturas. Pero también pudo deberse a algo que no tuviera nada que ver con eso.

—Usted me dijo que Jennifer tenía una tendencia a involucrarse, a ayudar a la gente...

—Es cierto.

—¿Estaba ocupada en alguna cruzada particular últimamente?

—No lo creo. Al menos a mí no me lo mencionó.

—¿Alguna vez le habló de una tal Carmen Petri?

—No que yo recuerde.

—¿Qué me dice de las «chicas tardías»? ¿Sabe lo qué significa el término?

—Me temo que no. Dígame en qué contexto.

—Jennifer se lo mencionó a una amiga, llamó a Carmen «una de las chicas tardías». ¿Sigue sin sonarle el término?

—La verdad es que sí. Podría referirse a las chicas a quienes se les atrasa la regla, o que están en un estado de gestación avanzado. Como usted sabrá, la ley sólo permite los abortos antes de las veinticuatro semanas.

—Sí, pensé que podía referirse a eso —dijo Annie—. ¿Sabe de otras personas que visitaran a Jennifer, además de Roy y de Víctor?

—No.

—¿Conoce a alguien que conduzca un Mondeo de color oscuro? ¿Negro o azul?

—Mi padre, pero dudo que sea él a quien busca.

Annie sonrió.

—Yo también. ¿Alguien más?

—No, lo siento.

—¿Cree que, de haber descubierto algo terrible, Jennifer habría confiado en usted?

—¿Algo terrible?

—Aquí, en el centro. Digamos que algo estuviera ocurriendo aquí.

—No entiendo a qué se refiere, pero creo que me lo hubiera dicho. Si en el centro estuvieran ocurriendo irregularidades, Jenn estaba en la posición ideal para enterarse puesto que lo dirigía casi por sí sola. Ella y Alex Lukas, por supuesto.

—¿El médico?

—A Alex no le va lo ceremonioso.

—¿Se encuentra aquí hoy? ¿Puedo verlo?

—Verla. Se llama Alexandra. Habrá notado que el centro prefiere emplear a mujeres. No es un tema de discriminación positiva, sino que las dientas que acuden a nosotras responden mejor cuando las trata otra mujer.

Annie lo entendía perfectamente. Había sentido lo mismo cuando tuvo que abortar. De ningún modo hubiera querido que fuera un hombre quien le hiciera preguntas o le metiera mano.

Georgina se inclinó hacia delante, descansando su generoso busto sobre el escritorio.

—Oiga, no me imagino quién querría matar a Jenn, ni por qué —prosiguió—. Pero si cree que está relacionado con el centro, le aseguro que está equivocada. Aquí dentro, Jenn no tenía enemigos.

—Sólo procuro no dejar cabos sueltos, señorita Roberts. En eso consiste gran parte del trabajo policial, en dejar la menor cantidad de cabos sueltos y así no quedar como imbéciles por obviar algo evidente.

—Se parece a la orientación.

—¿En qué aspecto?

—Pues, parece un cliché preguntar si la cliente se lleva bien con su familia, con su padre... Pero si resulta que escondía una relación incestuosa, quedaríamos como unas tontas por no haber sondeado, ¿no le parece?

—Comprendo lo que quiere decir. ¿Se le ocurre algo más que pudiera ayudarme?

—No, lo siento. —Georgina hizo una pausa—. Oiga, Jenn no habrá sido violada o algo así... ¿verdad?

—No.

—Pensé que la policía pudo haber ocultado el hecho, como suele suceder.

—A veces es importante no hacer públicos algunos datos claves. Pero en lo referente a la muerte de Jennifer, no fue necesario. Ella recibió un disparo en la cabeza, así de sencillo.

Annie percibió que Georgina se estremeció por la brutalidad del comentario.

—Lo que me cuesta comprender es por qué diablos alguien iba a querer matarla de ese modo —dijo Georgina—. No me interprete mal, me alegro de que no haya sufrido. Sólo que me sería más fácil hacerme a la idea de que un pervertido asqueroso la hubiera violado para gratificar su lujuria... Pero ¿matarla así? No tiene ningún sentido. Es como si alguien tuviera una razón de peso para asesinarla.

—Nos esforzaremos por encontrarle un sentido —dijo Annie poniéndose en pie para marcharse—. Mientras tanto, si se le ocurre algo, lo que sea, por favor, póngase en contacto conmigo. Y cuando digo lo que sea me refiero a algo que Jennifer haya dicho, hecho, no haya hecho, o lo que fuere. Aquí tiene mi tarjeta.

Georgina la cogió y la miró.

—Gracias.

De camino al despacho de la doctora Lukas, a Annie le sonó el teléfono. Se metió bajo el hueco de las escaleras, lo extrajo y se lo llevó al oído.

—Diga.

—Annie, soy Dave. Dave Brooke.

—¿Qué ocurre, Dave? ¿Tienes algo para mí?

—En cierto modo —dijo él—. Prepárate, no son buenas noticias.

—Te escucho.

—Ayer por la noche encontramos el cuerpo de Roy Banks. Lo sacamos del Támesis, cerca de la Noria de Londres.

—Por Dios... ¿Roy Banks es el muerto del periódico?

—Sí, lo mataron de un tiro. De calibre veintidós, aparentemente.

—¿Y Alan...?

—Fue él quien identificó el cadáver. Me pidió que no desveláramos la identidad hasta que pudiera avisar a sus padres. Estaba muy afectado.

—Me lo imagino. Pobre Alan... —dijo Annie—. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Ahora mismo no, se ha marchado a Peterborough. Pero acaba de telefonear y dice que va a quedarse con sus padres un tiempo. Pensé que te interesaría saberlo.

—Claro. Gracias, Dave. Maldita sea, ¿qué diablos está ocurriendo?

—Ojalá lo supiera.

10

Greenville era el médico de la familia Banks desde hacía más de veinte años, desde la época en que abrió su propia consulta. Cuando Banks le telefoneó para informarle de lo ocurrido, al doctor le faltó tiempo para acercarse a hacer una visita a domicilio. Greenville era un hombre escrupulosamente pulcro, de cabello entrecano y bigote a juego, que estaba a punto de jubilarse. Antes de darle un sedante a Ida Banks, se mostró preocupado y enseguida redactó una receta para comprar más. Banks salió a toda prisa a la farmacia para conseguirlos. De regreso, se planteó tomar uno o dos tragos pero resistió la tentación. En los próximos días iba a necesitar tener la cabeza despejada.

En el sofá y cubierta con una manta, se encontraba la pequeña y desamparada silueta de Ida Banks. Hablaba entre dientes, pero lo que decía no tenía ningún sentido y después de un rato logró finalmente conciliar el sueño. Banks ofreció un sedante a su padre, pero éste le devolvió una mirada de desaprobación y rechazó la oferta. Durante toda su vida se había enfrentado siempre a la dureza de la vida a pelo, sin máscara, y no iba a cambiar a esas alturas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Arthur Banks a su hijo—. ¿No hay que rellenar formularios y cosas de ésas?

—No te preocupes, papá. Me encargaré de todo cuando llegue a Londres. ¿Sabes si Roy hizo testamento?

—¿Testamento? No tengo ni idea. Nunca lo mencionó.

—Entonces hablaré con su abogado, figura en su agenda. Voy a tener que hacer un par de llamadas, papá, ¿puedo usar el teléfono? Son importantes.

—Hazlas. Haz todas las que tengas que hacer.

Banks telefoneó primero a Tracy a su móvil. Lo último que deseaba era que sus hijos se enterasen de la muerte de su tío por la televisión o los periódicos.

—¿Qué tal, papá?

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué te ocurre?

—¿Tiene que pasar algo para que uno llame a su hija?

—Es que suenas raro, nada más.

—Pues esta vez tienes razón. Me temo que tengo malas noticias —dijo Banks.

—¿Te ha pasado algo? ¿Estás bien?

—Yo estoy bien —dijo Banks—. Se trata de tu tío Roy.

—¿Qué le sucede? ¿Lo han metido en la cárcel?

—¡Tracy!

—Siempre decías que iba a acabar preso.

—Lamento tener que decírtelo yo, pero ha muerto.

Al otro extremo de la línea se hizo un silencio. Luego la voz de Tracy volvió a sonar, pero un tanto temblorosa.

—¿El tío Roy, muerto? ¿Lo dices en serio? ¿Tuvo un accidente?

—No, cariño. Lo han matado. No sé cómo decirlo de otro modo.

—¿Y cómo ha muerto?

«No hay razón para ocultarle a Tracy los detalles —se dijo Banks—, pronto se enterará por los periódicos.»

—Le pegaron un tiro. Lo asesinaron.

—Por Dios... El tío Roy, asesinado.

—Va a salir en los periódicos y la televisión —dijo Banks—. Sólo quería que lo supieras por mí.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—Todo está bajo control. Pero si se te acercan los periodistas, evítalos.

—¿Querrán los abuelos que vaya a quedarme con ellos?

—Ya me encargo yo de eso, tú estudia. Intentaré pasar a verte pronto. Oye, ¿podrías hacerme un pequeño favor?

—¿Cuál?

—¿Puedes avisar a tu madre?

—¡Ay, papá!

—Por favor. En otras circunstancias ni me molestaría. Ella y Roy nunca fueron íntimos y, además, tu madre tiene su propia vida. Pero esto va a acaparar titulares y es probable que los periodistas lleguen a dar incluso con ella. No querría que la cogieran por sorpresa.

—Vale, lo haré. Pero que sepas que es una tontería. Tenéis que

hablar, papá... Bah, estoy gastando saliva. Oye, siento lo del tío Roy, aunque no lo viéramos mucho siempre nos mandaba unos regalos guays.

—Ya—dijo Banks—. Tengo que irme, hija. Llama cuando puedas.

—Lo haré. Te quiero, papá.

Luego le tocó el turno a Brian, que no cogió el teléfono. Banks le dejó un mensaje diciéndole que lo llamara en cuanto pudiera. Acto seguido telefoneó al inspector detective Brooke para agradecerle la paciencia y avisarle que ya podía hacer pública la identidad de Roy. Y por último telefoneó a Corinne, cuya voz, tras un primer silencio de aturdimiento, sonó destrozada. Banks deseó poder estar allí, pero tuvo que contentarse con farfullarle algunas palabras de consuelo mientras ella lloraba. Banks prometió visitarla cuando regresara a Londres y añadió que sería pronto.

Como no tenía el número de teléfono de Malcolm Farrow, el vecino iba a tener que esperar hasta el regreso de Banks. Pero enseguida cayó en la cuenta de que no podría volver a casa de Roy: la policía ya la habría cerrado a cal y canto para realizar las investigaciones pertinentes. Banks dudó, pero finalmente telefoneó al móvil de Annie Cabbot. La línea estaba ocupada. Brooke seguramente la habría informado de la muerte de Roy, así que Banks se limitó a dejar un mensaje pidiéndole que lo llamara a Peterborough en cuanto pudiera. Luego regresó con sus padres.

—¿Podrías correr las cortinas de la planta de arriba, hijo? —dijo Arthur Banks—. Eso complacería a tu madre.

—Claro.

Banks recordó que durante su juventud, su madre solía correr las cortinas de la planta alta cuando moría algún familiar.

Al llegar a su antiguo dormitorio, Banks contempló los viejos patios traseros y el callejón desierto, y descubrió que los adosados de protección oficial que había visto en plena construcción durante su última visita ya estaban casi acabados. Muchos continuaban vacíos y a algunos todavía le faltaban las ventanas, pero filas y filas de adosados idénticos poblaban los extensos descampados donde antes la hierba crecía cubriendo los neumáticos viejos y la basura. De niño, Banks había jugado al fútbol y al criquet en esos mismos

descampados, y ya de adolescente dio allí su primer beso y tanteó furtivamente el pecho de una chica. Quiso recordar dónde tuvo Roy aquellas mismas experiencias formativas, pero lo desconocía. Lo más probable es que sucediesen cuando Banks ya se había marchado de casa de sus padres, cuando él y Roy apenas se comunicaban.

Pero sí recordaba un incidente. Él tendría unos trece años y Roy unos ocho, y un chaval mayor y grandullón, de unos diez u once, estaba intimidando a Roy en el descampado. El pobre no paraba de llorar mientras el grandullón le pegaba puñetazo tras puñetazo en el estómago y se burlaba de él por ser un debilucho. Banks acudió a poner fin a la paliza. Y aunque sabía que ahora el bravucón era él, no pudo contenerse y mandó al chaval de vuelta a casa con la nariz ensangrentada y el labio partido. Todavía le perseguía el recuerdo de cuando los padres del chaval telefonearon aquella noche. Afortunadamente, Roy corroboró cada detalle del relato de su hermano mayor, quien se libró con la advertencia —no muy severa— de que se metiera sólo con niños de su edad. Las cosas hubieran podido salir mucho peor. Había defendido a Roy y Roy lo había defendido a él. Pero ¿qué pasó después? ¿Qué se interpuso entre ellos?

Como era su costumbre en las raras visitas a casa de sus padres, Banks husmeó en las cajas que guardaban su adolescencia. Las últimas veces había descubierto un tesoro escondido de discos viejos, tebeos, diarios personales, libros y juguetes. Había muchas otras cajas que no había llegado a abrir y se preguntó si alguna de ellas pertenecería a Roy.

Hacía tiempo que la caja de juguetes con candado había dejado de existir, pero Banks halló otra de cartón. Estaba llena de cosas que, evidentemente, no eran suyas: juguetes Corgi —mejores que los Dinky, según argumentaba Roy, pues tenían ventanas de plástico y detalles más realistas—, un álbum repleto de coloridos pero inútiles sellos, un juego de ajedrez plegable de viaje, un Scalextric que Banks tenía prohibido tocar y varios de los minisubmarinos que venían de regalo con los copos de maíz, y que debían llenarse de bicarbonato de sodio para que se sumergieran y emergieran. Pero no había ni diarios personales ni viejos boletines de calificaciones,

nada que diera cuerpo al borroso retrato que los juguetes hacían de Roy. Pero en el fondo de la caja apareció un Junior Driver, un volante de automóvil de juguete. Banks recordó que cada vez que salían en el Morris Traveller de su padre, Roy encajaba el volante de juguete entre el parabrisas y el salpicadero y simulaba que conducía. Los coches ya le volvían loco de niño.

Durante unos instantes Banks sostuvo en sus manos el volante de juguete. Al final lo devolvió a la caja, la guardó en el armario y fue a cerrar las cortinas.

A media mañana, toda la Jefatura de la Región Oeste ya estaba enterada de la muerte del hermano de Banks. Gristhorpe se reunió con el subjefe de policía MacLaughlin. En la sala de la brigada reinaba el silencio. Y hasta las conversaciones telefónicas se hacían en susurros. Aunque no fuera uno de los suyos caído en cumplimiento del deber, era alguien puñeteramente cercano y todos se sintieron afectados.

—¿Lo conocías? —preguntó Winsome a Jim Hatchley, que conocía a Banks desde mucho antes que los demás.

—No —dijo el sargento—. Tengo la impresión de que era la oveja negra de la familia. Alan y él no tenían mucha relación.

—Aun así eran hermanos.

Winsome se quedó pensando en su hermano menor. Wayne era maestro en Birmingham pero apenas se veían. La detective resolvió llamarle esa misma noche.

—Así es, chica —dijo Hatchley.

Winsome se mordió el labio inferior con amargura y volvió a levantar el auricular. Había tenido suerte rastreando el Mondeo, primero a través de la Oficina del Registro del Automóvil de Wimbledon, y más tarde en la base de datos de vehículos robados del Ordenador de la Policía Nacional. Poco antes del asesinato de Jennifer Clewes, un vehículo que correspondía a la descripción y con matrícula acabada en «51» había sido robado de un aparcamiento de larga estancia en las inmediaciones del aeropuerto de Heathrow. Al llegar el dueño, que había marchado a Roma en viaje de negocios el jueves anterior, vio que su coche había desaparecido y de

inmediato informó a la policía local. Winsome telefoneó a la policía de Heathrow y les pidió que apenas volviese a aparecer se lo comunicaran. Ellos serían los primeros en enterarse.

Si todas las pistas de este caso apuntaban a Londres, podía pasar mucho tiempo antes de que la inspectora Annie Cabbot regresara a Yorkshire. Winsome la envidiaba. Ahora mismo, una salida de compras por Oxford o Regent Street le hubiera venido de perlas. No era una adicta a la ropa, pero le gustaba estar guapa y a la moda. Aunque eso significara que los asquerosos como Kev Templeton se la comieran con los ojos. Winsome lo hacía para gustarse ella, no para los demás.

La detective estaba a punto de bajar al bar cuando sonó su teléfono.

—¿Detective Jackman? —preguntó una voz desconocida.

—Al habla.

—Soy el agente Owen, de Heathrow.

—Le escucho.

—Acabamos de recibir un informe de un vehículo robado, un Mondeo azul oscuro. Tengo entendido que usted andaba preguntando por él.

—Efectivamente —dijo Winsome cogiendo un lápiz—. ¿Ha habido noticias?

—Me temo que son malas.

—Adelante.

—¿Quiere la versión corta o la larga?

—Primero la corta.

—El vehículo en cuestión apareció a primera hora de la mañana del domingo en la A13, a las afueras de Basildon.

—¿Dónde está eso?

—En Essex.

—Excelente. ¿Podemos enviar a un equipo de peritos allí?

—Espere un segundo, aún no he terminado —dijo Owen—. El Mondeo apareció, pero no me ha dado tiempo a explicarle que estuvo involucrado en un accidente.

—¿Un accidente?

—Efectivamente. El vehículo acabó empotrado contra un poste de

telégrafo. El conductor perdió el control y se estrelló. Según cuentan los testigos, iba demasiado rápido.

—¿Está detenido?

—Está en el depósito de cadáveres.

—Maldita sea —dijo Winsome—. ¿Han podido identificarlo?

—Sabemos quién es. Se llamaba Wesley Hughes. La putada es que tenía sólo quince años.

—Vaya por Dios... era un crío —dijo Winsome—. ¿Y qué ha pasado con nuestros dos sospechosos? Según las descripciones, tenían más de quince.

—Me temo que ahí no puedo ayudarla. Pero por otra parte, tuvimos un golpe de suerte: en el coche iba otro pasajero y salió ileso. Sufrió algunos cortes y magulladuras, pero el doctor le ha hecho un reconocimiento y dice que no hay nada de qué preocuparse. Eso sí, como se imaginará, está un poco aturdido.

—¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis.

—¿Lo ha interrogado la policía local?

—No lo sé, ya no me ocupo de ello. Si yo fuera usted, les telefonearía. Aquí tengo el número: el encargado de tráfico es el sargento Singh.

Owen le dictó el número de teléfono. Winsome le dio las gracias y colgó.

Acto seguido la detective llamó al sargento Singh de la policía de Essex, en la Jefatura Regional de Basilton. Singh respondió al instante.

—Ah, sí... esperaba su llamada —dijo—. Por favor, aguarde un segundo.

Winsome oyó que Singh cubría el auricular y decía algo. Pero enseguida retomó la conversación.

—Disculpe, a veces mis compañeros hacen demasiado ruido.

—No pasa nada. ¿Qué puede contarme?

—Pues que esto es un desastre total.

—¿Están seguros de que es el mismo Mondeo?

Singh le leyó el número de matrícula. Era el mismo que ella había

obtenido de la Oficina del Registro del Automóvil y del Ordenador de la Policía Nacional.

—El agente Owen me ha adelantado algo —dijo Winsome—. ¿Ya han hablado con el chico que sobrevivió?

—Lo vimos hace un rato. Nos llevó una eternidad encontrar a los padres y, cuando lo conseguimos, parecían más interesados en abrir otra botella de vino barato que en venir a comisaría. No me sorprende que los chavales se críen como salvajes. En fin, el chaval es un cabroncete muy gallito llamado Daryl Gooch. Pero el choque le quitó un poco la chulería y el inspector Sefton la poca que le quedaba.

—¿Qué Ies ha dicho?

—Según el chaval, él y su amigo Wesley Hughes encontraron el coche en Tower Hamlets, no lejos de Mile End Road. Regresaban de una fiesta el domingo a eso de las tres y media de la madrugada.

—¿En Tower Hamlets?

—Está en el East End.

—Sé dónde está. Me sorprende y me confunde, nada más. Yo creía que el coche había sido sustraído en Heathrow por dos hombres de unos cuarenta años y que éstos lo usaron para ir a Yorkshire y cometer un asesinato en las primeras horas del sábado. Pero ahora me entero de que fue robado en Tower Hamlets en la madrugada del domingo por dos jóvenes que querían divertirse. No tiene sentido.

—Eso ya no lo sé. Pero Daryl Gooch dijo que así fue como ocurrió —continuó Singh—. Dijo que la puerta del conductor estaba abierta y la llave puesta. Y que, como no había nadie cerca, él y su amigo decidieron darse una vuelta por la campiña. Es una pena que su amigo no condujera un poco mejor. Los testigos dicen que cuando perdió el control iba a unos ciento sesenta. Por lo que cuenta Daryl, todavía estaban medio borrachos y colocados de la fiesta.

—¿Usted le cree?

—No sabría decirle —repuso Singh—. Pero ¿por qué iba a mentirnos a estas alturas?

—Para algunos chavales es el pan de cada día —dijo Winsome.

—Supongo que sí. En cualquier caso, los dos son de Tower

Hamlets, así que no había ninguna razón para que anduvieran por Heathrow: no son miembros de la jet *set* precisamente. ¿Tiene alguna idea de cuándo robaron el coche del aparcamiento del aeropuerto?

—La verdad es que no —dijo Winsome—. Supongo que fue entre la noche del jueves y la del viernes.

—Lamento no poder ayudarla más —dijo Singh—. Si tiene alguna otra pregunta, llámeme.

—Gracias. Lo haré.

Winsome colgó y mientras especulaba se puso a mordisquear la punta del lápiz. Suponiendo que se tratara del Mondeo visto el viernes fuera del apartamento de Jennifer Clewes —el mismo que viera Roger Cropley en Watford Gap—, entonces, después de entrar por la fuerza en la casa de campo de Banks, los dos hombres regresaron a Londres, ocultaron el vehículo durante un día y después lo abandonaron en un barrio incuestionablemente peligroso, donde fuese a desaparecer en cuestión de segundos. Y después los dos tipos se largaron a dondequiera que vivieran. Pero todo eso no decía mucho de esos hombres, excepto que no tenían miedo de visitar vecindarios peligrosos por la noche.

Robar un coche de un aparcamiento de larga estancia era una buena idea, porque las probabilidades de que se denunciara la sustracción a las pocas horas eran escasas. Existía la probabilidad de que el vehículo pudiese ser identificado por una cámara del Sistema de Reconocimiento Automático de Matrículas, que las contrastaba con la base de datos de vehículos robados si el dueño ha dado parte del robo, pero eso no había ocurrido. El dueño del coche no denunció el robo hasta el domingo por la noche. Para entonces, el coche ya se encontraba empotrado contra un poste de telégrafo en las afueras de Basildon.

Pues nada, se dijo Winsome, si ya no se podía hallar evidencias dentro del Mondeo, por lo menos podrían comprobar los neumáticos. Además, siempre existía la posibilidad de que alguien de Tower Hamlets hubiera visto a los tipos que se deshicieron del coche. Era hora de volver a coger el teléfono.

El despacho de la doctora Lukas hacía gala de la misma decoración relajante que el resto del Centro Berger-Lennox. Los asientos eran acolchados y cómodos, en las paredes aguamarina colgaban bodegones coloridos y no había ni un solo instrumento quirúrgico a la vista. Ni una aguja hipodérmica. Annie comprendía que la doctora Lukas no era quien realizaba los abortos —al menos no allí— y por tanto no tenía necesidad de ellos. Lo que sí había era una sala de reconocimiento; Annie calculó que detrás de la puerta seguramente estarían los instrumentos y la camilla con estribos.

—Lo que le ha pasado a Jennifer es terrible —dijo la doctora Lukas antes de que Annie formulase su primera pregunta—. Era tan joven y estaba tan llena de vida.

La doctora tenía un acento casi imperceptible. Annie no pudo identificarlo, pero calculó que era de Europa del Este.

—Es cierto —dijo Annie—. ¿Eran muy amigas?

—La verdad es que no, trabajábamos juntas y poco más. Como sabrá, nuestros trabajos son muy diferentes. Aun así, nos reuníamos regularmente para garantizar el funcionamiento adecuado del centro.

—Pero usted no la trataba socialmente...

Con esfuerzo, la doctora Lukas esbozó una sonrisa triste.

—No tengo lo que se dice una gran vida social —dijo—. Así que no nos veíamos socialmente, sólo en el trabajo.

—Es un bonito despacho —comentó Annie mirando alrededor—. Todo el centro es bonito. No debe de ser nada barato de mantener, supongo que las cosas irán bien.

—Por lo que sé, las finanzas eran asunto de Jennifer. Yo sólo me dedico a aquello que conozco bien.

—Todos dicen que la semana anterior a su muerte, Jennifer se comportó de forma extraña. Dicen que estaba ansiosa, nerviosa, preocupada. ¿Notó usted eso?

—El miércoles pasado tuvimos una de nuestras reuniones habituales —dijo la doctora Lukas—. Y ahora que lo menciona, sí, me pareció nerviosa.

—¿Se le ocurre por qué podría ser?

—Supuse que tendría que ver con un hombre. Pero como le acabo

de decir, no sé nada de su vida privada.

—Entonces, ¿cómo supuso que tenía que ver con un hombre?

La doctora sonrió. Era una mujer menuda de unos cuarenta años, con cabello oscuro y corto con mechones de canas, mejillas hundidas bajo unos pómulos afilados y mirada cansada. Su lenguaje no verbal era nervioso, demasiado tenso.

—Sé que no debería llegar a ese tipo de conclusiones tan deprisa —dijo—. Pero Jennifer era muy atractiva y, además, en varias ocasiones la vi irse a su casa acompañada de un hombre.

Debía de referirse a Roy Banks.

—Sí, lo sabemos —dijo Annie—. Pero no creemos que fuera él lo que le preocupaba.

La doctora extendió las manos con las palmas hacia arriba.

—Entonces no puedo ayudarla.

—¿Qué puede decirme acerca de sus novios anteriores, de Víctor Parsons, por ejemplo? ¿Lo conoció?

—No, que yo recuerde.

—Por lo visto vino al centro un par de veces y armó barullo.

—Aquí arriba estoy muy aislada —dijo la doctora Lukas—. No me habré enterado.

—Cuando Jennifer conoció a su nuevo novio aquí en el centro, ese hombre acompañaba a una mujer joven llamada Corinne. Todas aquí creen que era su hija. Yo no. ¿La examinó usted?

—¿Cuándo fue eso?

—Hace dos meses. En abril.

La doctora Lukas se volvió hacia el ordenador portátil que había sobre su escritorio y tecleó un par de veces.

—¿Corinne Welland?

—Supongo que será ella —dijo Annie—. Desconozco su apellido.

—Es la única Corinne que consta en mi lista.

—Entonces debe de serlo.

—Pues en ese caso, la atendería yo —dijo la doctora Lukas—. Pero no tenía ni idea de que fuera o no la hija de ese hombre. Nunca lo vi y ella nunca lo mencionó. Fue una consulta sencilla.

—¿Qué fue de ella?

—Se le practicó la intervención y siguió con su vida.

—¿Alguna vez oyó hablar de Carmen Petri?

—No.

La doctora Lukas había respondido demasiado rápido para el gusto de Annie.

—¿Sabe quiénes son las «chicas tardías»?

—¿Las que sufren retrasos en sus reglas? ¿Las que han muerto? No lo sé...

A Annie esa posibilidad no se le había ocurrido. Las que habían muerto. ¿Habría muerto Carmen? ¿Sería por eso que era una de las chicas tardías? De ser ése el caso, ¿cuántas más habría?

—¿Podrían ser chicas con embarazos tan adelantados que ya no pueden ser interrumpidos?

—En ese caso ya no abortarían. Primero, es ilegal. Y segundo, es peligroso.

—A no ser que la madre o el feto estén en peligro...

—Efectivamente. En ese caso sí se puede intervenir. Pero, en rigor, no se trata de un aborto: es una intervención quirúrgica para salvar una vida o varias. Una cirugía de emergencia.

—Entiendo la diferencia —dijo Annie—. ¿Ha realizado este centro ese tipo de cirugía?

—Hasta donde yo sé, no.

—Usted es la directora médica, debería saberlo, ¿no?

—Si quiere puede comprobarlo en cada una de las clínicas donde realizamos las intervenciones propiamente dichas, pero dudo que haya sucedido. Aunque ofrezcamos una gama de servicios mucho más amplia que otras instituciones, fundamentalmente somos un centro de planificación familiar. Cualquiera que requiera un aborto después de la vigésimo cuarta semana se deriva automáticamente a un hospital. Estamos hablando de un problema médico, no de una elección personal.

—Ya.

Annie comprendió que así no iba a llegar a ningún lado. Si el centro tomaba parte en la realización de abortos ilegales, la doctora Lukas nunca lo iba a admitir. Además, Annie no estaba convencida de que la doctora no hubiese oído hablar de Carmen y tampoco le había gustado la forma en la que había evitado el tema de las «chicas

tardías». La inspectora se levantó y se despidió educadamente. «Ya regresaré en otro momento a hablar con usted —se dijo Annie—, quizá después de hablar con Víctor Parsons.» Pero la próxima vez que viera a la doctora Lukas no sería en el ámbito aséptico del Centro Berger-Lennox, donde la doctora se sentía todopoderosa.

El detective Kev Templeton se cansó muy pronto de pasar el día sentado y hablando por teléfono. Era un hombre de acción: prefería sacudir puertas y agarrar a la gente por el cuello. Ya era lunes, el mundo había vuelto a ponerse en marcha y Templeton estaba de nuevo en su elemento. Con el visto bueno de Gristhorpe había concertado una cita con la sargento detective Susan Browne, que aún investigaba el caso de Claire Potter. Acordaron comer en un pub a medio camino entre Eastvale y Derby, cerca de la Mi. A las dos y media, Templeton detuvo el coche en el aparcamiento y pensó: si esa Susan Browne está apetecible, quizás acabe el día echando un polvete.

Atravesó el bar poco iluminado y tenebroso —un par de parroquianos fumaban y miraban el partido de criquet de la televisión— y salió a la terraza por la puerta trasera. No sabía si con sus vaqueros, su camiseta y sus Ray-Ban ocultándole los ojos, tenía o no aspecto de detective.

Paseó la vista entre las mesas en busca de la detective. Sólo había una candidata posible. Se acercó y ella se levantó para estrecharle la mano y presentarse. A Templeton el alma se le cayó a los pies. Susan Browne era bajita y sin cintura, en absoluto su tipo de mujer. Él las prefería con el tipo de Keira Knightley, altas, delgadas, ágiles y de largas piernas. En cualquier caso, la sargento Browne tenía unos ojos bonitos y parecía agradable; además, llevaba una alianza de oro en el anular izquierdo. Sobre la mesa blanca descansaban un vaso de agua con gas y una carta colorida y plastificada, de las que suele haber en los pubs de grandes cadenas. Que, por cierto, eran los únicos que servían algo de comer los lunes a las dos y media de la tarde.

—Pidamos primero y así nos ponemos con lo nuestro, ¿vale? —dijo ella deslizando el menú hacia él—. Yo ya sé lo que quiero.

Templeton echó un vistazo a las coloridas imágenes de hamburguesas, currys, pescado frito y patatas, pero decidió que sólo le apetecía un sándwich de langostino. Susan dijo que ella quería una hamburguesa con queso y patatas fritas. En vista de la talla que ya gastaba, Templeton estuvo a punto de aconsejarle que pidiera algo más ligero, pero decidió que no sería la forma más diplomática de empezar la reunión de trabajo.

Se acercó hasta la barra, pidió, cogió una Coca-Cola y regresó a la terraza. La mesa se encontraba a la sombra de una gran haya roja y una brisa ligera soplaba a rachas, susurrando entre las hojas y despeinando los apretados rizos de Susan. Unos niños jugaban en los columpios y el tiovivo al otro extremo del jardín, mientras sus padres disfrutaban del sol en una mesa cercana. Templeton se quitó las Ray-Ban, las dejó sobre la mesa y encandiló a la sargento Browne con esos ojos castaños que tantos corazones habían derretido.

—¿Así que eres de la Jefatura de la Región Oeste? —preguntó ella.

—Ajá.

—¿La de Eastvale?

—¿La conoces? —dijo Templeton.

—Trabajé un tiempo allí. ¿Qué tal está el inspector jefe Banks? Supongo que todavía trabaja allí...

Templeton sonrió.

—Todavía no nos hemos deshecho de todos los dinosaurios.

—Por lo que recuerdo, Banks conseguía resultados y era un jefe bastante agradable.

—Sí, claro... ¿Cuándo trabajaste allí?

—Hace algunos años, poco después de pasar mis exámenes para sargento. Serví un año de uniforme en Avon y Somerset y después me transfirieron a la Brigada de Investigación Criminal de Derbyshire. ¿Cómo le va a Alan? Me enteré del incendio, hasta le envié una postal.

—Supongo que está bien —dijo Templeton dándose cuenta de que tendría que ser un poco más prudente ahora que Susan Browne había mostrado sus cartas—. La verdad es que ahora mismo no

debe de estar pasándolo bien. Anoche sacaron el cuerpo de su hermano del Támesis.

—Dios mío, es terrible —dijo Susan—. Por favor, cuando lo veas, ¿le podrás dar el pésame de mi parte?

—Claro.

—¿Qué paso?

—Parece que le asesinaron; un tiro. ¿Lo conocías?

—No. Pero es una noticia terrible de todos modos. Pobre Alan. Dile que lo lamento. Mi apellido era Susan Gay. Browne es mi nombre de casada, él se acordará...

Algo en su manera de pronunciarlo previno a Templeton de no hacer el comentario obvio. Qué marrón ir por la vida llamándote «gay», pensó. Con razón al casarse se cambió el apellido.

—Y dales mis saludos al comisario Gristhorpe y a Jim Hatchley, si es que siguen allí.

—Claro que siguen allí.

—Muy bien —dijo Susan espantando a una avispa que se había acercado a sus gafas—. A lo nuestro.

—Claire Potter —dijo Templeton—. ¿Quién crees que fue?

—No tenemos sospechosos. Excepto...

—Adelante.

—¿Te imaginas la cantidad de veces que ese tipo debió practicar? ¿La cantidad de veces que debió de seguir a alguna chica y que ésta llegara a su casa antes de que pudiera atacarla? Para cometer un crimen así tienen que salir bien muchas cosas. La mujer tiene que desviarse por una carretera comarcal oscura bien entrada la noche... no tiene que haber nadie en las inmediaciones, la puerta del lado del conductor tiene que estar sin seguro... El caso es que hicimos nuestras pesquisas y, aparentemente, unos meses antes, el veinte de febrero para ser exactos, una mujer que salió de la autovía M1 al norte de Shefíield fue atacada de manera similar. Pero ella tenía el seguro puesto en ambas puertas. Se llama Paula Chandler.

—¿Y qué ocurrió?

—Consiguió arrancar y largarse de allí. El tipo no la persiguió.

—¿Os dio alguna descripción?

—Nada que nos sirva. Estaba oscuro y ella, asustada. No consiguió

verle la cara porque, mientras él tiraba de la puerta, ella intentaba desesperadamente volver a arrancar el coche. Dijo que llevaba traje oscuro y anillo de bodas. Dijo que le vio la mano cuando él se aferró a la maneta de la puerta.

—¿No llevaba guantes?

—No. Ella aseguró que vio claramente el anillo.

—¿Encontrasteis huellas?

—Sólo borrosas.

—¿De qué marca era el coche?

—No supo decírnoslo. Pero aclaró que era verde oscuro y pequeño. Japonés, probablemente.

Estremeciéndose de la emoción, Templeton recordó que Roger Cropley conducía un Honda verde oscuro. Y llevaba anillo de casado.

—No es mucho, ¿verdad? —dijo el detective.

—Es muy frustrante. Además hubo otros casos con detalles igual de imprecisos. Una chica dijo creer que un coche la había seguido, otra informó que un tipo la miraba de forma extraña en una gasolinera y más casos por el estilo. Los investigamos a todos, pero no llegamos a ninguna parte.

—Sin embargo, puede ser el mismo hombre...

—Sí. Ya te he dicho que, además de tener suerte, el tipo tuvo que haber practicado mucho. Paula Chandler se había detenido en el área de servicio de Newport Pagnell.

—Crees que es allí donde pesca a sus víctimas, ¿en los cafés de carretera?

—Así es. Y tiene sentido: entrada la noche el tipo encuentra a una mujer sola, la sigue y se fija si sale por una carretera comarcal. Sabemos que ambos ataques ocurrieron en un viernes, por la noche, tarde, y que ambas víctimas se habían detenido en áreas de servicio.

—¿Qué puedes decirme de Claire Potter?

—Encontraron su coche en una cuneta. La Policía Científica halló indicios de que había sido obligada a salirse de la carretera.

—¿Había huellas de neumáticos?

—Nada que nos sirviera.

—¿Dónde la atacaron exactamente?

—Hay una zona boscosa en las cercanías.

—¿Y nadie vio los coches?

—No, o nadie pasó por allí o nadie quiso involucrarse. A la mañana siguiente, un muchacho que conducía una furgoneta de reparto sintió curiosidad e informó del coche abandonado en la cuneta. Los nuestros peinaron la zona a toda prisa y encontraron a la chica. —La sargento Browne hizo una pausa y bebió un poco de agua—. Yo estaba presente, fue horrible. De lo peor que he visto.

—¿Qué le hizo?

Templeton notó que la sargento dejó de mirarlo a los ojos.

—De todo. Le arrancó la ropa, la violó vaginal y analmente, y también la penetró con un objeto punzante. Cerca de allí, encontramos un palo ensangrentado. Después la apuñaló: la chica murió desangrada. La apuñaló quince veces, en los pechos, el abdomen y el pubis. Nunca he visto tanta ira.

—¿Obtuvisteis ADN?

—No. O usó condón o no eyaculó.

—¿No encontró el laboratorio ningún rastro de lubricante?

—No.

—Examinaríais la tierra alrededor de ella...

—Por supuesto. No había ni líquido seminal, ni ADN. Además, la atontó con cloroformo para que no pudiera defenderse ni arañarlo.

—¿Ni cabellos ni piel?

—No. El tipo que buscamos es muy cuidadoso. Da la impresión de que lo limpia todo antes de irse.

—Los asesinos siempre se olvidan algo.

—Éste no. Cerca de allí había un arroyo, así que se tomó el tiempo de lavar el cadáver y estirarlo. Las ropas rasgadas las dejó a un lado; la cara se la había cubierto con su propia ropa interior.

—Joder... ¿Y el cuchillo?

—Usó un cuchillo de montaña corriente. Se puede comprar uno igual en cualquier parte del país.

—La última vez que la vieron fue en el área de servicio de Trowell, ¿verdad?

—Efectivamente. Se detuvo, tomó un café y una galleta Penguin. La camarera que atendía la barra de la cafetería la recordaba.

—¿Y no vio a nadie fijándose demasiado en la víctima?

—Parece que no. La chica todavía tenía más de la mitad del depósito, así que no estuvo mucho en la gasolinera.

—¿Había alguna marca en el coche: la pintura raspada, algún faro roto, lo que fuera?

—No, estaba impecable. El asesino debió cruzarse ante su coche y ella, para evitar la colisión, se echó al arcén.

Les trajeron la comida. El calor del día les había dado sed a ambos. Templeton fue a buscar otra agua con gas para Susan y otra Coca-Cola para él. Cuando regresó, ella ya se había zampado media hamburguesa.

—¿Crees que el caso en el que trabajas pueda estar relacionado con el mío? —dijo Susan.

—No lo sé, es un caso extraño. Mira, te va a parecer raro, pero ¿crees que fueron dos los asesinos que mataron a Claire Potter?

—No hemos considerado esa posibilidad. Entiéndeme, el grado de furia y la localización de las heridas señalan a un depredador sexual. Y éstos generalmente actúan en solitario.

—¿Qué me dices de Fred y Rose West?

—He dicho generalmente. Hemos considerado otras posibilidades, pero estamos bastante seguros de que fue un solo hombre. Debió suceder muy deprisa, igual que en vuestro caso. Sólo que Claire no murió de un disparo, sufrió mucho más y durante más tiempo. —Susan bebió un poco más de agua con gas—. Es difícil decir si las diferencias superan las coincidencias. Si lo miras de forma realista, las diferencias son mayores. Aunque se pudiese justificar que usara armas diferentes en cada caso, nuestro asesino se ensañó y demostró una ira terrible. El vuestro, en cambio, despachó a la víctima a sangre fría y se largó. Más que un crimen sexual que se complicó, a mí me huele a ejecución.

—Probablemente tengas razón, pero tenemos que investigarlo —dijo Templeton—. Además, estos asesinos suelen atacar más de una vez, ¿no es cierto?

—¿Los depredadores sexuales? A veces sí. Pero lo cierto es que son impredecibles; aunque dudo que éste vaya a sentirse satisfecho durante mucho tiempo. Hemos pedido la ayuda de psicólogos especializados en perfiles criminales. Utilizaron unos programas de

ordenador impresionantes y calcularon que las probabilidades de nuevos ataques son muy altas. Al fin y al cabo, ya hace casi dos meses de lo de Claire Potter. Y hay algo más. —Susan hizo una pausa—. Algo que nunca salió en los periódicos...

—¿Qué?

—Se llevó un souvenir.

—¿Qué?

—Un pezón. El izquierdo, para ser precisa.

—Joder.

Templeton miró su sándwich de langostino y se le revolvió el estómago. Dio un sorbo a su Coca-Cola.

—Perdona —dijo Susan—, pero me pareció que debíamos poner todas las cartas sobre la mesa. Supongo que a Jennifer Clewes no le hicieron eso, ¿verdad?

—No —dijo Templeton.

Susan había acabado de comer e hizo a un lado el plato.

—¿Hay algo más que quieras comentarme?

Templeton pensó en el interrogatorio del domingo.

—Teníamos a un sujeto que nos parecía sospechoso, sospechoso de lo de Jennifer Clewes.

—¿Ah, sí?

—Sí. El tipo se llama Cropley, Roger Cropley. Aparentemente le estaba prestando demasiada atención a la víctima, en la cafetería de la autovía y en la gasolinera. Después, cuando ella volvió a la autovía, él la siguió. El problema es que tiene coartada.

—¿Una que se sostiene?

—Totalmente. Estaba en un arcén con la correa del ventilador rota y telefoneó al Automóvil Club. Ellos confirmaron la hora de la llamada. El tipo no pudo haberse cargado a Jennifer Clewes.

—Qué pena.

—Pero eso no significa que no quisiera hacerlo, ¿eh? —Templeton prosiguió—. Además, es un tipo raro, se tomó el interrogatorio como si fuera una broma y al final se puso borde. Trabaja en Londres y vuelve a su casa una vez por semana, los viernes precisamente. Y por lo general se detiene y toma un descanso. Conduce un Honda verde, también oscuro. Está casado y lleva anillo. Probablemente

lleve trajes oscuros. Y como te he comentado, casi todos los viernes viaja por la M1. No siempre tan tarde por las noches, nos aclaró, sólo a veces. Y ya sabes, me quedé pensando...

—Pues no estaría de más que volvieras a charlar con él, ¿no crees? —dijo Susan—. Y si sigues sospechando, quizá también deba ir yo a hacerle una visita. Supongo que el oficial a cargo de la investigación lo aprobaría, ¿no?

—Creo que sí —dijo Templeton—. Admito que no son pistas importantes. Pero había algo que me...

—¿Una intuición?

—Puedes llamarlo así. Creo que las intuiciones son cientos de pequeñas observaciones de las que no llegamos a ser del todo conscientes: el lenguaje no verbal, el tono de voz, los detalles... La intuición es la suma de todas ellas.

—Puede que tengas razón —dijo Susan sonriendo—. Cuando me pasa a mí lo atribuyen a mi intuición femenina.

Susan miró su reloj.

«Bonita alianza —pensó Templeton—. Su marido debe de ser un ricachón, o sea que poli no es.»

—Es hora de irme —dijo Susan—. Y gracias por el dato. ¿Me mantendrás al corriente sobre ese Cropley?

—Por supuesto —dijo Templeton.

—Y no te olvides de saludar de mi parte a toda la gente de la jefatura y de darle mi pésame a Alan Banks.

—Claro.

Mientras se alejaba, Templeton la siguió con la mirada. Tenía unas piernas bonitas. Si pudiese afinar un poco esa cintura, quizás incluso valdría la pena tirarle los tejos, tuviese marido o no. Templeton espantó una mosca que sobrevolaba su sándwich de langostino sin acabar. La mosca zumbó un par de veces y luego se alejó zigzagueando en dirección a los árboles. Ya es hora de regresar a Eastvale, se dijo, y ver si hay alguna novedad.

11

El lunes por la tarde empezó a llover de nuevo sin previo aviso. El agua corría a raudales sobre el parabrisas del Citroën de Brooke, que atravesaba el tráfico de hora punta para acercar a Annie a Tower Hamlets, uno de esos sitios que no aparecen ni de lejos en las guías turísticas de Londres. Llegaron al barrio del Bow. La casa que buscaban se alzaba en medio de una hilera de humildes viviendas adosadas que habían sobrevivido a los bombardeos alemanes y a la demolición de tugurios propiciadas por el Gobierno. Al otro lado de la calle se extendía una hectárea o más de descampado asfaltado, entre cuyas junturas asomaba la hierba y, rodeando todo aquello, una alambrada de malla metálica de dos metros de alto coronada con alambre de espino. Annie se preguntaba quién querría proteger aquel solar y de quién. Se le ocurrió que quizá lo habían delimitado para urbanizarlo en el futuro. Al otro lado del descampado, a través de la cortina oblicua de agua, Annie distinguió todavía más casas destartaladas de oscuros tejados y, más allá, varias torres de apartamentos que se recortaban, tétricas como monolitos, contra un cielo plomizo.

—Bello, ¿verdad? —dijo el inspector Brooke como si le hubiera leído la mente.

—Si te gustan estos paisajes —rió Annie.

—Este sitio es un pedazo de historia —dijo Brooke—. Disfrútalo mientras puedas. Dentro de un año como mucho se habrá convertido en un montón de torres de apartamentos o en un centro comercial.

—Lo dices como si lo lamentaras.

—Puede que así sea. Ya hemos llegado.

Detuvo el coche contra el bordillo y comprobaron que el número fuera el cuarenta y seis. «No le vendría mal otra capa de pintura a esa puerta», pensó Annie, que tapara las rajaduras y los boquetes que el tiempo o acaso los ladrones le habían infligido.

Alf Seaton, un carpintero naval retirado, no sólo vio a Wesley

Hughes y Daryl Gooch alejarse en el Mondeo, también había visto la llegada del coche en la madrugada del domingo y eso fue lo que interesó a los inspectores. Tal como iban las cosas, Annie empezó a preguntarse si volvería al norte alguna vez. Había pensado marcharse esa misma tarde después de su visita al Centro Berger-Lennox, pero entonces la telefoneó Brooke. Todos los caminos llevaban a Londres.

Alf Seaton les estaba esperando. Cuando el coche se estaba deteniendo, Annie notó un ligero movimiento en la cortina de encaje. Antes de alcanzar la puerta, ésta se abrió y un hombre regordete con pelo cano y la nariz rota les hizo señas para que se resguardaran de la lluvia y entrasen.

—Vaya día más horrible, ¿eh? —dijo el hombre con un inconfundible acento *cockney.*

No era para sorprenderse, se encontraban en el corazón mismo de Londres. Desde allí probablemente se oían las famosas campanas de la iglesia del Bow.

—Acomódense. Yo iré a poner la tetera. Y si les apetece, también tengo unas galletas digestivas de chocolate.

Mientras Alf Seaton preparaba el té en la cocina, Annie estudió la pequeña sala. La casa tenía un aspecto y una atmósfera antiguos: el soporte ornamentado para pipas de tabaco, el escritorio de madera oscura, la pequeña librería bajo la ventana. Annie observó que casi todos los libros eran relatos náuticos: Alexander Kent, Douglas Reeman, Patrick O'Brian y algunas viejas ediciones de Hornblower. Sobre la chimenea colgaba un cuadro náutico en el que la flota de lord Nelson, escupiendo fuego por sus cañones, trababa combate con la flota francesa en un mar tormentoso. Los sillones eran viejos pero firmes y no había ni una mota de polvo a la vista. Cuando Seaton regresó con el té y las galletas, Annie alabó la casa.

—Hago todo lo que puedo —respondió el hombre—. Ser pobre no significa ser descuidado, solía decir mi madre.

—¿Está usted casado?

—Fran murió hace un par de años... de cáncer.

—Lo siento.

—No es culpa tuya, cariño. La vida sigue. —El hombre recorrió la

sala con la mirada—. Tuvimos casi cincuenta años de felicidad, Fran y yo. Nos mudamos aquí en 1954, fue nuestra primera casa. Al final resultó ser la única. Claro que por entonces yo era un chaval sin experiencia. Las cosas han cambiado mucho y no necesariamente para mejor.

—Seguro que no —dijo Annie.

—Pero no creo que le interesen los recuerdos de un viejo, ¿eh? —dijo guiñándole un ojo a Annie—. Querrá saber lo que vi.

—A eso hemos venido, señor Seaton.

—Por favor, llámeme Alf.

Alf ya no era un nombre habitual en la actualidad, pensó Annie, y cuando uno lo oía solía pensar en alguien de la generación del señor Seaton.

—Entonces le llamaré Alf.

—No creo que pueda aclararle nada que no le haya dicho ya al muchacho uniformado.

—Empiece contándonos lo que estaba haciendo.

—¿Lo que estaba haciendo? Pues estaba sentado en este mismo sillón, leyendo. No duermo muy bien, así que prefiero levantarme. Me hago una taza de té y me pongo a leer un buen rato. Es mucho mejor que quedarme en la cama pensando en todos mis problemas, que es lo único que uno hace a esas horas.

—Es cierto —dijo Annie—. Entonces, ¿qué fue lo que sucedió primero? ¿Vio u oyó usted el coche?

—Primero lo oí. Verá, por aquí hay bastante tráfico durante toda la noche, pero tampoco tanto; no es una calle principal, ni una que dé a una principal y como habrá visto tampoco es una que rebose encanto. El caso es que los domingos a las tres de la madrugada suele estar tranquila, a no ser que un grupo de chavales vuelva de alguna fiesta.

—¿Recuerda la hora exacta?

Alf Seaton miró el sólido reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea:

—Las tres y diez —dijo—. Lo recuerdo porque me fijé. El caso es que primero lo oí y luego vi los faros. Aparcó allí, contra la otra acera, y después aparcó detrás un segundo coche.

—¿Vio al conductor?

—¿Al del primer coche? Pues sí, bastante bien. Hay una farola y de lejos todavía veo.

—¿Qué puede decirnos de su aspecto?

Annie miró de reojo a Brooke, quien, con un gesto de cabeza, le indicó que siguiera haciendo las preguntas, que Alf parecía cómodo hablando con ella.

—Yo estaba un poco nervioso, supongo —dijo Seaton—. Entiéndame, ha habido mucho crimen en el barrio y cuando uno es un viejo de salud frágil como yo... pues se preocupa, ¿eh? Veinte años atrás le hubiera hecho sudar tinta a cualquiera, con arma o sin ella, pero ahora...

—Entiendo —dijo Annie—. Pero alcanzó a verlo, ¿verdad?

—Claro, tampoco estaba tan asustado. Me gusta saber qué ocurre en mi calle. El caso es que no quería llamar la atención y apagué la luz. Me alegro de haberlo hecho, porque durante un instante se volvió hacia la casa y se detuvo, como si quisiera asegurarse de que nadie le vigilaba. Tuve la impresión de que miró directamente hacia mí, pero debió de decidir que no había nadie.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era un tipo grande, duro, con aspecto de levantador de pesas. Tenía puesto un chándal oscuro, de esos con una raya blanca en los costados de brazos y piernas. Tenía una melena negra y brillante, como si se la hubiera untado con grasa de diferencial, y coleta, como un mariquita. Y llevaba una cadena de oro gruesa al cuello.

Sonaba como una descripción más detallada del hombre que Roger Cropley había visto en el asiento trasero del Mondeo en Watford Gap; el mismo que vio el vecino de Jennifer a la hora en que ésta se marchó a casa de Banks.

—¿Qué ocurrió después? —dijo Annie.

—Lo vi subirse al segundo coche.

—¿Recuerda algo más del segundo coche?

—No, excepto que era más claro que el primero, quizá color crema o plateado, o algo así. No había suficiente luz como para diferenciar el color, todo era más bien monocromo. Yo no sé mucho de coches pero era un poco más caro... más vistoso.

—¿Recuerda algún logotipo, ornamento u otro detalle?

—No, lo siento.

—No importa. Lo está haciendo muy bien. No habrá tomado el número de matrícula, ¿verdad?

—No.

—¿Consiguió ver bien al conductor del otro vehículo?

—Sólo llegué a verlo cuando abrió la puerta y se encendió la luz del interior durante un segundo. El otro coche estaba más atrás, lejos de la farola.

—¿Puede describirlo?

—Sólo pude ver que tenía pelo rubio y corto. Muy corto, al cero. Después cerró la puerta, la luz se apagó y ambos se marcharon.

—¿En qué dirección?

—Hacia el sur, hacia el río. No mucho después oí a los chavales hablando y que luego cerraban la puerta del coche. Sólo conseguí verlos durante un segundo porque se marcharon enseguida. Si hubiera llamado a la policía en ese mismo instante, quizás ese pobre muchacho seguiría vivo. Pero no sabía lo que estaba ocurriendo y, si no es importante, no vale la pena involucrarse demasiado.

—No fue culpa suya —dijo Annie.

—De todos modos, me siento mal.

—Señor Seaton —interrumpió el inspector Brooke—, ¿cree que podría ayudar a un dibujante de la policía a hacer un retrato robot del hombre al que vio mejor?

—Creo que sí —dijo Seaton—. Tengo una imagen bastante nítida de él en mi mente, sólo habría que pasarla al papel.

—A eso se dedica nuestro dibujante. Con un poco de suerte podría hacerlo venir mañana por la mañana, ¿le parece bien?

—No pensaba ir a ninguna parte.

—Muy bien, entonces está hecho. ¿Hay algo más que pueda decirnos?

Seaton pensó durante unos instantes y finalmente dijo:

—No creo. Todo pasó muy deprisa y, como les he dicho, no tenía ni idea de lo que sucedía. Pero ¿por qué iba alguien a abandonar un coche bonito como ése en un barrio como éste a no ser que quisieran que se lo robaran?

—Ha dado usted en el clavo —dijo Annie.

A la hora de comer, Banks compró unas porciones de pescado y unas patatas fritas en la freiduría del chino del otro lado de la calle. Pero Arthur Banks apenas la probó, ni siquiera se quejó, como era su costumbre, de que el bacalao rebozado y las patatas fritas sabían a *chop suey,* su única referencia en comida china. Después de una taza de té, Banks se planteó seriamente regresar a Londres pero presintió que debía quedarse. Su padre no se lo había pedido —y nunca lo haría—, pero Banks intuyó que debía quedarse. Al menos por ahora, la familia debía permanecer unida.

Pero se sentía inquieto y encerrado, así que condujo hasta el pueblo y deambuló por Cathedral Square y el Centro Comercial Queensgate. Mientras estaba allí recordó que había dejado su móvil en su casa de Gratly y que el de Roy se lo había quedado Brooke. Pensaba regresar a Londres y si lo hacía necesitaría un teléfono. Entró en la primera tienda de aparatos electrónicos que encontró y compró el móvil de tarjeta más barato y diez libras de crédito. Una vez que cargara la batería en casa de sus padres, ya estaría en condiciones de usarlo.

La tarde nubosa auguraba lluvia. En la plaza, un grupo de músicos callejeros tocaba los típicos *jigs and reels* irlandeses ante un pequeño corro de gente. Los turistas entraban en el recinto de la catedral en un torrente constante.

Mientras deambulaba, pasó cerca de los apartamentos de Rivergate Centre y recordó a Michelle Hart, que había vivido allí mismo, en Viersen Platz. Al otro lado del río se encontraba una barca de hierro amarrada cerca de Town Bridge: Charters Bar. Aquello le recordó los blues que solían oír allí los fines de semana que Michelle y él pasaban juntos.

Había dejado que Michelle saliera de su vida sin apenas oponer resistencia. Banks perdió la mirada en aquellas aguas turbias y se preguntó si hubiera debido poner más empeño en mantener esa relación. Pero ¿qué podía hacer? Para Michelle su carrera era importante y cuando le salió la oportunidad en Bristol, él no se opuso a que la aprovechara. Además, la relación ya hacía aguas

mucho antes del traslado. Banks sentía que, al menos en parte, el nuevo puesto era una excusa para poner todavía más distancia entre ambos.

Regresó andando al coche y se quedó un rato allí sentado, con las ventanas abiertas y fumando. «Qué irónico ha sido conocer a mi hermano después de muerto», se dijo. Si Roy hubiese muerto dos o tres años antes, por supuesto que lo hubiera llorado, pero no habría sido una pérdida tan personal. En cambio, ahora le dolía, le oprimía el corazón. Ahora echaba de menos a alguien, no sólo a un recuerdo lejano.

Su opinión de Roy no había cambiado tanto, pero había conseguido situarla en un contexto más amplio. ¿Qué duda cabía que su hermano siempre había sido un hombre de negocios deshonesto? Roy tenía la misma ética comercial que una pulga y con las mujeres era un cabrón. El que hubiera amasado una fortuna, condujera un Porsche y tuviera mujeres a punta pala sólo confirmaba una triste verdad: que a los cabrones les iba de puta madre. Quizá les tocara pagar sus cuentas en la otra vida, quizá se reencarnasen en cucarachas... pero en esta vida, les iba de puta madre.

La crisis de conciencia que sufrió tras presenciar el horror del 11-S y su acercamiento a la iglesia tal vez habían agudizado un instinto moral que Roy ya poseía. ¿Se habría topado con algo que ofendía su sentido del bien y del mal en esa última semana? ¿Habría sufrido un conflicto de conciencia y telefoneado a su hermano el policía, o fue una llamada como cualquier otra? A lo largo de su vida, Roy había robado, hecho trampas y mentido sin importarle un bledo las consecuencias, sin detenerse ni un segundo a pensar en aquellos a los que había herido en el camino. ¿Tanto había cambiado? Banks no iba a averiguarlo quedándose en Peterborough. Eso lo sabía de sobra, así que tendría que regresar al día siguiente a Londres y empezar a escarbar de nuevo.

Se le ocurrió que sería una buena idea que algunos, especialmente sus hijos, supieran su nuevo número de teléfono. Encendió el motor del coche, enchufó el teléfono al cargador y les dejó el mensaje. Pero se llevó una sorpresa, pues resultó que Brian le contestó en persona.

—Qué ilusión oírte, papá. Estamos tomándonos un descanso. Lamento no haberte podido contestar antes, pero estábamos en el estudio. Esta misma noche iba a llamarte.

—Tranquilo —dijo Banks—, he estado fuera casi todo el tiempo. ¿Qué tal te va?

—Bien. Lento, pero bien.

—¿Qué tal Dublín?

—Genial.

—¿Ya has probado la Guinness?

—Una pinta o dos. Oye, ¿qué sucede, papá? ¿Por qué querías hablar conmigo? ¿Ha pasado algo?

—Me temo que sí —dijo Banks y pensó: «Allá voy de nuevo». Respiró hondo y se tiró de cabeza—. Tu tío Roy ha muerto. Durante un tiempo saldrá en las noticias de todas las cadenas. Por eso quería avisarte.

—¿El tío Roy? Vaya... No lo conocía bien, pero siempre mandaba postales y cosas. No puedo creerlo... ¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿Tuvo un accidente o algo así?

—Intento averiguar qué le pasó —dijo Banks—. Pero no fue un accidente, le pegaron un tiro.

—¡Joder!

—Perdona, Brian, pero no se me ocurre otra manera de darte la noticia. No puedes hacer nada. Ya he avisado a Tracy y ella avisará a tu madre. Tú concéntrate en tu grabación.

—¿Estás seguro?

—Sí. Y prepárate para los periodistas.

—¿Cuándo será el funeral?

—Todavía no lo sabemos.

—¿Me tendrás al corriente de cómo van las cosas? ¿Me mantendrás informado?

—Te tendré al corriente —dijo Banks—. En un par de días estaré de nuevo en Londres. En casa de Roy, si es que la policía ha acabado de revisarla. ¿Quieres su dirección y número de teléfono?

—Claro, ¿por qué no? Dispara... Joder...

Banks le dio la dirección.

—Gracias, papá. Y lo lamento mucho.

—Cuídate —respondió Banks y cortó.

Se quedó sentado allí un rato pensando que seguramente había arruinado la importante sesión de grabación de su hijo. Aplastó el pitillo y regresó a casa de sus padres.

Víctor Parsons compartía piso con otros dos chavales en Chalk Farm. Annie llamó a su puerta a la hora del té y lo encontró en el salón, leyendo una revista de cine. Su primera impresión fue que Víctor Parsons era atractivo aunque parecía insulso y sin aspiraciones. El contraste entre él y el elegante, exitoso y dinámico Roy Banks era muy marcado.

Parsons llevaba un par de días sin afeitarse y aún más tiempo con la misma camiseta y los mismos vaqueros. Irradiaba un letargo de caracol que sugería cierta falta de ambición. Annie no olvidaba que ese mismo joven había aparecido en el lugar de trabajo de Jennifer y había montado un escándalo, aunque parecía incapaz de hacer algo así.

A Annie no le gustaba formarse juicios apresurados. Por todo lo que había visto y averiguado de Jennifer —si bien es cierto que después de muertos todos somos buenos—, hacía tiempo que Víctor le quedaba pequeño. ¿Tan poca autoestima tenía Jennifer en aquel momento? ¿Tan insegura se sentía como para ver algo valioso en ese tipo? Aun así, hay gustos para todos los colores. No hay lógica que explique muchas de la extrañas parejas que se forman en esta vida.

La sala estaba bastante limpia y ordenada, lo cual agradó y sorprendió a Annie a la vez. Al saber que iba a visitar la casa de un soltero, se había preparado mentalmente para encontrar ropa sucia colgada de las sillas y en las paredes pósters de Kelly Brook y Jordan en ropa interior negra de encaje. Sin embargo, resultó que el único póster a la vista era uno de *Kill Bill: Volumen I.*

—¿Supongo que viene por lo de Jenn? —dijo Víctor, pero sin ofrecerle a Annie asiento, ni mucho menos una taza de café o té.

Él siguió repantigado en el sofá. Ella tomó asiento en un sillón. Víctor la miró desde su sitio.

—Supongo que esa perra de Melanie Scott se ha ido del pico.

—Ella y algunos más —dijo Annie—. No eres lo que se dice popular entre los amigos y conocidos de Jennifer.

—No me importa lo que piensen de mí, apenas me conocen. Además, son un montón de fracasados y frívolos.

—¿Ah, con que ésas tenemos? ¿Eres el genio pobre e incomprendido que se enfrenta solo al mundo cruel?

Él le lanzó una mirada de desdén.

—¿Y usted qué sabe? No lo comprendería.

—Tienes razón —dijo Annie—. Así que, a partir de ahora, yo hago las preguntas y tú las contestas. Suele resultar mejor así.

—Como le parezca.

—Bien. Me alegro de que haya quedado claro. Ahora vayamos al grano: ¿dónde estuviste el pasado viernes por la noche?

—Aquí.

—¿Haciendo qué?

—Mirando la tele.

—¿Qué fue lo que viste?

—«Coronation Street», «East Enders», el programa de Lenny Henry, «Have I Got News For You», y después el programa de Jools Holland, y por la madrugada, una película de terror llamada *Session 9.*

—¿Buena?

—Tenía sus momentos.

—Me impresiona que recuerdes todos esos nombres, Víctor.

—Tengo buena memoria, sólo eso. Además, los viernes son todos iguales, excepto por la película que va cambiando.

—¿Estabas con alguien?

—Gavin llegó cerca de la una, pero Ravi estuvo aquí casi todo el rato. Puede preguntárselo.

—Gracias. Lo haré.

—Estoy destrozado por lo que ocurrió, ¿sabe? Yo la quería.

—Eso he oído. El amor no correspondido puede ser muy desagradable, ¿verdad?

—Ella también me quería. Sólo que no se daba cuenta. Lo hubiera visto si...

—¿Si qué?

—Si hubiésemos tenido más tiempo.

Annie suspiró.

—Víctor, me parece que en algún momento has perdido el contacto con la realidad. Jennifer ya no te quería. Ella siguió con su vida, conoció a otra persona.

—Usted no la conoció.

—¿Qué haces? —dijo Annie.

—¿Cómo que qué hago?

—¿A qué te dedicas? ¿De qué trabajas?

—Soy actor.

—¿Y trabajas actualmente?

—Estoy descansando. He hecho papeles, de veras. Y televisión también, pero sólo publicidad y una aparición sin diálogo. Por algo se empieza...

—¿Ganas mucho dinero?

—No. No mucho.

Si Annie albergaba la esperanza de que Víctor hubiera contratado a alguien para matar a Jennifer, esto tiraba por tierra esa teoría.

—¿Por qué la acosabas? —insistió Annie—. ¿Por qué fuiste a su lugar de trabajo y armaste un escándalo? ¿Por qué hiciste eso si la querías?

—No estoy orgulloso de lo que hice. Estaba borracho. Había bebido con Ravi a la hora de comer y no estoy acostumbrado. El alcohol se me subió a la cabeza y me puse como loco, eso fue lo que pasó. Después lo lamenté mucho. Incluso la telefoneé para disculparme, pero no quiso hablar conmigo.

—¿Hablaste con ella después de romper?

—No. Cuando estaba en la oficina no podía acercarme a ella y cuando intentaba telefonearla a casa me colgaba. Ella o la otra chica.

—¿Kate Nesbit?

—¿Así se llama? No tenía ni idea.

—Pero sí sabías que Jennifer se había mudado y adonde.

—Sí. Me propuse averiguarlo y lo hice.

—¿Tienes alguna idea de algo o alguien que la preocupase últimamente?

—No. Ya le dije que me excluyó de su vida por completo.
—¿Alguna vez merodeabas por su casa?
—Sí, pasaba por allí de vez en cuando. Pensaba que quizá me la encontraría por la calle.
—¿De vez en cuando?
—No iba todos los días, pero sí frecuentemente.
—¿Y nunca llegaste a verla?
—No, nunca.
—¿Cuándo estuviste allí por última vez?
—Hace un par de semanas.
—¿Te percataste de algún otro merodeador?
—No.
«Claro que no», pensó Annie, y tampoco hubiera visto a Godzilla aunque hubiese aplastado la casa de al lado de un pisotón. Víctor sólo tenía ojos para Jennifer.
—¿Y en su lugar de trabajo?
—A veces trabajaba hasta tarde. Yo la esperaba al otro lado de la calle sólo para verla.
—¿Alguna vez te acercaste a ella cuando salía?
—No, me faltó coraje. Me limitaba a mirarla. Ya le dije que armé aquel escándalo porque estaba borracho, nada más.
—¿Cuándo fuiste por última vez?
—La semana pasada. El lunes.
—¿Y la viste marcharse?
—Sí, pero estaba con alguien.
—¿Con quién?
—Con nadie que yo conociera. Sólo una chica normal y corriente, o eso parecía.
—¿Una chica joven?
—Sí. Seguramente una de las jovencitas ricachonas que atienden ahí. Sólo que a ésta no se la veía especialmente de dinero que digamos.
—¿A qué hora ocurrió eso?
—Sobre las ocho.
—¿No estaba cerrado el centro a esas horas?
—Sí, cierra a las cinco. Todos los demás se habían ido a casa, pero

Jenn solía trabajar hasta tarde.

—¿Puedes describir a la chica?

—Tenía cabello oscuro y largo. Quitando el bombo, tenía una figura bonita, aunque un poco flaca. Llevaba ropa corriente. Ya sabe, un vestido floreado y sandalias. Pero no llegué a verle la cara.

—Supongo que lo de «bombo» significa que estaba en un estado avanzado de gestación.

—Sí.

—¿Adonde fueron?

—A ninguna parte.

—¿Por qué?

—Un tipo salió de un coche aparcado delante de la clínica, le comentó algo al oído y ella se metió en el coche con él.

—¿Quién? ¿Jenn o la chica?

—La chica.

—¿Y qué hizo Jenn?

—Se fue andando hasta la estación de metro.

—¿La seguiste?

—No, me fui a tomar algo.

—¿Qué aspecto tenía aquel hombre?

—De levantar pesas. Ya sabe, grande, espaldas anchas, sin cuello. Llevaba coleta.

—¿Y qué me dices del coche?

—No me fijé.

—¿Oscuro o claro?

—Creo que claro. Plateado probablemente.

—¿Iba alguien más dentro?

—No vi que hubiera nadie.

—¿Viste si obligó a la chica a entrar al coche?

Parsons frunció el ceño.

—No, pero se notaba que llevaba la batuta. Debió de decirle algo así como: «Ya vale. Hora de irse».

—¿Ella no se resistió?

—No.

—Muy bien —dijo Annie—. ¿Estuviste esperando fuera de la casa o del lugar de trabajo de Jennifer el viernes pasado por la noche?

—No. Ya le dije que me quedé en casa, como suelo hacerlo casi todas las noches.

¿Había matado Víctor Parsons a Jennifer o estaba relacionado con su desaparición? Annie no lo creía. Era cierto que los acosadores podían volverse violentos, pero lo más habitual era que no llegaran a ese extremo. En la mayoría de los casos sólo eran unos tristes y patéticos imbéciles como Víctor. O como los mirones, otro montón de tipos irritantes y molestos.

—Dime una cosa, sólo por curiosidad... —preguntó Annie—. ¿Por qué rompiste con Jennifer?

—Fue un malentendido. Eso es justamente lo que me duele, ¿entiende? Jennifer quería casarse, tener una familia y todo eso. Y yo quería proseguir con mi carrera de actor, pero me equivoqué.

—Entonces, ¿fuiste tú quien la dejó?

—No. En absoluto. Todo lo que dije fue que debíamos darnos un poco más de espacio, aclararnos y ver qué queríamos, sólo eso. Y eso fue lo que hice. Decidí que la quería, lo demás me daba igual. Hasta dejaría mi carrera, así de importante era ella para mí.

—Qué generoso por tu parte.

Sin duda, pensó Annie, una vez que Jennifer superó el shock de la ruptura y se emborrachó un par de veces con Melanie Scott en Sicilia, se dio cuenta de la suerte que había tenido al cortar la relación.

«Ya no hay nada más que sacarle a Víctor», decidió Annie. Mandaría a alguien a contrastar la coartada con el compañero de piso y tacharía a Víctor de la lista. Empezaba a atardecer, pero había sido un día largo y Annie estaba cansada. Sólo tenía ganas de regresar al hotel, llamar al servicio de habitaciones y tumbarse frente al televisor a vegetar. A primera hora de la tarde había telefoneado a Peterborough, pero Banks había salido. Ya intentaría localizarlo después.

—¿Qué voy a hacer ahora? —preguntó Víctor cuando Annie abría la puerta de la calle—. ¿Qué voy a hacer?

—Pues yo saldría de casa un poco más e intentaría conseguir una audición —sugirió Annie.

Y se marchó.

—¿Cómo se encuentra mamá? —preguntó Banks cuando regresó del pueblo.

—Igual —respondió su padre—. Te dije que hace tiempo que no anda bien, pero esto la ha puesto peor. En fin, sigue en cama y sin ganas de levantarse.

—Dentro de un rato subiré a ver cómo está. He decidido pasar la noche aquí.

—No hace falta —dijo su padre—. No lo hagas por nosotros, nos arreglaremos.

—Me apetece.

Banks sabía que a su padre no se le había ocurrido que, ahora que la identidad de Roy era de dominio público, el teléfono no dejaría de sonar. Banks quería estar allí para evitarles tener que contestar tanta llamada.

—Como quieras, ya sabes que aquí siempre tienes tu habitación.

—Lo sé.

—Todavía me cuesta creer que Roy esté muerto... que lo hayan matado.

—Y a mí. Ojalá pudiera hacer algo.

—No puedes resucitarlo.

—No. ¿Ha aparecido algún periodista mientras estuve fuera?

—No.

—Mejor así. Oye, papá, ¿te habló Roy alguna vez de sus negocios? ¿A qué se dedicaba y ese tipo de cosas?

—¿A mí? ¿Bromeas? Él sabía que de negocios entiendo lo mismo que de cohetes espaciales.

—Y que quizá no estarías de acuerdo con cómo ganaba dinero...

—¡No soy ningún maldito comunista! Sólo he luchado para que los trabajadores tuvieran un sueldo justo. ¿Qué tiene eso de malo?

—Nada —respondió Banks, que no tenía ningunas ganas de verse envuelto otra vez en esa vieja discusión.

Ahora no y menos aún en casa de sus padres. Además, estaba de acuerdo, a su padre la vida lo había tratado fatal. Durante el Gobierno de Margaret Thatcher lo habían echado de la fábrica de laminados de metal y había visto a la policía provocar a los mineros en huelga. Por ello había llegado a la conclusión de que la policía no

era ni más ni menos que el brazo armado del opresor. Banks sabía que eso ocurría —de hecho, había ocurrido en algunos países— y que había un cierto consenso, no del todo injustificado, de que eso fue lo que pasó en la era Thatcher. Pero los intentos de Banks de que su padre comprendiera que la dura jornada de trabajo de su hijo sólo consistía en procurar atrapar criminales caían en saco roto.

—En cualquier caso —dijo su padre—, Roy siempre fue generoso con nosotros.

La indirecta no le pasó desapercibida a Banks, pero consiguió morderse la lengua antes de preguntar si realmente le daba igual de dónde procedía ese dinero.

—Entonces, ¿nunca mencionó ningún nombre?

—Según recuerdo, no.

—¿Ni el Centro Berger-Lennox, ni a Gareth Lambert, ni a Julian Harwood?

—Nunca mencionó nada de eso.

—¿Y qué me dices de sus novias?

—Sólo conocí a la joven aquella que trajo el año pasado a nuestra fiesta de aniversario.

—¿Corinne? Ya he hablado con ella. ¿Y nunca te mencionó a una chica llamada Jennifer Clewes?

—¿La chica esa a la que pegaron un tiro en Yorkshire? La mencionaste tú antes, pero estoy seguro de que Roy nunca nos habló de ella.

Arthur Banks se repantigó en su sillón preferido. El televisor estaba apagada, lo cual era extraño, y no había periódicos a la vista por ninguna parte. Aunque no había estado mucho tiempo fuera, Banks notó más señales de dejadez. Su padre estaba tan poco enterado de las actividades de Roy como el propio Banks. Cogió dos tazas de té que había en el suelo, al lado del sillón.

—¿Te apetece una taza de té, papá?

—Si quieres...

—¿No vas a cenar?

—Sí, si no es del cuchitril de enfrente.

Banks puso a calentar el agua. Y hasta encontró las bolsitas de té, una tarea nada sencilla puesto que su madre las cambiaba

constantemente de sitio, como si fueran fichas de parchís. En esta ocasión estaban en la despensa, dentro de un frasco vacío de cacao en polvo. Mientras hervía el agua, Banks fregó unos pocos platos y los puso a secar en el escurridor. Encontró un poco de pan, queso y jamón cocido, y preparó unos sándwiches. Eso sería suficiente para la cena.

—¿Tienes idea de cuándo podremos celebrar el funeral? —preguntó su padre cuando su hijo entraba con los sándwiches y el té.

—No lo sé —contestó Banks—. Depende de cuándo nos entreguen el cuerpo.

—¿Por qué iban a querer quedárselo?

—A veces, si se detiene y acusa a un sospechoso, la defensa puede pedir que especialistas independientes realicen una segunda autopsia. No creo que vaya a ocurrir en este caso, pero no depende de mí. Créeme papá, seguiré de cerca todo el proceso. No quiero que mamá y tú tengáis que preocuparos de los detalles.

—¿No deberíamos hacer que certifiquen la defunción?

—Eso no se puede hacer hasta que el juez de instrucción nos entregue el cuerpo. Ya me encargaré de eso cuando llegue el momento.

—¿Y qué más podemos hacer, además de pasarnos todo el día deprimidos?

—Intentar pasar un día y después el siguiente... Os va a llevar tiempo.

Su padre se incorporó en el sillón.

—Pero de eso se trata justamente, tiempo es lo que no tenemos.

Un escalofrío recorrió la nuca de Banks.

—¿A qué te refieres? ¿Has vuelto a tener problemas de corazón?

—Del corazón ando bien, tengo un poco de angina pero nada más. Pero no hablaba de mí, sino de tu madre.

—¿Qué le pasa?

Banks recordó que al llegar se percató de lo cansada e indiferente que estaba su madre y del mal aspecto que tenía incluso antes de recibir la mala noticia de Roy. Una vez más, Banks reparó en el ambiente de abandono del hogar.

—¿Tiene algo que ver con esas pruebas que se está haciendo? —

continuó Banks.

—Creen que tiene cáncer —dijo Arthur Banks—. Por eso quieren que vaya al hospital a hacerse más pruebas.

—¿Cuándo?

—Han dicho que no tienen hora hasta la semana que viene.

Banks sintió la necesidad de un pitillo pero no cedió, allí no, y menos en ese momento. Deseaba poder permitirse un seguro médico privado para sus padres, así no tendrían que esperar.

—Maldita sea —dijo Banks—. ¿Qué más va a ocurrir?

—No sé que más puede pasarnos.

—¿Y qué dicen los doctores?

—Ya sabes cómo son, no dirán nada hasta no tener los resultados de las pruebas. Lo que les preocupa es el colon de tu madre. Pero te voy a decir lo que pienso: se le está yendo la vida. Llevo semanas viendo cómo se le escapa...

—Pero, aunque sea cáncer, hay tratamientos, especialmente para el de colon. Por lo que sé, la mayoría de los pacientes lo superan.

—Eso depende de lo extendido que esté y de lo pronto que lo hayan pillado, ¿no?

—Mira, papá, no tiene sentido ponerse pesimista—dijo Banks—. Ya tenéis bastante con lo de Roy. Tú ayúdala a superarlo, ahora mismo tu prioridad debe ser ésa. Y en cuanto a lo otro, ya veremos qué hacemos cuando tengamos los resultados.

—Tienes razón, pero es difícil... me paso el día pensando que la puedo perder. Y ahora lo de Roy...

Banks notó que su padre estaba a punto de sollozar y se dio cuenta de que nunca lo había visto llorar. Sabía que su padre era un hombre orgulloso y quiso evitarle la vergüenza, así que subió a ver a su madre. Estaba tumbada en la cama con las mantas subidas hasta el cuello, pero tenía los ojos abiertos.

—¿Roy? —dijo cuando oyó que alguien entraba en el dormitorio—. ¿De verdad eres tú, Roy?

—No, madre. Soy Alan.

Banks casi pudo llegar a ver la desilusión que torció el gesto de su madre.

—Ah... —dijo la anciana—. ¿Y dónde está Roy?

Banks se sentó en el borde de la cama y le cogió la mano. Estaba reseca y fría.

—Roy ya no está. Se nos fue, mamá.

—Es cierto, ahora lo recuerdo... estaba en el agua.

La anciana cerró los ojos y se durmió. Banks se inclinó sobre ella y la besó brevemente en la mejilla, luego le dio las buenas noches y se marchó escaleras abajo.

—Su lucidez va y viene —le dijo a su padre, que ya había recobrado la compostura.

—Ya. Probablemente sea por esas pastillas que le recetó el médico. —Arthur Banks miró a su hijo—. Antes dijiste que ojalá pudieras hacer algo, pues hay algo que puedes hacer, ¿sabes? Lo estuve pensando mientras estabas arriba con tu madre.

—¿Qué puedo hacer, papá?

—Se supone que eres detective, ¿no es cierto? Entonces haz tu trabajo, vuelve a Londres y atrapa al hijo de puta que mató a Roy.

Banks se sentó, levantó la taza de té y cogió un bocadillo.

—Tienes razón —respondió—. Mañana a primera hora, será exactamente lo que haré.

12

Era lunes, poco antes del mediodía. Después de desayunar y de una breve entrevista con Brooke para repasar los progresos hechos hasta ese momento, Annie regresó a su habitación, recogió sus escasas pertenencias, pagó la factura y se marchó del hotel. Le hacía mucha ilusión regresar a su casa, sacar ropa limpia de un cajón y volver a dormir en su propia cama, aunque sólo fuese por una noche. Sabía que tendría que regresar a Londres, especialmente porque quería ver a la doctora Lukas en su propia casa. De momento, el encargado de investigar la muerte de Roy Banks era Brooke, eso le permitiría a Annie regresar y hacer acto de presencia ante sus efectivos de Eastvale. Hablaría con Stefan Nowak y Gristhorpe, y además vería cómo les iba a Winsome y Kev Templeton.

Mientras hacía señas a un taxi, Annie se preguntó qué estaría haciendo Banks. No había querido contactar con él la noche anterior por considerar que era mejor dejarlo tranquilo en casa de sus padres. Banks le había dicho que sus padres adoraban a Roy. Y aunque ambos hermanos no tuvieran una relación estrecha, Annie sabía que Banks estaría destrozado. No quería hacerse mala sangre, pero Banks ya estaba deprimido y algo así podía empujarle definitivamente al precipicio. En cualquier caso, le apetecía hablar con él y verlo, aunque sólo fuese para darle el pésame y asegurarse de que se encontraba bien. El taxi se detuvo y Annie se subió.

—Hasta King's Cross, por favor —dijo al chófer.

—Hasta dónde usted diga, señora.

Apenas cruzaron Lambeth Bridge sonó el móvil de Annie.

—Hola Annie, soy Dave Brooke.

—Qué tal, Dave. ¿Qué ocurre?

—Acabo de recibir el informe del patólogo sobre Roy Banks, pensé que te interesaría. ¿Puedes hablar?

—Estoy en un taxi de camino a la estación —dijo ella—. Cuéntame.

El chófer soltaba risillas mientras escuchaba una entrevista en la

emisión local de la BBC. Y además, una ventana de plexiglás lo separaba del asiento de atrás.

—De acuerdo. Te lo resumo: el disparo en la cabeza lo mató en el acto. Fue un proyectil del calibre veintidós, igual que el que mató a Jennifer Clewes.

—¿Sabes a qué hora murió?

—Estuvo en el agua durante cuarenta y ocho horas. Al menos debió estarlas por el estado en el que se encontraba y por el lugar en que apareció. Eso nos dijeron los expertos en mareas.

—Entonces no pudieron haberlo hecho los mismos asesinos.

—No. No hubieran podido regresar a tiempo de Yorkshire. —Brooke hizo una pausa—. Y lo que sigue no le va a gustar nada al inspector Banks: antes de dispararle a su hermano, lo torturaron.

—¿Lo torturaron?

—Efectivamente. En el cuerpo encontramos contusiones graves y quemaduras de cigarrillos en los brazos y las plantas de los pies. También le arrancaron varias uñas.

—¡Joder! —exclamó Annie—. Querían sacarle información...

—O averiguar cuánto sabía, o cuánto había revelado.

—Sea cual fuere el motivo, tienes razón: a Alan no le va a gustar nada. Los medios van a...

—Los medios no se van a enterar.

—¿Estás seguro?

—Al menos no por nosotros, esto nos lo callamos. Todo lo que sabrán los medios es que murió de un disparo. Con eso les basta. Puedo imaginar los editoriales que escribirían en las páginas de sucesos.

—Como para no imaginárselos —dijo Annie—. Ya están haciendo su agosto con el asesinato de Jennifer Clewes. ¿Te queda algo por contarme?

—Sólo un par de cosas —dijo Brooke—. ¿Recuerdas la fotografía digital que llegó al teléfono de Roy?

—Sí, Alan me la mencionó.

—Tal como sospechábamos, provenía de un teléfono robado. A la unidad de apoyo técnico informático no le costó nada ampliar la imagen. Tienen una gama impresionante de software que filtra,

amplía y completa imágenes basándose en el análisis de los píxeles. El resultado, sin embargo, apenas nos dijo nada. Todavía no podemos asegurar si el hombre de la silla era Roy Banks. Pero los técnicos consiguieron captar algo en la pared del fondo.

—¿Qué?

—Parece ser que en la pared de ladrillo hay dos hileras de letras, o palabras, pintadas con plantillas. La primera acaba en LEY y la segunda en IDA. No tenemos ni idea de la longitud de las frases ni de cuántas palabras tienen. Vamos a recibir una lista de todas las fábricas abandonadas del extrarradio de Londres: además, los expertos están intentando identificar algunas de las máquinas oxidadas. Eso podría ayudarnos a averiguar de qué tipo de fábrica se trata. Si los expertos en mareas consiguen delimitar la zona donde lanzaron a Roy al río, podríamos completar el rompecabezas y señalar el punto donde se cometió el asesinato.

—Suena prometedor —dijo Annie—. ¿Tienes alguna pista sobre quién querría ver muerto a Roy Banks?

—En su correspondencia de negocios hemos encontrado un par de nombres sospechosos: Oliver Drummond y William Gilmore. ¿Te suenan?

—No —dijo Annie.

—Pues aparecen en nuestros álbumes de chicos malos. Drummond estuvo involucrado en un par de fraudes; en cuanto a Gilmore, creemos que regentaba un desguace de coches de gama alta. Sobre todo Jaguar y BMW para rusos y árabes ricos. Nunca hemos conseguido localizar ese lugar y Gilmore sale siempre limpísimo. No se le ha pillado por asuntos de importancia, sólo algunos menores, por eso consta en nuestros libros.

—¿Qué me dices de los hombres que aparecen en la foto de Banks?

Brooke hizo una pausa.

—Gareth Lambert no está fichado y del otro no sabemos nada.

—¿No te parece importante que Roy Banks considerase necesario tomar una fotografía y esconderla después? Quizá lo estaban chantajeando...

—Danos tiempo Annie —respondió bruscamente Brooke—. Sabes

mejor que nadie que no nos sobran ni personal ni presupuesto. Además, ahora mismo la mitad del puto equipo está de vacaciones. Ya lo investigaremos cuando podamos.

—Vale, Dave, no te pongas así. Sólo intentaba ayudar.

—Lo sé, perdona. Pero nos están presionando mucho.

—Lo comprendo. Te deseo mucha suerte y gracias por ponerme al día. Me voy a ver qué está ocurriendo en el norte, probablemente vuelva mañana o pasado. ¿Seguimos en contacto?

—Por supuesto. Por cierto, nuestro artista estuvo con Seaton. El retrato robot no tiene mal aspecto. ¿Quieres una copia?

—Gracias. Podría serme útil.

—Te lo enviaré por fax.

A medida que el taxi se acercaba a la zona de King's Cross —y a la caótica e interminable obra del enlace ferroviario del Túnel del Canal — empezó el atasco. Annie no tenía mucho tiempo y comenzó a preocuparle perder su tren. Pero el chófer encontró un hueco entre el denso tráfico y llegó a su destino con quince minutos de antelación. Annie pagó la carrera, compró un par de revistas para el viaje en W. H. Smith's, comprobó el andén y se fue hacia allí. La estación estaba animada y olía a motores calientes, a diésel y a humo. Annie encontró su vagón y su asiento, subió su pequeño bolso al portaequipajes y se acomodó.

Unos tres minutos antes de la hora de partida del tren, sonó por megafonía un anuncio en un tono evidentemente nervioso: «Rogamos a los pasajeros que abandonen el tren y salgan de la estación».

Los viajeros se quedaron pasmados en sus asientos, preguntándose si habían oído correctamente. Entonces volvió a sonar el mensaje, pero esta vez el tono no era de nerviosismo sino de abierta alarma: «Rogamos a los pasajeros que abandonen el tren y salgan de la estación».

Eso bastó. Todo el mundo cogió sus bolsos y salió disparado por la puerta hacia el andén, hacia la calle.

Banks había planeado regresar a Londres antes del mediodía o, como mucho, a primera hora de la tarde; pero no podría ser. Para

empezar, durmió hasta tarde. Le había costado dormirse pensando en su hermano y preocupado por sus padres. Al despuntar el alba, cuando los pájaros empezaban a cantar, echó finalmente una cabezada hasta las nueve y media. Aun así, fue el primero en levantarse.

Si hubiera sido ése el único problema quizás hubiese llegado a Londres a una hora razonable, pero tras preparar una tetera, comprobar que su móvil nuevo estaba cargado y cruzar la calle para comprar el periódico *The Independent,* su madre se levantó y comenzó a protestar. Banks no estaba seguro de que la anciana hubiese asumido realmente la muerte de Roy, pero parecía extrañamente calmada, alerta y controlando la situación.

—Tu padre se ha quedado remoloneando —dijo su madre—. Está cansado.

—Me parece bien. Tú también podrías haber descansado un rato más.

—Ya descansé bastante ayer, hijo. Ahora tengo que...

Y entonces soltó la más extraordinaria letanía de «cosas que tenía que hacer». El resultado fue que Banks pasó gran parte del día haciendo de chófer de su madre mientras ésta visitaba a los parientes que vivían en los pueblos cercanos de Ely, Stamford y Huntingdon. Tras enterarse de lo ocurrido por el telediario, muchos ya habían telefoneado la noche anterior, pero Banks se había encargado de las llamadas —incluso las de los reporteros— para que no molestaran a sus padres.

Con mucha calma, Ida Banks fue diciéndole a cada uno de ellos que Roy había muerto, que no sabía cuándo se celebraría el funeral y que debían estar atentos a la esquela que tarde o temprano saldría en el periódico.

Cuando regresaron de la primera ronda, Banks padre ya se había levantado y esperaba en su sillón preferido con la mirada perdida. El anciano dijo que se encontraba bien, pero Banks también se preocupó por él; parecía desprovisto de energía y fuerza de voluntad.

La crónica del asesinato en *The Independent* pintaba a Roy como el «rico emprendedor y hermano del policía de Yorkshire Norte Alan

Banks, quien casi perdió la vida en un incendio a comienzos de este año». Según su tío Frank, la noticia también había salido en la televisión, seguida de una fotografía del inspector e imágenes de archivo de su casa tras el siniestro. Banks se alegró de no haberlas visto. Sólo Dios sabe las historias que estarían inventándose los de la prensa amarilla. ¿Insinuarían alguna relación entre el incendio y la muerte de Roy?

A media tarde Ida Banks se encontraba de nuevo cómodamente sentada en su casa. Su hijo ya le había administrado otra de las pastillas del doctor Greenville. La señora Green, una vecina, se sentó con ellos un rato para hacerles compañía y Banks aprovechó para despedirse y marcharse a Londres. Antes de partir telefoneó a Burgess, le dio su nuevo número de móvil y quedó en reunirse con él en un pub del Soho alrededor de las cinco. Era hora de retomar el hilo de su investigación.

Como no tenía CD, tuvo que encender la radio del coche. En Classic FM sonaba la *Sonata claro de luna* de Beethoven, mientras que en Radio 3 ponían el *Concierto para doble orquesta de cuerdas* de Tippett. Banks optó por el concierto de Tippett que no conocía tanto como el de Beethoven.

En la autovía, a la altura de Stevenage, Banks se percató de que un Opel Vectra rojo le seguía desde hacía un rato. Banks aminoró la marcha y el Vectra la aminoró; Banks aceleró y el Vectra aceleró. Era una cálida tarde de verano y estaban en una carretera concurrida, pero aun así Banks sintió un escalofrío de miedo. Después de jugar un rato al gato y al ratón, el Vectra le adelantó a toda velocidad. Banks no consiguió ver bien dentro del coche, pero distinguió a dos ocupantes, uno en el asiento de delante y otro detrás. El que iba detrás llevaba coleta. Cuando el vehículo estaba a la altura del Renault de Banks, el tipo de la coleta se volvió y le sonrió, y con su mano izquierda imitó una pistola. Elevó la mano, amartilló el pulgar y, por encima de dos dedos extendidos, le apuntó. Sus labios imitaron una detonación y luego se convirtieron en una sonrisa. El episodio duró una fracción de segundo y de repente el coche ya se había alejado como un rayo.

Banks intentó seguirles, pero no hubo forma. El conductor era muy

hábil y, zigzagueando entre los carriles, dejó rápidamente atrás al Renault. Aunque no tan deprisa como para impedir que Banks memorizara la matrícula.

Al llegar a Welwyn Garden City empezó a llover de nuevo. Banks todavía se preguntaba qué diablos había sido aquello y entonces sintió un escalofrío repentino pues comprendió que el Vectra le debía haber seguido desde Peterborough. Le estaban diciendo: «Sabemos dónde viven tus padres».

—¿Usted otra vez? —dijo Roger Cropley al ver a Kev Templeton de nuevo ante su puerta—. Vaya cara más dura. ¿Qué diablos quiere?

—Hacerle un par de preguntas más —dijo el detective—. Esta *vez* he venido solo. De hecho, me sorprende encontrarlo aquí, pensé que estaría en Londres. Mi intención era hablar con su mujer.

—Estoy de baja —dijo Cropley—. Es un resfriado de verano. ¿De qué quiere hablar con Eileen?

—De cosas sin importancia, pero ya que estamos todos, celebremos una fiesta. —Templeton se abrió paso al vestíbulo. Desde los pies de la escalera, Eileen Cropley lo observaba—. Ah, buenas tardes, señora Cropley. Creo que la última vez que estuve aquí no fuimos debidamente presentados.

—Si no recuerdo mal, fue porque usted fue muy maleducado. Roger, ¿qué es lo que quiere este hombre? ¿En qué lío te has metido?

—No pasa nada, cariño, no me he metido en ningún lío. —Cropley suspiró y le dijo al policía—: Será mejor que entre.

—Eso haré.

La sala olía a lavanda, pero las flores se habían marchitado y habían perdido pétalos.

—Puede que fuera un poco impulsivo la última vez que vine —se disculpó Templeton.

Una vez que el señor y la señora Cropley se hubieron sentado, Templeton observó que se habían situado uno en cada extremo del sofá, como un par de sujetalibros. La señora Cropley miraba al detective con una frialdad visible. Su marido, en cambio, parecía resignado.

—No las tenía todas conmigo —añadió el policía.

—Ni que lo diga —repuso Cropley.

—Pero eso es agua pasada, ¿no? No me guarde rencor.

Cropley lo escrutó con desconfianza.

—En fin —prosiguió Templeton—. Me alegro de que ambos estén aquí. Me da la oportunidad de mejorar la primera impresión que les produje. Hemos hablado con el Automóvil Club, señor Cropley. Nos confirmaron que a la hora en cuestión usted estaba, de hecho, detenido en el arcén de la M1 al sur de la salida a Derby.

—Tal y como le dije.

—Efectivamente. Me disculpo por la... incredulidad... que demostré entonces. En nuestro afán de impartir justicia nos implicamos mucho y a veces herimos los sentimientos más frágiles de las personas.

—¿Y a qué ha venido esta vez?

—Bueno, ahora contamos con un poco más de información que antes. Al parecer, los dos hombres que usted vio en el Ford Mondeo oscuro siguieron a Jennifer Clewes, así se llamaba la víctima, por la salida de la A1 y el camino a Eastvale. Allí la hicieron chocar contra un cercado de piedra, la mataron de un tiro y después regresaron al lugar de donde habían venido. A la noche siguiente abandonaron el Mondeo en el East End de Londres, donde fue sustraído de inmediato. Posteriormente el coche acabó involucrado en un accidente muy grave. Ya teníamos las huellas de los neumáticos que un coche dejó en el camino de entrada a una casa en Gratly y unas huellas dactilares que pueden pertenecer a uno de los asesinos. Nuestros peritos forenses están revisando el Mondeo en busca de huellas para poder contrastarlas. Pero como se imaginará, después de un choque semejante, pues...

—Lo que cuenta es muy interesante —dijo Cropley—, pero no veo en qué modo podemos ayudarle mi mujer o yo.

—Deja que el señor termine —dijo la señora Cropley, que se había interesado a pesar suyo.

—Gracias, señora Cropley. El caso es que tenemos la descripción del hombre que abandonó el vehículo en Londres y ahora un colega de allí me ha enviado por fax un retrato robot. Me preguntaba si usted querría echarle un vistazo. Quizá lo reconozca.

—Ya le dije que no llegué a verlo bien —dijo Cropley—. Y no se me dan bien las descripciones de personas.

—A la mayoría de nosotros nos pasa lo mismo, por eso ayuda ver una imagen —dijo Templeton alzando el maletín—. ¿Puedo mostrárselo?

—Por supuesto.

Templeton le enseño el retrato y Cropley lo observó durante unos instantes:

—Podría ser él.

—¿Sólo podría?

—Le dije que no lo vi bien.

—Pero él se volvió hacia usted cuando el conductor se le cruzó, ¿no es cierto? Eso fue lo que usted me dijo.

—Es cierto, pero estaba oscuro.

—La gasolinera estaba bien iluminada...

—Sigo sin estar seguro. Verá, no me gustaría tener que jurar que era él ante un tribunal. ¿Es eso lo que quiere que haga?

—Todavía no. Por ahora sólo queremos encontrarlo.

—Pues se le parece mucho... el pelo... la forma de la cabeza... Pero estaba demasiado oscuro para distinguir los rasgos.

—Comprendo. ¿Era musculoso?

—Ahora que lo dice, tenía hombros anchos y no mucho cuello que digamos. Y también me dio la impresión de ser alto, porque sobresalía del asiento.

—Muy bien —dijo Templeton—. Muchas gracias.

—De nada —respondió Cropley—. Usted dijo que venía a hablar con mi mujer, pero ella no podría identificar a ese hombre porque no estaba conmigo.

—Sólo quise aprovechar la oportunidad, señor Cropley. Esto me acaba de ahorrar un viaje a Londres.

—¿Y qué era lo que deseaba preguntarme a mí? —dijo la señora Cropley.

Templeton sacó una libreta. Se rascó un lado de la nariz.

—Pues ése es un asunto muy distinto, señora. Al menos, eso creemos nosotros. El veintitrés de abril de este año una joven llamada Claire Potter fue violada y apuñalada no lejos de la salida de

la M1, al norte de Chesterfield. La última vez que la vieron fue poco antes, en el área de descanso de Trowell.

—Eso ya nos lo mencionó la última vez que estuvo aquí —dijo Roger Cropley—. No me interesó entonces y tampoco me interesa ahora.

Templeton lo ignoró y se volvió hacia la mujer.

—Pero ahora contamos con un poco más de información sobre ese crimen —dijo el policía—. Y créame, quienquiera que lo hiciese debió de empaparse de sangre. Me preguntaba si por aquellas fechas usted no notó algo extraño en la ropa de su marido. Ya sabe, manchas extrañas y ese tipo de cosas. No sabe lo difícil de quitar que es la sangre. Usted hace la colada, ¿no es cierto?

—No me puedo creer que esté preguntándome esto —dijo señora Cropley—. Hay que tener osadía...

—Pues mi osadía nunca me ha perjudicado —replicó Templeton—. Quien no se arriesga, no gana, ése es mi lema. Así que si quiere confiarme algo...

—No vi nada fuera de lo común.

—Supongo que la ropa pudo quedar inservible —dijo Templeton—. ¿Ha echado en falta alguna prenda de su marido en los últimos meses?

—No.

—Sucede que el asesino lavó el cuerpo de la víctima, así que es muy probable que pudiera lavarse su propia ropa —reflexionó en voz alta Templeton—. Este asesino es muy meticuloso. ¿Es usted muy meticuloso, señor Cropley?

—Me gustaría creer que sí, pero eso no me convierte en un asesino —dijo Cropley—. Además, estas acusaciones me ofenden.

—Por supuesto. Es natural que lo ofendan. Pero mi deber es preguntar, si no lo hiciera sería un detective bastante inútil, ¿no cree?

—Francamente, me importa un bledo la clase de detective que sea —gruñó Cropley—. Lo que sí sé es que usted es una persona insultante y le agradecería que se marchara de mi casa ahora mismo.

—Por favor, permítame sólo hacerle una pregunta más. Luego me

iré.

Eileen Cropley lo fulminaba con la mirada.

—¿Con qué frecuencia llega su esposo exageradamente tarde los viernes, después de salir del trabajo? Después de medianoche, digamos...

—No lo sé.

—Me cuesta creer que no lo recuerde. ¿No lo espera despierta?

—No. Generalmente me tomo un somnífero a las once de la noche y después me voy a la cama. Antes de medianoche ya estoy profundamente dormida.

—Entonces, ¿se podría decir que su marido suele regresar después de las once?

Eileen Cropley miró a su marido.

—Supongo que sí.

Templeton se volvió hacia Roger Cropley.

—Ya casi hemos acabado. Recuerdo que la última vez que estuve aquí, con la agente Jackman, usted me dijo claramente que en general intentaba escaparse de la oficina a media tarde para evitar los atascos de la hora punta.

—Si es que puedo —respondió Cropley—. No siempre lo logro.

—¿Cuántas veces lo logró en los últimos cuatro meses?

—No sé, no llevo la cuenta.

—Yo creo que recordaría algo así —dijo Templeton.

—Yo no soy usted.

—En eso tiene razón. —Templeton volvió a guardar la libreta en el bolsillo interno de la chaqueta—. Ahora debo irme. Gracias por su tiempo. No hace falta que me acompañen, conozco la salida.

Templeton se encaminó hacia la puerta, pero justo antes de abrirla, se giró.

—Sólo una pregunta más, señor Cropley. —El detective sacó otra vez su libreta, la consultó y frunció el ceño—. ¿Recuerda si la noche del viernes veinte de febrero, se detuvo en Newport Pagnell al regresar de Londres?

—No lo recuerdo.

—Sucede que alguien obligó a una joven llamada Paula Chandler a salirse de la carretera y luego intentó atacarla. No lo logró. Ella había

puesto el seguro de las puertas. Existe la posibilidad que la muchacha pueda identificar al atacante.

—¿Va a detenerme? —dijo Cropley.

—Por supuesto que no —dijo Templeton—. Sólo quería...

—Entonces váyase ahora mismo o llamo a mi abogado —exclamó Cropley poniéndose en pie y encarando a Templeton—. ¡Vamos, lárguese!

Por un instante Templeton pensó que Cropley le iba a golpear, pero sólo lo cogió por el hombro y lo condujo hacia la puerta. Templeton no opuso resistencia. Cuando el estruendo del portazo sonó a sus espaldas, el policía permaneció allí durante unos instantes, disfrutando del aire fresco y húmedo del crepúsculo. Había cesado de llover pero el cielo seguía cubierto y las calles brillaban. Hacia el oeste las colinas bajas no eran más que unas ondulaciones grises recortadas contra un fondo más oscuro. En las cercanías se oía el chisporroteo del agua, probablemente un arroyo. Un pájaro cantaba en uno de los árboles. «En general —se dijo Templeton—, esta entrevista ha salido mucho mejor que la anterior.»

Cuando estaba a punto de subirse al coche, notó un par de copos de la caspa de Cropley en la manga de su chaqueta. Estuvo a punto de quitárselos, pero tuvo una idea mejor. «Maldita sea —se dijo—, si Roger Cropley es el tipo que buscamos, esa Susan Browne va a llevarse todos los laureles.»

Annie se encontraba al otro lado de Euston Road, en medio del gentío apretujado, contenido por las barricadas. Toda la zona había sido cerrada al tránsito y también todas las salidas de la estación. El metro había sido clausurado. La gente salía en manada de las oficinas, tiendas y cafés cercanos para observar lo que ocurría desde una distancia prudente, pero su presencia sólo aumentaba la aglomeración. Annie empezó a sentirse incómoda, acorralada. Al otro lado de la calle, dentro de la estación propiamente dicha, policías con monos protectores iban y venían como sombras. Las palabras que más sonaban en boca de todos eran «terroristas», «amenaza de bomba» y «en Londres esto pasa constantemente». Annie preguntó a uno de los agentes encargado de controlar el

gentío cuánto tardarían en volver a funcionar los trenes; el agente no supo qué contestarle. Todo lo que le dijo fue que podían tardar un par de horas o incluso más. Annie sintió que su viaje a casa se le escurría entre los dedos. Si llegaba a última hora, no tenía sentido hacer el trayecto.

Esquivando por un pelo uno de los muchos paraguas abiertos, que casi le saca un ojo, atravesó la multitud. Con tal de alejarse de la muchedumbre, a Annie no le importaba adónde se dirigía. Finalmente salió de Euston Road, se orientó y fue serpenteando por los callejones hacia Bloomsbury.

Al llegar a Russel Square recordó el pequeño hotel donde ella y Banks se hospedaron años antes, cuando su relación empezaba y aparentemente tenían por delante un gran futuro. Pero sola no iba a alojarse allí, sería demasiado deprimente. Regresaría a su despersonalizado y moderno hotel de cadena, que seguramente tendría una habitación disponible, quizás hasta la misma que acababa de desalojar. Aunque eran todas tan parecidas que daba igual.

Si tenía que quedarse por fuerza en Londres otra noche, que así fuera. Sacó el móvil y telefoneó a Brooke. Éste ya le había enviado a Eastvale el fax del retrato robot, pero dijo que se lo volvería a enviar al hotel de inmediato. Acto seguido Annie telefoneó al hotel, reservó una habitación y les dijo que recibirían un fax. Ellos le aseguraron que se encargarían de todo.

Y por la noche, visitaría a la doctora Lukas en su casa. Pero antes se iría de compras a Oxford Street: no iba a pasar otra noche en Londres sin ropa limpia. La terapia de tiendas le quitaría las penas que la habían calado tanto como la lluvia.

A las cinco de la tarde, el pub de Frith Street ya estaba hasta los topes. Burgess había llegado antes que Banks y ocupaba una mesa pequeña en el rincón más alejado. Al ver a Banks alzó su vaso de pinta vacío. Banks fue a la barra y pagó un zumo de naranja y otra pinta de cerveza rubia para Burgess.

—¿No bebes? —dijo Burgess cuando Banks finalmente acabó de atravesar el tumulto con las bebidas.

—Ahora mismo no —dijo Banks—. Dime, ¿por qué siempre tenemos que encontrarnos en un pub? Creo que nunca he visto tus oficinas. De hecho, me cuesta creer que existan.

—Jamás te permitirían entrar y, si lo hicieran, lo más probable es que después te liquidaran. Estos sitios nos van mejor y nos convienen a todos.

—¿Te avergüenzas de mí o algo así?

Burgess rió pero enseguida se puso serio.

—¿Qué tal lo llevas?

—Podría ser peor. No sé... Roy y yo nunca fuimos íntimos, pero aun así siento como si hubiera muerto una parte de mí.

—Llevaba tu misma sangre —dijo Burgess.

—Eso me dicen todos. Supongo que me lo arrebataron cuando empezaba a conocerlo.

—Una hermana mía murió hace un par de años —dijo Burgess—. Vivía en Sudáfrica y no la veía desde que éramos crios. La asaltaron y le pegaron un tiro. Me sentía igual que tú ahora, no pude dejar de pensar en ella durante mucho tiempo. En cómo debió de sentirse sabiendo que iba a morir... En fin, fue rápido.

—Lo de Roy también.

—Es que para eso no hay como una bala. Dime, ¿en qué andas?

Banks le contó lo de los dos hombres que lo habían seguido por la autovía y el disparo simulado por la ventanilla.

—¿Y qué hiciste?

—Estuve a punto de dar la vuelta; pero probablemente es lo que querían que hiciera. En cambio, llamé a la policía de Peterborough y les dije que estuvieran atentos. Me dijeron que pondrían vigilancia en el barrio.

—¿Hay algo que pueda hacer?

—¿Todavía puedes conseguir que identifiquen una matrícula?

—Eso es pan comido.

Banks le dictó la matrícula del Vectra.

—Ya sabrás que será un coche robado, ¿verdad? —dijo Burgess.

—Los detalles cuentan —respondió Banks— y a veces se cometen pequeños errores.

—Es cierto.

—¿Has oído hablar de Berger-Lennox?

—¿Algún electrodoméstico?

—Un centro privado de planificación familiar. Se ocupan de todo: abortos, adopciones y lo que se te ocurra.

—Pues no, nunca había oído hablar. No es mi clase de sitio, ¿no crees?

—Supongo que no. Pero Roy era uno de los accionistas y Jennifer Clewes también trabajaba allí, en la administración.

—Suena interesante, pero sigo sin saber nada. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Averiguar quién mató a Roy y por qué.

—¿Por qué será que no me sorprende? Así que el hombre murciélago cabalga de nuevo...

—¿No estás mezclando las metáforas?

—Probablemente. Oye, supongo que no servirá de nada recomendarte que lo dejes en manos de la policía local.

—No.

—Ya me lo figuraba. ¿Qué quieres de mí?

—La última vez me contaste algo sobre el pasado turbio de Roy.

—¿Te refieres al asunto de las armas?

—Efectivamente.

—Eso sucedió hace años. Ya te he dicho que, por lo que sabemos, tu hermano se mantuvo alejado de ese tipo de asuntos. Es agua pasada.

—Entonces, ¿por qué está muerto?

—Hay gente muy maja que acaba muerta.

Burgess encendió un purito Tom Thumb para colaborar viciando el aire del local.

—¿Todavía no sabes quién es el tipo que estaba sentado junto a Lambert en el café? —preguntó Banks.

—No, pero sigo trabajando en ello y créeme, me interesa tanto como a ti saber de quién se trata. La fotografía tiene que seguir su curso. Pero hay un inconveniente: en esta época del año muchos están de vacaciones y los de nuestra quinta ya se han jubilado. Ten paciencia. Recuerda que no estás tratando con la policía de barrio. Te prometo que serás uno de los primeros en enterarte.

—Cuéntame algo más sobre Gareth Lambert.

—Ya te he contado todo lo que sé. Era socio de tu hermano, encantador en la superficie pero un cabrón puro y duro. Como te dije, me recuerda a Harry Lime. ¿Supongo que habrás visto *El tercer hombre*?

—Es una de mis películas preferidas. Oye, según Julian Harwood, Lambert estuvo viviendo en España.

—Vaya, vaya, sí que has estado ocupado.

—¿Por qué iba a querer volver?

—Se habrá cansado de comer paella. Se casó con una actriz española guapísima, de las que se merecen un desplegable. Además, Inglaterra está de moda, ¿o no lo sabías? Madonna, Gwyneth Paltrow, Liv Tyler y toda la pesca. Todo el mundo quiere vivir aquí. En cualquier caso, Lambert ha vuelto y ahora se dedica al turismo.

—¿Legítimamente?

—No he dicho eso, pero no tenemos pruebas de lo contrario. Como te dije, Lambert es escurridizo. No está fichado y nunca ha sido detenido, por lo menos no en Gran Bretaña... por ahora. El tipo siempre va un paso por delante. ¿Seguro que no te apetece una bebida de verdad?

—No, gracias. Quiero tener la mente despejada.

—¿Por qué?

—Por Roy.

—Vale.

Burgess se dirigió a la barra y pagó otra pinta. Banks notó que el pub empezaba a llenarse todavía más con los empleados que acababan de salir de sus oficinas. Había visto un letrero fuera que anunciaba cerveza de barril «de elaboración artesanal»; quizás era eso lo que los atraía. Los recién llegados tenían que permanecer de pie y el mogollón que se formó en la barra tenía tres filas de profundidad. Algunos aprovecharon que la lluvia había amainado y fueron a beber al exterior, pero el cielo empezaba a oscurecerse de nuevo y pronto todo el mundo volvería a entrar corriendo. Burgess a duras penas consiguió atravesar aquel mar de cuerpos y volver a su taburete sin derramar una sola gota.

—¿Hay alguna otra pista sobre el asesinato de Roy? —preguntó.

—No lo sé —dijo Banks—. Luego hablaré con Annie Cabbot y me enteraré de cómo va la investigación del inspector Brooke.

—¿Te sigues cepillando a la encantadora inspectora Cabbot o has buscado nuevos horizontes?

Banks ignoró el comentario. Burgess siempre andaba picándolo para ver cómo reaccionaba. Normalmente lo conseguía, pero no esta vez.

—Dime una cosa —continuó Banks—. ¿Crees sinceramente que Roy se ha involucrado con Lambert en otro asunto deshonesto?

—Todo es posible. Lo que te he dicho es que no tenemos conocimiento de ello. Si estaban metidos en algo era una operación muy discreta. Estos tipos son profesionales... Por lo menos, Lambert lo es.

—Si esa operación realmente existiese, ¿estarías tú al corriente?

—Si fuera lo suficientemente grande y peligrosa, probablemente sí. Nos pasamos mucho tiempo observando y pensando, pero no somos omniscientes. Estamos enterados de casi todo lo que ocurre, no de todo. Además, ya no me ocupo de ello. Si mis fuentes están en lo cierto, y suelen estarlo, hace muy poco tiempo que Lambert ha vuelto, como mucho un par de meses. Así que, si se está cociendo algo, o es muy reciente o es internacional, algo que ya llevaba funcionando desde que estaba en España. Déjame preguntar por aquí y por allí, todavía tengo algunos contactos. Hay un tipo de Interpol, Dieter Ganz, que está interesado en este tema. Si puedo contactar con él, veré lo que puedo hacer.

—Quiero saber dónde vive Lambert.

—Me preguntaba cuándo ibas a pedírmelo.

—Si no hubiese tenido que ocuparme de mis padres, te lo hubiera preguntado mucho antes. ¿Me lo vas a decir?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Acabarías averiguándolo de todos modos. —Burgess le dio una dirección en el barrio de Chelsea—. Y también tiene una casa en el campo, pero no sé dónde está exactamente. Allí vive su mujer. Cuando está en la ciudad, su segunda residencia es el apartamento. Sigue viajando bastante y opera desde un despacho sobre una tintorería de Edgeware Road, a

la altura de Marble Arch. Pero vigílalo de cerca, Banks. Es escurridizo, igual que Harry Lime.

—Dime una cosa —preguntó Banks después de acabar su zumo de naranja—. Al principio finges resistirte, pero al final siempre me dices lo que necesito saber. ¿Por qué?

—Porque me entretiene —dijo Burgess—. Me caes bien y me gusta ver cómo trabajas. Me interesa. Cada vez te pareces más al Burgess que yo solía ser. Si algo se te mete entre ceja y ceja, vas a por ello, y a la mierda las consecuencias. Y si hace falta, a la mierda la ley.

—¿El que solías ser?

Burgess dio un sorbo a su cerveza.

—Me he calmado, Banksy. Me he hecho mayor.

—Y una mierda.

—Es cierto. Y además... pues digamos que los intereses del inspector Brooke y los míos no siempre coinciden. Brooke es un burócrata y sé de sobra cómo trabajan esos tipos: cero imaginación, cero amplitud de miras, sólo le interesan los resultados a corto plazo y que le estampen un aprobado en el boletín de calificaciones con vistas al siguiente ascenso.

—¿Y tú qué?

—A mí me interesa más el panorama total, la mirada a largo plazo. Y me gusta enterarme de lo que se cuece, al fin y al cabo mi especialidad ahora mismo es la información. Pero ya no estoy tanto en la calle.

—¿Lo echas de menos?

Burgess desvió la mirada.

—A veces. —Rió y alzó la copa—. Y ahora ahueca... y buena suerte con Lambert.

Había empezado a llover de nuevo y Banks tuvo que enfrentarse al torrente de oficinistas que volvían a entrar en el local. Una vez fuera se cobijó bajo un portal, sacó el móvil y marcó el número de Annie. Después del cuarto tono, ella atendió.

—Hola, Annie. Soy Alan.

—¿Dónde estás? He intentado hablar contigo desde que me enteré... Alan, siento mucho lo de tu hermano.

—Gracias, de verdad. Acabo de regresar a Londres. ¿Dónde estás

tú?

—En este preciso momento estoy en Selfridges, en uno de los probadores. Quizá no te has enterado, pero han cerrado la estación de King's Cross por una amenaza de bomba. El caso es que estoy varada aquí otra noche más y necesito ropa limpia. Estoy a punto de regresar al hotel. Oye, Alan, tenemos que volver a vernos y hablar. Han sucedido muchas cosas.

—Lo sé, pero va a tener que esperar. Contéstame a un par de preguntas rápidas. ¿Han hablado los muchachos de Brooke con Gareth Lambert?

—Creo que no —repuso Annie—. La última vez que hablé con Dave, no pareció muy interesado en Lambert. Están concentrándose en un par de delincuentes locales: Oliver Drummond y William Gilmore. Sus nombres aparecen en la correspondencia comercial y en los registros de llamadas de tu hermano.

Banks recordó haber visto los nombres, pero no significaban nada para él.

Annie le contó la visita a Alf Seaton esa misma mañana, además de lo que había ocurrido con el Ford Mondeo y la descripción del tipo de la coleta. De inmediato, Banks comprendió que era uno de los hombres que lo habían perseguido al salir de Peterborough: el tipo que simuló dispararle.

—Y hay algo más que deberías saber —dijo Annie—. Parece que la novia de tu hermano se hizo practicar un aborto y lo gestionó el Centro Berger-Lennox. Así fue como Roy conoció a Jennifer Clewes.

—Vaya —dijo Banks—. ¿Te refieres a Corinne?

—¿Es que tenía más novias?

—Probablemente —dijo Banks—. Pero ella era la más reciente, la anterior a Jennifer. Gracias por la información.

—¿Podemos vernos? Deberíamos sentarnos a hablar de todo esto.

—Quizá mañana. ¿Desayunamos? —dijo Banks—. Todavía tengo que hablar con un par de personas. ¿Qué te parece si te llamo cuando haya acabado?

Antes de que ella pudiera oponerse, Banks ya había colgado.

La lluvia caía a cántaros y Banks sólo llevaba puesto su impermeable ligero. Así que se plantó allí, en el portal de una

zapatería cerrada, a observar el ir y venir de la gente en medio de las ráfagas de lluvia. En cuanto pudo se asomó y salió a toda prisa hacia la estación de metro de Tottenham Court Road.

13

Eran poco más de las siete de la tarde y Annie se encontraba ante el portal de la casa de Alex Lucas, en Belsize Park.

—¿Cómo ha conseguido mi dirección? —preguntó la doctora—. No figuro en el listín telefónico.

—Tenemos nuestras fuentes —respondió.

Durante el rápido —y por lo demás, inútil registro— que había llevado a cabo en el despacho de Jennifer Clewes, Annie había echado un vistazo a los archivos de personal.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué es lo que quiere? Todavía no vivimos en un estado policial, ¿o sí?

—No desde la última vez que lo comprobé —dijo Annie—. Pero está lloviendo a mares.

La doctora Lukas quitó el pasador con cadena y dio un paso atrás. Annie plegó su paraguas, se quitó el abrigo y lo colgó en un perchero de pie. La doctora la condujo por un alfombrado grueso hasta un acogedor y cómodo salón. Las cortinas estaban abiertas y la lluvia chorreaba por los cristales de las ventanas. En la radio sonaba a bajo volumen un concierto para orquesta. Lukas se excusó unos minutos y subió las escaleras que llevaban a la primera planta. Mientras esperaba, Annie estudió la sala.

De la pared colgaban obras de arte aparentemente originales: en su mayoría expresionistas abstractos y cubistas. En todas las superficies horizontales, en cambio, descansaban adornos varios y fotografías enmarcadas. La librería, de madera oscura, exhibía una nutrida selección de coloridos lomos, ninguno de medicina. Novelas de Tolstói y Dostoievski en su mayoría. También había algo de poesía de Mandelstam, Ajnatova, Yevtushenko y Tsvietaieva, y unas pocas biografías, Shostakovich, Gorbachov, Pasternak. Por el tipo de caracteres, Annie dedujo que algunos de ellos estaban en ruso. Teniendo en cuenta el acento y la *matryoshka* —la muñequita de madera que alojaba otras tantas muñequitas iguales— a Annie no le

costó mucho deducir que la doctora Lukas provenía de Rusia o de alguna república de la ex Unión Soviética.

Junto a la muñeca de madera había una fotografía en blanco y negro. Annie se acercó para examinarla con más detalle: era una familia reunida en una zona boscosa: padre, madre y tres niños. Todos llevaban abrigos y ninguno de ellos sonreía. Tenían esa mirada dura debida a la escasez de comida en la mesa y de carbón en la chimenea. Junto a ella había otra más reciente y en color, Annie supuso que serían los padres de Lukas. En esta última instantánea, una pareja mayor, de cara al sol y frente a un gran lago, sonreía a la cámara.

—Estaban de vacaciones —dijo la doctora Lukas, que estaba detrás de Annie.

—Lo siento, no era mi intención entrometerme —dijo Annie—. ¿Son sus padres?

—Sí. La foto es de hace dos años.

—Entonces, ¿usted es rusa?

—Ucraniana, de la ciudad de Lvov. Se encuentra al oeste del país, cerca de la frontera con Polonia. ¿La conoce?

—No, lo siento —respondió Annie, que no tenía ni idea de geografía.

—No importa.

Annie señaló de nuevo hacia la fotografía.

—¿Todavía viven allí?

La doctora Lukas hizo una pausa y luego profirió un «sí» indeciso.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Trece años. Tenía veinticinco cuando la Unión Soviética se desintegró. Tuve suerte y me admitieron en la Facultad de Medicina de Edimburgo. Ya había empezado a ejercer la medicina en Lvov, por supuesto, pero en este país no me validaban el título. ¿Tiene idea de cuántos médicos diplomados en el exterior se ganan la vida llevando pasajeros en coches particulares y trabajando en restaurantes?

—No —dijo Annie.

—Es una pena —dijo la doctora Lukas con un deje de fatalismo en la voz—. Un terrible desperdicio.

—No tiene usted un acento muy fuerte.

—Me esforcé mucho para quitármelo, en este país un acento extranjero no es una ventaja. Pero todo esto no viene al caso. ¿Por qué ha venido a verme?

Annie se percató de que la doctora Lukas estaba sentada en el borde mismo del sillón. Estaba incómoda, tensa y encorvada hacia delante, con las manos cruzadas sobre el regazo. Llevaba puestos unos vaqueros desteñidos y una camisa sport blanca de hombre. Iba sin maquillaje y tenía el mismo aspecto cansado que cuando estaba en su despacho.

—Tiene razón, no he venido a hacer una visita social —dijo Annie. Luego hizo una pausa y buscó el modo de arrancar—. Verá, en una investigación de asesinato la gente suele ocultar cosas, disimular la verdad. No porque sean culpables, sino porque han cometido algún delito y temen que nosotros lo descubramos y los procesemos. ¿Me comprende?

—La estoy escuchando.

—Cuando ocurre eso, nuestro trabajo, que ya es difícil de por sí, se vuelve todavía más difícil. Si no podemos saber qué es importante y qué no lo es, ¿cómo vamos a concentrar nuestros esfuerzos en la línea de investigación escogida?

—Todo trabajo tiene sus dificultades —dijo la doctora Lukas—. El mío también. No entiendo por qué me está contando lo difícil que es el suyo.

—Pensé que si usted lo entendía, entraría en razón y me diría la verdad.

—¿Perdón?

—Ya me ha oído.

—Pero no sé si la he oído bien, ¿insinúa que he mentido?

—Estoy diciendo que quizá me oculta algo porque cree que la puede perjudicar. No creo que me mienta, más bien me esconde la verdad. Ahora bien, puede que sea o no algo importante, puede que no le resulte importante a usted, pero quiero saber qué es. Además, creo que a usted le apetece confiármelo.

—¿Y por qué cree eso?

—En mi oficio uno llega a conocer a las personas. Creo que usted es decente y también creo que está bajo una presión tremenda. Es

posible que sea simplemente una consecuencia de su trabajo, pero también puede deberse a problemas personales que tengan poco o nada que ver con lo que me ha traído aquí. Pero tengo la sensación de que hay algo más y de que está relacionado con esta investigación.

—Entiendo —la doctora Lukas se puso de pie, se dirigió al mueble-bar y sacó un vaso bajo y una botella de Southern Comfort—. Me parece que necesito una copa, ¿y usted?

—No, gracias.

—Como guste.

Se sirvió una buena cantidad y volvió a sentarse. Esta vez se acomodó en el sillón de forma algo más relajada y aflojó la tensión que le creaba arrugas en la frente y en torno a los ojos y la boca. El concierto acabó y el público de la radio aplaudió antes de que el locutor hiciera su entrada. La doctora Lukas apagó el aparato, tomó un sorbo de Southern Comfort y miró a su visitante, estudiándola con sus serios ojos marrones. Annie tuvo la impresión de que la doctora intentaba decidirse y comprendió que si acababa averiguando algo probablemente sería una verdad a medias, como a menudo solía ocurrir.

El reloj hacía tictac, la lluvia golpeteaba contra la ventana y la doctora seguía pensando y dando sorbos. Finalmente, cuando Annie ya no soportaba más, la doctora Lukas dijo:

—Tiene razón.

—¿En qué?

—En que la gente no revela la verdad. ¿Cree que no ocurre también en mi profesión? La gente me miente constantemente, sobre cuánto beben, si fuman, sobre las drogas que toman, sobre la frecuencia con que hacen ejercicio... Como si por mentir fueran a volverse más sanos. Pero yo no he hecho nada malo.

—A veces uno usa una vara distinta para medirse a sí mismo —dijo Annie—. Quizás usted cree que no ha hecho nada moral o éticamente malo, pero pudo haber quebrantado la ley. O viceversa.

La doctora Lukas esbozó una sonrisa fugaz.

—Ha diferenciado usted un matiz muy sutil.

—No busco prohibirle el ejercicio de su profesión.

—Me alegro.

—Pero sí quiero la verdad. ¿Quiénes son las chicas tardías?

Antes de contestar, la doctora Lukas dio otro par de sorbos a su Southern Comfort y acarició el borde de su vaso con el dedo.

—Es muy sencillo, la verdad —dijo—. Son las chicas que llegan tarde al centro.

—¿En qué sentido? ¿En que sus embarazos se han retrasado?

—No. Ahí se equivoca.

—Será porque no me ha indicado la dirección correcta. Esto no es un juego de adivinanzas.

—Se lo estoy diciendo. No se han practicado intervenciones quirúrgicas a ninguna joven después del límite legal de la vigésimo cuarta semana.

—Muy bien —dijo Annie—. Entonces, ¿de qué se trata?

—De chicas que llegan tarde al centro. Después del horario normal... por la noche.

—¿Cuando usted se queda a trabajar?

—Suelo tener mucho papeleo. No se lo creería, incluso un médico tiene... tengo que hacerlo.

—Entonces, ¿por qué llegan estas chicas después del horario normal?

—¿Por qué cree usted?

—Porque quieren sortear el sistema por alguna razón. ¿Usted las ayuda?

—En su mayoría son prostitutas, muchas son inmigrantes ilegales o refugiadas en busca de asilo. Esas chicas no pueden ir a la Seguridad Social y no pueden pagar nuestros honorarios.

—Entonces, ¿es trabajo *ad honorem*?

—Podría llamarlo así.

—¿Qué es lo que hace por ellas exactamente?

—Me ocupo de los formularios, de los papeles que hacen falta para que les hagan un aborto, si eso es lo que quieren. Y si hace falta la firma de otro médico, hablo con alguien de otra de las clínicas. No me hacen demasiadas preguntas. Es muy sencillo y no hace daño a nadie.

—¿Realiza usted los abortos?

—No. Los hacen en otros sitios, en una de las otras clínicas.

—¿Y qué hace usted?

—Las examino, me aseguro de que estén bien de salud. Hay que considerar que están expuestas a enfermedades venéreas y por supuesto al sida. Algunas chicas tienen problemas de alcoholismo y drogadicción. Si sobrevivieran, muchos de esos fetos nacerían con deficiencias físicas graves.

—¿Les suministra drogas?

La doctora Lukas miró a Annie a los ojos.

—No —dijo—. Con la vida que llevan entiendo por qué acaban drogándose, pero no les suministro nada. Seguramente no les resulta muy difícil obtenerla en otros sitios.

—Es decir, que si quisiéramos comparar las existencias de drogas con los registros del centro, ¿coincidirían?

—Creo que coincidirían. Pero si no coincidieran, no he sido yo quien se las ha estado llevando. Además, en el centro no tenemos necesidad del tipo de drogas a las que usted se refiere.

—¿Con qué frecuencia acuden a usted?

—No muy a menudo. Quizás una o dos veces al mes.

—¿Y por qué acuden a usted? ¿Quién les habla de usted?

—Muchas son de Europa del Este —dijo la doctora Lukas encogiéndose de hombros— y yo soy conocida en nuestra comunidad.

«Suena un poco impreciso —reflexionó Annie—, Europa del Este es una zona muy grande.» Pero lo dejó pasar. Ahora que la doctora Lukas estaba entusiasmada era mejor sacarle toda la información posible en vez de insistir en un detalle.

—¿Qué me dice de Jennifer Clewes? ¿Estaba enterada ella de todo esto?

—Sí.

—¿Cuándo se enteró?

—Lo sabía desde hace un par de meses. No me había dado cuenta de que ella también trabajaba hasta tarde en el centro. Creía que me quedaba sola, ya ha visto lo aislado que está mi despacho. Las chicas suelen tocar el timbre y yo bajo a abrirles. Pero esa vez,

Jennifer se me adelantó. Al principio no dijo nada, pero luego me preguntó qué estaba ocurriendo.

—¿Qué le dijo?

—Lo mismo que le acabo de decir a usted.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Se interesó. —La doctora Lukas agitó lo que quedaba de bebida en su vaso—. Jennifer era un ser humano realmente decente. Cuando le expliqué lo de las chicas y la situación en que se encontraban, que no tenían a quién acudir, lo comprendió.

—¿No se perturbó o inquietó?

—No. Se mostró un poco incómoda al principio, pero...

—Pero ¿qué?

—Ella era la administradora y me ayudó dándome protección. Hacía que se perdieran papeles y ese tipo de cosas. Le recomendé que no se lo contara a nadie, que no todo el mundo sería tan comprensivo.

—Creemos que se lo contó a su novio.

La doctora Lukas se encogió de hombros.

—Eso ya era una decisión de ella.

—Así que Jennifer se involucró.

—Así es. Las dos intentábamos ayudar a esas chicas desafortunadas. Entenderá que no venían muy a menudo... ni de forma regular. De haber tenido que pagar, no hubieran podido llegar hasta nosotras. Recuerde que no pueden entrar en la clínica de la Seguridad Social más cercana. ¿Qué cree que hubiera sido de ellas? ¿Cree que hoy día no hay tugurios donde todavía se hacen abortos con perchas oxidadas?

—¿Qué fue lo que salió mal entonces?

—Nada salió mal.

—Jennifer Clewes está muerta.

—Yo no sé nada de eso. Le he dicho lo que le ocultaba: quiénes son las chicas tardías y cómo y por qué las ayudaba. Le he contado el papel que desempeñó Jennifer en ello y no hay nada más. De vez en cuando una chica que necesitaba ayuda acudía a mí y yo se la daba. Eso es todo.

—¿Había alguien más que estuviera informado de ello?

—No. Al principio me encargaba yo sola, después se sumó Jennifer.

Ella era la única que se quedaba hasta tan tarde.

«Aquí hay gato encerrado», pensó Annie. Faltaban demasiadas piezas y las que estaban no encajaban como debían.

—¿Qué me dice de Carmen Petri? ¿Era ella una de las chicas tardías? ¿Por qué era tan especial?

La doctora Lukas se tensó de nuevo, las arrugas de su frente se profundizaron y su postura se volvió rígida.

—Ella era una de las chicas tardías, ¿verdad? —presionó Annie—. ¿Qué fue de ella?

—Ya le he dicho que nunca he oído ese nombre.

—¿Algo salió mal? ¿Fue eso lo que pasó?

—Le repito que no conozco a ninguna Carmen.

Annie extrajo el retrato robot que el dibujante de Brooke había obtenido de Alf Seaton.

—¿Reconoce a este hombre?

—No —respondió la doctora Lukas.

Pero Annie no podía asegurar que eso fuera verdad.

—Hace una semana, Jennifer fue vista abandonando la clínica con una joven. La persona que las vio dijo que la chica parecía embarazada. Las dos estaban hablando, pero entonces un hombre muy parecido a éste se acercó y la joven se marchó con él en un coche. ¿Sabe usted qué fue lo que ocurrió?

Annie hubiera jurado que la doctora Lukas palidecía por momentos.

—No —dijo la doctora Lukas—. Le he dicho que Jennifer también solía trabajar hasta tarde y veía a las chicas. A veces conversaba con ellas. Era una persona muy bondadosa y lo que le ocurrió es una tragedia.

—Lo es —contestó Annie poniéndose de pie para marcharse—. Y pienso averiguar qué hay detrás de esta tragedia, con o sin su ayuda.

—Por favor, usted no sabe...

—¿Qué es lo que no sé?

La doctora Lukas hizo una pausa y se frotó las manos.

—Por favor, le estoy diciendo la verdad.

—Creo que me está diciendo parte de la verdad, así que me iré y

dejaré que usted reflexione sobre la posición en que se encuentra. Cuando se haya decidido puede telefonearme a este número.

Annie garabateó su número de móvil en el dorso de su tarjeta y la dejó sobre la mesa de café.

—Y no se moleste, sé dónde está la salida.

«No se puede ganar siempre», pensó Banks, tras su viaje en vano a Chelsea; uno de los inconvenientes de las visitas sorpresa era que el destinatario de tu visita podía no estar. Eso fue lo que ocurrió en casa de Gareth Lambert aquella húmeda noche de martes, a pesar de que Banks se quedó merodeando en el portal de una tienda durante una hora. Burgess le había advertido que Lambert era escurridizo.

La humedad y la ropa calada hacían que el vagón de metro oliera a perro mojado, y Banks se alegró de tener que bajarse en Green Park para hacer trasbordo con la línea Piccadilly. El vagón siguiente estaba medio vacío y Banks pasó el corto trayecto leyendo la publicidad de los paneles e intentando adivinar el idioma del periódico que leía el pasajero que tenía enfrente. Las letras eran latinas, pero no correspondían a ningún idioma que reconociera. A veces, su propia ignorancia le desanimaba.

Empapado, llegó al apartamento de Corinne. Ella le dio una toalla para que se secara la cabeza, le hizo quitarse el impermeable y la chaqueta y colgó las prendas en el baño, bajo una estufa eléctrica, para que se secaran. Puesto que los pantalones mojados se le pegaban a muslos y espinillas, Banks pensó en secarlos también, pero quizá Corinne lo malinterpretara. Además, aunque fuese un interrogatorio amistoso, no sería muy elegante realizarlo en calzoncillos.

—¿Te apetece algo caliente?

—Té, si tienes. Sin leche ni azúcar —dijo Banks.

A pesar de la lluvia, o quizá debido a ella, la noche era pesada y bochornosa. Sobre el labio superior de Corinne se había formado una capa de sudor. Daba la impresión de que no había dormido bien últimamente, llevaba el pelo enmarañado y ojeras marcadas. Por lo visto, Roy tenía el poder de hacer que una mujer se sintiera así,

independientemente de lo mal que la hubiese tratado. ¿Qué diablos les hacía? A él, Sandra no le daba ni la hora. Y a Annie le faltaba tiempo para salir disparada si él sacaba un tema que no tocara. Banks también recordó la repugnancia que demostró Penny Cartwright ante la idea de salir a cenar con él. Hubiera aceptado la oferta al vuelo, si hubiera venido de Roy.

—Lamento no haber podido llegar antes —dijo Banks, con la taza de té en la mano—. Ya te imaginarás lo duro que ha sido.

—¿Has visto a tus padres? ¿Cómo se encuentran? Tu madre estuvo encantadora conmigo. No es que tu padre no lo fuera... pero tú ya me entiendes.

Banks recordó que el octubre anterior se había quedado estupefacto por el modo en que su madre se llevó a Corinne a la cocina para que la ayudase a preparar el banquete de cumpleaños. En cuestión de instantes estaban charlando como si se conocieran de toda la vida.

Al pensar en sus padres también le vino a la mente el mensaje del matón del Opel Vectra rojo: «Sabemos dónde viven tus padres». ¿Cómo lo habían averiguado? ¿Por Roy? El caso es que ese tipo de información no es difícil de obtener. Lo más probable es que lo hubieran seguido a él hasta Peterborough el día anterior, sin dejarse ver. Antes de que se hiciese tarde, telefonearía a su padre para asegurarse de que todo estaba en orden y luego a la policía de Peterborough para que apostaran a alguien allí. Si, como creía Annie, el tipo de la coleta había matado a Jennifer Clewes, entonces ni él ni sus amigos amenazaban en vano. Banks deseó poder enviar a sus padres lejos, pero sabía que nunca accederían, no en ese momento tan delicado.

—Lo llevan bien —respondió Banks finalmente—. Como te imaginarás, mi madre acusó el golpe mucho más. Mi padre intenta mantener el tipo, pero está empezando a flaquear.

—Ojalá lo superen. ¿Crees que debería telefonearles?

—Les haría bien, aunque mejor espera un par de días —dijo Banks, y dio un sorbo de té, un agradable y aromático Earl Grey. Luego se inclinó y dejó la taza y el platito sobre la mesa—. Verás, Corinne, seguramente esto no tiene nada que ver con Roy, pero en una

investigación de asesinato hay que comprobar todos los cabos sueltos.

—Entiendo.

—Hace un par de meses, en abril, fuiste con Roy al Centro Berger-Lennox...

Corinne desvió la mirada.

—Es verdad, fue por un asunto privado.

—No he venido a juzgar a ninguno de los dos. ¿De quién fue la idea?

—¿Qué idea?

—La de acudir al Centro Berger-Lennox.

—Fue idea de Roy. Él había invertido en el centro y lo había visitado con anterioridad para ver qué tal era. Dijo que era un sitio serio.

Es decir, que a esas alturas Roy ya había conocido, o al menos visto, a Jennifer Clewes en una visita anterior.

—¿Y estaba en lo cierto?

—Me trataron bien.

—La recepcionista te tomó por la hija de Roy—dijo Banks.

—Pues yo usé mi nombre, en ningún momento intenté disimular nada.

—En la actualidad, hay muchas razones por las que una chica no lleva el apellido del padre.

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿te hiciste la intervención?

En ese momento, Corinne le clavó la mirada.

—Sí, aborté. ¿Estás conforme?

—Supongo que estabas segura de que el bebé era de Roy...

—Sí, por supuesto. ¿Qué clase de mujer crees que soy?

—¿Por qué no quisiste tenerlo?

—No... no me sentía preparada.

—¿Y Roy?

—Él ya había dejado claro que no le interesaba y tampoco estaba demasiado interesado en mí. Seguramente creyó que no lo había visto ligando con la pelirroja aquella de la sala de recepción. Pero me di cuenta.

—¿Con Jennifer Clewes?

Corinne se llevó la mano a la boca.

—Dios mío, ¿era ella la chica que mataron? Lo leí en los periódicos. ¿Qué fue lo que pasó?

—Roy la conoció en el centro. Quizás ahora entiendas por qué estoy haciéndote todas estas preguntas. En este caso hay demasiadas conexiones y similitudes, pero falta una pieza.

—No creo que pueda ayudarte. Entiéndeme, lo vi hablar con ella, pero Roy siempre se comportaba así, flirteaba con todas las mujeres. Sabía que seguramente había otra chica, pero, como suele pasarme, no até cabos. Es la historia de mi vida.

—No tenías por qué. Entonces, ¿te enteraste de que estabas embarazada cuando tú y Roy os estabais separando?

—Sucedió en el peor momento posible —rió amargamente Corinne —. Como ocurren siempre estas cosas.

—Entonces lo discutisteis y decidisteis que lo lógico era abortar...

—Así es. Mira, es imposible que esto haya tenido que ver con la muerte de Roy. Fue un asunto privado. ¿No estarás sugiriendo que lo maté porque tuve que hacerme un aborto y él consiguió una novia nueva?

—Por supuesto que no —dijo Banks, a quien la idea se le había pasado por la cabeza.

El rechazo y los celos, unidos al trauma de un aborto, podían convertirse en un cóctel letal. Banks estaba seguro de que Corinne no habría podido matar a Roy ella misma, pero quizá tenía el dinero y los contactos para dar con un asesino. Después de todo, era contable y sus clientes, gente del espectáculo, y la farándula estaba llena de maleantes y de celebridades encantadas de codearse con ellos. Pero Banks descartó la idea con la misma velocidad con la que se le ocurrió. Los amantes despechados solían optar por métodos más directos; cualquier policía que haya respondido a una rencilla doméstica puede confirmarlo.

—¿Roy estaba tirándole los tejos a su siguiente novia mientras tú estabas en el despacho de la doctora? —preguntó Banks—. ¿Cómo te hace sentir algo así?

Los ojos de Corinne se llenaron de lágrimas.

—¿Cómo crees que me hace sentir? —respondió ella—. Siempre fue

un cabrón, pero estaba enamorada de él.

Y entonces fue imposible detenerla. El dique estalló y el torrente lo inundó todo. Banks cruzó la sala, se sentó en el sofá junto a Corinne y la rodeó con sus brazos. Ella se abrazó a él, enterró su cabeza en el hombro empapado de Banks y rompió a llorar desconsoladamente. Él la consoló y le acarició el pelo. Después de varios minutos ella se soltó suavemente de su abrazo. Banks volvió a su sillón y cogió su taza de té. Ya estaba tibia, pero era algo tras lo que parapetarse tras esa embarazosa explosión emocional. Su mano temblorosa no paraba de hacer tintinear la taza en el platito.

Corinne se levantó y fue a buscar pañuelos de papel.

—Perdona la escena —le dijo a Banks—. Es la primera vez que... Es algo que me venía guardando desde hace mucho tiempo. Ya me siento mejor.

—Me alegro —dijo Banks—. Y perdóname si fui cortante o grosero.

—Debe de ser muy frustrante para ti —afirmó Corinne—. Sé que no teníais una relación muy íntima, pero debes de sentirte... al fin y al cabo era tu hermano.

—Esta pregunta quizá te suene extraña —dijo él— pero, ¿te contó Roy alguna vez que había presenciado el ataque a las Torres Gemelas?

—Sí —contestó Corinne—. Todavía no lo conocía, pero me dijo que eso lo había destrozado. Sufrió pesadillas durante meses. No quiero ni imaginarme lo que debió de ser ver aquello.

—¿Alguna vez hablabais de religión o de asuntos espirituales?

—La verdad es que no. Verás, sé que los domingos iba a la iglesia y me dijo que el párroco local le caía bien. Pero eso no interfería en absoluto con nuestras vidas.

—¿A ti no te interesan los asuntos espirituales?

—Por supuesto que sí, pero sólo hasta donde puedo comprenderlos. Aunque no creo en la religión organizada. Mira el sufrimiento y los derramamientos de sangre que ha causado a lo largo de la historia y los que causa todavía.

—¿Alguna vez discutisteis sobre este tema?

—Sí. Pero como suele ocurrir cuando hablas de asuntos como éstos, siempre llegábamos a un punto muerto. Él decía que la

religión era sólo la excusa, que era la humanidad misma la que causaba los derramamientos de sangre y el sufrimiento. Entonces yo le decía que Dios debía de ser bastante malvado si a pesar de ser todopoderoso permitía que eso siguiera ocurriendo. Al final aprendimos a evitar el tema. Entiéndeme, ¿cómo se sale de esa encrucijada?

«Es cierto, ¿cómo se sale?», se preguntó Banks, que a lo largo de su vida se había metido en un par de discusiones similares.

—Por si crees que era un fanático, te diré que nunca insistió, ni a mí ni a nadie, para que compartiese su punto de vista —remató Corinne—. Para él era un tema privado. Y obviamente no lo utilizó como argumento para convencerme de que no abortara.

—Sólo me preguntaba cuánta importancia tenía la religión en su vida, sólo eso.

—Como te he dicho, iba a la iglesia los domingos y de vez en cuando tenía una charla filosófica con el pastor.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Alguna vez mencionó a un viejo amigo llamado Gareth Lambert?

—Sí, recuerdo haberle oído mencionar ese nombre.

—¿Llegaste a conocerlo?

Corinne sacó un pañuelo de papel y se sonó. Cuando acabó, su nariz estaba en carne viva.

—No, pero he oído su nombre.

—¿Recuerdas el contexto?

—Roy sólo se refirió a un viejo amigo que acababa de volver al país. Hacía mucho tiempo que no se veían.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de meses, más o menos cuando aborté. Dijo que iba a encontrarse con Lambert para tomar una copa en un club privado del que eran miembros, uno que está sobre The Strand. Que iban a hablar de los viejos tiempos y de la posibilidad de hacer negocios juntos. Roy siempre estaba atento a cualquier oportunidad. Sin embargo, yo sospeché. Le pregunté con quién iba a salir y me contestó eso. Pero no le creí.

—¿Fue Roy a tomar esa copa finalmente?

—Sí.

—¿Recuerdas el nombre del club privado?

—No, lo siento.

—Pues si te sirve de consuelo, es muy probable que te estuviera diciendo la verdad. ¿Te mencionó algo al respecto después?

—La verdad es que no. Como siempre fue muy impreciso. Además, estaba un poco achispado. Sólo dijo que había pasado un rato interesante. Llegó entusiasmado porque se le habían presentado posibilidades de nuevos negocios.

—¿Mencionó cuáles?

—No —dijo Corinne—. No lo precisó.

«Entonces se trataba de algo turbio», pensó Banks. Probablemente no fueran armas, pero si andaba metido Lambert debía de ser algo deshonesto. El inspector ya no tenía más preguntas que hacerle a Corinne pero decidió quedarse un rato a hacerle compañía y hablar de Roy. Ya eran más de las nueve; había sido un día largo y sentía un cansancio agradable. Telefonearía a sus padres, a la policía de Peterborough. Y a Annie le propondría encontrarse por la mañana, si le venía bien.

Como si le hubiera leído la mente, Corinne le dijo:

—Oye, tengo un vino blanco delicioso en la nevera. Y si no te gusta el blanco también tengo tinto. No me apetece beber sola, no me apetece quedarme sola ahora mismo. ¿Me harías compañía un rato más? Si no tienes que ir a ninguna parte, quiero decir. ¿Dónde te alojas?

Banks cayó en la cuenta de que se le había pasado completamente por alto. El incidente en la carretera le había hecho olvidar de repente de los detalles prácticos y había llegado a Londres sin hacer ninguna reserva. Siempre podía recalar en casa de Roy y todavía tenía la llave, pero era probable que la policía no hubiese acabado su trabajo.

—En ninguna parte —dijo—. Había pensado ir a algún hotel.

Corinne desvió la mirada y se sonrojó ligeramente.

—Si quieres puedes quedarte aquí. Tengo una habitación de huéspedes preparada.

La idea hizo que Banks se pusiera nervioso. Sabía que la oferta era completamente inocente. La pobre Corinne estaba sola y destrozada,

y Banks tenía tantas ganas de sexo con ella como con su propia hermana, si la tuviera. Por otra parte, Corinne era una mujer joven muy atractiva y él, después de todo, era sólo un hombre. ¿Qué sucedería si ella rompía a llorar en mitad de la noche y si él acudía a consolarla y la descubría desnuda bajo las sábanas? ¿Qué harían entonces?

Pero lo que acabó por decidirle fue que en ese preciso instante estaba tan cansado que apenas podía levantarse del sillón y mucho menos salir a recorrer las calles mojadas en busca de un hotel barato. Así que contestó:

—Gracias. Es muy amable de tu parte. Me viene fantásticamente. Y si no te molesta, prefiero tinto.

14

El miércoles por la mañana Annie se despertó temprano, abrió las cortinas y se alegró de ver el sol brillando de nuevo y un cielo azul como el huevo de un petirrojo. Hizo veinte minutos de meditación y una breve sesión de yoga —diez saludos al sol, la cobra, el saltamontes y el pavo real—, luego se puso sus pantalones nuevos de algodón blanco, una camiseta roja de manga corta y una cazadora tejana ligera y, con su ondulada melena castaña todavía mojada de la ducha, bajó al restaurante a desayunar con Banks.

La meditación y el yoga no la relajaron tanto como hubiese deseado. No podía evitar sentirse ansiosa y tensa ante la perspectiva de volver a ver a Banks, especialmente después de que éste la llamara la noche anterior y pospusiera la cita con tanta indiferencia. El último encuentro había ido bastante bien, pero no había resuelto nada y Annie seguía teniendo demasiadas preguntas e inseguridades.

Y también le molestaban los artículos del diario de la mañana, le traían a la memoria demasiados malos recuerdos. El periodista intentaba relacionar el incendio en casa de Banks con la muerte del hermano y había sacado a relucir todo el asunto de Phil Keane y de su novia, la desafortunada policía. ¿Cómo habían conseguido averiguarlo? Annie no lo sabía, pero siempre había alguien que filtraba información a la prensa.

Cuando vio a Banks sentado cómodamente frente a una mesa con mantel tomando café, Annie se dijo que su compañero no tenía tan mal aspecto. De hecho, hacía mucho tiempo que no veía en el hombre que tenía delante suyo al Banks que había conocido. Todo lo que le faltaba a su compañero era un buen corte de pelo y un par de noches de descanso para quitarse las ojeras. Y ropa limpia quizá. La palidez había desaparecido y en lugar de esa languidez exasperante su cuerpo había recobrado cierta tensión nerviosa. Annie también notó un brillo en sus ojos azules que hacía tiempo que no veía. Quizá la muerte de su hermano le había hecho ver lo afortunado que

era. O quizá, sencillamente, le había hecho involucrarse y volverse a sentir útil. Porque lo cierto era que, oficialmente o no, Banks estaba tomando parte en el caso.

Annie tomó asiento y percibió que Banks exudaba un aroma muy tenue al clásico Old Spice. A ella le gustaba aquel perfume, lo recordaba de la época en la que estaban juntos. Necesitó un tiempo para tirar la barra de desodorante que él había dejado en el botiquín del baño, junto con la maquinilla de afeitar, la espuma de afeitar y el cepillo de dientes. Pero al final consiguió hacerlo.

—¿Qué anduviste haciendo anoche que no podías reunirte conmigo, eh? —preguntó Annie.

—Obligaciones sociales —dijo Banks.

—Deja de tomarme el pelo.

—Fui a ver a Corinne.

—¿Cómo se encuentra?

—Lo está pasando fatal —dijo Banks—. No sé tú, pero cada vez que desayuno en un hotel me apetece comer beicon y huevos revueltos. No sé por qué, en casa nunca los como.

—Es porque aquí no tienes que cocinarlos ni fregar los platos después —dijo Annie.

—Y porque nunca tengo tiempo de sentarme tranquilamente a comérmerlos.

—¿Qué tal estás tú?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, bastante bien. Mi padre sólo está agotado, pero mi madre está actuando de forma extraña.

—¿Extraña? ¿En qué sentido?

—Como si se tratara de otro acontecimiento familiar. Ahora habla de preparar emparedados para la merienda del funeral.

—Quizá no está mal que se ocupe de algo —dijo Annie—. Ya han acabado la autopsia y, dada la forma en que murió, no creo que vayan a quedarse más tiempo con el cuerpo... Siento mucho lo de tu hermano, Alan. Sé que David Brooke hará todo lo que pueda. Es un buen poli.

La camarera se acercó. Banks pidió un desayuno inglés completo y Annie una tortilla francesa con queso y champiñones, aunque se sintió un poco culpable —el primer día sólo pidió un desayuno

continental y los dos días siguientes muesli—, pero si una no se daba un gusto de vez en cuando, ¿qué gracia tenía la vida?

—¿Qué tal va la investigación por el norte? —dijo Banks para cambiar de tema.

Annie se tocó el cabello.

—Sólo he estado supervisándola por teléfono, pero parece que avanza. Sobre todo la parte forense: tenemos huellas de neumáticos y las dactilares que descubrimos en tu casa y en la puerta del coche de Jennifer. También tenemos a agentes haciendo preguntas del tipo: ¿ha visto usted algo extraño por aquí? Pero no esperamos obtener mucho, ocurrió muy tarde y en un lugar remoto. En cualquier caso, Winsome se está ocupando y me fío de ella.

—¿Y Templeton y Rickerd?

—Ellos también. Sabes tan bien como yo que el detective Rickerd nació para jefe de oficina. Y Kev... pues es bastante capullo pero tiene un instinto muy fino. Anda ocupado con un asunto tangencial, así que le he dado un poco de margen de maniobra. En cualquier caso, la investigación está en buenas manos, aunque sea en una visita relámpago. Espero poder viajar al norte hoy y acelerar un poco las cosas. No se puede hacer todo por teléfono.

—Claro que no.

—¿Y tú qué cuentas? —preguntó Annie—. ¿Qué has estado haciendo?

—¿Yo? Aparte de hacerles compañía a mis padres y a Corinne, no mucho. Dudo que haya descubierto nada que te interese.

—Inténtalo. ¿Qué es lo que siempre les dices a los testigos y sospechosos? Ahora recuerdo: «Deje que eso lo juzgue yo».

—*Touché* —admitió Banks—. De acuerdo, he averiguado que Gareth Lambert ha regresado de su exilio voluntario en España y que una noche, hace un par de meses, él y Roy salieron a tomar una copa. ¿Te dice eso algo?

—No.

—Son viejos amigos, se conocen desde hace años —aclaró Banks —. Y sin duda estuvieron involucrados en muchos negocios delictivos antes de que el asunto de las armas les asustara. Roy se asustó, en cuanto a Lambert no estoy tan seguro. Aun así, es una coincidencia

demasiado grande que dos malhechores vuelvan a encontrarse y que uno acabe muerto.

—Supongo que todo esto lo has averiguado a través de Burgess, ¿no? Ese tipo es un desastre.

—Dick el Sucio tiene sus cosas buenas. Y no sé de dónde sacas que esta información me la ha dado él.

—No se me ocurre nadie más que te la pudiera proporcionar.

La camarera trajo los desayunos. Banks pidió más café, Annie más té.

—El caso —dijo Banks cuando la camarera se marchó— es que el inspector Brooke se quedó con todo lo que encontré: el móvil, el CD, la memoria USB e incluso con las copias digitales que imprimí del CD. Todo.

Los ojos de Annie se convirtieron en dos ranuras.

—Pero tú hiciste copias...

—No es ilegal. No retuve ni toqué nada.

—Maldita sea, Alan, irrumpiste en la casa de una víctima de asesinato, registraste sus cosas, usaste su teléfono móvil, encontraste y copiaste información personal... ¡No me digas que no tocaste nada!

Banks dejó el cuchillo y el tenedor a ambos lados del plato.

—En primer lugar, yo todavía no sabía que Roy había sido asesinado, sólo llevaba desaparecido menos de veinticuatro horas. ¿Qué hubiéramos hecho de habernos llegado su caso? Quizás hubiéramos puesto en marcha la maquinaria si se hubiese tratado de una criatura o un adolescente pero ¿lo hubiéramos hecho por un hombre saludable de cuarenta y muchos? Venga, Annie, tú sabes tan bien como yo lo que hubiese sucedido. Nada. Además era mi hermano, mi propia sangre. Creo que eso me daba derecho a entrar en su casa. ¿Qué es lo que realmente te molesta?

—Que sigas yendo a tu bola, como una especie de inconformista —dijo Annie—. No le dices a nadie lo que ocurre. Crees que eres el único que puede resolver los casos, que puedes hacerlo todo solo... Pero no puedes. Por el amor de Dios, Alan, casi te matan.

Cuando uno de los comensales cercanos se volvió a mirarla, Annie se dio cuenta de que había levantado demasiado la voz. Pero le

había salido espontáneamente, no sabía lo que iba a contestar a la pregunta de Banks porque lo cierto es que no sabía cuál era su problema. Quizá las noticias del periódico habían removido el pasado, pero enseguida comprendió: se remontaba al modo en que Banks había sospechado de Phil Keane pero no había abierto la boca, intentando reunir pruebas contra el novio de Annie por su cuenta, en secreto.

Ahora que reflexionaba sobre ello, Annie comprendió que esto iba mucho más allá del caso de Phil Keane. Banks había hecho lo mismo cuando fue en busca de la díscola hija del jefe de policía Riddle, Emily. En aquella ocasión, Banks le ocultó a Annie tanta información que ella se vio con las manos atadas. Tanto, que llegó a pensar que Banks estaba involucrado sexualmente con la madre de la joven y quizás hasta con la misma Emily. Eso es lo que pasa cuando se oculta información: la verdad llega a retorcerse y deformarse en la mente de la gente, y al no conocer los hechos, ésta se inventa historias a su antojo, como las que escriben los periódicos sensacionalistas.

Sin embargo, ahora que lo había soltado, Annie sintió vergüenza. Dio un mordisco a su tortilla francesa y con disimulo lanzó una mirada a Banks. Se le veía muy plácido, masticando una vez más su desayuno. La camarera regresó con más café y más té. Annie le dio las gracias.

—Escúchanos —dijo Banks—. Estamos discutiendo como un matrimonio que lleva décadas casado.

—No estamos discutiendo —dijo ella—. Para eso hacen falta dos. ¿Vas a contestarme o no?

—¿Qué esperas que diga? Me alegro de que me lo hayas confesado.

—Así de sencillo, ¿eh?

Banks la miró directamente, sus ojos estaban claros y brillaban.

—No está mal para comenzar. Si vamos a seguir trabajando juntos, es mejor dejar claras un par de cosas.

—Si acepto tus condiciones.

—Ése no es el quid de la cuestión —dijo él—. Yo no pienso cambiar mi modo de hacer las cosas. Y tú tampoco.

—Entonces quizá no deberíamos seguir trabajando juntos.

—Eso depende de ti.

—No del todo. ¿Qué es lo que quieres tú?

—Lo creas o no, yo quiero seguir trabajando contigo. Me caes bien y creo que eres puñeteramente buena en lo tuyo.

A Annie le alegró el cumplido y se sintió un poco absurda, todo al mismo tiempo. Esperó que no se le notara en la cara.

—Aun así vas a seguir guardando tus secretos.

—Yo no te oculto cosas deliberadamente. Si te hubiera confiado todas mis sospechas sobre Phil Keane en el momento de tenerlas (y pongo a Dios por testigo de que intenté insinuártelas) me hubieras puesto de patitas en la calle acusándome de celoso. Cosa que hiciste de todos modos y, además, dejaste de hablarme. Lo único que tenía al principio era una intuición, la sensación de que él no era lo que parecía.

—Pero me hubiera ahorrado tener que entrar corriendo en una casa en llamas para arrastrarte fuera.

—¿Así que me lo echas en cara?

—No. Cuanto más lo pienso, tampoco tiene que ver con eso. —Annie hizo una pausa—. Si realmente quieres saberlo, fue más por cómo me trataste después.

—¿A qué te refieres?

—A nada...

Pero Annie había dicho demasiado ya para callarse lo que sentía.

—Venga, Annie —insistió Banks—. Aclarémoslo. Veamos si podemos darnos una oportunidad y resolver todo esto.

—Eso sí que es un cambio de parecer.

Pero le iba a resultar más difícil de lo que se había imaginado. Especialmente por el lugar en que se encontraban: aquella imitación de restaurante, con tanto árbol y tanta planta en macetas, con tanta camarera llevando bandejas y tanto hombre de negocios con traje de raya diplomática planeando su día, hablando por teléfono o tecleando en su agenda electrónica antes de haber acabado el desayuno.

—Sentí que me dejaste de lado —dijo Annie finalmente—. Me dejaste de lado como si mis sentimientos no te importaran. Ya me

sentía lo suficientemente mal por el error que había cometido al fiarme de Phil. Entiéndeme, ¿te puedes imaginar haber compartido cama con un puto asesino en serie? —Annie negó con la cabeza—. Y encima tú. Esperaba que quizá me dieras, no sé... apoyo... consuelo. Ayer fuiste a ver a Corinne, ¿no es cierto? Pues a mí no viniste a verme. Sé que tenemos un pasado en común y que a veces no ha sido fácil, pero debiste estar ahí para apoyarme y no lo hiciste. A mí todo lo ocurrido me dolió igual que a ti y quizá más.

Ya. Se lo había dicho, le había dicho más de lo que esperaba. Por Dios, ahora él estaba tardando demasiado tiempo en hablar. Di algo. Di algo.

Finalmente Banks rompió el silencio.

—Tienes razón. Y si sirve de algo, te pido perdón.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me abandonaste? ¿Fue por ella?

—¿Por quién?

—Por Michelle, o comoquiera que se llame.

Banks miró a su compañera sorprendido.

—No fue por Michelle. Sólo que, como Michelle estaba apartada de todo lo que pasó, verla me ayudaba a olvidar el asunto. Me alejaba de los problemas y me distraía, porque si seguía pensando en ello me iba a volver loco. No tenía recuerdos del lapso entre que abrí la puerta de mi casa y desperté en el hospital. Sigo sin poder recordarlo. Todo lo que sé es lo que me contaste; eso y el olor a whisky, que me provoca ataques de pánico. Joder, hubo un tiempo, semanas enteras, que por la mañana ni siquiera quería salir de la cama y muchísimo menos tener una conversación íntima y franca sobre lo ocurrido. ¿Qué sentido tenía? Hubiera sido como uno de esos programas de la tarde en los que todo el mundo habla y habla de sus malditos sentimientos sin llegar a nada. Sólo hablan, hablan y hablan, y dicen chorradas, chorradas y más chorradas.

—Algunas personas creen que es mejor que guardárselo dentro.

Banks se pasó una mano por el pelo.

—Oye Annie, siento que estoy empezando a salir de un pozo muy profundo. Lo más lógico habría sido que la muerte de Roy me hubiese empujado de nuevo al fondo, pero no ha sido así. Así que no me des la lata.

—Quizá te impulsa la ira.

—Quizá, pero por lo menos me impulsa algo.

Annie lo miró unos instantes, mientras aquellas palabras le hacían efecto. Quizá Banks tuviera razón. Quizás era hora de olvidar lo ocurrido y seguir hacia delante. Y quizá, para seguir adelante, habría que concederle un margen de libertad en la investigación de la muerte de su hermano. Al fin y al cabo, ella no iba a poder impedírselo.

—De acuerdo, supongamos que estuvieras investigando el caso —dijo Annie—, hipotéticamente, por supuesto. ¿Cuál sería tu siguiente movimiento?

—¿Cuál es la línea de investigación oficial?

—Fundamentalmente están revisando la libreta de direcciones del móvil de Roy y los contactos de negocios que aparecen en esa memoria USB que entregaste. La prioridad del inspector Brooke son los tipos que te mencioné anoche: Oliver Drummond y William Gilmore, porque sus nombres aparecen en su ordenador. Se dedican a desguazar coches y al fraude. ¿Crees que se trata de negocios que pudieran haberle interesado a tu hermano?

—Es probable —dijo Banks—. Aunque para mí el más factible de los dos sería el fraude. No veo a Roy involucrado en el tinglado del robo de coches. ¿Ha averiguado algo Brooke?

—No lo sé —dijo Annie—. Todavía no he hablado con él esta mañana.

—Debería estar investigando a Lambert —dijo Banks—. Brooke sabe lo mismo que yo, que Roy hizo una fotografía a Lambert y a un hombre no identificado, y que poco antes de desaparecer la escondió. Eso debería disparar las luces de alarma, ¿no crees?

—Estoy segura de que Dave tiene sus razones. ¿Lambert está fichado?

—No.

—¿Su nombre figura en el registro de llamadas o en la agenda?

—No.

—Ahí lo tienes. Drummond y Gilmore están fichados y aparecen en los registros de llamadas.

—Ya... —dijo Banks—. ¿Y tú qué has estado haciendo?

—He estado siguiendo mis propias pistas relacionadas con el asesinato de Jennifer Clewes.

—Ambos casos están relacionados. Roy y Jennifer eran amantes.

—Lo sé. Pero no pudieron haber muerto ambos a manos del tipo de la coleta, las horas no coinciden en absoluto. Razón por la cual Dave cree que merece la pena buscar al asesino de Roy en otros sitios. Y tanto Drummond como Gilmore tienen antecedentes criminales. Brooke también ha encargado a uno de sus hombres encontrar a cualquiera que pueda informar sobre los movimientos que Roy hizo el día de su desaparición. Aparentemente el móvil no le sirve de mucho porque ese día fue usado sólo una vez. Para llamar a su peluquero.

—Eso ya lo sé.

—¿Cómo no ibas a saberlo? Fuiste el primero en cogerlo. También han ampliado la foto que recibiste. Brooke no está convencido de que ese hombre sea Roy, aunque yo diría que es probable. En cualquier caso, creen que puede llevarles al sitio donde la tomaron. —Banks asintió—. ¿Ya saben quién era el hombre con quien Roy se marchó? —preguntó Annie.

—No estoy seguro, pero creo que era Gareth Lambert, Roy lo conocía desde hacía años. Lo que sí me gustaría saber es quién es el otro hombre que aparece en la fotografía.

—¿Tienes alguna pista?

—Ninguna todavía, pero estoy en ello —dijo Banks y sonrió—. Obviamente no tengo la cantidad de efectivos necesarios para investigar todos los nombres de la vida de Roy, al contrario que el inspector Brooke y tú. Así que iré directo a Lambert, cuando consiga encontrar a ese cabrón escurridizo. Me sorprende que Brooke todavía no haya ido a hacerle una visita.

—Ya te he explicado por qué no lo ha hecho —dijo Annie—. Además, su equipo no da más de sí. Oye, no debería contarte lo que voy a contarte, pero en el Centro Berger-Lennox ocurre algo extraño. La doctora Lukas me dijo que suele ayudar a que aborten jóvenes prostitutas embarazadas, gratis y discretamente. Dice que casi todas son inmigrantes ilegales de Europa del Este. Las llama las «chicas tardías». Jennifer Clewes se enteró, pero en vez de informar

de ello ayudaba a ocultar parte del papeleo. Creo que la doctora sabe más, pero es un buen comienzo. Y no se te ocurra ir a verla, está muy nerviosa y la visita de un desconocido hará que se distancie del todo.

—No te preocupes —dijo Banks—. Todavía no me he vuelto totalmente idiota. ¿No te crees la historia que te ha contado?

—No toda —dijo Annie—. Creo que está dispuesta a contarme más, pero a su tiempo y con condiciones.

—¿Cuánto hace que facilita esos abortos?

—Alrededor de un año.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—El centro cobra entre cuatrocientas y mil libras por el asesoramiento, el aborto propiamente dicho y los cuidados postoperatorios; pero depende de lo avanzado de la gestación.

—Entonces con el tiempo podría llegar a significar una suma considerable.

—Sí, pero no tan considerable como para arriesgarse a matar por ella.

—No, supongo que no —dijo Banks—. ¿Estaba enterado Roy?

—Jennifer lo estaba y apuesto a que ella se lo contó a Roy. El problema es que la doctora Lukas dice que Jennifer lo sabía desde hacía varios meses, pero sólo empezó a notar que se comportaba de forma diferente unos días atrás.

—Entonces es probable que haya averiguado algo más —sugirió Banks—. Algo que nosotros no sabemos. ¿Cómo le llegan las chicas a la doctora Lukas?

—Cuando habla de eso, se muestra muy imprecisa. Es ucraniana y dice que la conocen en la comunidad. Supongo que es posible. Algunas de estas comunidades inmigrantes están bastante unidas y las noticias vuelan.

—Pero tú no la crees...

—Creo que esconde algo. Y que, además, tiene miedo.

—No me sorprende —dijo Banks—. Ya han muerto dos personas.

—Creo que pueden ser tres.

—¿Ah, sí?

—Antes de morir, Jennifer mencionó a su mejor amiga, Melanie

Scott, el nombre de Carmen Petri. Petri era una de las chicas tardías. Víctor Parsons, el ex novio de Jennifer, solía seguirla; es irónico pero por primera vez un acosador nos sirve de algo. Y el lunes pasado por la noche vio a Jennifer salir del centro con una joven embarazada. De inmediato un hombre surgió de la oscuridad y la chica se marchó con él en un coche.

—¿Y tú crees que esa chica era Carmen?

—Efectivamente. Y también creo que está muerta. El tipo con el que se marchó era un tipo musculoso que llevaba coleta, el mismo del que te hablé antes. La descripción se parece muchísimo a la del hombre que creemos que mató a Jennifer Clewes y entró en tu casa.

—Y que me siguió hasta aquí desde Peterborough —añadió Banks.

—¿Qué?

Los ojos de Annie se abrieron de par en par.

Banks le relató lo ocurrido en la autovía el día anterior y las medidas que había tomado para proteger a sus padres.

—¿Cogiste el número de matrícula? —dijo Annie.

—¿Crees que soy tonto?

—Dámelo. Haré averiguar a quién pertenece.

—Ya están en ello.

—¿Quién, Burgess?

Banks no contestó. Annie soltó un suspiro.

—Dámelo de todos modos.

Banks se lo dio.

—Supongo que todavía no se lo has comentado a Brooke... —le reprochó Annie.

—Telefoneé a la policía de Peterborough, es su territorio y volví a llamarlos esta mañana por si acaso, pero durante la noche no había ocurrido nada fuera de lo normal.

—Entiendo —dijo Annie—. Entonces se lo diré yo.

—Puede que Coleta haya matado a Jennifer e intentado intimidarme, pero sabemos que no pudo haber matado a Roy.

—Entonces tiene que haber alguien más.

—Pues si Coleta es el brazo armado del negocio y el negocio es la prostitución, yo diría que en lo más alto debe de haber un chulo, ¿no te parece?

—Es posible —asintió Annie—. ¿Crees que es Lambert?

—Tal vez —dijo Banks poniéndose en pie—. Pero no lo vamos a averiguar quedándonos aquí sentados, aunque sea muy agradable. Gracias por el desayuno, Annie, y gracias por aclarar las cosas.

—¿Adonde vas?

Banks sonrió.

—Si te lo dijera, te metería en un buen lío, ¿no crees?

Annie le apoyó la mano en el brazo.

—Sé que no puedo impedir que hagas lo que estás haciendo —dijo —, pero tienes que prometerme un par de cosas...

—Te escucho.

—Mantente en contacto y hazme saber lo que averigües.

—Vale. Tú también.

—Y no te acerques a la doctora Lukas. Ya acudirá a nosotros cuando lo crea correcto. Sólo conseguirías asustarla.

—De acuerdo.

—Y ándate con cuidado, Alan. Esto no es un juego.

—Lo sé, créeme.

Banks se inclinó hacia ella, la besó suavemente en la mejilla y se marchó. Annie lo observó mientras se alejaba, luego subió a toda prisa a su habitación a hacer el equipaje. Esa mañana, después de ver a Brooke, iba a volver a Eastvale fuera como fuera.

—No se lo creería. Estos últimos días han sido como un maldito circo —dijo Malcolm Farrow mientras se acomodaba en su sillón, con un gin-tonic bien cargado en la mano.

Banks había rechazado la oferta de Farrow porque las diez de la mañana era un poco temprano para beber ginebra, sin embargo aceptó la tónica de buen grado. Desconcertado, el hombre le sirvió la tónica.

—Como verá, las cosas ya se han calmado —concluyó.

Banks miró por la ventana hacia la casa de Roy: habían quitado la guardia. Seguramente los detectives habrían acabado el registro y se habrían llevado todo lo que consideraban pertinente para la investigación.

También habrían revisado todas sus pertenencias en busca de pruebas relacionadas con el crimen: información sobre su estilo de

vida, sus costumbres, conocidos y todo lo que pudiese indicarles qué pista seguir. Banks sabía lo que encontrarían porque él mismo ya había hecho un registro a fondo y entregado todos sus hallazgos a Brooke. Ahora las formalidades habían llegado a su fin y la casa pasaría a manos de los familiares más cercanos de Roy: sus padres.

—Ya me imagino el revuelo que armaron —dijo Banks—. Perdone que no lo llamara enseguida, pero tuve que ocuparme de mis padres y no tenía su número a mano.

—No pasa nada. Fue un shock enterarme de la noticia. Ha salido en los periódicos y la televisión. Han venido periodistas. Pero ahora que la policía se ha ido, ellos también se han marchado.

—Ya no tienen más faena aquí —dijo Banks.

—En cualquier caso, ha sido muy amable al acordarse de mí y venir —aseguró Farrow.

—De nada. ¿Quiso hablar la policía con usted?

—¿La policía? Ah, sí. Estuvieron preguntando por toda la calle.

—¿Qué les dijo?

—Lo mismo que le dije a usted. Es todo lo que sé.

—¿Y a los periodistas?

La cara de Farrow se enrojeció de ira.

—Los mandé a tomar viento. No son más que una pandilla de carroñeros.

—¿Ha vuelto a pensar en aquella fotografía que le mostré? —preguntó Banks al tiempo que sacaba el sobre del maletín.

Farrow volvió y escrutó con sus gafas de leer, que estaban bien sujetas a su nariz bulbosa y cubierta de venas violetas.

—Oiga, no tendré que ir a declarar nada ante un tribunal, ¿no?

—Esto queda entre usted y yo —zanjó Banks.

Farrow entrecerró los ojos mientras repasaba las fotografías. Banks sorbió un poco de tónica. Las burbujas le provocaron un eructo que le repitió el sabor del tocino y los huevos que había tomado en el desayuno.

—Pues podría perfectamente ser el mismo —dijo Farrow—. Cuanto más lo miro más parecido le encuentro con aquel tipo. Ya le he dicho que no veo bien de cerca, pero con las farolas pude verlo y su porte

y el pelo canoso me resultan muy similares. Es un poco impreciso, ya lo sé, pero es cuanto puedo hacer por usted.

Le devolvió la instantánea.

—Se lo agradezco —dijo Banks.

—Dígame, ¿quién es el de la fotografía? No será el que...

—No lo creo —dijo Banks—. Si es el mismo hombre, se trata de un viejo socio de negocios de Roy. Alguien a quien le abriría la puerta y acompañaría a tomar una copa o lo que fuera. Y eso es lo que aparentemente sucedió. Era alguien de quien se fiaba.

Banks dio las gracias a Farrow por su ayuda, se excusó y salió. Ese miércoles por la mañana, no había indicios de actividad en los alrededores de la casa de Roy, ni siquiera un precinto policial en la puerta. Banks abrió la puerta con su llave y pasó al interior. El único sonido que oyó fue el zumbido de la nevera. Toda la casa estaba sumida en un silencio profundo: el silencio de la ausencia de su hermano, mucho más palpable ahora que en la primera visita.

Primero registró la cocina. El ordenador portátil que había dejado sobre la mesa ya no estaba y supuso que la policía lo habría incautado. Ahora no podía hacer nada, pero le haría saber a Brooke que deberían devolvérselo cuando acabaran.

Luego fue a echar un vistazo al despacho de Roy. Los encargados del registro habían hecho un trabajo cuidadoso. Nada estaba fuera de su sitio.

Banks pasó a la sala de estar, se dejó caer en el sofá y se puso a pensar en el CD que había encontrado. El miércoles Roy ya debía saber que estaba metido en un asunto peligroso y entonces decidió ocultar las fotografías de Lambert y el desconocido entre las imágenes pornográficas. Quizá sabía que ese asunto peligroso —ya se tratara de prostitución, de inmigrantes ilegales o algo más— estaba a punto de alcanzar su punto crítico. ¿Sabría Roy que su vida corría peligro? Banks lo dudaba. Si Roy estaba acostumbrado a andar sobre el filo de la navaja y a juntarse con malas compañías (y ése parecía ser el caso), entonces probablemente se sentiría lo suficientemente gallito como para creer que tenía todo bajo control. Pero algo lo había cambiado todo y ese algo había ocurrido entre el

miércoles y el viernes por la noche. O quizás un par de días antes, a juzgar por el comportamiento de Jennifer Clewes.

¿Cuáles habrían sido los movimientos de Roy en esos últimos días cruciales? ¿Dónde había estado? ¿Con quién habló? «Si puedo contestar a estas preguntas —pensó Banks—, quizá pueda resolver el acertijo de la muerte de Roy. Y la de Jennifer.»

Recapituló sobre lo que Annie le dijo sobre la doctora que ayudaba a las prostitutas. ¿Se lo contó Jennifer a Roy? Era lo más factible. ¿Cómo habría reaccionado él? ¿Tenía ese secreto algo que ver con sus muertes? Pero Banks no conseguía comprender cómo ayudar a inmigrantes ilegales podía desembocar en la muerte su hermano. A no ser, claro, que las personas que las llevaban y traían a la clínica, las personas involucradas, de pronto se hubieran sentido amenazadas.

Banks no había olvidado lo que Burgess le había dicho sobre Lambert: que se dedicaba al contrabando y tenía una gran red de conexiones con los bajos fondos del crimen. Burgess también le dijo que Lambert conocía la ruta de los Balcanes como la palma de la mano y Annie comentó que al Centro Berger-Lennox acudían prostitutas de Europa del Este. Una imagen difusa empezó a formarse en la mente de Banks, pero todavía no conseguía ubicar a Roy dentro de ella, ni entender por qué había muerto.

Banks repasó la charla de la noche anterior con Corinne. Hablando con ella había aprendido mucho sobre su hermano: a Roy le encantaban el programa de radio «The Goon Show» y los «Monty Python»; de hecho, hacía una imitación desternillante del «Ministerio de los andares raros» y una versión bastante pasable del sketch de los «Cuatro hombres de Yorkshire»; su ciudad preferida seguía siendo Nueva York y su país favorito Italia; últimamente se había dedicado a la fotografía digital y todas las que colgaban en sus paredes las había hecho él; jugaba regularmente al golf y al tenis; era forofo del Arsenal (típico, pensó Banks, para quien el Arsenal y el Manchester United eran lo mismo: grandes equipos montados a base de fichajes caros), su color predilecto era el violeta; su comida favorita el *risotto* de setas salvajes; su vino favorito el Amarone; le encantaba la ópera y a menudo llevaba a Corinne al Covent Garden

(aunque ella admitía que «nunca había terminado de pillarle el punto» a la ópera), y ambos disfrutaban con los musicales de Hollywood y las viejas películas subtituladas: Bergman, Visconti, Renoir, Fellini.

En la calle, Roy solía dar dinero a los pordioseros, pero se quejaba cuando se sentía estafado en una tienda o un restaurante. Era dado a los cambios repentinos de humor. Corinne admitió que nunca supo muy bien en qué pensaba Roy, pero que lo amaba. Y después de la tercera copa de vino empezó a derramar sus lágrimas por segunda vez. Lo amaba a pesar de no saber qué había sido de su relación, a pesar de que había dejado que ella llevase solita el trauma del aborto. Aun así, Corinne había abrigado la esperanza de que Roy se cansara de su nueva conquista y volviera con ella.

En la sala de estar de su hermano sólo había una fotografía de familia y Banks se aproximó a observarla. Recordaba que había sido tomada en agosto de 1965, en el paseo marítimo de Blackpool. Al fondo podía verse la torre de la ciudad, Blackpool Tower.

En la foto estaban los cuatro. El matrimonio Banks y, a los lados, Roy, pecoso y más rubio que de mayor, y Banks a sus catorce años, con cara de malhumor y un aspecto que debía de ser de la última moda: pantalones de pitillo y un polo de cuello vuelto estilo Beatles. Hasta entonces, Banks no había observado la fotografía con detenimiento, pero cuando lo hizo comprendió que tuvo que haberla tomado Graham Marshall, quien acompañó a los Banks en aquellas vacaciones y luego desapareció un domingo por la mañana mientras repartía periódicos.

Fue en esas vacaciones cuando Banks quedó prendado de la hermosa Linda, la camarera de un café local. Era muy mayor, pero él sucumbió a ella de todos modos. Después, él y Graham ligaron con dos chicas en Pleasure Beach, Tina y Sharon, y las llevaron bajo el muelle para darse el lote. Banks no recordaba el momento exacto en que fue tomada la fotografía, pero eso ya no le extrañaba, pues tampoco se acordaba de que Roy hubiese pasado con ellos las vacaciones. ¿Qué chaval de catorce años iba a perder el tiempo con su hermanito de nueve?

Graham murió asesinado y ahora también Roy. Banks se fijó en su

padre, llevaba un viejo jersey de cuello en pico con las mangas remangadas, el pelo engominado hacia atrás con Brylcreem y un cigarrillo colgando de la comisura de la boca. Después posó la vista sobre su madre que, a pesar de no haber sido nunca una belleza, sonreía a la cámara joven y bonita, con su permanente rígida, su vestido de verano y su talle delgado. «¿Qué le encontrarán cuando rebusquen en su interior la semana que viene?», se preguntó Banks. ¿Sobreviviría? ¿Y sobreviviría su padre a tantos disgustos? Banks empezó a sentir que todo aquello con lo que entraba en contacto acababa maldito, que todos sus afectos eran rehenes de la muerte, como las turbadoras coronas de flores de los versos de «Strange Affair».

Pero se obligó a dejar tanta sensiblería. Él había conseguido resolver el asesinato de Graham más de treinta y cinco años después de que fuera cometido, y confiaba en que su madre sobreviviría a la operación y el corazón de su padre continuara latiendo muchos años más. Y aunque Roy estaba muerto, encontraría al que lo había hecho. Y eso era todo.

Cuando Banks se preparaba para salir una vez más en busca de Gareth Lambert, sonó su móvil.

—Alan, soy Annie.

—Pensé que estarías de camino al norte.

—Yo también, pero ha surgido algo.

Los dedos de Banks apretaron el auricular.

—¿Qué ha pasado?

—Apoyo técnico informático ha averiguado dónde se tomó la fotografía que llegó al móvil de tu hermano.

—¿Cómo diablos han hecho eso?

—A través de su lista de fábricas abandonadas —respondió Annie —. En la pared del fondo había algunas letras legibles: LEY e IDA. Una de las fábricas de la lista era Fundiciones Midgeley y uno de los detectives más veteranos del equipo recordó que solía pasar por allí de niño, de camino a la escuela. La fábrica tenía un letrero que anunciaba: «Fundiciones Midgeley. Piezas para toda la vida». La fábrica cerró en 1989 y nadie la ha vuelto a abrir.

—¿Dónde está?

—Río abajo, por Battersea. Siento tener que ser tan brusca, Alan, pero los expertos en mareas aseguran que probablemente fue allí donde tiraron al agua a tu hermano, así que cada vez es más probable que el hombre de la fotografía sea Roy. Vamos a ir ahora mismo, ¿quieres venir?

—Sabes que sí. ¿Qué te ha dicho Brooke?

—No tiene inconveniente. ¿Nos vemos allí?

—De acuerdo.

Annie le pasó la dirección y le indicó cómo llegar. Banks salió a toda prisa hacia su coche.

—¿Sargento detective Brown?

—Al habla.

—Soy el detective Templeton, de Eastvale. ¿Qué tal va todo por allí?

—Bien, gracias. ¿Alguna novedad?

—Puede que sí —dijo Templeton jugando con la bolsita de plástico del escritorio ante sus ojos—. Fui a hablar con la mujer de Roger Cropley, pero también él estaba en casa. Dice que tiene un resfriado de verano, pero no noté que se sorbiera la nariz ni nada de eso. En fin, lo inquieté un poco más. Se puso nervioso cuando le dije que Paula Chandler, la chica que logró escapar, podría llegar a reconocer a su atacante.

—Eso no es verdad —dijo Susan.

—Pero Cropley no lo sabe. Además, creo que su mujer sabe más de lo que aparenta. El caso es que tengo una idea. ¿Vuestra policía científica buscó a fondo en el coche de la víctima?

—Seguro que sí —dijo Susan—. Pero no tenemos pruebas de que el asesino haya entrado siquiera en el coche de la víctima. Está claro que la sacó a la fuerza del interior y la arrastró hasta los arbustos.

—Pero tuvo que haber metido medio cuerpo dentro para aplicarle el cloroformo...

—Es cierto. ¿Qué insinúas?

—Supongo que todavía tenéis las muestras recogidas, cabellos... piel...

—Por supuesto.

—¿Y el coche?

—También. ¿Qué ocurre?

—¿Podríais comprobar si hay caspa en el respaldo del asiento?

—¿Caspa?

—Efectivamente.

—Lo comprobaré —dijo Susan—. ¿En qué estás pensando?

—He estado investigando en la red. Lo explican de forma complicada, pero por lo que pude deducir, se puede obtener ADN de la caspa. La caspa no es más que piel, ¿verdad?

—A no ser que tuviéramos una muestra para contrastarla, no nos serviría de mucho —señaló Susan.

—Mmm... pues, sucede que es probable que la tengamos.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una muestra de la caspa de Cropley. ¿Puedo enviártela?

—Supongo que no se la has pedido.

Templeton rió.

—No. Pero créeme, me la entregó de forma totalmente voluntaria.

—No me refiero a eso —dijo Susan—. Sabes tan bien como yo que necesitas la autorización escrita del sospechoso, incluso para una muestra no invasiva. A no ser que lo hayas detenido por un delito grave y el comisario te autorice a obtenerla.

—Conozco los reglamentos de la Ley de Policía y Pruebas Penales —dijo Templeton—. Lo que intento decir es que esto podría confirmar mis sospechas. Si supieras que fue él, si supiéramos que fue él, podríamos presentar una acusación sólida contra Cropley. Él no tiene por qué enterarse de la primera muestra. Nadie, excepto tú y yo, tiene por qué saberlo. Ahora mismo no tenemos ninguna razón para detenerle y exigirle una muestra. Pero si la muestra que me facilitó coincide con la caspa hallada en el coche, entonces sabríamos dónde buscar. Y puedes estar segura de que ya encontraríamos algo por lo que detenerlo. Por supuesto, después de eso le pediríamos la muestra de forma oficial.

—¿Y si no es él?

—Entonces quedará libre de sospechas.

—Pero habrá documentos, papeleo que indique que hubo una primera prueba. Estos análisis son caros.

—Ya lo sé, ¿y qué? No tiene por qué saberse. Debes conocer a

alguien discreto en el laboratorio. ¿Por qué va a enterarse alguien de fuera?

—Un buen abogado defensor podría usarlo para minar nuestra acusación.

—Pero sólo si se entera. Y además no importaría, porque a esas alturas, ya tendríamos un ADN coincidente obtenido según las normas, uno que sería admitido sin inconvenientes. Joder, si es por el dinero lo pagaré yo de mi bolsillo.

—No es por el dinero, además dudo que pudieras permitírtelo. Pero si resulta que Cropley es el asesino, las pruebas verdaderas podrían quedar descartadas por esto que me pides. Así que no, no me gusta nada, me da mala espina.

Templeton suspiró. No había caído en la cuenta de lo purista que era la sargento Brown.

—Oye, ¿quieres atrapar a ese tipo o no? —dijo Templeton—. Quizás el análisis descarte a Cropley como sospechoso, no puedo saberlo. Pero por lo menos deberíamos vigilarlo. Si no me equivoco (y el análisis de ADN lo probará de un modo u otro), ese tipo ya ha atacado y lo volverá a hacer. ¿Qué me dices? ¿No te gustaría saberlo con certeza?

En el silencio posterior Templeton se fue poniendo tenso.

—Envíame la muestra —dijo finalmente Susan Brown—. Hablaré con el oficial a cargo de la investigación y veré qué puedo hacer. Pero no te prometo nada.

—Estupendo —dijo Templeton—. Te la envío ahora mismo.

Banks estaba más ansioso de lo que nunca se hubiera imaginado. Caminaba junto a Brooke y Annie sobre la hierba y tierra pedregosa hacia la sucia fábrica de ladrillos, cuya horrible fachada estaba cubierta de graffitis en tonos fosforescentes. ¿Vería ahora el lugar donde habían matado de un tiro a su hermano, al pequeño Roy, a quien él mismo había salvado de un matón, el mismo a quien le hizo una cicatriz con una espada de juguete? Banks apretó los dientes y sintió que el cuello y los brazos se le tensaban.

Las puertas eran imponentes pero se abrieron con facilidad y los tres policías cruzaron la inmensa fábrica acompañados por el eco de sus pasos. Había algo en las fábricas abandonadas que siempre

había perturbado a Banks: los tejados con enormes agujeros, las viejas máquinas oxidadas, los tambores, los palés y la hierba que asomaba por las grietas de las paredes y del suelo. Creía que estaba relacionado con una pesadilla de su juventud, pero Banks no conseguía recordar los detalles. Suponía que tenía algo que ver con la fábrica de rodamientos frente a la casa de sus padres, aunque en aquellos años estaba en funcionamiento y Banks no tuvo ninguna experiencia desagradable allí. En su barrio siempre hubo casas, talleres y fábricas abandonadas y en ruinas, y Banks y sus amigos habían explorado la mayoría de ellas tras la pista de monstruos imaginarios. Cualquiera que fuera el motivo, las fábricas seguían produciéndole escalofríos y ésta no iba a ser la excepción.

—Me llevas a unos lugares de lo más bonitos, Dave... —dijo Annie —. Esto está casi tan animado como aquella calle del barrio del Bow.

—Por lo menos, ahora no llueve —repuso Brooke.

Una rata asomó por debajo de una lámina de metal oxidado y prácticamente correteó por encima de los pies de Annie al huir. Ella hizo una mueca, pero no abrió la boca. Los rayos de sol se filtraban por los agujeros del techo de chapa e iluminaban las motas de polvo que los policías levantaban a su paso. Todos los grandes ventanales estaban destrozados a pesar de las rejillas protectoras y los trozos de cristal esparcidos por el suelo brillaban. Aquí y allá había aceite y charcos de agua formados por la lluvia de la noche anterior.

En medio de la fábrica y casi oculta por máquinas oxidadas, Banks vio una silla de madera. Y junto a ella, como víboras enroscadas, unos trozos de cuerda en el suelo.

—Será mejor que nos mantengamos alejados —dijo Brooke al tiempo que se aproximaban—. Los peritos llegarán pronto y no les va gustar nada que pisoteemos su lugar de trabajo.

Banks se detuvo y observó. Vio gotas de sangre en la cuerda y salpicaduras en el suelo, en torno a la silla. Por un momento, Banks vio a su hermano sentado allí y hasta pudo sentir el terror de quien sabía que iba a morir en aquel lugar inmundo. Pero el instinto policial prevaleció y Banks procuró interpretar lo que tenía ante sus ojos.

—Roy murió de un disparo calibre veintidós en la cabeza, ¿no es

cierto? ¿Igual que Jennifer Clewes? —dijo.

—Efectivamente —repuso Brooke.

—¿Y no hubo orificio de salida?

—No.

—Entonces, ¿de dónde salió toda esta sangre?

Banks notó el intercambio de miradas entre Brooke y Annie.

—Soltadlo —dijo Banks—. No soy estúpido.

—Según el patólogo, Roy mostraba indicios de haber sido golpeado.

—Entonces esos cabrones lo torturaron...

Brooke bajó la vista y la clavó en sus zapatos.

—Eso parece. Pero todavía no tenemos la certeza de que haya sido tu hermano el que estuvo aquí. No se puede distinguir quién es el hombre de la fotografía.

—¿Y quién más puede ser? —dijo Banks—. En cualquier caso, ahora ya tienen todas las muestras de sangre necesarias para comparar.

—Supongo que sí —dijo Brooke.

—Pero ¿por qué tenían que torturarlo?

—No lo sabemos —dijo Annie—. Obviamente para que les dijera algo, para averiguar cuánto sabía o cuánto había comentado a terceros.

—No creo que les costara mucho hacer hablar a Roy —dijo Banks.

Y por un instante se cruzó en su mente el bravucón que había maltratado a su hermano de niño y la imagen de Roy agarrándose la tripa, dolorido. Pero esta vez el hermano mayor no había acudido en su ayuda. No podía culpar a Annie y a Brooke por intentar ocultárselo, él habría hecho lo mismo si la víctima fuera un pariente de ellos. La única esperanza de Banks era que sus padres nunca se enteraran de la tortura. Ahora debía proteger a sus padres de la verdad.

—No se molestaron en limpiar antes de marcharse —dijo Annie señalando un casquillo que había junto a la silla.

—Seguramente creyeron que nunca daríamos con el lugar —dijo Brooke.

—Al final algún niño lo hubiera encontrado —dijo Banks—. A los

chavales les encantan estos sitios.

Por los agujeros del techo y las paredes entraron y salieron volando unas palomas, luego se posaron en las vigas del techo y empezaron a mover sus plumas. Sus excrementos moteaban partes del suelo e incluso la silla. A pesar de estar parcialmente al aire libre, la fábrica apestaba a alimañas muertas y a grasa rancia.

—Haré que algunos muchachos de uniforme recorran el barrio —dijo Brooke—. Quién sabe, quizás alguien notó algún movimiento extraño por aquí.

El viento sopló a través de las ventanas rotas con un sonido lúgubre que, curiosamente, armonizaba con los arrullos de las palomas. Pese a lo cálido del día, a Banks un escalofrío le recorrió la espalda. Ya había visto todo lo que quería ver: el lugar perdido de la mano de Dios donde su hermano había pasado sus últimas horas, donde lo torturaron y después mataron de un tiro. Banks supo que ya no iba a sacarse esa imagen de la cabeza durante el resto de su vida. Avisó a Brooke y a Annie que se marchaba; ninguno de los dos le preguntó adonde se dirigía. Cuando estaba a punto de subir al coche, llegó al patio de la fábrica la furgoneta de la Policía Científica. Inspeccionarían el lugar donde Roy había muerto, rasparían las muestras de sangre, buscarían huellas, fibras, cabello, piel y cualquier vestigio que los asesinos hubiesen dejado tras de sí. Así, con un poco de suerte, si la policía daba con algún sospechoso viable, contarían con pruebas suficientes para asegurar la condena. Los dejó que hicieran.

15

A Banks no le apetecía pasarse todo el día atrapado en el tráfico de Londres intentando encontrar aparcamiento, así que dejó el coche frente a la casa de Roy, cogió el metro, que era más rápido, y fue en busca de Lambert. En su agencia de viajes de Edgeware Road, le informaron de que Lambert había salido. Entonces Banks se dirigió al apartamento de Chelsea, cerca de Sloane Square, y allí finalmente dio con Gareth Lambert, que en ese preciso instante salía del portal.

—¿Va a alguna parte, Gareth? —dijo el policía.

—¿Y usted quién cojones es?

Lambert intentó empujarle y pasar, pero Banks no se movió.

—Me llamó Banks, soy el inspector jefe Alan Banks.

—¿El hermano de Roy? —Lambert lo miró de arriba abajo—. ¿El aguafiestas? Pues que le folie un pez.

—¿Podemos subir?

—Estoy ocupado. Tengo que ir al despacho.

—No le retendré mucho tiempo.

Banks sostuvo la mirada de su interlocutor hasta que éste la bajó.

Finalmente, Lambert se encogió de hombros y condujo a Banks a la primera planta. El interior del apartamento era funcional pero sin personalidad, como si la vida de su dueño transcurriera en otro sitio. Lambert tenía el mismo aspecto que en la fotografía tomada por Roy: corpulento, con un poco de sobrepeso, tez roja —en parte por el sol y en parte por la hipertensión— y una mata de cabello rizado y canoso. Llevaba unos vaqueros azul claro y una camisa blanca bastante amplia.

Burgess lo había comparado con Harry Lime. Pero el Lime que Banks recordaba era fino y sofisticado, más como Phil Keane. Lambert era más duro y estaba claro que si salía adelante no era gracias a su encanto. Los dos hombres se sentaron uno frente al otro como jugadores de ajedrez. Lambert observaba al policía con una mirada vagamente divertida.

—Así que es el hermano mayor de Roy, el detective...

—Efectivamente. Tengo entendido que se conocían desde hacía años.

—Así es. Conocí a Roy cuando terminó la universidad, era 1978 y todavía estábamos un poco verdes. Recuerdo que todos los chavales escuchaban a los Sex Pistols y a los Clash, llevaban camisetas rasgadas e imperdibles atravesándoles las orejas. Y ahí estábamos nosotros, con nuestros trajes, planeando nuestro siguiente negocio, que seguramente consistiría en venderles vaqueros rasgados e imperdibles a los chavales. —Lambert rió—. Fue una buena época. Por cierto, lamento mucho lo que le ocurrió a Roy.

—¿De veras?

—Por supuesto. Oiga, soy un hombre ocupado. Si sólo piensa sentarse ahí y...

—No parece estar sufriendo demasiado por alguien a quien conocía desde hacía tanto tiempo.

—¿Cómo sabe cuánto sufro?

—Tiene razón. ¿Esos negocios incluían la venta de armas?

Los ojos de Lambert se convirtieron en dos rendijas.

—¿Por qué deberíamos hablar de eso? Es agua pasada —dijo—. De acuerdo, nos metimos en eso pensando que era una venta de armas perfectamente legítima, pero nos engañaron como a pardillos y el cargamento fue a parar a otro sitio. Después de aquello, no quise repetir. Como se suele decir, no me quería tropezar dos veces con la misma piedra.

—Y a partir de entonces se dedicó a proyectos menos arriesgados...

—Yo no diría que fueron menos arriesgados, pero el riesgo se limitaba sólo a lo económico, no el tipo de riesgo que puede hacerte acabar en prisión si no tienes cuidado.

—O muerto.

—Usted lo ha dicho.

—El abuso de información privilegiada conlleva penas durísimas.

—¡Ja! Pero si todo el mundo lo hacía... y lo sigue haciendo. ¿Nunca ha recibido un dato y se ha ganado unos cuartos con ello?

—No —respondió Banks.

—Entonces, si ahora mismo yo le dijera que tal compañía se va a fusionar la semana que viene y el precio de sus acciones se va a

duplicar, ¿me puede asegurar que no saldría corriendo a comprar todas las acciones a las que pudiera echarle el guante?

Banks tuvo que plantearse la pregunta seriamente. Parecía sencillo y, dicho de esa manera, hasta travieso. Pero ¿criminal? No, en absoluto. Banks no jugaba a ese juego porque no comprendía el mercado bursátil. Además, nunca sintió que le sobrara el dinero para semejantes apuestas.

—Quizá me permitiría derrochar y compraría un par.

Lambert dio una palmada.

—¿Lo ve? —dijo—. ¡Lo sabía!

Fue como si Lambert lo hubiera aceptado en un club al que Banks no deseaba unirse.

—También he oído rumores de que se dedica al contrabando —dijo Banks.

—Son rumores interesantes. ¿Dónde los ha oído?

—¿Son ciertos?

—Por supuesto que no. Ese término tiene connotaciones muy negativas, ¿no le parece? Contrabando. Es una palabra con demasiadas connotaciones. Lo que he hecho tiene más que ver con la geografía práctica. Yo muevo cosas de un lado a otro. Y debo añadir que con gran eficacia.

—Me alegro de que no pierda el tiempo con falsa modestia. ¿Qué tipo de cosas?

—Cosas...

—¿Armas? ¿Drogas? ¿Gente? He oído que conoce la ruta de los Balcanes.

Lambert alzó una ceja.

—Usted sí que está atento, ¿verdad? Roy nunca me dijo que usted fuera tan perspicaz. ¿La ruta de los Balcanes? Pues quizá la haya conocido alguna vez, pero ahora... esas fronteras cambian antes de que uno llegue a dibujarlas. Además, le aconsejo que deje de acusarme de quebrantar la ley o mi abogado irá a por usted, sea hermano de Roy o de quien sea. Jamás he sido condenado por ningún crimen.

—Ha tenido suerte. Aun así, en los Balcanes hay grandes

oportunidades para los emprendedores. Y en las ex repúblicas soviéticas.

—Son demasiado peligrosas. Me temo que estoy demasiado viejo para eso, casi retirado. Tengo una mujer a la que quiero mucho y una agencia de viajes que dirigir.

—¿Cuándo vio a Roy por última vez?

—El viernes por la noche.

Banks intentó ocultar sus emociones.

—¿A qué hora?

—Entre las doce y media y la una de la madrugada. ¿Por qué?

—¿Está seguro de que fue la noche del viernes?

—Claro que estoy seguro.

Banks sintió que Lambert estaba jugando con él. Lo notaba en su impaciencia, en sus ojos burlones. Lambert sabía que el vecino lo había visto llevarse a Roy y que Banks habría obtenido una descripción. Pero eso ocurrió a las nueve y media. Entonces, ¿qué fue lo que hicieron hasta las doce y media o la una de la madrugada?

Lambert cogió una caja de puros de la mesa y le ofreció uno a Banks.

—¿Un habano?

—No, gracias.

—Como guste. —Lambert inició el ritual de cortar el puro, encenderlo con unas cerillas y, finalmente, degustarlo. A través del humo observó a Banks—. Usted se sorprendió cuando le dije que vi a Roy el viernes por la noche —dijo Lambert—. ¿Por qué?

—Creo que sabe perfectamente por qué.

—Deme el gusto y dígamelo.

—Porque ese día desapareció. Después de las nueve y media de la noche ya no volvieron a verle con vida.

—Puedo asegurarle con toda sinceridad que sí fue visto con vida. Por mí y por un montón de otros miembros del Albion Club.

—¿El Albion Club?

—Está sobre The Strand. Es un club bastante exclusivo, uno puede hacerse socio únicamente si lo presentan miembros antiguos.

Corinne había mencionado que Roy se había reunido con Lambert

unas semanas antes en un club sobre The Strand.

—¿Qué tiene de especial ese sitio? —dijo Banks.

—Nada ilegal, si es eso lo que piensa —rió Lambert—. El club tiene licencia de juego, además de un restaurante de primera y un bar comodísimo. Roy y yo somos miembros. Hace años, de hecho. Incluso cuando vivía en el extranjero, solía dejarme caer por allí si pasaba por Londres.

Lambert dio un par de caladas a su puro y entrecerró los ojos, desafiante.

—Retrocedamos un poco —dijo Banks.

—Claro.

—¿A qué hora vio por primera vez a Roy el viernes por la noche?

—Hacia a las nueve y media —dijo Lambert—. Pasé por su casa a recogerlo.

—¿Era lo que solían hacer siempre?

—No diría que siempre, pero lo habíamos hecho antes. Roy suele dejar el coche en casa cuando sale a beber y, como apenas pruebo el alcohol, no me importa conducir.

—¿Y había quedado en recogerlo y llevarlo al Albion Club?

—Sí.

El puro se había apagado y Lambert volvió a encenderlo. Banks tuvo la impresión de que el cigarro era un atrezo.

—¿Qué pasó cuando llegaron?

Lambert se encogió de hombros.

—Lo de siempre. Fuimos al bar y pedimos un par de brandies solos y charlamos un rato. No; mentira. Yo pedí un brandy, mi única copa de la noche, y Roy bebió vino. El club tiene un burdeos de la casa bastante aceptable.

—¿Con quién hablaron?

—Con algunos de los otros miembros.

—¿Sus nombres?

—Oiga, son gente importante, influyente. Se tomarán a mal que les moleste la policía y tampoco les gustará que yo informe sobre ellos.

—Quizás usted no se ha dado cuenta de la gravedad de la situación —dijo Banks—. Ha muerto un hombre, mi hermano... su amigo. Y usted fue una de las últimas personas que lo vio con vida.

Necesitamos seguirle el rastro y averiguar qué hizo la noche de su desaparición.

—Me pone en un compromiso.

—Me importa una mierda su compromiso. Quiero nombres.

Banks le clavó la mirada y no la bajó. Lambert recitó de un tirón una lista de nombres y Banks los apuntó, pero no reconoció ninguno de ellos.

—¿Cómo vio a Roy? —preguntó Banks—. ¿Deprimido? ¿Preocupado? ¿Nervioso?

—Me pareció que estaba bien.

—¿No le confió ningún problema ni nada parecido?

—No.

—¿De qué habló?

—De negocios, golf, criquet, vino, mujeres. Ya sabe, las cosas de las que solemos hablar los hombres.

—¿Me mencionó a mí?

Lambert esbozó una sonrisilla.

—No, me temo que no.

Banks no se lo tragó. Roy acababa de telefonearle sin razón alguna para hablarle de un problema urgente, de un asunto «de vida o muerte». Pero, por el momento, lo dejó pasar.

—¿Alguna vez le mencionó Roy a una muchacha llamada Carmen Petri?

Duró apenas un segundo, pero Banks pudo distinguir perfectamente un gesto de sobresalto en el rostro de Lambert, una ligera duda antes de contestar y su mirada apartándose de la de Banks.

—No —dijo Lambert.

—¿Nunca antes escuchó ese nombre?

—Conozco a una actriz, Carmen Electra, pero no creo se refiriera a ella.

—No —dijo Banks—. Y también hay una ópera llamada Carmen, pero no me refiero a ella tampoco.

Como quien no quiere la cosa, Banks sacó de su maletín la fotografía impresa del CD de Roy y la dejó sobre la mesa baja.

—¿Quién es este hombre que está sentado junto a usted?

Lambert estudió detenidamente la fotografía y luego miró a Banks de reojo.

—¿De dónde ha sacado esto? —dijo señalando la fotografía con su puro.

—La tomó Roy.

Lambert se echó hacia atrás en su silla.

—Qué raro, no me lo dijo.

—Supongo que conocerá al hombre que tenía al lado...

—Claro que lo conozco, es Max. Max Broda. Un colega, un hombre de negocios. No comprendo por qué Roy nos sacaría una fotografía a los dos juntos.

—¿Qué tipo de negocios?

—Viajes. Max organiza tours, recluta guías, diseña itinerarios, busca hoteles, sugiere destinos de interés.

—¿Por dónde?

—Sobre todo en la zona del Adriático y el Mediterráneo.

—¿Incluyendo los países balcánicos?

—Sí, algunos. Pero sólo cuando es seguro visitarlos.

—Me gustaría hablar con él —dijo Banks.

Lambert estudió la punta del puro y dio otra calada antes de contestar.

—Me temo que va a ser imposible —dijo—. Ha regresado a su casa.

—¿Dónde es eso?

—En Praga.

—¿Tiene su dirección?

—Es una ciudad hermosa. Conozco a alguien que puede meterle en el mejor tour guiado. ¿Piensa pasarse por allí?

—Puede —dijo Banks—. Y sigo queriendo su dirección.

—Debo tenerla por aquí en alguna parte.

Lambert consultó los archivos de su agenda electrónica y finalmente deletreó a Banks la dirección.

—¿A qué hora se marchó usted del club? —continuó Banks.

—Roy se marchó entre las doce y media y la una.

—¿No estaban juntos a esas alturas?

—No. No somos siameses. A Roy le va la ruleta, yo prefiero el póquer.

—¿Roy se marchó solo?
—Hasta donde yo sé...
—¿Adonde fue?
—No tengo ni idea.
—¿Y a qué hora se marchó usted?
—A eso de las tres. Estaba molido y además sin blanca.
—¿Adonde fue?
—Regresé aquí.
—¿No a casa con su mujer?
Lambert se inclinó hacia delante, sacó la barbilla y empezó a pinchar el aire con su puro.
—No la meta en esto.
—Es muy comprensiva, ¿verdad?
—Le he dicho que no la meta en esto. —Lambert volvió a encender su cigarro y suavizó el tono—: Oiga, estaba cansado y vine a dormir aquí —dijo pasando la mano por su mata canosa—. No sé qué sospecha, pero Roy fue un buen amigo y colega durante muchos años. Yo no lo maté. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué motivo puedo tener yo?
—¿Está seguro de que no le dijo adonde iba?
—No, supuse que volvería a su casa.
—¿Estaba ebrio?
Lambert ladeó la cabeza y pensó durante unos instantes.
—Había bebido unas copas pero sobre todo vino —matizó—. No trastabillaba ni arrastraba las palabras. Ya no podía conducir, pero sí coger un taxi.
—¿Fue eso lo que hizo?
—No tengo ni idea de lo que hizo una vez salió.
—¿No volvió a verlo?
—No.
—De acuerdo —dijo Banks poniéndose en pie para marcharse—. Supongo que en el peor de los casos puedo preguntar a los taxistas.
—Sólo una cosa más —dijo Lambert mientras acompañaba a Banks hasta la puerta—. Usted mencionó antes la venta de armas que hicimos hace años.
—Sí, ¿y?

—Creo que Roy quería volver a involucrarse en algo así. Quizá debería buscar por ahí. Lo que quiero decir es que Roy lo mencionó. Ya sabe, me tanteó. Me preguntó sobre antiguos contactos y demás.

—¿Ese viernes?

—Sí, en el club.

—¿Y?

—Pues le dije que había perdido el contacto, le dije la verdad. Por si no lo ha notado, señor Banks, el mundo ha cambiado. Intenté disuadirlo.

—¿Cómo reaccionó Roy?

Al llegar a la puerta, Lambert palmeó a Banks en el hombro.

—Ya conoce a Roy, o quizá no... —dijo—. Da igual. Cuando a Roy se le mete algo en la cabeza es difícil hacerlo desistir. Así que insistió; de hecho, se enojó un poco conmigo. Creía que le ocultaba algo, que le estaba excluyendo de una oportunidad de hacer negocios.

—Entonces no acabaron la noche en buenos términos...

—Se le habría pasado.

—Si no lo hubieran matado.

—Sí.

—Por cierto, ¿por qué acabó usted mal con Julian Harwood?

Lambert se mostró sorprendido.

—¿Está enterado de eso?

—Sí.

—Fue hace años. Harwood aseguraba que yo lo estafé en la venta de unos terrenos porque según él yo sabía que iban a construir una nueva autopista junto a la propiedad. Hizo una montaña de un grano de arena

—¿Y era cierto?

Lambert hizo su mejor interpretación de hombre inocente e indignado, pero lo que le salió fue pura parodia.

—No, por supuesto que no. Yo nunca haría algo así.

—Por supuesto que no —repitió Banks—. ¿Hay algo más que pueda decirme?

—Me temo que no. Excepto que...

—¿Excepto qué?

Lambert se plantó junto a la puerta y se rascó la sien.

—No me malinterprete —dijo—. Es sólo un consejo de amigo. Roy está muerto y usted no va a cambiar eso. No sé nada al respecto y le aseguro que no sé quién lo hizo, pero ¿no cree que debería pensarse muy bien lo que está haciendo? ¿Fijarse dónde se está metiendo y andarse con tiento para no alborotar un nido de víboras?

—¿Es una advertencia, señor Lambert?

—Entiéndalo como mejor le parezca. —Lambert se miró el reloj—. Me temo que ahora sí tengo que marcharme al despacho. Tengo asuntos que atender.

Annie apenas tuvo el tiempo para pasar por su casa en Harkside y regar las plantas, que estaban mustias en sus tiestos, pues a las tres de la tarde tenía que acudir a la reunión que el equipo mantenía regularmente en Eastvale. Era otro día hermoso en los *dates,* un poco más fresco que de costumbre y con unas pocas nubes aborregadas que cruzaban raudas el pálido cielo azul. Pero Annie no tenía tiempo para detenerse a disfrutar de nada de eso. A veces se preguntaba qué sentido tenía vivir en el campo con ese oficio al que le dedicaba tantas horas.

En la sala de reuniones la esperaban todos: Gristhorpe, Hatchley, Winsome, Rickerd, Templeton y Stefan Nowak, el coordinador de escenas del crimen. En un extremo de la sala pendía una pizarra blanca rodeada de tableros de corcho en los que Stefan había sujetado con chinchetas fotografías de la escena del crimen. El contraste con los retratos de empresarios de la lana era considerable. La larga mesa estaba tan brillante que las caras se reflejaban en ella.

Annie expuso rápidamente sus novedades sobre el Centro Berger-Lennox, Roy Banks, Carmen Petri y la conexión de los tres con el asesinato de Jennifer Clewes. Acto seguido, Gristhorpe dio la palabra a Stefan Nowak.

El coordinador de escenas del crimen se situó junto a los tableros y sus fotografías y carraspeó. No era la primera vez que Annie se preguntaba qué clase de vida llevaría Stefan fuera de la oficina. Era

uno de los hombres más encantadores y elegantes que Annie hubiera visto jamás, pero su estilo de vida era un misterio.

—Ante todo —dijo Stephan—, encontramos huellas dactilares en la casa de campo del inspector Banks, pero no concuerdan con las de los albañiles, y también encontramos huellas de neumáticos en el camino de entrada... —Entonces hizo una pausa dramática y alzó una bolsa de plástico—. Afortunadamente antes de que se pusiera a llover también hallamos una colilla junto al arroyo. De esta colilla hemos obtenido la saliva necesaria para hacer un análisis de ADN.

—¿Y las huellas de neumáticos? —preguntó Annie.

—Son Michelin, del tipo que habitualmente llevan los Ford Mondeo —dijo Stefan—. Ya he enviado la información correspondiente a Essex para compararla con los restos del Mondeo siniestrado en Basildon. Estamos a la espera de resultados.

—Bien —dijo Gristhorpe—, tenéis huellas dactilares, de neumáticos y ADN encontrados en la casa del inspector Banks. Pero cuando encontremos a un sospechoso, ¿servirán esas pruebas para inculpar al asesino de Jennifer Clewes y Roy Banks?

—Lo conectarán con la casa del inspector Banks —dijo Stefan.

—Justamente —dijo Gristhorpe—. Pero allí no se cometió ningún crimen.

—Eso no es del todo cierto, comisario —dijo Annie—. Entraron en la casa por la fuerza.

Gristhorpe le lanzó una mirada fulminante y meneó la cabeza.

—No es suficiente. ¿Algo más?

—Tenemos los registros de las llamadas hechas desde el móvil de Jennifer Clewes —intervino Winsome—. Pero no nos dicen mucho. Por lo que hemos podido comprobar, son llamadas a amigos y familiares o recibidas de ellos.

—¿Qué me dices de la última llamada del viernes por la noche, la que Kate Nesbit mencionó? —preguntó Annie.

—A eso iba —dijo Winsome—. El viernes once de junio a las 10:43, Jennifer recibió una llamada que duró tres minutos. El problema es que se trataba de un «número privado». La compañía de móviles la está investigando, pero no me han dado muchas esperanzas.

—Gracias por intentarlo —dijo Annie.

Gristhorpe se miró el reloj.

—Tengo que marcharme. El subjefe de policía McLaughlin y los periodistas me persiguen. Aprecio los progresos que habéis hecho hasta ahora, pero no es suficiente. Necesitamos resultados y pronto. Annie, será mejor que regreses a Londres y presiones todo lo que puedas para averiguar qué ocurre en el Centro Berger-Lennox. El resto de vosotros seguiréis trabajando desde aquí. Winsome, ponte en contacto con la compañía telefónica e insiste para que te den ese número. Haz que lo contrasten con las llamadas hechas desde el móvil de Jennifer. Eso es todo por ahora.

Gristhorpe abandonó la sala y todos respiraron aliviados. Momentos más tarde, los detectives salieron de la sala. Stephan se encaró con Annie.

—El comisario está un poco gruñón, ¿no te parece?

—Creo que el subjefe McLaughlin y la jefa de policía han ido a verlo por este caso —dijo Annie—. Y aunque se crea muy progresista, supongo que no acaba de gustarle que una mujer le eche la bronca.

—¡Qué dolor! —dijo Stefan y sonrió.

—¿Puedo hablar con usted, inspectora?

Era Templeton.

—Por supuesto, Kev —dijo Annie mientras se despedía de Stefan—. Pillemos un café en el bar.

Templeton puso cara de asco.

—Con todo respeto, inspectora...

—Ya lo sé. Tienes razón, sabe a meada de gato. Bien, vayamos al Golden Grill.

Se abrieron paso entre el tumulto de turistas de Market Street y dieron con una mesa libre. La única camarera estaba demasiado solicitada, pero consiguió traerles una taza de café sin tardar demasiado.

—¿Qué ocurre, Kev? —preguntó Annie.

—Se trata de Roger Cropley —dijo Templeton—. Hasta ahora no he querido molestarla porque ha estado en el sur y tenía muchas otras cosas en mente. Entiéndame, puede que sea un hecho muy tangencial, pero creo que hemos dado con algo.

—¿Con qué?

—Con el asesinato de Claire Potter.

—No lo sé —dijo Annie—. A mí me parecen un puñado de coincidencias.

—Eso creí al principio —dijo Templeton entusiasmado—. Pero si se para a pensarlo, si Cropley realmente anda al acecho de jovencitas solas en la autopista, entonces la única coincidencia es que se encontraba en el área de descanso de Watford Gap al mismo tiempo que Jennifer Clewes. Y ésa era la coincidencia que él siempre había buscado. Visitaba una y otra vez los mismos sitios: Watford Gap, Leicester Forest, Newport Pagnell, Trowell... y Claire Potter y Jennifer Clewes fueron exactamente lo que él andaba esperando.

—Entiendo tus razones —dijo Annie—. Pero es demasiada coincidencia que escogiera a una chica a la que otros ya seguían con la intención de liquidarla.

—De acuerdo, a veces pasan cosas extrañas. Pero eso no significa que Cropley sea inofensivo.

—No hacía falta que me lo aclararas, Kev.

—Además hubo otra mujer: Paula Chandler. Alguien la hizo salirse de la carretera en febrero, un viernes por la noche tarde. El atacante intentó abrir la puerta, pero tenía puesto el seguro y la chica consiguió arrancar y largarse.

—¿Logró verlo bien?

—Sólo le vio la mano.

Annie pensó unos instantes.

—Sigue sin significar que Cropley sea el asesino.

—Quizás haya un modo de averiguarlo...

—Dime.

Templeton se inclinó hacia Annie.

—Me reuní con la sargento detective Browne, de Derby—prosiguió entusiasmado—. Ella está de acuerdo en que vale la pena intentarlo. He ido a hablar con Cropley y su mujer por segunda vez y sigo convencido de que hay gato encerrado. En cualquier caso...

Templeton le comentó a Annie lo de la caspa.

—Debo admitir que has sido muy listo, Kev. No sabía que podía obtenerse ADN de la caspa.

—Se puede. Lo comprobé con Stefan —aseguró Templeton—. Y la

sargento Browne me lo confirmó cuando telefoneó para decirme que le había dado prioridad. También pueden procesar el ADN muy deprisa si se lo proponen.

—Obviando el hecho de que esa prueba sería inadmisible —continuó Annie—, ¿qué crees que pasará después?

—No hace falta que la prueba sea admisible —explicó Templeton tal como lo hiciera con la sargento Browne—. Sólo necesitamos la certeza de que tenemos al tipo indicado para poder después hacer uso de todos nuestros recursos y atraparlo como Dios manda. Obtenemos muestras ADN conseguidas legítimamente, lo volvemos a interrogar, le hacemos justificar cada minuto de cada noche de viernes que ha pasado en la autopista, hacemos que sus compañeros de trabajo y sus jefes nos digan todo lo que saben sobre él y sus movimientos, volvemos a interrogar a todas las personas de las cafeterías de carretera, a todos los conductores nocturnos de camiones... Alguien tuvo que haber visto algo.

Templeton la miraba con tanto entusiasmo que, a pesar de sus recelos, Annie consideró de mala educación desilusionarlo. Además, Templeton no podría descarriarse demasiado si la Brigada de Investigación Criminal de Derby también estaba involucrada. El joven detective iba camino de convertirse en un nuevo Banks, reflexionó Annie, y la verdad era que no necesitaba otro. Pero al menos Templeton le había comunicado lo que pensaba, lo cual era más de lo que hubiera hecho el inspector.

—De acuerdo —dijo Annie finalmente—. Pero trabajarás directamente con la brigada de Derby. Y si hablas con Cropley, quiero que alguien te acompañe, esa sargento Browne o alguien más de Derby. No quiero que te desmarques con este asunto, ¿entendido, Kev?

Templeton asintió, feliz como un perro con su hueso.

—Sí, inspectora. No se preocupe. Lo investigaré de forma seria y responsable, siguiendo las normas al pie de la letra.

—No hagas promesas que no vas a cumplir —dijo Annie y sonrió—. Sólo espero que la Fiscalía de la Corona esté dispuesta a llevar el caso a los tribunales.

—Eso es pedir mucho.

Annie rió. Era un hecho reconocido que la Fiscalía de la Corona no se ocuparía de ningún caso que no consideraban que tuviese un cien por cien de posibilidades de acabar en una condena.

—Hazlo lo mejor que puedas —dijo Annie—. Es hora de regresar a la oficina.

Acabaron sus cafés, los pagaron y volvieron andando por Market Street. Apenas cruzaron la puerta de la comisaría, sonó el móvil de Annie. La inspectora hizo un gesto a Templeton para que se adelantara.

—¿Inspectora detective Cabbot? —preguntó una voz familiar.

—Hola, doctora Lukas.

—Me gustaría hablar con usted.

—La escucho.

—Por teléfono no. ¿Podríamos encontrarnos?

«Pues al traste con la noche que iba a pasar relajándome en la bañera con un buen libro —pensó Annie—. Más vale que sea algo que valga la pena.»

—Estoy en el norte —respondió mirando su reloj—. Ahora son las cuatro menos veinte. Dependiendo de los trenes, puedo estar allí alrededor de las ocho.

—Muy bien.

—¿En su casa, entonces?

—No.

La doctora Lukas le dio las señas de un restaurante francés de Covent Garden.

—Allí la espero —dijo y colgó.

Tras su encuentro con Gareth Lambert, Banks cogió el metro hasta Charing Cross y se dirigió al Albion Club. El local no abría hasta bien entrada la noche y sus puertas estaban cerradas. Las golpeó un par de veces y después empezó a sacudirlas, pero nadie le abrió. Un par de transeúntes lo miraron con desaprobación, como si fuera un alcohólico mendigando una copa. Al final y para desquitarse, Banks le dio un puntapié a la puerta y marchó hacia Trafalgar Square. Durante un rato se perdió entre las hordas de turistas, intentando desembarazarse de la frustración y de la ansiedad que acumulaba en

su interior desde que viera el cadáver de Roy tirado en la playa de guijarros.

Era media tarde y, a pesar del desayuno inglés completo que había tomado con Annie por la mañana, tenía hambre. Dio con una hamburguesería estilo americano cerca de Old Compton Street, frente a un estudio de body-piercing, y pidió una hamburguesa con queso y una Coca-Cola.

Mientras comía y veía desfilar el mundo exterior ante sus ojos, repasó su charla con Gareth Lambert: su histrionismo con el puro, su chiste sobre Carmen Electra, su comentario de que Roy había vuelto a interesarse por la venta de armas, su amenaza indescifrable al final del encuentro... Nada de eso era necesario, pero Lambert no había podido evitarlo. ¿Había actuado así por inocencia o por arrogancia? A veces no era fácil diferenciarlas.

Pero había algo más que tenía a Banks muy, pero que muy insatisfecho. Banks, quizá más que ningún otro, intuyó durante años que su hermano había actuado fuera de la legalidad. Y además, como bien señalara Corinne, siempre había pensado lo peor de Roy. No era algo de lo que estuviera orgulloso, pero al menos no se había equivocado.

Sin embargo, después de la charla con el reverendo Ian Hunt y de haber rebuscado más en la vida de Roy, había llegado a la conclusión de que tras aquella imprudente venta de armas, su hermano había aprendido la lección. Lo que Roy había visto en Nueva York el 11 de septiembre de 2001 le había afectado profundamente y le había hecho comprender la brutal realidad del terrorismo. Ya no se trataba de algún autobús lleno de desconocidos en Basra o en Tel Aviv visto en la televisión, ahora habían muerto ante sus ojos seres humanos como él, algunos de ellos incluso conocidos, que sólo se ocupaban de sus quehaceres diarios.

Banks estaba empezando a pensar que a Gareth Lambert se le había ido la mano. Banks no creía que Roy acudiera a Lambert en busca de contactos para volver a comerciar con armas. A no ser que buscara perpetrar una represalia, lo cual a esas alturas era improbable. Si Roy tenía cuentas pendientes las habría ajustado mucho años antes, con la furia ciega posterior al 11-S. Pero no había

sido así y eso le hacía pensar que Lambert mentía. Una mentira que sólo podía tener una explicación: despistarlo, alejarlo de la verdad. Cada minuto que pasaba, Banks se convencía más de que la muerte de su hermano estaba relacionada con el Centro Berger-Lennox e involucraba a Jennifer Clewes, a Roy, a la doctora Lukas, a la misteriosa Carmen Petri y a las chicas tardías. Pero ¿dónde encajaba Lambert? Banks todavía no lo sabía. ¿Cuál era la pieza que faltaba?

Dudaba que Lambert fuera a revelárselo, era demasiado astuto. Se había divertido jugando con él, diciéndole que había visto a Roy el viernes, cuando por los periódicos sabía a ciencia cierta que ése fue el día en que Roy desapareció. Y lo había hecho porque sabía que el policía había obtenido una descripción de Malcolm Farrow y porque creía que sus acciones no podían incriminarlo. No cabía duda de que Roy se había marchado del Albion Club entre las doce y media y la una, y que Lambert hizo lo propio poco después de las tres. Así que Banks decidió ir al club por la noche y comprobarlo.

Terminó su hamburguesa y regresó en metro a South Kensington. Husmearía una vez más entre los archivos de su hermano y averiguaría si en ellos había algo relacionado con el Albion Club o con alguno de los miembros que Lambert había mencionado. Quizá pudiera telefonear a alguno y verificar la declaración de Lambert. También quería hablar con sus padres y contactar con la policía de Peterborough para asegurarse de que todo estaba tranquilo.

La casa de Roy estaba en silencio. Banks entró, cerró la puerta con llave y se dirigió a la cocina. Al entrar le sobresaltó ver a un hombre sentado junto a la mesa. Pero se sorprendió más cuando el hombre se dio la vuelta y le apuntó con un arma.

16

—Tome asiento, lentamente —dijo el hombre—. Y ponga las manos donde pueda verlas.

Banks hizo lo que el hombre le ordenó.

—¿Quién es usted? —preguntó el desconocido.

—Iba a preguntarle lo mismo.

—Pues yo pregunté primero y soy el que tiene la pistola.

—Me llamo Alan Banks.

—¿Tiene alguna identificación?

Lentamente Banks introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo sus credenciales. Las deslizó por la mesa hasta el desconocido, quien las examinó cuidadosamente y se las devolvió. Finalmente el hombre enfundó el arma en una cartuchera oculta bajo la americana.

—¿A qué cojones viene todo esto? —preguntó Banks sintiendo aumentar su ira mientras le volvía a subir la adrenalina.

—Tenía que asegurarme —dijo el hombre—. Soy Dieter Ganz, de la Interpol.

Ganz le mostró sus credenciales y le alargó la mano. Banks no tenía ganas de estrechársela, más bien le apetecía darle un puñetazo.

—Lo siento —dijo Ganz encogiéndose de hombros—. El comisario detective Burgess me dijo que podía encontrarle aquí, pero de todos modos tenía que asegurarme de que era usted.

Ganz casi no tenía acento, pero si uno escuchaba atentamente lo percibía en su sintaxis y en su cuidadosa dicción.

—¿Cómo entró?

—No fue difícil.

Ganz se volvió hacia la ventana trasera. Banks le siguió la mirada y vio que justo debajo del pestillo faltaba un círculo de cristal del tamaño de un puño.

—No sé qué opina usted —dijo Banks—. Pero después de semejante susto, yo necesito un trago.

—No, gracias —respondió Ganz—. Para mí nada.

—Como guste.

Banks abrió una botella de Cote de Nuits y se sirvió una cantidad generosa. Todavía le temblaba la mano.

—¿Así que Burgess le mandó verme?

—Me dijo dónde encontrarlo —asintió Ganz—. Lamento haber tardado tanto, a Burgess no le fue fácil dar conmigo. He estado fuera del país. Por lo que me han contado, tenemos intereses en común.

—Antes que nada, debería decirme cuáles son los suyos.

—De momento, me interesa la gente que se dedica al contrabando. En especial, la gente que trafica con mujeres jóvenes con el propósito de explotarlas sexualmente.

«Este Ganz tiene pinta de secreta», pensó Banks. Era joven, no debía de tener más de treinta años. Llevaba la melena rubia demasiado larga y grasienta, y no se había afeitado en cuatro o cinco días. La americana de lino que llevaba encima de la camisa estaba arrugada y con manchas, sus vaqueros necesitaban un lavado.

Ganz cogió un papel de uno de los bolsillos laterales de la americana y lo desplegó sobre la mesa. Era una copia de la fotografía que Banks le había entregado a Burgess.

—Quería saber quién era el tipo que está junto a Gareth Lambert, ¿no es así?

—Lambert me dijo que se llama Max Broda —repuso Banks.

—Efectivamente. Max Broda es un albanés que viaja con pasaporte israelí.

—¿Por qué hace eso?

Ganz sonrió. Le faltaba uno de los dos dientes delanteros.

—Así no tiene que preocuparse por los visados.

—¿A qué se dedica?

Gareth Lambert había dicho que Max trabajaba en turismo, organizando viajes y cruceros, pero la presencia de Ganz indicaba que no era cierto.

—Broda es un «comerciante» —dijo Ganz—. ¿Sabe lo que es eso?

—¿Con qué comercia?

—¿Alguna vez ha oído hablar del Mercado Arizona?

—No.

—Sé que suena americano, pero está en Bosnia, entre Sarajevo y Zagreb. Se parece a esos mercados que se ven en las películas, ya sabe, zocos románticos, con sus puestos y productos coloridos y sus calles estrechas y serpenteantes. Durante el día muchos acuden allí a comprar CD y DVD piratas, imitaciones de Rolex y perfumes de Chanel. Pero por la noche se convierte en otra clase de mercado. Por la noche pueden comprarse coches robados, armas, drogas... y mujeres jóvenes. Las venden como aquí se venden ovejas y vacas. A veces las subastan. Las hacen desfilar desnudas sosteniendo un número mientras los comerciantes las toquetean y manosean antes de pujar. Les abren y miran los dientes como lo harían con un caballo. Y una vez que han sido compradas, acaban trabajando en clubes y burdeles en Bosnia, ofreciendo sus servicios a las fuerzas internacionales de paz. Pero muchas son llevadas clandestinamente a otros países para trabajar en espectáculos de striptease y casas de masajes.

—Supongo que ahí es donde entra Lambert —dijo Banks—. La ruta de los Balcanes...

—Ésa es una de las rutas: Serbia, Croacia, Albania, Macedonia, Bosnia-Herzegovina, Montenegro y Kosovo —asintió Ganz—. Pero hay otras rutas y cambian constantemente. Los comerciantes cruzan las fronteras cuando no están vigiladas. Muchas mujeres de Rusia, Ucrania y Rumania son llevadas por la ruta del este, a través de Polonia, Alemania o Hungría. Para ir de Serbia a Italia, los contrabandistas prefieren utilizar los puertos marítimos albaneses y hacen cruzar a las mujeres en botes de goma. No todas lo logran. Al margen de cómo llegan, una vez dentro de la Unión Europea ya pueden ser transportadas de un sitio a otro más libremente.

—Entonces, ¿Lambert y Broda son socios?

—Sí. —La mirada de Ganz se endureció—. Broda compra las mujeres y Lambert se encarga de hacerlas entrar en el país. No personalmente, por supuesto, sería demasiado arriesgado. Pero conoce los puntos débiles del sistema y sabe a quién sobornar. Creemos que Broda y él hacen negocios juntos desde hace tiempo.

Antes Lambert vivía en España, pero las cosas se le complicaron, así que ahora ha vuelto. El negocio del turismo es la tapadera perfecta para los viajes que tiene que hacer.

—Entonces hace años que Gareth Lambert y Max Broda unieron fuerzas para traer chicas jóvenes a Inglaterra con el fin de prostituirlas.

—Efectivamente. Pero no lo hacen sólo aquí, por eso es tan difícil atraparles. Y por eso estamos intentando reunir expedientes sobre operaciones similares en París, Berlín y Roma. Es un problema muy extendido. —Ganz hizo una pausa—. He visto a estas mujeres, señor Banks, he hablado con ellas. Ante todo, no es del todo exacto llamarlas «mujeres» porque no son más que niñas, algunas de apenas catorce o quince años. Las sacan de sus hogares con engaños, les prometen trabajo en el exterior como niñeras o modelos, sirvientas o camareras. A veces las sacan del país enseguida, otras las llevan a casas de amansamiento en Belgrado y allí las obligan a vivir en condiciones repugnantes. Las humillan, las golpean, las matan de hambre y les niegan las comodidades humanas más básicas, las violan repetidamente, las drogan. Las vuelven dóciles. Cuando les han quebrado la voluntad, las llevan a los mercados y las subastan. Después de eso y aunque acaben en Roma, Tel Aviv, París o Londres, siguen obligadas a vivir en condiciones terribles, a tener que complacer a diez, veinte e incluso treinta hombres por noche. Si no hacen bien su papel, si no hacen ver que les gusta lo que les hacen, entonces las golpean y las amenazan. Les dicen que si intentan escapar las cazarán y las matarán, y que lo mismo les ocurrirá a sus familias en sus países natales.

—Había oído algo de lo que me cuenta —dijo Banks meneando la cabeza, impresionado por la imagen que Ganz le describía—, pero desconocía la magnitud del problema.

—La mayoría de la gente lo ignora, prefiere no saberlo —dijo Ganz —. Prefiere creer que las chicas que acaban como prostitutas se lo merecían, que habían elegido su oficio, pero muchas no tuvieron opción. Usted puede hacerse traer una chica por una cantidad tan nimia como mil libras y sacarle cien mil de ganancia al año. Una vez

que la chica está agotada, va y compra otra. Como negocio es redondo, ¿no le parece?

—No puedo creer que mi hermano estuviera metido en eso.

—Que yo sepa, no lo estaba —dijo Ganz—. Por lo que me contó el comisario Burgess, deduzco que su hermano y la novia descubrieron lo que ocurría.

—¿A través del Centro Berger-Lennox?

—Y de la doctora Lukas, así es.

—¿Qué papel juega ella en todo esto?

—Procura ayudar a las que se quedan embarazadas, sólo eso. No hace preguntas. Y ellas tienen suerte de contar con alguien como la doctora, de otro modo...

—Pero ¿cuál es su vinculación en este asunto?

—Eso no lo sabemos con certeza. Esa parte de nuestra investigación todavía está fresca. Hasta ahora habíamos centrado nuestro trabajo en Bosnia, Rumania y Serbia.

—¿Era Carmen Petri una de las chicas a las que Lukas quiso ayudar?

Ganz frunció el ceño.

—Desconozco el nombre. Lo siento.

—¿Está seguro?

—Sí. ¿Dice que se llama Petri?

—Sí, o algo parecido.

—Suena rumano.

—¿Pero no ha oído hablar de ella?

—No.

—De acuerdo —dijo Banks—. Continúe.

—Independientemente de lo que sepa o no sepa la doctora Lukas —prosiguió Ganz—, el caso es que en algún lado hay un proxeneta al que Lambert y Broda suministran las chicas que traen desde Europa del Este. Dependiendo de la cantidad de chicas, las esconde en una o más casas. Quizás haya más de un proxeneta, aunque eso ya no lo sé. Hemos estado esperando que Broda o Lambert nos conduzcan a él.

—Pero no lo han conseguido.

—Todavía no. Nos preocupa que estén al corriente de nuestras

actividades. Lambert se mueve entre su apartamento y la agencia de turismo, y los fines de semana juega a ser un rico en su casa de campo.

—¿Dónde está exactamente?

—En un pueblo llamado Quainton, cerca de Buckingham. Allí lleva una vida ejemplar. El caso es que donde hay proxenetas y contrabandistas suele haber crimen organizado. Y eso siempre es peligroso.

—¿La mafia rusa?

—Muy probablemente.

Banks le informó sobre los dos hombres que, según las sospechas de Annie, habían asesinado a Jennifer y quizás a Roy.

Ganz asintió ligeramente.

—Se corresponde con su estilo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Creemos que estos últimos asesinatos pueden llevar la situación al límite. Puede que alguien cometa un error.

—¿Ha venido a disuadirme?

—¿A disuadirlo? —rió Ganz—. El comisario Burgess me previno de que usted diría algo así.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más le dijo?

—Que no serviría de nada. Que hay personas a las que se puede asustar, pero que usted no es una de ellas. Dijo que usted no respondía ante nadie.

—Tiene razón.

Ganz quitó importancia a lo dicho con un ademán.

—No he venido a disuadirle de nada, más bien quiero usarlo de un modo en el que no puedo usar a los policías que investigan el caso. Quiero que siga haciendo exactamente lo que está haciendo. Pero debo advertirle que va a revolver un avispero.

—Continúe.

—Está en peligro, no lo voy a negar. Si hubiese estado en la dirección que su hermano le facilitó a la chica, ahora mismo estaría muerto. Pero después de los inconvenientes que estas dos muertes les han causado, van a pensárselo mucho antes de matar a un policía. Sin duda lo siguieron cuando usted vino a Londres, pero sólo

por rutina, tenían otras cosas de qué ocuparse. Además, sabían que su hermano no tuvo tiempo de explicarle nada, de lo contrario no le hubieran permitido ir haciendo preguntas por ahí como hasta ahora. A su hermano le torturaron antes de matarle, él les dijo que usted no sabía nada y les dio la dirección equivocada. Fueron ellos quienes enviaron la fotografía al móvil. Quizá no sabían que el teléfono estaba en su poder, pero sí sabían que no lo tenía su hermano. Así son ellos, les gustan las bromas macabras. Si no lo hubiese recibido usted, le hubiera llegado a quien tuviese el teléfono en ese momento... quizás incluso a la policía. No les importaba, el teléfono no se podía rastrear: era robado y se deshicieron de él en cuanto acabaron de usarlo. Y después le hicieron saber a usted que conocían el domicilio de sus padres. Eso también concuerda con su estilo. Pero no se preocupe, sus padres están seguros. No podíamos dejar que la policía local se encargara sola del asunto.

—¿Tiene hombres allí?

—Uno y armado. Pero ahora que usted ha conseguido ver a Gareth Lambert y lo ha puesto nervioso, puede que las cosas cambien. No lo sé...

—¿Cómo sabe que he visto a Lambert?

—El comisario Burgess me dijo que usted sabía dónde encontrarlo. No creí que fuera a quedarse quieto, teniendo esa información. ¿Qué le pareció?

—No le creí. No me fío de él.

—En eso no se equivoca. A partir de ahora le cubriremos las espaldas lo mejor que podamos, pero, por razones obvias, no podemos hacerlo abiertamente. Es una pena que ustedes, los policías ingleses, vayan desarmados.

—No estoy del todo de acuerdo —dijo Banks.

A lo largo de su carrera fueron contadas las ocasiones en las que habría necesitado un arma, pensó Banks. Pero la de ahora probablemente era una de ellas.

—Por cierto —inquirió—, ¿tiene permiso para esa que lleva?

Ganz rió.

—Tengo el de su Gobierno, si es eso lo que quiere saber. ¿Quiere una? Puedo conseguírsela.

—Lo más probable es que me pegara un tiro en el pie, pero gracias por la oferta.

—Ah, casi me olvido. El señor Burgess dijo que le comentara que ha comprobado la matrícula del Vectra rojo. Dice que fue robado en un aparcamiento de varias plantas en Putney. No sé a qué se refería, ¿usted sí?

—Sí, gracias —dijo Banks.

Significaba que el coche que lo había seguido desde la casa de sus padres era robado, tal como ya se imaginaba.

—¿Qué va a hacer ahora? —dijo Ganz.

Banks miró su reloj.

—Voy a beberme otro vaso de vino y meditar sobre lo que me ha explicado.

Más tarde iría al Albion Club, en The Strand, cuando estuviera abierto y vería si podía averiguar algo más sobre las últimas horas de Roy. Pero no sintió que debiera informar de ello a Dieter Ganz. Si la Interpol iba a seguirle los pasos, ya se enterarían a su debido tiempo.

Susan Browne salió de Derby y llegó a Eastvale a las cuatro de la tarde, justo después de que Annie saliera hacia la estación. La sargento traía consigo el resultado positivo de la muy discreta constatación de ADN y algo más.

De camino a casa de Cropley, informó a Templeton de que el inspector Gifford había investigado la empresa informática de Cropley en Londres y que había averiguado que los viernes éste solía salir tarde de forma habitual. Y también el 23 de abril, pues habían celebrado que habían cerrado un contrato muy lucrativo.

Cropley no se mostró precisamente encantado de ver a los dos detectives en el umbral de su casa aquella tarde. Intentó cerrarles la puerta, pero Templeton interpuso el pie entre la puerta y el marco.

—Será mejor que nos deje pasar —le dijo—. De lo contrario me quedaré aquí hasta que la sargento Browne regrese con una orden de registro.

Cropley dejó de empujar la puerta. Los policías entraron y le siguieron hasta el salón.

—No sé por qué no me dejan tranquilo —se quejó—. Le he dicho

una y otra vez que no sé nada de esos asesinatos.

—Querrá decir que me mintió una y otra vez —dijo Templeton—. Por cierto, ésta es la sargento detective Browne. Ha venido desde Derby para hablar con usted. Salúdela.

Cropley no abrió la boca, sólo miró fijamente a Susan Browne. Ella tomó asiento y se alisó la falda.

—Señor Cropley —dijo—. Iré al grano. Cuando el agente Templeton vino a verme, tuve mis dudas. Pero he tenido tiempo de reflexionar sobre sus sospechas, investigar un poco y he cambiado de parecer.

—¿Qué sospechas?

Susan extrajo una carpeta de su maletín y la abrió.

—Según mi información, el viernes veintitrés de abril usted abandonó la oficina de Holborn a las ocho de la noche.

—¿Cómo sabe eso?

—¿Es cierto?

—No lo recuerdo. ¿Cómo espera que recuerde algo que pasó hace tanto tiempo?

—Según nuestras pruebas, es cierto. Eso indica que usted estaba cerca del área de descanso de Trowell a la misma hora que Claire Potter.

—Oiga, esto es absurdo. Ésa no es más que una prueba circunstancial.

—En otras dos ocasiones que usted salió tarde —continuó leyendo Susan—, dos mujeres fueron acechadas o atacadas apenas salieron de la M1.

—Yo no ataqué a nadie.

—Lo que vamos a hacer, señor Cropley, es llevarlo a comisaría para continuar el interrogatorio —prosiguió Susan—. Allí le tomarán sus huellas dactilares y una muestra de ADN. Cuando hayamos...

Se abrió la puerta y entró la señora Cropley.

—¿Qué ocurre, Roger?

—Me están acosando de nuevo —dijo Cropley.

La mujer miró a Susan, a Templeton y de nuevo a su marido. Su rostro era una mueca de desprecio.

—Quizá te lo merezcas —contestó.

—¿Sabe usted algo de esto, señora Cropley? —preguntó

Templeton.

—Eso es un asunto entre mi marido y yo.

—Una mujer ha muerto asesinada —dijo Susan—. Fue violada y apuñalada.

La señora Cropley se cruzó de brazos.

Susan y Templeton se miraron. La sargento se volvió de nuevo hacia el sospechoso, que se había puesto pálido.

—Una vez que hayamos tomado sus fotografías, se las mostraremos a cada trabajador de cada cafetería y gasolinera de la autovía. Y una vez que tengamos su ADN, lo compararemos con los restos hallados en la escena del crimen de Claire Potter. Quizá pensó que había sido concienzudo, señor Cropley, pero siempre queda algún indicio. En su caso, es la caspa.

—¿La caspa?

—Sí. ¿No sabía que se puede obtener ADN de la caspa? Si dejó un solo copo en el lugar del crimen nosotros lo tendremos guardado en el laboratorio de pruebas y lo compararemos.

Cropley se quedó aturdido.

—¿Tiene algo que decir?

Cropley meneó la cabeza.

—Muy bien, señor Cropley —concluyó Susan poniéndose en pie—. Queda detenido como sospechoso de la muerte de Claire Potter. No está obligado a decir nada, pero su defensa puede verse perjudicada si llegase a necesitar información que evitó mencionar durante el interrogatorio. En cambio, todo lo que diga puede ser utilizado como prueba.

Flanqueado por Browne y Templeton, Cropley salió de la estancia cabizbajo. Su esposa le dio la espalda y se quedó plantada, sin descruzar los brazos, rígida como una estatua.

Annie se abrió paso por las aceras abarrotadas de Covent Garden hasta llegar al restaurante de Tavistock Street, donde la había citado la doctora Lukas. Llegaba media hora tarde. Había perdido el tren de las 4:25 y, puesto que el de las 5:05 era un tren lento, tuvo que esperar al de las 5:25. Éste llegó a Londres a su hora: a las 8:13. De camino, Annie había telefoneado a la doctora a su despacho del

centro, pero la recepcionista le informó de que ese día no había consulta. Después le dejó un mensaje en el móvil, pero no estaba segura de que la doctora lo hubiera recibido, así que finalmente telefoneó al restaurante para dejar un mensaje allí también. Luego, Annie se puso en contacto con su hotel habitual y reservó una habitación para esa noche. La empleada de recepción reconoció su apellido y su voz y se puso tan parlanchína que fue embarazoso.

Annie entró corriendo en el restaurante repleto, repitiéndose que la doctora Lukas le había prometido esperarla. Lo cierto era que había lugares mucho peores para hacerlo. La vio en una mesa de un rincón y hacia allí se dirigió. El restaurante era pequeño, con una iluminación íntima y manteles de lino blanco. Las especialidades y los vinos recomendados estaban apuntados en una pizarra. Y había música, pero a un volumen tan tenue que Annie no conseguía distinguirla. Parecía francesa.

—¿Recibió mi mensaje? —preguntó Annie sentándose con la respiración todavía entrecortada.

—Sí, no se preocupe —dijo doctora Lukas, dándole un golpecito a la edición de bolsillo que estaba leyendo—. Me he traído mi libro. Estaba preparada para esperar. Y además aquí me conocen, son muy comprensivos.

Annie repasó el menú, que era decididamente tradicional, y escogió la *ratatouille.* La doctora Lukas optó por la *bouillabaisse.* Una vez que les hubieron tomado el pedido, la doctora le sirvió a Annie un poco de Chablis y llenó su propio vaso.

—Siento haberla hecho venir desde tan lejos —dijo Lukas—, pero era imposible explicárselo por teléfono.

—No importa, de todos modos tenía que regresar a Londres. ¿Me lo va a contar todo?

—Todo lo que sé.

—¿Por qué no lo hizo antes?

—Porque la situación ha cambiado. Todo esto ha ido demasiado lejos.

El camarero apareció con una canasta de pan. Annie pellizcó un trozo y lo untó con mantequilla. En el tren no había comido y tenía hambre.

—La escucho.

—Esto es muy difícil para mí —arrancó la doctora Lukas—. No es algo de lo que esté orgullosa.

—¿Se refiere a la ayuda que les prestó a las chicas?

—No es tanto por eso, si no lo hacía yo, ¿quién iba a ayudarlas?

—¿Va a hablarme de Carmen Petri?

—Sólo en parte. Para entender lo que voy a contarle tiene que saber de dónde vengo. Lvov es una ciudad muy antigua y en muchos aspectos muy bella. Tiene muchos edificios antiguos e iglesias. Mi madre fue costurera hasta que la artritis no le permitió usar más sus manos. Mi padre era ingeniero de minas. Mis padres recuerdan cuando durante la guerra los alemanes juntaron a todos los judíos y los asesinaron. Se suele hablar de la masacre de Babi Yar, cerca de Kiev, pero hubo muchas otras masacres en lugares pequeños, como Lvov. Por aquel entonces mis padres eran niños y tuvieron suerte. Se escondieron y los alemanes no los encontraron. Cuando yo vivía allí, Ucrania todavía formaba parte de la Unión Soviética. Crecí en una zona moderna de la ciudad, en unos feos bloques de apartamentos de estilo estalinista. Éramos pobres y estábamos mal alimentados, pero sentíamos que pertenecíamos a una comunidad. Y a veces hasta llegábamos a creer en los ideales que alguna vez dieron lugar a la revolución; pero la realidad era distinta. Cuando Ucrania se independizó en 1991, sobrevino un período de caos. Nadie sabía lo que iba a ocurrir. Fue entonces cuando me marché.

Annie escuchaba interesada en la historia de la doctora, aunque sentía curiosidad por saber hacia dónde quería llevarla. Poco después, les sirvieron los platos y la doctora rellenó los vasos. Como si le hubiera leído la mente, sonrió a Annie y le dijo:

—Se preguntará adonde lleva todo esto que le estoy contando. Tenga paciencia.

La doctora continuó hablando de su niñez, de la escuela pública, de las condiciones de vida insalubres, de su ambición por convertirse en doctora algún día.

—Y aquí estoy —dijo—. He conseguido hacer realidad mi sueño.

—Debe de sentirse muy orgullosa.

La doctora Lukas frunció el ceño.

—¿Orgullosa? Sí, muchas veces. Pero hará un año un hombre vino a mi casa. Lo recordaba de la escuela y del bloque de Lvov, su familia vivía junto a la mía. Dijo que se había enterado de que ahora era una doctora reconocida, que sus padres habían leído un artículo sobre mí en un periódico de allí. Es verdad. Aunque muchos dejamos Ucrania, lo que nos sucede sigue interesando a aquellos que nunca han salido al mundo exterior.

—¿Qué quería aquel hombre?

—Cuando aún estaba en la escuela ya era un matón. Y cuando se hizo mayor, él y su pandilla eran el terror de nuestro edificio: extorsionaban, entraban a robar, vendían productos en el mercado negro. Nadie estaba a salvo de él. Y de pronto un día desapareció. Ya podrá imaginarse el alivio que fue para todos.

—Pero volvió a aparecer aquí, en Londres...

—Así es. Me dijo que había viajado por toda Europa y que había aprendido la forma de vida del mundo libre, la economía de mercado. Su aprendizaje en Lvov le había servido de mucho.

—Él es quien que le manda las chicas tardías, ¿verdad?

Durante unos instantes la doctora no dijo nada. Annie había notado que conforme narraba su relato había empalidecido y que apenas había tocado su *bouillabaisse.* Al final habló.

—Así es. Ahora se dedica a eso, es un proxeneta. La primera vez que vino a verme fue porque una de sus chicas tenía problemas con su período y eso dificultaba saber cuándo podía trabajar. Después se le ocurrieron las ventajas de que yo me convirtiese en, digamos, su doctora extraoficial. Y así empezó todo.

—Y esto lleva sucediendo un año...

—Así es.

—¿Cuántas chicas ha tratado desde entonces?

—Unas quince o dieciséis.

—¿Todas embarazadas?

—Muchas sí. Algunas sufrían infecciones de transmisión sexual. Una tenía un escozor fortísimo en la zona del pubis, otra sangraba por el ano. Tuvieran lo que tuvieran, él me las traía después de que el

centro cerrara. Me llamaba y me informaba de que ese día debía quedarme hasta tarde.

—¿Por qué lo ayudó?

Annie creía saber la respuesta a la pregunta, pero necesitaba oírlo de la doctora. Un grupo ruidoso al otro extremo de la sala estalló en risas.

La doctora Lukas los miró y cuando volvió a encarar a Annie su expresión se había ensombrecido.

—Me dijo que hiciera lo que me ordenaba y que si hablaba de esto mandaría a alguien a Lvov a matar a mis padres. Sé que puede hacerlo, todavía tiene contactos allí.

—¿Por qué no me habló de esto antes?

—Mis padres se han marchado de Lvov. Se fueron a Estados Unidos, a vivir con mi hermano en San Francisco. Estaba esperando la confirmación de que hubiesen llegado. Hoy me han llamado.

—¿Y usted no tiene miedo?

—Lo que me ocurra a mí me trae sin cuidado —dijo la doctora Lukas—. Además, él no va a hacerme nada. Le soy más útil viva.

—Si le sirve de consuelo —dijo Annie—, le aseguro que ese hombre acabará en prisión.

La doctora Lukas rió.

—Entonces dirigirá su imperio desde una celda y en el exterior alguien tomará su lugar. Otro monstruo como él. En este mundo hay monstruos de sobra. —Lukas meneó la cabeza—. Pero esto ya ha ido demasiado lejos... la pobre Jennifer y ese hombre.

—Se llamaba Roy Banks. ¿Qué puede decirme de Carmen Petri?

La doctora Lukas lanzó una mirada extraña a Annie.

—¿Carmen? Ella fue el comienzo del fin.

—¿Qué quiere decir?

—Hasta la aparición de Carmen pude hacer la vista gorda, incluso creer que lo que hacía estaba bien y que las chicas llevarían una vida mejor aquí como prostitutas que en esas aldeas devastadas por la guerra de donde provenían. Pero no conocía la verdad. Como todo el mundo, creía que hacían lo que hacían por elección, que había algo malo en ellas que las hacía ser así. Pero pequé de inocente.

—¿Y por qué Carmen cambió su punto de vista?

—Las chicas no hablaban. Yo les preguntaba sobre sus vidas, pero se negaban a decirme nada. Estaban demasiado asustadas. En cambio, Carmen tenía más confianza en sí misma, era más inteligente, no sé... Quizá fue porque Jennifer se comportó cariñosamente con ella. Sea por lo que fuere, Carmen dejó escapar un comentario.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que una de las chicas nuevas había sido encerrada en una habitación minúscula por no haber querido realizar algún acto asqueroso. Me contó que aquella chica regresó un día de la escuela, en su pequeña aldea de Bosnia, cuando dos hombres la raptaron a punta de cuchillo y la obligaron a convertirse en prostituta. Tenía quince años. Ésa fue la primera vez que comprendí que estas chicas no estaban a un paso de la prostitución por su forma de ser, que no había nada «malo» en ellas. Eran chicas normales, como usted y como yo, que fueron obligadas a hacer lo que hacen. Igual que yo, temen por las vidas de sus familias, que aún viven en sus países de origen... Pero eso sólo les pasa a las que tienen la suerte de tener familia, pobreci tas... Él las trae clandestinamente de Bosnia, Moldavia, Rumania y Kosovo. Muchas son huérfanas de guerra. A los dieciséis años tienen que abandonar el orfanato y a menudo no tienen ni dinero ni un lugar adonde ir. Y a la vuelta de la esquina las esperan estos hombres. Las chicas les tienen terror. No quieren hablar de lo que ocurre, pero he visto los moratones e incluso los cortes. Prefería no preguntar, no estoy orgullosa de eso. Pero los vi. Y un día, Carmen decidió hablar.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—El lunes, hará una semana.

—¿Le pasó algo a ella?

—Nada, que yo sepa.

—¿No ha muerto?

—No lo creo. No veo por qué.

—Pero si ellos se enteraron de que Carmen les explicó a usted y a Jennifer lo que realmente ocurría...

—No creo que se hayan enterado. Además, Carmen es demasiado valiosa para ellos.

—Pero algo debieron de averiguar, porque dos personas han muerto —dijo Annie—. Jennifer debió contárselo a Roy y éste debió de investigar, hacer preguntas. Él tenía contacto con... digamos que conocía a algunos criminales.

—Quizá me equivoque, no lo sé. Todo lo que sé de Carmen es lo que ella me contó. Que se quedó embarazada y que por eso me la trajeron a mí. Supongo que lo extraño es que haya decidido tener el bebé. Es una católica devota y se negó a abortar.

—¿Se lo permitieron?

—A veces lo hacen —dijo la doctora Lukas—, según la pérdida de dinero que represente. Carmen es una de las chicas especiales, es atractiva y tiene una figura bonita. También es muy inteligente y habla muy bien el inglés. Nunca fue una prostituta callejera, más bien era lo que se suele llamar una acompañante.

—¿Cómo va a compensar la pérdida de dinero que ha ocasionado?

—Supongo que a algunos hombres les gusta tener sexo con mujeres embarazadas y están dispuestos a pagar incluso más por ello —dijo la doctora Lukas—. Puede que tenga menos clientes, pero produce la misma cantidad o incluso más dinero.

De pronto Annie comprendió por qué la doctora no comía. A ella también se le había revuelto el estómago y había perdido el apetito.

—¿Y el bebé?

—Lo darán en adopción. Carmen me contó lo bien que la cuidaban y alimentaban gracias a un tal señor Garrett, quien, supongo, paga una buena suma por el bebé.

—¿Vas a decirme el nombre del proxeneta?

—Se llama Hadeon Mazuryk, pero prefiere que lo llamen Harry. Su mote es «Happy Harry», por la cara de eterna tristeza que tiene. Pero él no es triste, es sólo un extraño rasgo de su fisonomía.

—¿Sabe dónde esconde a las chicas?

La doctora Lukas asintió.

—En una casa cerca de King’s Cross. Una vez fui allí para atender una emergencia. Pero tenga cuidado.

—¿Por qué?

—Tiene un arma. La he visto.

Banks decidió hacer una nueva incursión en el ropero de su hermano en busca de ropa apropiada. Estaba seguro de que no iba a llegar lejos con vaqueros y camisa informal en el Albion Club. El problema eran los pantalones. Los de Roy no le iban y el único que Banks había traído no hacía juego con ninguna de las americanas de su hermano. Al final se encaminó hacia el local con la esperanza de que el interior estuviera mal iluminado: así, el negro y el azul marino no combinarían tan mal.

El hombre de la entrada, una mezcla de mayordomo y portero, le pidió su carné de miembro. Banks le enseñó sus credenciales de policía.

—¿Es policía? ¿Hay algún problema? —preguntó el portero.

—Ninguno en absoluto —dijo Banks—. Sólo necesito hacerle algunas preguntas y no lo molestaré más.

—¿Preguntas?

—Efectivamente. ¿Estuvo aquí de servicio el viernes pasado?

—Sí, señor.

—¿Recuerda haber visto a Roy Banks llegar acompañado de Gareth Lambert?

—Una tragedia lo del señor Banks, era todo un caballero. ¿Quién pude hacerle eso?

—Quién haría semejante cosa, ¿verdad? ¿Pero usted los vio o no los vio llegar?

—Sí. Debían de ser alrededor de las diez de la noche.

—¿Y usted seguía aquí cuando se marcharon?

—No se fueron juntos. El señor Banks se marchó primero, alrededor de las doce y media. El señor Lambert se quedó hasta más tarde, más o menos hasta las tres de la madrugada.

Hasta ahí, Lambert le había dicho la verdad.

—¿Se marcharon solos?

—Sí, señor.

—¿Sabe adonde fue el señor Banks después de marcharse?

—No me lo dijo. Sólo se despidió, como de costumbre.

—¿No le pidió usted un taxi?

—Por The Strand pasan muchos taxis y además hay una parada en Charing Cross.

—Entiendo —dijo Banks—. ¿Puedo pasar?
—Por favor, procure no incomodar a los miembros.
—Sólo quiero hablar con el personal.
—De acuerdo.

Al entrar en el club, Banks se sorprendió. La puerta daba paso a un bar espacioso y de techos bajos. Esperaba encontrarse con oscuros revestimientos de madera, candelabros y camareros vistiendo chalecos color burdeos, pero se encontró con muebles de estructura tubular, luces alógenas y camareras luciendo trajes de raya diplomática y pantalones en vez de faldas. Luces bien disimuladas en destellos como abanicos manchaban las paredes con varios tonos de azul, rosa, verde, rojo y naranja. Las mesas cromadas eran altas, con taburetes de cuero a juego. Desde luego no se trataba de uno de esos clubes de señores mayores donde la gente distinguida pasa el tiempo cuando viene a la capital a pasar el fin de semana. Aquél era un casino de gama alta, con bar y restaurante, donde cincuenta años atrás hubiera ido James Bond. Ahora ese sitio recibía a corredores de Bolsa y banqueros especialistas en inversiones, todos muy en la onda; además de algún contrabandista ocasional como Gareth Lambert.

Resultó que el código de vestimenta era mucho más relajado de lo que Banks se esperaba —nunca antes había entrado en un club privado y se los imaginaba como los de las historias de lord Peter Wimsey y Bertie Wooster— y también le sorprendió que no todos llevasen traje y corbata. El *look* de rigor era «de negocios», pero informal. El lugar no estaba lleno, pero ya había algunos bebiendo y charlando. Un grupo de hombres de negocios japoneses ocupaban una gran mesa junto a la pared del fondo y entretenían a mujeres caras. Muchos de los presentes rondaba los treinta y muchos, lo que convertía a Roy y a Lambert en miembros algo más veteranos que el cliente medio. Nadie prestó atención a Banks. No escuchaba nada de música.

Ocupó uno de los taburetes de la barra y pidió un botellín de Stella. Tal y como se lo esperaba, el precio era exorbitante. Por su aspecto, la «barman» andaba por los veintimuchos, la misma edad de

Corinne y Jennifer. Llevaba el pelo muy corto, teñido de rosa y rubio. Le tomó nota y sonrió. Tenía una sonrisa bonita y hoyuelos.

Banks le enseñó sus credenciales.

—¿Trabaja usted aquí todas las noches? —le dijo.

—Casi todas —respondió ella inspeccionando las credenciales más atentamente que el portero—. ¿Yorkshire? ¿Qué le trae a Londres?

—Los casos nos llevan de un sitio a otro —dijo Banks—. La gente viaja mucho más que antes.

—Ni que lo diga.

—Estoy haciendo indagaciones sobre Roy Banks. Tengo entendido que era miembro...

—Pobre señor Banks, era un encanto.

—¿Lo conocía?

—No lo «conocía»; no fuera del trabajo. Pero a veces charlábamos, suele pasar en esta clase de trabajos. Él siempre tenía tiempo para los que trabajamos aquí, no como algunos de nuestros miembros más estirados.

—¿Se sentaba a la barra a contarle sus problemas?

—Claro que no —la barman rió—, eso sólo pasa en las películas.

—Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—María.

—Encantado de conocerla, María.

—¿Cuál es su parentesco?

—No la entiendo.

—Su nombre también es Banks, lo pone en sus credenciales. ¿Es usted su hermano?

—Sí.

—Debe de estar cabreadísimo.

—Lo estoy. Pero también quiero averiguar qué pasó. ¿Habló usted con él el viernes pasado?

—Sí. Él y el señor Lambert se sentaron en la mesa de allí. —María señaló una mesa discreta en un rincón—. El señor Banks siempre se tomaba la molestia de acercarse y preguntar qué tal estaba. Además, siempre dejaba buenas propinas.

—¿Dijo algo aquella noche?

Una camarera apareció y pidió varias copas. María se disculpó por

unos instantes y sirvió las bebidas con elegante eficacia.
—¿Qué es lo que quiere saber, inspector?
—Si Roy le dijo a usted algo fuera de lo normal.
—No, nada que yo recuerde.
—¿Le pareció que estaba enfadado o molesto?
—Al principio no. Un poco preocupado quizás.
—¿Y después?
—Después de hablar un rato con el señor Lambert se empezó a comportar como si se sintiera incómodo. ¿Me entiende? No sé cómo describirlo, pero la tensión podía sentirse desde aquí.
—¿Lo notaron los demás?
—No creo. Pero yo siempre he sido muy sensible a las vibraciones que emite la gente.
—¿Y éstas eran malas?
—Eso me pareció.
—¿Discutían?
—No, nunca alzaron la voz ni nada así. Pero tenía pinta de ser una negociación tensa.
Según Lambert, Roy lo había presionado para sacarle contactos del negocio de las armas. Banks no se lo tragaba.
—¿Qué ocurrió después?
—Después de hablar por ese teléfono, el señor Banks pasó al casino y ya no volví a verlo.
—¿Y el señor Lambert?
—Se quedó solo durante un rato y después también él pasó al casino.
—¿Dice que Roy uso el teléfono?
—Sí.
—¿Dónde está?
—Es de pago —dijo ella y añadió señalando al extremo opuesto de la sala—: Allí, en el pasillo junto a los aseos...
Banks se volvió y vio el aparato en la pared. Desde donde Lambert se encontraba sentado no hubiera podido ver si Roy hacía una llamada.
—No lo usa mucha gente, hoy en día todo el mundo tiene móvil.

Pero el señor Banks debió de olvidárselo o quedarse sin batería o lo que fuera.

Banks pensó en el móvil que su hermano dejó sobre la mesa de la cocina.

—¿Fue una llamada larga?

—No, sólo duró dos o tres minutos.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí cuando la hizo?

—No mucho. Quizá media hora, tal vez un poco más.

Ésa debió de ser la llamada que le hizo a Jennifer para pedirle que partiera hacia Yorkshire, pensó Banks.

—¿Y cómo se comportó después?

—Después pasó al casino. Al irse no se despidió y eso no es habitual en él.

—¿Hizo el señor Lambert alguna llamada?

—No que yo viera.

—¿Hubiera podido hacerla?

—Por supuesto. Fue al servicio y desde allí hubiera podido llamar con su móvil, si es que tenía uno. Lo que quiero decir es que yo no lo vi hacer ninguna llamada.

—Muchas gracias, María —dijo Banks—. Ha sido de gran ayuda.

—¿De veras?

Banks le dejó una buena propina y salió a The Strand. Miró alrededor para ver si alguien lo observaba; si alguien le estaba cuidando las espaldas, no lo notó. Tanto el portero como María afirmaban que Roy había dejado el club alrededor de las doce y media. Banks notó que realmente pasaban muchos taxis por allí. ¿Qué había hecho Roy, entonces? ¿Se había subido a uno? ¿O alguien se ofreció a llevarlo? No pudo ser Lambert porque todavía se encontraba en el casino. Entonces, ¿quién?

17

Al despuntar el alba, la operación ya había sido aprobada por los jefes de la SO19, la Unidad Armada de la Policía Metropolitana de Londres dependiente de Scotland Yard. Los efectivos estaban reunidos y ya habían recibido sus órdenes. Annie y Brooke se reunieron con los efectivos especializados en armas de la unidad cerca de King's Cross, en las callejuelas que rodeaban Wharfdale Road. La casa formaba parte de una hilera de viviendas adosadas y el jefe de la unidad de intervención había conseguido los planos correspondientes. Los vecinos solían ver a chicas jóvenes entrar y salir a todas horas, a veces acompañadas de hombres. El grupo estaba formado por ocho hombres equipados con cascos protectores, chalecos antibalas, pistolas Glock y metralletas Heckler & Koch MP5. Cada hombre tenía orden de tomar un sector de la casa. Otros tres efectivos vigilaban la parte trasera de la vivienda.

«Vaya extraño espectáculo —se dijo Annie—, hay algo ligeramente irreal en todo esto.» Uno o dos curiosos se acercaron a fisgonear, pero fueron retenidos por los agentes emplazados en las esquinas. El cielo estaba nublado y en el aire flotaba una bruma ligera. En las inmediaciones apenas había tráfico, pero a lo lejos se oían cláxones y motores. En la gran ciudad comenzaba un nuevo día.

Annie deseó que Banks hubiese podido estar presente; le hubiera gustado tenerlo a su lado. Pero esas operaciones seguían normas estrictas: de ningún modo permitirían que el hermano de una víctima tomara parte en ellas. Annie había hablado con Banks la noche anterior y éste le había explicado su visita al Albion Club. A cambio, Annie le contó la charla que tuvo con la doctora Lukas sobre las chicas tardías y Carmen Petri.

A una señal establecida, la unidad de la SO19 derribó la puerta e irrumpió en la casa. Annie y Brooke, que estaban desarmados, tenían órdenes de esperar fuera hasta que la casa hubiese sido tomada. Sólo entonces se les permitiría entrar e interrogar a los testigos o sospechosos. Brooke estaba callado, algo inusual en él. De

pronto empezaron a oírse ruidos, Annie se puso tensa. Hubo gritos, órdenes, un alarido de mujer y el ruido sordo de algo que caía al suelo.

Pero no sonaron disparos y la inspectora consideró que aquello era una buena señal.

Annie no pudo calcular cuánto tiempo había durado la operación, pero al final el jefe de la unidad salió y les informó que la casa estaba tomada. Habían encontrado a un guardia armado con un bate de béisbol y a otros tres hombres, ninguno de ellos armados. Los demás ocupantes eran mujeres jóvenes. Meneando la cabeza y algo incrédulo, el jefe de la unidad pidió a Annie y a Brooke que echaran un vistazo por ellos mismos.

Entraron en la casa. Era un lugar venido a menos, en mal estado, con papel pintado manchado y a punto de despegarse en muchas partes, escaleras sin moquetas y sólo linóleo sucio en la planta baja. Un olor a sexo y cigarrillos llenaba el aire. Por las ventanas apenas entraba luz y los agentes encendieron todas las luces que encontraron, bombillas desnudas en su mayoría, que en vez de mejorar el panorama le otorgaron un aspecto todavía más crudo.

Las siete chicas se encontraban todas juntas en una pequeña habitación de la planta de arriba. «Probablemente viva aquí alguna más —se dijo Annie—, pero deben estar haciendo la calle por King's Cross.» No importaba la hora que fuese, ese negocio nunca se detenía. Hacía años que esa zona tenía mala reputación, de hecho Annie recordaba cuando a las prostitutas las llamaban «las hijas de Margaret», pues muchas de ellas habían emigrado en tren desde el norte del país, donde la primera ministra había acabado con las fuentes de trabajo. Ahora seguramente las llaMarian hijas de Iliescu, de Putin, de Terzic...

Los efectivos de la SO19 empezaron a registrar el lugar. Annie y Brooke se acercaron a interrogar a las chicas. Entraron en una habitación pequeña y apenas amueblada que olía a sudor y a perfume barato. Todas las jóvenes llevaban ropas cortísimas —shorts, minifaldas y blusas o camisetas transparentes— e iban pintadas como puertas. Daba la impresión de que algunas estaban drogadas, ninguna tendría más de quince años. Detrás de sus

expresiones de miedo, Annie sólo pudo ver resignación y desesperación. Sin duda, aquellas jovencitas eran parte de la generación perdida que la doctora Lukas había descrito. «Por Dios —se decía Annie—, sólo me apetece quitarles todo ese maquillaje y darles un plato de comida decente.» Muchas estaban flacuchas, otras tenían los labios llagados. Varias fumaban y eso cargaba aun más la atmósfera empalagosa de la estancia.

En las otras habitaciones de la casa había camas y lavabos, pero aquélla era la sala de estar o algo similar. Los cuatro matones que la unidad SO19 había encontrado ya habían sido esposados y conducidos a la furgoneta. Sólo por rutina, cachearon a las jóvenes en busca de armas ocultas, pero enseguida las dejaron tranquilas, con un efectivo custodiando la entrada.

Uno de los policías especiales la llamó desde la puerta.

—Inspectora, creo que debería ver esto.

El hombre condujo a Annie a una estancia no mayor que un ropero. Dentro había una chica joven totalmente desnuda, excepto por la fina sábana con la que otro oficial la estaba cubriendo. Estaba dolorosamente delgada y tenía una costra de sangre entre la nariz y el labio superior. Estaba viva, pero sus ojos habían muerto hacía tiempo. El único objeto que había en la habitación era un cubo del que salía una peste espantosa.

—Llame a una ambulancia —exclamó Annie.

Ayudó a la joven a ponerse en pie y, sin quitarle la sábana, la llevó poco a poco con las demás. Una de las chicas del grupo se acercó corriendo y estrechó a la recién llegada entre sus brazos, le musitó palabras cariñosas y la ayudó a sentarse en un sillón. Luego se sentó junto a ella en el apoyabrazos.

—¿Hablas mi idioma? —le preguntó Annie.

—Un poco —asintió la muchacha.

—¿Qué le ha ocurrido a tu amiga?

—Es nueva —dijo la muchacha con un acento muy marcado, aún acariciando el pelo de su amiga— y como no quiso hacer lo que le ordenaron, la encerraron y la golpearon. Hace tres días que no le dan de comer.

Brooke intentaba hablar con las demás jóvenes, que

aparentemente no hablaban inglés. Por la razón que fuera, todas parecían asustarse de él y ninguna decía palabra. La mayoría ni lo miraba. Annie creía saber por qué y lo llevó aparte.

—Oye, Dave. No es culpa tuya —dijo al ver su expresión alicaída—. Ellas no saben que eres un hombre decente. No conocen a ningún hombre decente. Quizá sería mejor que bajaras e interrogaras a esos cuatro.

Brooke, que se había puesto pálido, asintió.

—¿Puedes tú sola?

—Me las arreglaré —dijo Annie.

Le hizo una caricia en el hombro y éste se marchó.

—¿Qué va a pasar con nosotras? —preguntó la muchacha del apoyabrazos, quien parecía haber tomado las riendas de la situación.

Tenía el cabello negro hasta los hombros, la tez pálida y unos brazos delgados.

Era una buena pregunta, pero Annie no estaba segura de conocer la respuesta. El objetivo de la redada había sido capturar a *Happy Harry* Mazuryk y, con un poco de suerte, encontrar a Carmen Petri. Annie no sabía si Harry era uno de los cuatro hombres arrestados, pero, por lo que había visto de pasada, ninguno coincidía con la descripción.

—Estaréis todas bien atendidas —dijo Annie—. ¿Tú cómo te llamas?

—Veronika.

—Muy bien, Veronika. Quiero hacerte un par de preguntas.

—No puedo contarle nada o él me matará.

—No lo hará, le encarcelaremos —dijo Annie.

—Usted no entiende. Él no está aquí, sólo estaba el estúpido del guardia. Esos otros hombres están aquí para... —sus labios hicieron un gesto obsceno.

—¿Dónde está Hadeon Mazuryk?

Al oír el nombre, la muchacha dio un respingo:

—No lo sé.

—Vale. ¿Qué me dices de Carmen? ¿Sabes dónde está Carmen Petri? —Annie miró al grupo de chicas asustadas—. ¿Está aquí?

Todas negaron con la cabeza. Una empezó a llorar. Annie volvió la

vista a Veronika.

—¿Conoces a Carmen?

Veronika asintió.

—¿Dónde está?

—No está aquí. Carmen es una de las chicas especiales.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy guapa y habla buen inglés. Carmen no sale a la calle, los hombres van a verla. Pagan más.

Eso mismo había dicho la doctora Lukas. Annie se preguntó si Carmen no estaría muerta ya.

—¿Sabes dónde está Carmen, Veronika? Realmente necesito hablar con ella.

Veronika se volvió hacia la chica envuelta en la sábana y le acarició el pelo una vez más, luego volvió la vista a Annie. Su expresión se endureció.

—Hay otra casa —dijo—. Carmen me lo ha contado. Ella está allí.

Banks no lamentó demasiado ser excluido de la redada de King's Cross. Ya había participado en operaciones como ésa y en general los paramilitares le resultaban unos pesados. No obstante quería conocer los resultados, por eso estaba sentado en la cocina, ansioso, con su taza de café, el periódico y el móvil a mano.

Todavía estaba dándole vueltas a qué habría ocurrido entre Roy y Lambert en el Albion Club, pero la mejor teoría que se le había ocurrido era la siguiente: Lambert le propuso a Roy algo que éste desaprobaba y Lambert empezó a preocuparse de que Roy fuera a destapar el pastel. La amistad entre ambos se remontaba a su época de estudiantes y juntos habían hecho todo tipo de cosas, pero hacía mucho tiempo que no se veían. Lambert no sabía que Roy había redefinido sus límites morales.

Si Lambert le ofreció a Roy participar en el tráfico de adolescentes para explotarlas como prostitutas, tal y como Annie insinuaba que era el caso, su hermano se habría mostrado reacio. Aunque no conociera cómo las obligaban a ejercer el oficio —igual que, según Annie, lo ignoraba la doctora Lukas—, lo había averiguado por Jennifer, que había hablado con Carmen Petri y había descubierto

parte de la verdad el lunes de la misma semana en que fue asesinada. En este caso, los tiempos tenían suma importancia. Quizá Roy estuvo a punto de involucrarse cuando averiguó la verdad, poco después de que Carmen se la confiara a Jennifer. Lambert, por su parte, se pasó los siguientes días intentando convencer a Roy. Y entonces algún otro elemento debió de desequilibrar la balanza: algo que Roy averiguó el día de su desaparición.

Banks supuso que cuando Roy pasó del bar al casino, Lambert entró en los servicios y telefoneó a alguien —quizás a Max Broda— y le explicó que la situación se había vuelto crítica. Después, Max Broda tomó el mando de la situación y envió un coche a recoger a Roy fuera del club para llevarlo a la fábrica abandonada de Battersea. Coleta y su compinche también debían de trabajar para Broda, pero estaban encargados de vigilar a Jennifer y seguir sus movimientos Banks se imaginó las numerosas conversaciones entre el Ford Mondeo que seguía a Jennifer y la fábrica donde se encontraba Roy. Hasta que finalmente los perseguidores recibieron orden de matarla. Quizá cuando comprendió que el asunto se había salido de madre, Roy también quiso huir hacia la casa de Banks, pero no consiguió llegar. Lo capturaron antes.

Mientras Banks pensaba en todo aquello, diversas ideas fueron cobrando forma en su mente, como a veces le sucedía cuando estaba más confuso. Annie le había explicado la confesión de la doctora Lukas: el bebé iba a ser adoptado por un tal «señor Garrett». Entonces Banks recordó cómo Dieter Ganz había pronunciado «Gareth» con su ligero acento. Entonces calculó que los hombres a quienes Carmen Petri había oído mencionar el nombre también hablaban con acento, igual que ella. En boca de Ganz, el nombre sonó como «Garrett», y así lo había pronunciado la doctora Lukas cuando explicó que los hombres estaban cuidando muy bien de Carmen y de su bebé en nombre del «señor Garrett».

¿Era ése el nuevo dato que había descubierto Roy? ¿Tan importante era que Roy descubriese el pastel de que Lambert iba a comprar y adoptar el bebé de Carmen? Sólo había un modo de averiguarlo y una persona a quien preguntárselo.

Banks subió al despacho de Roy, donde creía haber visto un atlas

en la estantería. Lo cogió y vio que Quainton se encontraba en Buckinghamshire, no lejos de Aylesbury. «Hace un precioso día para salir al campo —se dijo Banks—, y sería interesante conocer a la esquiva señora Lambert.» Así que cogió su chaqueta, su móvil y se dirigió al coche.

La segunda casa se encontraba en Islington, a un kilómetro y medio de distancia, pero a años luz en confort. Era una vivienda no adosada, con un pequeño jardín y las cortinas bajadas para evitar que entrase la luz de la mañana. Si el jefe de la unidad SO19 no hubiera verificado que pertenecía a Hadeon Mazuryk, Annie hubiera creído que aquél era el hogar de una familia perfectamente normal, con dos crios, perro y monovolumen.

La unidad tenía que actuar con rapidez, antes de que Mazuryk descubriera la redada de King's Cross. Los hombres de la SO19 se reunieron en la furgoneta para recibir órdenes. La distribución de la casa era parecida a la de muchas otras del mismo tipo, incluida la de uno de los hombres de la unidad, por lo que entre los propios efectivos consiguieron hacer un plano aproximado del interior. Entonces, sigilosamente, evacuaron las casa colindantes y cerraron los accesos a la calle por ambos extremos.

Annie y Brooke se sentaron a observar desde el coche, al otro lado de la calle. Brooke no había podido sonsacarles nada a los cuatro prisioneros de King's Cross. Annie podía oír música saliendo de una habitación de la planta baja, las notas de un bajo de un tema pop que no reconoció. Después oyó la tos de un hombre y una risa.

—Estás muy callado, Dave —dijo Annie con la mirada perdida calle abajo.

—Me lo impidieron —dijo sin atreverse a mirarla.

—¿Qué?

—Me lo impidieron, Annie. —Ahora la miraba a los ojos y ella pudo ver lo indignado que Brooke se sentía consigo mismo—. Fueron órdenes de arriba. Gareth Lambert es el objetivo de una investigación internacional. Si la policía empezaba a acosarlo, todos los peces gordos desaparecerían quién sabe dónde durante años. Eso me dijeron. Y que si quería ser ascendido pues... ya te

imaginarás lo demás. Oliver Drummond y William Gilmore daban el pego.

—Lo siento, Dave —dijo Annie con vergüenza ajena—. Sólo acataste órdenes.

Él le lanzó una mirada irónica.

—Eso decían los nazis.

—Pero esto es diferente. ¿Qué más podías hacer?

Brooke se encogió de hombros.

—No lo sé, pero no me gusta lo que siento. Dudo que les resultara tan sencillo impedírselo a tu amigo Banks.

Annie sonrió.

—Banks acata sus propias leyes y en parte lo hace porque siente que no tiene nada que perder. No es una posición muy envidiable, Dave. —Annie hizo un gesto hacia los efectivos de la SO19 desplegados en la calle—. En cualquier caso, ya hemos puesto algo en marcha.

Brooke asintió.

—Es que esto ha llegado demasiado lejos. Ni siquiera los mandamases pueden justificar que menores de edad sigan en cautiverio una noche más de lo necesario. Además, todavía no sabemos si Lambert está involucrado. Quizá sea un asunto sin conexión alguna.

—Pronto lo averiguaremos —dijo Annie—. Están a punto de entrar.

La mitad de los hombres rodeó la casa por detrás y el resto se preparó para entrar por la puerta principal. Annie contuvo la respiración mientras uno de ellos incrustaba el ariete y la madera de la puerta se astillaba. Un segundo después ya estaban dentro. Procedentes de la parte de atrás de las casa se oyeron unos ruidos parecidos.

Pero esta vez, además de los gritos y chillidos, Annie oyó disparos. Y también los escucharon los vecinos de toda la calle, pues pronto se asomaron a las ventanas y los portales. Los agentes uniformados mantuvieron a distancia a los curiosos. Tras un agónico silencio, el jefe de la unidad salió de la casa e hizo un gesto a Annie y Brooke para indicarles que podían pasar.

—¿Estáis todos bien?

—Lo estamos —dijo él—. Eddie recibió un disparo en el pecho, pero el chaleco funcionó de maravilla. Sólo está un poco dolorido. Oiga, estamos esperando que lleguen la ambulancia y los jefes. Ya sabe cómo se pone todo cuando han habido disparos: formularios por triplicado, preguntas... nos hacen sentir más criminales que polis.

Annie y Brooke siguieron al jefe de la unidad a la sala más cercana a la entrada. Cuatro hombres habían estado jugando a las cartas sobre una mesa plegable. Dos de ellos estaban esposados y los otros dos estaban desplomados contra la pared con agujeros en el pecho y las prendas cubiertas de sangre. También había manchas de sangre en las paredes y la moqueta. A Annie se le revolvió el estómago. No había visto muchos muertos por arma de fuego y no estaba preparada para el olor a pólvora de munición mezclado con el de la sangre fresca.

Uno de los muertos coincidía con la descripción de Hadeon *Happy Harry* Mazuryk, que le habían referido. El otro tenía un físico de levantador de pesas, larga melena negra con coleta y una gruesa cadena de oro alrededor del cuello. Una de las balas debió de partirla, pues como una serpiente se deslizaba pecho abajo por la camiseta ensangrentada.

Annie no reconoció a los otros dos. Parecían amenazadores. Ambos estaban esposados y vigilados por los efectivos de la SO19, cuyas metralletas Heckler & Koch estaban listas para dispararles. Era posible que uno de los dos hombres restantes fuera el conductor del Mondeo, pero hasta ahora las descripciones eran imprecisas. Y cuanto más miraba al otro, más conocido le resultaba... el cabello con puntas, la perilla. Y entonces Annie recordó la fotografía que Banks le había mostrado, la que su hermano había sacado días antes de morir. El hombre que tenía delante era el mismo que compartió mesa con Gareth Lambert en aquella terraza. Fuera cual fuera, ya existía una conexión.

Llegó la ambulancia y la estancia se llenó de hombres. Annie y Brooke siguieron a uno de los efectivos a la planta de arriba. Había tres habitaciones y en cada una de ellas una chica joven y hermosa asustada por los disparos. Los efectivos de la SO19 se encargaron de las dos. Brooke se retrasó y dejó que Annie entrara sola en la tercera

habitación, donde una muchacha embarazada yacía en la cama, atemorizada.

—¿Carmen? —dijo—. ¿Carmen Petri?

La muchacha asintió sorprendida de que Annie supiera su nombre. Era un poco mayor que las chicas de King's Cross, tendría diecinueve o veinte años y llevaba mucho menos maquillaje. Era difícil imaginar si normalmente tenía una figura bonita ya que ahora estaba embarazada de unos seis meses, pero tenía una cara hermosa: labios carnosos, un lunar junto a la boca, piel perfecta y unos ojos de un azul profundo llenos de lágrimas. Annie no supo descifrar su expresión y supuso que la joven había aprendido a esconder sus sentimientos y pensamientos con el simple propósito de mantenerse viva.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Carmen.

—Te lo explicaré después —respondió Annie—. Me alegro de conocerte por fin. Soy Annie Cabbot. ¿Puedes contestarme algunas preguntas?

—¿Dónde está Hadeon?

—Muerto.

—Me alegro. ¿Y Artyom?

—¿A quién te refieres?

—A un tipo grande con coleta.

—También está muerto.

—Otra alegría.

Sin levantarse de la cama, Carmen se removió un poco. Annie notó la expresión de dolor que cruzó su semblante. El bebé estaría dando patadas.

—¿Qué te pasó? —preguntó Annie—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Es una historia muy larga —dijo la joven—. Me cogieron en la calle hace mucho tiempo, cuando era muy joven.

—¿A qué edad?

—A los dieciséis.

—¿Quién lo hizo?

Carmen se encogió de hombros.

—Un hombre...

—¿Dónde?

—En un pueblo cerca de Craiova, en Rumania. No creo que lo conozca.

—¿Fuiste a ver a la doctora Lukas al Centro Berger-Lennox?

—Sí. Fue buena conmigo. —Carmen cogió un cigarrillo—. Quiso que dejara de fumar, pero le dije que una chica debe tener al menos un vicio. Y yo no bebo ni tomo drogas.

«Habla sorprendentemente bien», pensó Annie, y comprendió por qué Veronika decía que Carmen era hermosa. Irradiaba una sofisticación superior a su edad y una distinción que no se suele asociar con quienes practican la prostitución. ¿Cómo diablos podría aguantar la vida que llevaba sin una válvula de escape? Pero ¿qué sabía Annie? ¿Qué podía creer saber de alguien que había soportado lo que había soportado esa muchacha?

—¿Recuerdas a Jennifer Clewes?

—Sí, trabaja con la doctora Lukas.

—También está muerta, Carmen. Alguien la mató.

—¿Por qué? —exclamó la joven alarmada.

—No lo sabemos, pero creemos que tiene que ver con algo que le dijiste. Al parecer, Jennifer y su novio sabían algo de lo que ocurría aquí. ¿Les dijiste algo cuando hablaste con ellos la semana pasada?

Carmen bajó la vista hacia su barriga hinchada.

—La doctora cree que hacemos esto porque queremos —dijo—. Yo le dije que no tenía ni idea de lo terrible que era todo, que ninguna de nosotras estábamos aquí porque queríamos. También se lo dije a Jennifer. Le conté algunas cosas que les pasaron a las chicas. No debí hacerlo. Supongo que me sentí segura porque me estaban tratando bien, mejor que a las demás.

—¿Cuándo le contaste todo eso?

—La última vez que fui a la clínica. No hace mucho... El lunes, creo.

—¿Sabía Artyom que habías hablado con Jennifer?

—Artyom me trajo de vuelta en el coche y se lo contó a Hadeon. No pueden obligarme a hablar golpeándome, pero sí...

—Creo que sé lo que pasó —dijo Annie—. Te amenazaron con hacerle daño a tu familia en tu país, ¿verdad?

—Sí —susurró Carmen.

—Entonces se lo contaste...

—Sí.

Annie asintió.

—Hemos ido a la casa de King's Cross —continuó Annie—. Nunca había visto nada parecido.

—He estado allí. Hadeon siempre dice que tengo mucha suerte. Por pasar una noche conmigo, los hombres pagan cientos de libras. Para hacer tanto dinero, las otras chicas tienen que estar con muchos hombres. Hadeon hace trabajar mucho a sus chicas. Dijo que si no me portaba bien me mandaría allí. Me alegro de que esté muerto.

—¿Crees que hubiera sido capaz de matar a quien se enterara de lo que hacía?

Carmen asintió.

—Una vez Harry mató a una chica con sus propias manos por negarse a acostarse con él.

—¿Sabes si Artyom trabajaba para él?

—Sí y Boris también.

—¿El del pelo rubio corto?

—Ése es Boris.

«El conductor», pensó Annie.

—Abajo hay otro hombre —la inspectora lo describió—. ¿Sabes quién es?

—Sólo sé que se llama Max y que le trae chicas nuevas a Harry. No suele estar aquí. Nunca he hablado con él.

Annie calculó que cuando Mazuryk se enteró de que Carmen había hablado, él o Max habían llamado a Lambert para que arreglase el lío que se había montado. Y entonces se armó todo lo ocurrido esa semana. Mazuryk también había enviado a Artyom y al conductor a vigilar a Jennifer y seguirle los pasos. Quizá, tras tensas negociaciones, Lambert le habría hecho prometer a Roy que nadie hablaría con la policía. Pero después pasó algo, algo que lo cambió todo.

—¿Conoces a un hombre llamado Lambert? —dijo Annie.

—¿Lambert? No.

Con un gesto, Annie le señaló su tripa.

—¿Qué va a ocurrir contigo?

—Voy a tener mi bebé —respondió Carmen—. El bebé hace que me

cuiden bien, que me alimenten y me dejen tranquila. A veces me aburro. Sólo salgo para ver a la doctora Lukas y, cuando voy, el que me lleva es Artyom. Ahora estoy mucho mejor que antes.

—¿Sabes quién es el padre? —Carmen la miró con desdén—. ¿Qué me dices del bebé? La doctora Lukas me dijo que lo iban a adoptar.

—Sí. Se lo quieren vender a un hombre rico. Mi bebe irá a vivir con una buena familia y tendrá una buena vida. Por eso me tratan bien, para que el bebé nazca sano. Harry siempre hace chistes cuando me ve, dice que tiene que mantenerme sana para el señor Garrett... —En su voz se evidenció una repentina ansiedad—. Pero Harry está muerto. ¿Qué va a pasar conmigo ahora?

—No lo sé —dijo Annie—. La verdad es que no lo sé.

Cuando estaba a punto de salir, Banks recordó algo y abrió la puerta del garaje de Roy. El Porsche todavía estaba allí reluciente, inmaculado. Abrió la puerta del lado del conductor, se sentó y hundió la mano en el compartimiento de la puerta en busca del mapa de carreteras del Automóvil Club. Estaba abierto en la página de su último destino y en la esquina superior derecha Banks encontró Quainton. No era una prueba concluyente ni mucho menos, pero era una coincidencia. Quizá Quainton fuera la parada que Roy hizo antes de regresar a casa, telefonear a Banks y marcharse al Albion Club a encontrarse con Lambert. ¿Qué había averiguado allí que lo había alterado tanto?

Banks cogió el mapa de carreteras del Automóvil Club, cerró con llave el coche, el garaje y la casa, y se dirigió a Quainton por la M41. Después de varias maniobras disuasorias, comprobó que nadie lo seguía. En el asiento de al lado estaba su móvil. Justo después de pasar Berkhamstead, Annie lo telefoneó para informarle sobre las redadas, las muertes de Hadeon Mazuryk y Artyom, y su conversación con Carmen Petri. La nueva información dio a Banks una visión algo más global de todo el caso y lo convenció de que iba encaminado en la dirección correcta.

Una hora y media después de salir de Londres, llegó a su destino.

El pueblo de Quainton se encontraba al pie de una colina y se extendía sin orden ni concierto en torno a una plaza. Allí aparcó

Banks, cerca del George and Dragon. Se detuvo a contemplar el molino de ladrillo en lo alto de la colina y entró en el pub. Dieter Ganz no le había facilitado la dirección, sólo el nombre del pueblo, pero Banks supuso que en un lugar tan pequeño los parroquianos conocerían a Lambert y a su mujer española.

En aquel pub se comía bien. Las pizarras anunciaban filetes y pastel de queso Stilton, pollo de granja a la francesa y curry rojo tailandés. Quizá, después de hablar con Lambert y su mujer, regresara a comer. El barman conocía al matrimonio y le informó de que vivían en una casa grande en Denham Road, no tenía pérdida. Banks le dio las gracias y se encaminó hacia allí.

No tuvo problemas para encontrarla. Se encontraba en los límites del pueblo y parecía el tipo de vivienda que había sido ampliada poco a poco, año tras año —un tejado y un ala extra por aquí, un garaje por allá—, y resultaba difícil saber de qué período databa el edificio original. Banks entró por el camino de gravilla, aparcó frente a la puerta y pulsó el timbre.

Una mujer atendió enseguida, le sonrió y le preguntó qué deseaba. Banks no quiso alarmarla, así que le mostró sus credenciales pero añadió que era el hermano de Roy.

La mujer le hizo un gesto comprensivo.

—Pobre señor Banks... Pase, por favor. Gareth sigue en Londres, pero si quiere puedo invitarlo a una taza de té. A ustedes los ingleses les encanta el té. Soy Mercedes Lambert.

La mujer extendió la mano y Banks se la estrechó suavemente.

Su acento hacía juego con su sensual aspecto mediterráneo. A Banks no le costó nada creer que en España esa mujer hubiera sido actriz o chica *pin-up,* pues todavía tenía un tipo espléndido, resaltado por unos shorts y una camiseta verde sin mangas. Su piel color aceituna se extendía prieta sobre una estructura ósea exquisita y su larga melena castaña caía ondulándose sobre sus hombros.

Entraron y la mujer condujo a Banks a un salón lo suficientemente grande como para albergar un piano de cola y un sofá de tres piezas de tela adamascada. Como una dama inglesa de pies a cabeza, llamó a la criada y le pidió que sirviera el té. Banks debería haberse imaginado que ella sola no iba a encargarse de mantener un lugar

tan grande como aquél. Se preguntó si Mercedes se aburriría, aislada en medio del campo, y si iría a menudo al apartamento de Chelsea a hacerle compañía a su esposo. Por su aspecto era unos cuantos años más joven que Lambert, pero no tan joven como Corinne o Jennifer. Banks calculó que tendría unos treinta y cinco o un poco más.

—Me han dicho que usted era actriz en España —dijo Banks tomando asiento en una silla con apoyabrazos tallados.

—Sí, pero no muy buena —dijo ella sonrojándose—. Yo trabajaba en... ¿cómo se llaman esas películas en las que los monstruos te persiguen y hay que gritar mucho?

—¿Películas de terror?

—Sí, en películas de terror —dijo y se encogió de hombros—. No lo echo de menos.

«Es lógico», pensó Banks mientras paseaba la vista por la habitación. Detrás del piano unas puertas con vidriera daban al jardín. En la superficie azul de la piscina, el sol brillaba igual que en un cuadro de Hockney.

—¿Conocía usted bien a Roy?

—No —respondió ella—. Sólo lo vi una vez, cuando vino a verme la semana pasada. Pero Gareth me contó lo ocurrido. Es terrible.

Cuando decía el nombre de su marido, ella también pronunciaba «Garrett».

—¿Cuándo lo vio? —preguntó Banks.

—Creo que el viernes pasado —sonrió—. Pero aquí todos los días son iguales.

—¿Qué quería?

En ese momento llegó la criada y apoyó la bandeja del té entre Banks y Mercedes Lambert. Y después de echar un poco de leche y servir el té, se fue tan silenciosamente como había llegado. Banks no solía tomar leche pero no le molestó.

—No sé muy bien lo que quería —dijo Mercedes Lambert frunciendo el ceño—. Me habló de una chica llamada Carmen y de su bebé, pero yo le dije que no la conocía. Sé que Carmen suena muy español, pero es un nombre que también se usa en otros países.

—¿Qué le dijo después?

—Me dijo que esta tal Carmen estaba embarazada y que iba a vender el bebé para que yo lo adoptara. —Mercedes frunció el ceño —. Dijo que se enteró porque Gareth se lo había contado.

—¿Va a adoptar usted el bebé de Carmen, señora Lambert?

—No, claro que no. Eso mismo me preguntó su hermano y no entiendo por qué se le ocurrió semejante cosa.

—¿Está segura?

—Sí y eso fue lo que le dije a Roy. Después ocurrió algo muy extraño.

—¿Qué?

—La pequeña Nina se puso a llorar. Se la enseñé y le conté lo que le pasa. Entonces, de repente, su hermano dijo que había cometido un error y se marchó.

—Lo siento, pero no entiendo. ¿Quién es la pequeña Nina?

Y entonces Banks oyó el llanto de una criatura en la planta de arriba. Mercedes Lambert sonrió. Unos instantes después una niñera bajó con el bebé, que no debía de tener más de tres meses. La madre cogió el pequeño bulto y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Está enferma —le explicó a Banks—. Eso fue lo que le conté a su hermano. Su corazón no está bien. Es un problema con... cong... ¿Cómo se dice?

—Congénito.

—Sí, congénito. Y si no le conseguimos un corazón sano pronto, morirá. —Entonces su expresión se iluminó—. Pero Gareth dice que estamos entre los primeros en la lista. Ha hecho arreglos con una clínica suiza, la mejor del mundo según dice, para que la operen en cuanto consigamos un donante. Así que quizá Nina tenga suerte, ¿no?

Banks sintió que la sangre se le helaba.

—¿Está segura de que no tiene intención de adoptar otro bebé?

—No, claro que no —sonrió Mercedes—. Nina recibirá su corazón nuevo y se pondrá fuerte. Lo sé. ¿Verdad?

Banks miró a Mercedes Lambert; en su cara se dibujaban la esperanza y la desesperación. Luego bajó la vista hacia la carita pálida hundida entre las sábanas.

—Sí —dijo Banks—, quizá se ponga fuerte.

A Annie le hizo bien el viaje en tren y al llegar a Eastvale, alrededor del mediodía, ya no estaba tan deprimida como después de las redadas de la mañana. Antes de coger el tren, había intentado consolar a Brooke por su sumisión al aceptar las «órdenes de arriba». Él lo consideraba una falta de coraje, pero Annie sabía que Brooke tendría que aprender a vivir con ello y, a la larga, superarlo por sí mismo. Por razones que sólo ellos conocían, los dueños del poder habían obstaculizado la investigación policial —quizás a través de Burgess— y alentado a Banks a remover el avispero por su cuenta, con la esperanza de que, en vez de desaparecer, los delincuentes involucrados salieran al descubierto. A nadie le había importado un pimiento si Banks moría en el proceso.

Annie llegó a la jefatura. Gristhorpe, Stefan, Winsome y Rickerd la esperaban en la sala de la brigada, donde reinaba un ambiente de celebración. Era apropiado. Después de todo, el asesino de Jennifer Clewes estaba muerto, igual que su jefe, y los cómplices, encerrados. Caso cerrado.

—Tengo entendido que vienes de la guerra —dijo Gristhorpe al oírla llegar.

Annie se sentó en su escritorio y, con un gesto automático, encendió el ordenador.

—Más bien de separar a los muertos de los heridos —dijo—. En cualquier caso, el inspector Brooke y los hombres de la SO19 lo tienen todo bajo control. Mi trabajo en Londres ha terminado.

—Enhorabuena —dijo Gristhorpe.

—¿Alguna novedad, Stefan? —dijo Annie.

—Le estaba diciendo al comisario que enseguida comprobamos las huellas dactilares que encontramos en la casa del inspector Banks: pertenecían a Artyom Charkov. No estaba fichado, pero las huellas coinciden con las del tipo que murió en la segunda redada de esta mañana. También coinciden con las huellas parciales que encontramos en la puerta del coche de Jennifer Clewes. La policía de Londres dice que llevaba un arma, una pistola del calibre veintidós. Ahora mismo la están analizando.

—Por eso acabó muerto —dijo Annie—, por abrir fuego contra un agente de policía armado.

—Pues yo hubiera usado algo un poco más potente.

—Al agente que se enfrentó a él le hubiera dado igual. Además, toda esta teoría no sirve de mucho ahora que el tipo está muerto, ¿no crees? —Stefan puso cara de desilusión—. Perdona, Stefan —se disculpó Annie—. No quise restarle importancia a tus esfuerzos. ¿Qué has averiguado de Boris, el conductor?

—Los peritos de Essex habían encontrado sus huellas dactilares en el Ford Mondeo accidentado —dijo Stefan reprimiendo una sonrisa—, en el interior de la guantera.

—Excelente, entonces ya estamos acabando de atar cabos.

—¿Qué tal se encuentra Alan? —preguntó Gristhorpe.

—Por lo que sé está bastante bien, comisario —respondió Annie—. Creo que esta noche regresa a Peterborough para pasar un tiempo con sus padres y ayudar a organizar el funeral. Por lo menos podrá contarles que se ha hecho justicia o algo así.

Annie notó que se abría la puerta que tenía detrás. Gristhorpe se puso en pie y sonrió ampliamente.

—¡Pero si es Susan Gay! —exclamó el comisario, avanzando hacia la menuda y regordeta sargento de rizos que esperaba en la puerta junto a Kev Templeton—. Pasa, mujer, únete a la fiesta.

—Atrapamos a Cropley —dijo ella—. Está en la sala de detenciones, lo arrestamos por la muerte de Claire Potter. Todo según la ley. Le tomamos una muestra de ADN y la enviamos a Derby. También hemos enviado detectives con su fotografía a todas las gasolineras de la autovía. Pero con el ADN nos bastará.

Annie notó que Templeton también sonreía de par en par.

—Enhorabuena, Kev —le dijo—. Buen trabajo.

—Gracias, inspectora —respondió él con una sonrisa.

—Muy bien entonces —dijo Gristhorpe—. Ya que tenemos dos razones para celebrar, ¿quién se encarga de ir a buscar las cervezas? Mientras regresaba de Quainton, Banks fue repasando todo el caso en su mente, pero todavía necesitaba algunas respuestas. Llegó a Edgeware Road, aparcó su Renault delante de la agencia de viajes y entró a buscar a Gareth Lambert. Éste se mostró sorprendido y bastante molesto por ser maltratado de esa forma delante de sus

empleados, quienes observaban la escena boquiabiertos. Pero acompañó a Banks sin oponer resistencia.

Banks abrió la puerta del coche y lo hizo entrar de un empujón. —Abróchese el cinturón.

—¿Adonde vamos?

—Quiero mostrarle algo.

Banks se abrió camino entre el tráfico que bajaba por el lateral de Hyde Park en dirección a Chelsea Bridge, cruzó el río y prosiguió hasta la vieja fábrica Fundiciones Midgeley. Si Lambert sabía hacia dónde se dirigían o reconocía el lugar cuando finalmente llegaron, no lo dejó entrever.

Banks detuvo el coche en la explanada de cemento agrietado y cubierto de hierbajos. Abrió la puerta y se bajó. Luego abrió la de Lambert y casi lo sacó a rastras. Lambert era más corpulento pero no estaba en forma, por lo que la fuerza de Banks fue suficiente para impulsarlo en dirección al portón de la fábrica.

—¿Qué diablos le pasa? —protestó Lambert—. No tiene por qué maltratarme. Lo voy a denunciar, aunque sea el puñetero hermano de Roy.

Banks empujó a Lambert hacia el interior de la fábrica. Los pájaros levantaron el vuelo y escaparon por los agujeros del techo. La policía había acabado ya con la escena del crimen y la silla y las sogas habían desaparecido, pero las manchas de sangre seguían allí, en el suelo. El laboratorio lo había confirmado, era la sangre de Roy. Banks se detuvo y le dio un empujón a Lambert, que cayó encima de una pila de palés rotos y chatarra oxidada. Lambert se clavó algo afilado en la espalda y lanzó un quejido del dolor.

—Esto le va a costar el empleo, maldito cabrón —gritó con la cara roja mientras intentaba volver a ponerse de pie.

Banks le apoyó el pie en el pecho y lo aplastó una vez más contra las maderas.

—Quédese ahí y escuche. Aquí es donde trajeron a Roy. Todavía se ven las manchas de sangre —dijo Banks señalando el lugar—. Mírela, es la sangre de mi hermano.

—No tengo nada que ver con eso —afirmó Lambert,

incorporándose y frotándose la espalda—. Nunca antes había estado aquí. No sabe lo que dice, Banks, está desvariando.

Lambert intentó ponerse de pie una vez más pero Banks lo volvió a sentar de un empujón.

—Ésa sí que es buena —dijo el inspector—. Voy a ser muy claro al respecto, Gareth. Después de que usted y Roy tuvieran su breve charla en el Albion Club, usted cogió su móvil y telefoneó a Hadeon Mazuryk o a Max Broda y pidió ayuda. Estoy seguro de que los registros de la compañía telefónica lo confirmarán. Usted necesitaba quitar a Roy de en medio. Mazuryk acudió en persona o envió a alguien, metió a mi hermano en un coche, lo trajo aquí y lo torturaron. ¿Lo sabía, Gareth? Querían saber cuánto sabía Roy, cuál era mi dirección y también cuánto sabía yo. Quizás hasta le sacaron la dirección de mis padres, porque también los amenazaron a ellos. Ataron a Roy a una silla, allí. Estaba sangrando y sabía que al final lo iban a matar...

Banks hablaba y hablaba. Estaba furioso y al borde de las lágrimas, y hablar era lo único que le impedía apalear a Lambert. En el suelo encontró una barra de hierro, la cogió y la golpeó en su palma.

Lambert se encogió de miedo.

—Le he dicho que no tuve nada que ver. ¿Por qué iba a querer matarlo? Su hermano y la chica eran un peligro para Mazuryk, no para mí.

—Pero usted tenía relación con Mazuryk. Usted le llevaba las chicas después de que Max Broda las comprara en los mercados de los Balcanes.

—Nunca hallará pruebas de nada por el estilo.

—No importa, porque no es de eso de lo que se trata —dijo Banks —. Al principio pensé que esto estaba relacionado con las chicas que usted y Max Broda hacían entrar ilegalmente en el país para Mazuryk. Chicas que habían sido atraídas por medio de ofertas de trabajo falsas o raptadas en la calle. Usted quería que Roy se implicara en el negocio, como en los viejos tiempos, y estuvieron hablando de ello durante un tiempo, un par de meses. Al principio Roy no sabía toda la verdad y quizás incluso mostró cierto interés,

todo dependía de lo grande que fuera la tajada. Dios sabe que mi hermano, a pesar de ir a la iglesia, no era un santo.

»Un día, sin querer, a Carmen Petri se le escapó que esas chicas no participaban del negocio voluntariamente. Jennifer se lo dijo a Roy y él cambió de opinión. Creo que en ese momento decidió que no quería tener nada que ver con su negocio. Pero supongo que le dio a usted otra oportunidad, por los viejos tiempos. El martes, el día después de que Carmen le contara aquello a Jennifer, Roy comió con usted y Max Broda, y usted intentó convencerle de que todo era legal. Roy no le creyó. Fue ese día cuando tomó la fotografía de ustedes dos juntos. Él se marchó antes del café, ¿no es cierto?

Lambert no dijo nada.

—Independientemente del asco que le diera lo que usted hacía, es probable que no fuera a denunciarlo a la policía —prosiguió Banks—. Dado su propio pasado, dudo que mi hermano se sintiese cómodo acudiendo a la poli. Pero también estaba su novia, ¿no es cierto? Y ella, al ser mujer, estaba todavía más indignada. Aquel martes, durante la comida, Roy debió de decirle que había convencido a su chica para que cerrase el pico por el momento, por lo que ya no tenían razones para hacerle daño. Pero Mazuryk envió a Artyom y a Boris a vigilarla de todos modos, para ver adónde iba y quién la visitaba. Si ella hubiera telefoneado a la policía, los agentes no se habrían contentado con una voz anónima cualquiera y habrían querido conocerla o llevarla a comisaría. Y por si eso pasaba, la vigilaban. Entonces, cuando el viernes estalló el conflicto en el Albion Club y Roy mandó a Jennifer a buscarme, Artyom y Boris la siguieron y la mataron en una tranquila carretera comarcal.

—Lo que dice es ridículo —se burló Lambert, cuya cara era una mueca de condescendencia—. Ojalá se oyera cuando habla. No puede probar nada de lo que dice. Cuando me vaya de aquí voy a...

Sin mediar palabra, Banks lo hizo callar de un violento puntapié en el estómago. Lambert gruñó y se revolcó sobre sí mismo, agarrándose la tripa y dando arcadas.

—Cabrón... —siseó.

Banks bajó con fuerza la barra de hierro y le dio a Lambert en el hombro.

Lambert chilló.

—Pero eso no tenía nada que ver con las chicas, ¿no es cierto? —prosiguió Banks—. Era sólo una parte. Estoy seguro de que quiso convencer a Roy de que aquí las jóvenes vivirían mejor que en sus países arrasados por la guerra, alejadas de la pobreza, las enfermedades y la muerte. Quizá Roy estuvo dispuesto a creerle. Y entonces, en un último intento de ganar su apoyo, le dijo que usted mismo iba a adoptar al bebé de Carmen Petri. Seguramente le soltó el rollo de que su mujer no podía tener hijos pero estaba desesperada por formar una familia. Le dijo que usted le daría a la criatura una vida mucho mejor de la que iba a tener en Rumania o en Londres siendo la hija de una prostituta. Se suponía que ese dato iba a ser el factor decisivo. Muy bondadoso de su parte. ¿Cómo iba Roy a oponerse a que su viejo amigo adoptase un bebé de forma privada? Quizá no fuera del todo legal, pero la gente lo hace constantemente, ¿no es cierto? ¿Cómo va a ser un crimen darle esperanzas a un niño? Y hasta Roy tenía que poder ver que una criatura adoptada por usted tendría más ventajas que la mayoría. Ventajas económicas, claro está.

—¿Y qué? —contrarrestó Lambert—. ¿Qué pasa si yo quería adoptar una criatura? ¿Acaso no es cierto que con nosotros la criatura seguramente tendría una vida mejor? Cualquier imbécil puede verlo.

—Puede ser —dijo Banks—. Pero ésa no era su verdadera intención, ¿verdad?

—Pero ¿qué dice?

—Sé por qué Roy tenía que morir —dijo Banks.

—¿De qué habla?

La voz de Lambert se había convertido en un susurro.

—Porque ese mismo día por la tarde, antes de que usted lo visitara, Roy había visitado cierto lugar y había averiguado la verdad.

—No entiendo.

—Es el mismo lugar del que acabo de regresar yo: Quainton.

Lambert no dijo nada, sólo parecía querer seguir encogiéndose hasta desaparecer.

—Roy fue a ver a Mercedes, a preguntarle acerca de la adopción.

No se conocían —continuó Banks—. Si lo que usted le había dicho era cierto, es probable que Roy hubiese accedido a callar e incluso convencer a Jennifer de que tampoco hablara. Pero Roy averiguó lo mismo que he averiguado yo: que usted y su mujer tienen un bebé, una niña llamada Nina que necesita un corazón sano. Y el único corazón que se le puede trasplantar a un bebé es el de otro bebé. Usted sabe lo poco probable que es obtener uno por los canales normales, así que cuando averiguó que una de las chicas de Mazuryk estaba embarazada (y no cualquiera de ellas, sino una inteligente, sana y limpia), hizo un trato con él: le pagaría por el privilegio de adoptar el bebé de Carmen. De esa forma, él no tendría que mantenerla mientras ella no trabajara debido al embarazo. Pero usted no iba a adoptar el bebé, ¿verdad? Usted iba a comprar el corazón del bebé. No sé si Mazuryk estaba al corriente, pero cuando el bebé naciera, de un modo u otro, iba a salir directamente para Suiza. ¿Iba a matarlo usted mismo, Lambert, o había pagado a un doctor deshonesto para que lo hiciera por usted?

—No diga tonterías. Lo que dice son puras fantasías.

—¿Fantasías? Pues creo que usted probablemente consiguió un médico deshonesto, algún conocido de su época en los Balcanes, porque no tiene agallas para hacerlo usted mismo. Y después está lo de esa clínica en Suiza, preparada para hacer la intervención apenas les avisara. Lo tenía todo organizado, ¿no es cierto?

Lambert se escurría como una lagartija por aquella cama de maderas rotas y metal retorcido. En algún momento se había cortado el labio y, cuando hablaba, la sangre le chorreaba por la boca.

—Oiga Banks, está claro que ha perdido la chaveta. Déjeme ir y le prometo que olvidaré todo lo ocurrido.

Lambert intentó ponerse de pie, pero Banks lo sentó de un puntapié y lanzó un golpe con la barra de hierro que le pasó zumbando peligrosamente cerca de la cabeza.

—Quédese donde está. ¿No se da cuenta de que todo ha acabado? ¿Cree que su mujer querrá saber algo de usted cuando se entere de sus planes?

—Ella no sabe nada —dijo Lambert—. Si usted le dijo alg...

—No le he dicho nada, todavía no. Dígame la verdad, Gareth, ¿cómo estaba seguro de que el corazón sería compatible? ¿Quién realizó las pruebas?

—¿Qué pruebas?

Lambert hizo una pausa y se frotó el hombro.

—Venga, Gareth, deme ese placer. Cuéntemelo todo.

Lambert se quedó callado durante unos instantes.

—Los grupos sanguíneos coincidían —dijo finalmente—. Cuando se trata de bebés, no hay más certeza que ésa. Y si son recién nacidos el grupo sanguíneo ni siquiera importa. ¿Cree que no me ocupé de investigarlo? El corazón sólo sobrevive seis horas fuera del cuerpo, así que primero se hace el trasplante y después las preguntas. Todo lo que yo quería era una oportunidad.

Después del encuentro con Mercedes y Nina, Banks había completado el rompecabezas, pero todavía le costaba creer lo que estaba oyendo. Ese hombre había comprado un bebé y, a sangre fría, planeaba utilizar su corazón para salvar la vida de su hija.

—¿Sabe lo que está diciendo?

—Oiga —dijo Lambert—, ¿qué posibilidades tenía con una madre así? ¿Eh? Dígamelo. ¿No la vio? Era una vulgar prostituta, una zorra. De esta forma, el nacimiento del bebé al menos hubiera tenido un sentido. Esa gente pare en medio de los prados y ni siquiera se lo cuestionan. Usted no lo ha visto, Banks, usted no ha estado allí. Yo sí, los conozco. He convivido con ellos, son animales. Sus hijos mugrientos vagan por las calles, mendigando y robando, y cuando crecen se convierten en criminales y en prostitutas, igual que sus padres. Los orfanatos están llenos de niños abandonados sin ninguna posibilidad. Mi hija la tendrá. Ella marcará una diferencia, será alguien en esta vida, contribuirá con algo.

Banks meneó la cabeza asqueado.

—Me preguntaba cuál era límite moral de mi hermano y ahora lo sé —dijo—. Puede que por ganar más dinero o por amistad hiciera la vista gorda a muchas cosas: al negocio de las chicas, a la adopción ilegal, pero no a esto. No a la adopción de un bebé inocente para arrancarle el corazón. ¿Qué hizo usted el viernes en el Albion Club?

¿Le ofreció dinero para que callara o intentó convencerle de que lo que iba a hacer estaba moralmente bien?

—Habíamos pasado toda la semana hablando de las chicas y de la adopción. Pero cuando vio a Mercedes y lo averiguó, pues... eso fue la gota que colmó el vaso.

—¿Por qué no acudió directamente a la policía? ¿Por qué se molestó en ir a verlo a usted?

—No iba a acudir a la policía. Iba a acudir a usted.

—¿Qué? Pero si yo soy la policía —dijo Banks.

Lambert negó con la cabeza.

—No lo entiende. Usted era su hermano mayor, Roy esperaba que usted supiera resolverlo.

Banks se quedó pasmado. No había caído en la cuenta de que Roy le había telefoneado para hablar con su hermano, no con el policía: con el hermano que en su niñez lo defendió de los matones. La diferencia estaba clara. Roy siempre había rehuido a la policía y esperaba que Banks supiera resolver la situación sin convertirla en un asunto oficial. Banks no sabía si habría podido hacerlo, ni siquiera si habría estado dispuesto a ello, pero los mañosos habían matado a Roy y a Jennifer. Quizás, a esas alturas, las cosas ya habrían ido demasiado lejos.

—Entonces, ¿qué fue lo que pasó en el club? —dijo Banks.

—Roy me dio una hora para que me lo replanteara, por la amistad que nos unía. Me dijo que me esperaría en el casino, por si quería hablar. Y también que alguien se había puesto en camino para hablar con usted, pero, si yo accedía a abandonar mis planes, él podía llamar a esa persona y hacerla regresar.

—¿Qué le contestó usted al cabo de la hora?

—Nada.

—Hubiera podido mentirle, decirle que había accedido a olvidar sus planes.

—Se hubiera enterado. ¿Cree que Roy lo habría dejado estar? ¿Cree que no lo habría comprobado?

—Supongo que sí —dijo Banks—. Y entonces usted lo mandó a su muerte...

—No tuve otra opción. ¿Qué iba a hacer? No podía abandonar a

Nina y a Mercedes. Roy quería arruinarlo todo, el negocio de Mazuryk, la vida de mi Nina, la de Mercedes. Todo. ¿Es que no lo entiende? No podía ceder ante él. Y sin un corazón, mi hija se muere.

Mientras Lambert hablaba la sangre le chorreaba por el labio inferior. Banks sintió ganas de golpearlo de nuevo, pero sabía que si empezaba ya no iba a poder parar.

—Entonces, ¿mandó a matar a Roy?

—Yo no, Mazuryk.

—¿Sabía Mazuryk lo que iba a hacer con el bebé de Carmen?

—¿Está loco? Nadie lo sabe excepto yo y el médico que contraté. El tipo me debe un favor. Una vez lo saqué de un embrollo. Usted no puede probar nada, ¿sabe? Lo negaré todo. Diré que usted me sacó la confesión a golpes. Míreme, estoy todo magullado y ensangrentado.

—No tanto como me gustaría —dijo Banks—. Usted hizo una llamada a Mazuryk desde el Albion Club advirtiéndole de que Roy estaba fuera de control y Mazuryk fue a recogerlo. O envió a Broda a recogerlo al salir del club y traerlo aquí.

—Roy me amenazó con contar todo lo que sabía. A Mazuryk sólo le importaban las chicas y el dinero que producían.

—Así que ¿Mazuryk protegía sus intereses y usted los suyos?

—¿Qué más podía hacer? ¿Qué haría usted si su hija estuviera enferma?

Banks no quiso pensar en esa posibilidad.

—¿Por qué regresaron a llevarse el ordenador de Roy? ¿Quién lo hizo? No podía haber información sobre el bebé porque cuando usted llegó Roy acababa de volver de ver a Mercedes.

—Fueron los hombres de Mazuryk. Ni Artyom ni Boris, sino otros. No muy listos. Creimos que en el ordenador podía haber información sobre mí, las operaciones de Mazuryk, las chicas. Esa semana hablamos mucho Roy y yo, y hubo un momento en que creí que se había interesado de verdad. Le dije muchas cosas. Roy utilizaba mucho su ordenador.

Banks supuso que no se habían llevado el móvil porque no habían entrado en la cocina, ni siquiera sabían que estaba allí. Pero no

importaba. Roy y Lambert habían tenido cuidado de no utilizar los suyos para comunicarse. Sabían que se exponían y lo incriminatorio que podía ser ese tipo de conversaciones telefónicas. Por eso la mayoría de los criminales usan teléfonos robados. Además, Banks dudaba de que Roy se comunicase abiertamente con Mazuryk o Broda. Por supuesto, más adelante Broda usó el móvil de Roy para enviar su tarjeta de presentación, su broma de mal gusto.

—¿Qué fue lo que lo cambió todo? —preguntó Banks.

—Si esa puta estúpida no le hubiera dicho a la novia de Roy que algunas chicas habían sido raptadas y maltratadas —respondió Lambert—, creo que nada de esto hubiera pasado y su hermano y yo ahora seríamos socios. Pasé toda esa semana intentando convencer a Roy de que eso era lo que nos convenía, pero no le gustaba la idea de que las chicas estuvieran trabajando en contra de su voluntad. Entonces le conté lo de la adopción. Imaginé que vería el lado bueno.

—¿Y lo vio?

—No quedó convencido, pero se mostró más transigente. Hasta que fue a ver a Mercedes...

¿Su hermano se hubiera convertido en un proxeneta, en un alcahuete?, pensó Banks. No, seguramente se vería a sí mismo como un accionista de una agencia de acompañantes o acaso como un consultor de viajes. Su conversión moral no había afectado su instinto para sacar beneficio de casi cualquier cosa. Excepto del tráfico de órganos humanos.

—¿Y de quién fue la idea de amenazar a mis padres?

—De Mazuryk. Cuando usted no se asustó con la fotografía digital, decidieron tomar medidas más drásticas. Iban a matarlo, pero yo les dije que lo que menos les convenía era matar a un poli que andaba buscando a su hermano. Eso fue lo que les dije, Banks, le salvé la vida. Esa gente no suele ser razonable, pero he llegado a conocerlos, he pasado tiempo con ellos y sé cómo hablarles. Lo siguieron hasta su casa y para asustarlo se dejaron ver en la carretera a su regreso.

—No me asusto tan fácilmente. ¿Y qué me dice de Jennifer Clewes?

—Ya les preocupaba antes. Al principio se contentaba con ayudar a la doctora Lukas con las chicas, pero se puso demasiado amistosa. A Mazuryk le preocupaba que alguna se fuera de la lengua y le dijera cómo había llegado hasta allí. También creían que Carmen se estaba poniendo un poco chula porque ya no tenía que encamarse con los clientes. Y cuando Artyom vio a Carmen y a Jennifer Clewes charlando empezó a sospechar algo. Se lo contó a Mazuryk y entonces obligaron a Carmen a contarles lo que le había dicho a Jennifer. Sin hacerle daño físico, ¿entiende? No podían arriesgarse a lastimar al niño.

—Ya. Amenazaron con hacerles daño a sus padres, en Rumania.

—Es probable. Pero Artyom y Boris llevaban varios días vigilando a la chica y cuando salió disparada de esa manera, justo cuando yo le dije a Mazuryk que ya no podía controlar a Roy... Oiga, yo no estuve allí... no sé muy bien cómo ocurrió. Pero yo no fui.

—Pero sabe qué ocurrió. Usted lo puso en marcha.

—Max me lo contó cuando ya no había nada que hacer. Averiguaron dónde se dirigía Jennifer. Mazuryk se lo sacó a golpes a Roy y después telefoneó a Artyom, que iba en el coche. Tan pronto como llegaron a un lugar tranquilo de la carretera, la mataron. Artyom iba a matarlo a usted también, por si las moscas, pero no lo encontró. No es muy listo.

—Es una lástima que no lo hiciera —dijo Banks—. Porque ahora Mazuryk está muerto, Artyom está muerto y los demás irán todos a prisión. Y usted...

—¿Qué van a hacerme a mí?

—No sé si entregarlo o matarlo.

Y era cierto. Banks nunca había tenido tantas ganas de matar a alguien como las que tenía de matar a Gareth Lambert. De haber tenido un arma quizá ya lo hubiera liquidado. Sopesó en su mano la barra de hierro y la hizo chocar una vez más contra la palma de su mano. Bastaría un solo golpe y ese cráneo se partiría como una cáscara de huevo. Lambert lo miraba; en sus ojos había miedo.

—¡No! ¡No lo haga! —chilló alzando las manos para protegerse la cara—. ¡No me mate!

No era sólo la necesidad de vengar a Roy. También se debía a que

Banks nunca había conocido a nadie tan despreciable, a nadie que fuera ni siquiera capaz de contemplar la posibilidad de llevar a cabo lo que Lambert estaba a punto de hacer, y mucho menos defenderlo y justificarlo. No lo hubiera creído posible de no haber visitado a Mercedes Lambert y oído llorar a la pobre Nina, tal como le había sucedido a Roy. Obviamente, Mercedes Lambert no sabía nada sobre el nefasto plan de su esposo. El asco que Banks sentía le revolvía la bilis en el estómago. Ya no soportaba seguir mirando a ese tipo.

—¿Qué va a hacer? —lloriqueó Lambert—. ¿Va a hacerme daño?

Banks lanzó la barra de hierro, que cayó tintineando sobre el metal retorcido a unos cinco centímetros de la cabeza de Lambert. Después se alejó, se agachó y vomitó en el suelo. Cuando acabó, apoyó las manos sobre las rodillas, respiró hondo un par de veces, se limpió la boca con el dorso de la mano y sacó su móvil. Unos días después, por la noche, Banks cruzó el antiguo puente de carga del extremo oeste de Helmthorpe High Street y, al llegar a la orilla del río, torció a la derecha. Era un paseo del que solía disfrutar antes. Un camino llano y fácil entre árboles y agua, que no requería trepar ninguna colina. Y al final acababa de nuevo en Helmthorpe, donde Banks podía escoger entre tres pubs diferentes.

Mientras paseaba, Banks reflexionaba sobre los acontecimientos del mes anterior, cómo había comenzado todo al ver a Penny Cartwright en el Dog and Gun cantando «Strange Affair». Luego pensó en Roy, Jennifer Clewes, Carmen Petri, Dieter Ganz y los demás.

Y también en Gareth Lambert.

Casi todo había acabado. Artyom y Mazuryk habían muerto. Gareth Lambert estaba detenido, junto con Boris y Max Broda, y había muchas posibilidades de que recibieran condenas muy largas. Debido a la intervención de Banks, Dieter Ganz se había visto obligado a actuar de inmediato, pero estaba seguro de que su equipo contaba con pruebas suficientes para condenar a los tres malhechores por los delitos de tráfico de menores de edad a través de fronteras internacionales con el fin de explotarlas sexualmente. Lamentablemente, la noticia de lo ocurrido en Londres corrió como un reguero de pólvora y en las redadas realizadas en casas similares en París, Berlín y Roma sólo cayeron criminales menores. En los

Balcanes, los guías, secuestradores y «comerciantes» se dispersaron. Pero volverían, aseguró Dieter a Banks, y cuando eso ocurriera, él y sus hombres estarían esperándoles.

Sin embargo, acusar a Lambert de asociación ilícita para asesinar a Roy Banks y Jennifer Clewes ya era otro asunto muy distinto. Las intenciones más siniestras de Lambert no podían ser probadas. Tal como éste había asegurado, sólo él y el doctor sabían lo que iban a hacer con el bebé de Carmen, y ninguno de los dos habló. Banks fue reprendido por golpear a Lambert en la fábrica abandonada, maltrato que además restó veracidad a todo lo que éste había confesado. Aun así, existía la posibilidad de que Max Broda lo implicara en la confabulación para no cargar él solo con la culpa. Y los registros de llamadas de aquel viernes once de junio —la noche en que Roy y Lambert se encontraran en el Albion Club— demostraron que Lambert había usado su móvil para telefonear a Mazuryk alrededor de las veintitrés horas.

En cuanto a lo demás, Banks no estaba muy seguro de cómo iba a acabar. Las chicas de Mazuryk serían atendidas y devueltas a sus países de origen, pero ¿quién iba a recomponer sus vidas? Quizá con el tiempo algunas se recuperarían y seguirían con sus vidas, pero otras volverían a la única vida que conocían. Según informó Annie a Banks, Carmen Petri sería enviada a Rumania con sus padres donde, contrariamente a lo que Gareth Lambert aseguraba, el bebé tendría una buena oportunidad de llevar una vida normal. Carmen había sido secuestrada en la calle tres años antes y, en ese tiempo, sus padres ya habían perdido la esperanza de volver a verla con vida.

De todas ellas, la que peor parada había salido era Mercedes Lambert y Banks la compadecía sinceramente. Gareth pasaría una buena temporada entre rejas y ella no sólo se iba a quedar sin marido sino que, a no ser que ocurriera un milagro, lo más probable era que Nina muriese pronto. La policía estaba estudiando la acusación de Banks y había interrogado a Mercedes al respecto, así que ahora tendría que vivir conociendo el horrendo plan que su marido había querido llevar a cabo. Banks no quería ni imaginarse cómo algo así podría destrozar a una madre y perseguirla en sus pesadillas. Lo que pudo haber sido: en un plato de la balanza la vida

de su hija y, en el otro, la prostituta rumana sin nombre ni rostro a la que nunca habría conocido.

Al final, la mente de Banks tomó otros derroteros. Acababa de llegar del funeral oficiado en Peterborough. Ni que decir tiene que había sido una ceremonia triste y emotiva, pero al menos había podido pasar un tiempo con Brian y Tracy, quienes acudieron para la ocasión, lo que dio al anciano matrimonio Banks una sensación de que todo había concluido. Sin embargo, Banks no conseguía entenderlo, para él lo ocurrido nunca iba a concluir.

La buena noticia fue que su madre obtuvo los resultados de sus exámenes médicos. Su cáncer de colon era extirpable y las posibilidades de que se recuperara por completo eran excelentes. Ida Banks también parecía llevar un poco mejor la pérdida de su hijo, aunque Banks sabía que su madre nunca se recuperaría del todo y que ya no volvería a ser la misma.

Relucientes libélulas verdes sobrevolaban la superficie del agua y nubes de pequeños mosquitos zumbaban sobre la senda. El sol casi había caído. El agua tenía un tono azul oscuro y el cielo se teñía de un naranja sangriento. En los árboles cantaban los pájaros nocturnos y de la maleza llegaban los sonidos de los animales moviéndose entre ella. Al otro lado del río podía ver la parte de atrás de las tiendas y de las casas de Helmthorpe High Street. La gente bebía en la terraza del Dog and Gun y desde el camino podían oírse sus conversaciones y la música de la máquina de discos. Hubiera debido sonar la «Melodía de una noche de verano en el río», de Delius, se dijo Banks mientras respiraba el aire perfumado. Pero ni siquiera pudo disfrutar de «Strange Affair», tuvo que contentarse con «Watching the Detectives», de Elvis Costello.

Banks se detuvo y encendió un cigarrillo. Entonces vio una figura que se acercaba en dirección contraria. Sólo consiguió ver una silueta oscura, pero cuando finalmente ésta estuvo cerca comprendió que se trataba de Penny Cartwright. Banks se hizo a un lado para dejarla pasar. Una rama que colgaba sobre el camino le rozó el cuello y le produjo un escalofrío; fue como si una araña se le hubiese colado por el cuello y le bajara por la espalda.

Ella pasó a su lado y él, con un gesto educado, la saludó. Lo hizo

con prisa, dispuesto a seguir su camino, pero a sus espaldas sonó la voz de Penny.

—Espere un minuto.

Banks se volvió.

—¿Me da fuego? —dijo ella.

Banks encendió el mechero y ella se inclinó hacia él, con el pitillo en la boca. Mientras inhalaba, Penny clavó sus ojos en los de Banks.

—Gracias —dijo—. Qué gracia encontrármelo aquí.

—Sí, qué gracia. Buenas noches.

—Oiga, no se vaya. Espere un segundo, ¿vale?

La voz de Penny sonaba inquieta, nerviosa, Banks se preguntó qué le pasaba. Se quedaron plantados en el camino, uno frente al otro. En el bosque ululó una lechuza y Elvis continuaba «vigilando a los detectives». Ya era casi de noche y sólo unas pocas franjas violeta y carmesí cruzaban el cielo, como si fueran las vestiduras de un gran dios.

—Me enteré de lo de su hermano, lo lamento —dijo Penny.

—Gracias.

Ella señaló hacia la terraza.

—¿Recuerda aquella noche, tantos años atrás?

Banks lo recordaba. Habían compartido una mesa allí, junto con su esposa, Sandra, la propia Penny y el amigo de ésta, Jack Barker, y Banks les explicó el asesinato de Harry Steadman. Había sido una noche cálida de verano, igual que la de ahora.

—¿Cómo está Jack? —dijo Banks.

Penny sonrió. No era una mujer que sonriera con facilidad, pero cuando lo hacía valía la pena.

—Estoy segura de que está bien, pero hace siglos que no le veo. Se marchó a vivir a Los Ángeles y ahora escribe guiones para televisión. A veces aparece su nombre en los créditos.

—Yo pensé que ustedes dos estaban...

—Lo estuvimos. Pero de eso hace mucho tiempo y las cosas cambian. Usted ya debería saberlo.

—Claro.

—Kath, la camarera, me contó lo del incendio... el que destruyó su casa en el campo. Lo siento mucho.

—Agua pasada —dijo Banks—. Además, la estoy reconstruyendo.

—Aun así... Nada, olvídelo. —Pero no le quitó la vista de encima—. Estuve maleducada la otra noche y lo lamento. Ya está, ya se lo he dicho.

—¿Por qué reaccionó de ese modo?

—Si insinúa que lo hice a propósito, no es cierto.

—¿Por qué lo hizo entonces?

Penny hizo una pausa y perdió la vista en el río.

—No lo pilla, ¿verdad? No sabe cómo me sentí todos esos años —dijo—. Fue como una violación. Sé que usted me salvó la vida y que debo agradecérselo, pero me trató como a una criminal. Usted realmente creía que yo había matado a mi mejor amigo.

En cierto momento probablemente fuera cierto, reflexionó Banks. Pero así era su trabajo y nunca se había parado a pensar cómo había afectado a Penny. Nadie sale ileso de una investigación de asesinato. Banks recordó que Roy había acudido a él porque necesitaba a su hermano mayor, no a un policía. «Pero ¿dónde acaba uno y dónde empieza el otro?», se preguntó.

—Y un día aparece y me invita a cenar —continuó Penny—. Como si nada, como si no hubiese ocurrido nada.

—La gente no siempre es lo que aparenta —se defendió Banks—. Cuando los policías llegamos y empezamos a hacer preguntas, la gente nos miente. Todo el mundo tiene algo que esconder.

—Entonces, ¿siempre sospecha de todos?

—Más o menos. Digamos que sospecho de cualquiera que tenga un motivo, los medios y la oportunidad.

—¿Como yo?

—Como usted.

—Pero yo quería a Harry Steadman.

—Eso nos dijo.

—Pero podía estar mintiendo...

—Según recuerdo, ese caso estaba plagado de mentiras.

Penny dio una última calada al cigarrillo y lanzó la colilla al río.

—Uy, no debía haber hecho eso. Ahora la policía ecológica vendrá a por mí.

—No se preocupe —dijo Banks—. Saldré en su defensa.

Penny le regaló otro destello de sonrisa.

—Debo irme —le dijo—. Se está haciendo tarde.

—De acuerdo.

Ella se alejó por la senda, pero de pronto se volvió a medias hacia Banks.

—Buenas noches, señor policía. Siento mucho haber reaccionado tan mal aquella vez. Sólo quería explicarle por qué.

—Buenas noches. —Pero en su pecho Banks sintió que el momento era ahora o nunca—: Oiga —gritó mientras corría detrás de ella—. Quizás estoy pecando de insensible una vez más, y lamento haber estado tan seco, pero ¿no existirá la posibilidad... ya sabe... de que la pregunta que le hice la otra noche...? Quiero decir, ¿existe la posibilidad de que usted y yo, eh... cenemos juntos alguna vez?

Ella se volvió por un instante.

—Creo que no —dijo meneando suavemente la cabeza—. Sigue sin pillarlo, ¿verdad?

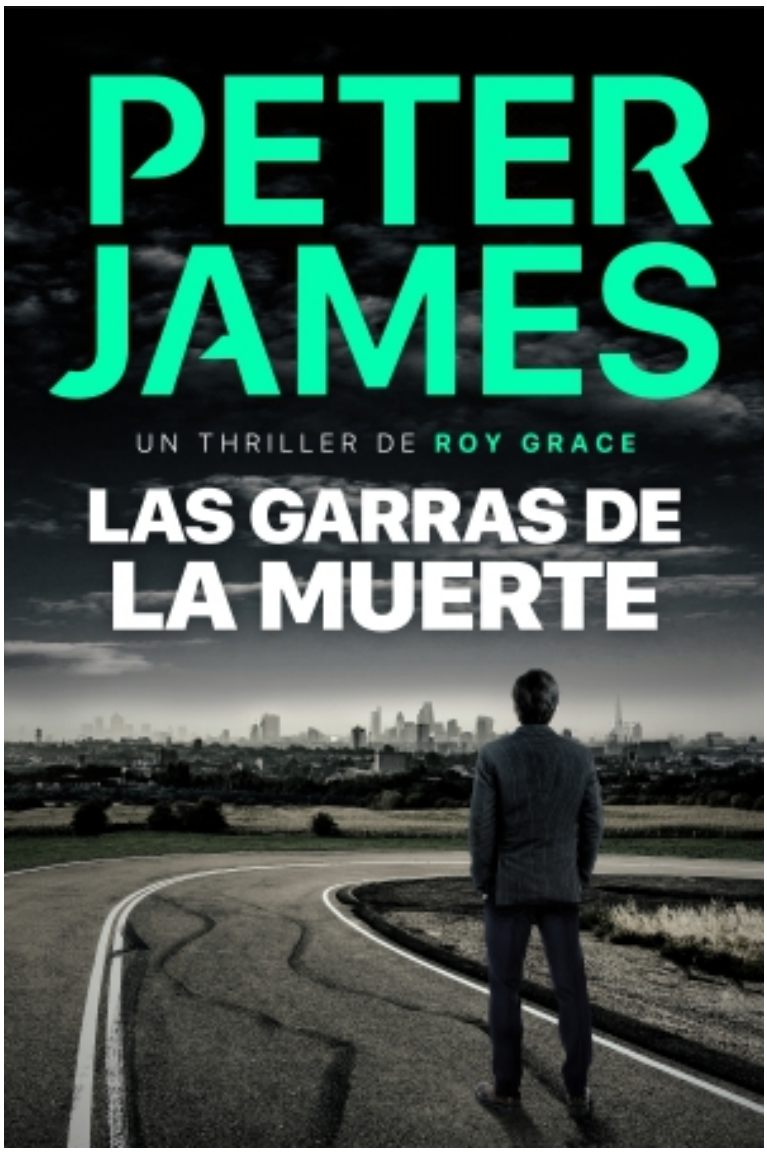
Y se alejó hasta perderse en la penumbra.

Agradecimientos

Quiero agradecer a las siguientes personas el tiempo e interés que han puesto para que este libro adquiere su forma final: Sarah Turner, María Rejt y Nicholas Blake, de Pan-Macmillam; Dan Conaway, Erica Schmid y Jill Schwartzman, de William Morrow; y Dina Forbes, de McClelland & Stewart. También quisiera agradecer a Michael Morrison, Lisa Gallagher, Sharyn Rosenblum, Angela Tedesco, Dominick Abel, David Grossman, David North, Katie James, Ellen Seligman y Parmjit Parmar su esfuerzo y apoyo continuos.

También quiero dar las gracias al comandante Philip Gormley, jefe de la SO19, la Unidad Armada de la Policía Metropolitana de Londres, y a la inspectora detective Claire Stevens de la Policía del Valle del Támesis. Como es habitual, cualquier error es responsabilidad mía y ha sido cometido en beneficio del relato.

Además tengo una deuda de gratitud con la música de Richard Thompson y con el libro de Víctor Malarek *Las Natashas tristes.*



Las garras de la muerte

James, Peter
9789979647737
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Carly Chase está todavía traumatizada por el accidente de tráfico que tuvo hace unos diez días y en el que resultó muerto un estudiante de la universidad de Brighton. Es entonces cuando recibe una noticia que pondrá del revés toda su existencia: los conductores de los otros vehículos involucrados en el accidente han sido encontrados torturados y asesinados.

Roy Grace de la policía de Sussex advierte a **Carly** de la seriedad del peligro en el que se encuentra, porque ella podría ser la siguiente. La mujer, aterrorizada, no sigue el consejo de la policía de esconder su identidad y ponerse a salvo y decide que si nadie puede ayudarla, es ella misma la que tiene que protegerse.

Lo que desconoce, es que **el asesino** se ha anticipado y la observa, espera y se prepara.

«**Los amantes de la novela negra** que todavía no hayan descubierto a **Peter James** deberían rectificar esta situación inmediatamente» - *Birmingham Evening Mail*

«**Uno de los creadores de novela criminal más endemoniadamente inteligentes que existen**». - *Daily Mail*

«**James es cada vez mejor y se mereces sin lugar a dudas todos los éxitos** que está teniendo con esta serie de primera». - *Independent on Sunday*

«La segunda novela de la serie ambientada en Brighton **confirma el talento de Peter James para crear una trama de gran calidad y un suspense que atrapa desde el primer momento**» - *The Guardian*

«**Un magnífico relato de codicia, seducción y traición**.» - *Daily Telegraph*

«**La mejor novela de suspense de Peter James**. Apasionante, angustiosa. Un complejo rompecabezas.» - The Times

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El peso de la culpa

Robinson, Peter
9789979647799
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un par de muertes incomprensibles, separadas por los años, amenazan con sacar a la luz antiguos escándalos que podrían destrozar carreras, reputaciones, mitos... Las verdades enterradas en él fango de la traición son devastadoras y afectan a vivos y muertos.

En el verano de 1965, el **adolescente Alan Banks** se enfrentó a la desaparición y el posible asesinato de su mejor amigo, **Graham Marshall,** quien se esfumó un domingo mientras hacía el recorrido habitual del reparto de periódicos. Treinta y cinco años mas tarde, el inspector jefe **Banks** se encuentra en Grecia intentando recomponer su vida cuando, en su ciudad natal, son hallados los restos óseos de un joven al que pronto identifican como **Graham Marshall**.

Banks, sumergido en un pasado demasiado lejano que aún le atormenta porque, en su momento no pudo o no supo evitar la muerte de su amigo, Se involucra en una investigación que lo pondrá cara a cara con un mundo conocido y mucho más cercano.

"El inspector Banks sabe que a menudo las respuestas a los interrogantes que intenta resolver

pueden encontrarse en lo más profundo de la propia alma." *- Michael Connelly*

"**Excepcional**" – *The Washington Post*

"**El Camaleón es una auténtica novela negra moderna y cautivadora**." - *Bookseller*

"Si aún no te habías topado con el inspector Banks, **prepárate para un curso intensivo en tensión, de una psicología sutil**." - *Ian Rankin*

"**Entre las sombras ofrece todo el suspense que se pueda esperar**, además de unas cuantas sorpresas**.**" - *The Toronto Star*

"**Petrificante, evocativa, una obra de arte de profundos matices**." - *Dennis Lehane*

"Una novela tan vívida que quemará los dedos incluso **a los detractores de los thrillers más programáticos**." - *People*

"**El talento de Robinson...** le permiten otorgar a Banks una mente ágil y una presencia fuerte en el relato al tiempo que, gracias a la variedad de sus registros, **cada personaje secundario cobra una individualidad tenaz**." - *New York Times Books Review*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una gran salvación

George, Elizabeth
9789979643425
350

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un anciano sacerdote viaja desde un pequeño pueblo del norte de Reino Unido hasta Londres para pedir ayuda a Scotland Yard. En una granja de su parroquia ha descubierto el cuerpo decapitado del propietario y a su hija junto a él, en estado de shock y declarándose culpable. Pero nadie en la población cree que Roberta haya sido capaz de semejante crimen. El inspector Lynley y la sargento Havers son los encargados de resolver un complicado caso repleto de contradicciones.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El camaleón

Robinson, Peter
9789979647775
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el número 35 de una calle cualquiera, hay una casa cualquiera que pertenece a una joven pareja cualquiera que está a punto de convertirse en tristemente famosa. Cuando los agentes de policia **Janet Taylor** y **Dennis Morrisey** son enviados a la casa para atender un caso de violencia doméstica, tropiezan con una espantosa escena: la muerte de uno y la lucha por sobrevivir y carrera del otro.

El inspector Alan Banks se encuentra al frente de la operación de búsqueda de **El Camaleón**, un asesino en serie que ha secuestrado a cinco mujeres en la zona de Yorkshire. La presencia de Banks es reclamada en la casa del número 35 donde, al parecer, la identidad de **El Camaleón** se ha revelado de manera espantosa.

Pero la captura del asesino en serie es sólo el principio de una impresionante investigación que llevará a explorar los límites de todos y cada uno de los implicados en el caso. Una obra maestra de suspense literario que sumergirá al lector en las zonas más oscuras de la perversión humana.

"**Petrificante, evocativa**, una obra de arte de profundos matices." - *Dennis Lehane*

"**Excepcional**" – *The Washington Post*

"**El Camaleón es una auténtica novela negra moderna y cautivadora.**" - *Bookseller*

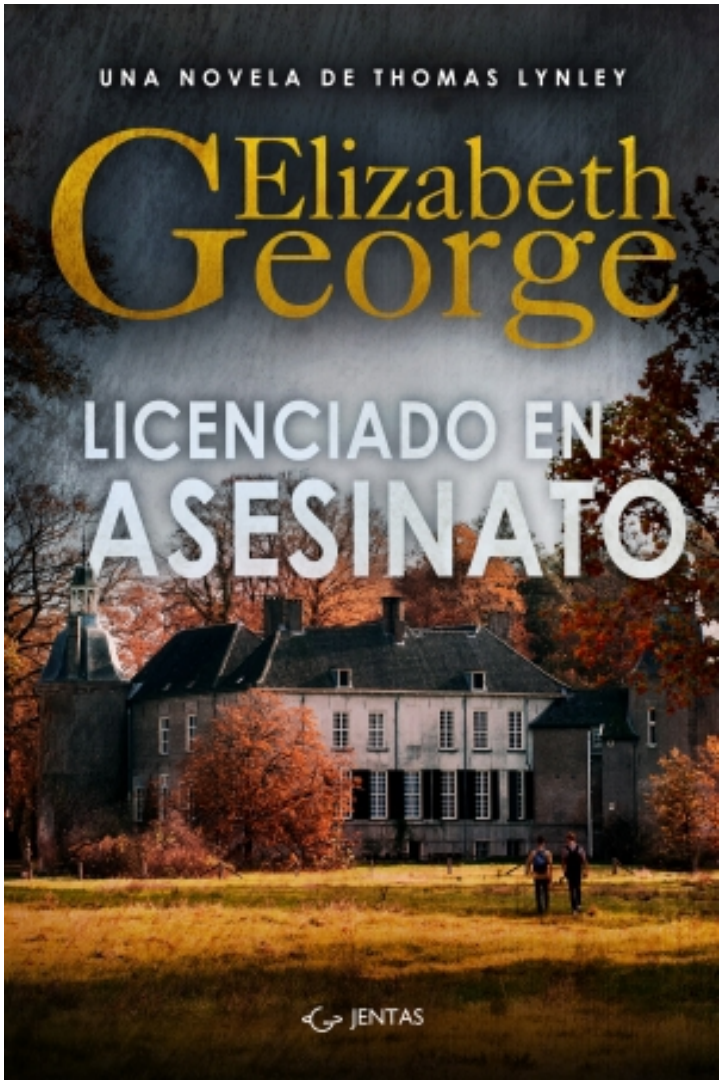
"**El inspector Banks** sabe que a menudo las respuestas a los interrogantes que intenta resolver pueden **encontrarse en lo más profundo de la propia alma.**" - *Michael Connelly*

"**Si aún no te habías topado con el inspector Banks**, prepárate para un curso intensivo en tensión, de una psicología sutil." - *Ian Rankin*

"Entre las sombras ofrece todo el suspense que se pueda esperar, **además de unas cuantas sorpresas.**" - *The Toronto Star*

"**Una novela tan vívida que quemará los dedos** incluso a los detractores de los thrillers más programáticos." - *People*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Licenciado en asesinato

George, Elizabeth
9789979643449
350

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Deborah, la mujer del mejor amigo del inspector Thomas Lynley, descubre el cadáver desnudo y con señales de tortura de un joven estudiante. Todas las sospechas conducen a Bredgar Chambers, un viejo y sombrío internado. Allí, Lynley descubrirá una enrarecida atmósfera de frustración, desarraigo y soterrada perversidad entre estudiantes. Pero, esencialmente, descubrirá que todo ello puede resolverse de un plumazo con el asesinato o el suicidio…

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)